Sanmao

DIARIOS DEL SÁHARA

Traducción
de Irene Tor Carroggio
con la colaboración
de Zang Jiechao

:Rata_

=R=

En tus manos tienes la segunda impresión de *Diarios del Sáhara*, texto fundacional de :Rata_, que ve la luz en noviembre del 2016, un mes después de la primera edición.

Para que haya llegado a tus manos, ha sido necesario el trabajo de muchas personas:

Sanmao, la autora. Una trotamundos narradora de historias capaz de convertir, día a día, su vida en un cuento. Una luminosa vida contada mientras era vivida. © 2016 Sanmao, por el texto

Iolanda Batallé, dirección editorial. El alma impresa de :Rata_, cazadora incansable de voces.

Toormix, diseño. Unos tipos obsesionados con la tipografía, las retículas y otras rarezas.

Irene Tor Carroggio, traductora. Por Sanmao quiso hacerse traductora y con Sanmao se estrena como tal. © 2016 Irene Tor Carroggio, por la traducción

Helena Pons, edición. Descubrió a Sanmao en Traducción del Chino 3 y quedó prendada. Siete años después, ha ayudado a hacerla papel.

Mireia Barreras, maquetación. Experta en paleografía.

Inma Caro, David Sánchez, Joana Castells, Andrés Prieto, Eva Permanyer, Milo J. Krmpotic, Jose López y Iago Fernández, correctores y lectores.

:Rata_, escrito con dos puntos y guion bajo, como si fuera una rata, es una editorial independiente, nacida en **Casa Catedral®**, grupo editorial situado en la ciudad de Barcelona, no muy lejos de la playa de la Mar Bella y la Rambla del Poblenou, concretamente en una calle con nombre de otro viajero y escritor: Josep Pla, 95 (08019, Barcelona). © 2016 :Rata_, por esta edición

Impreso en la UE por Liberdúplex (Sant Llorenç d'Hortons, Barcelona) usando Super Snowbright de 90g/m² (papeles FSC, organización no gubernamental que apuesta por la gestión sostenible de los bosques) y dos tintas (negro y un pantone: Yellow U).

Fotografías de la autora y de su mundo, © Familia Quero, gracias por abrir vuestro baúl de los recuerdos. © Chen Tien Hsin, Chen Sheng, Chen Chieh y Crown Culture Corporation. 非常感謝你們的支持.

Depósito legal B-12.293-2016

ISBN 978-84-944891-7-4

Los hombres de negro de CEDRO no autorizan, bajo ningún concepto, la reproducción, distribución, comunicación pública (si se permite la que es para uno mismo así como la recomendación a amigos y familiares) o cualquier tipo de transformación o mutación sobre la obra que el lector o lectora sostiene en sus manos. Si fuese imperativo fotocopiar o escanear cualquier fragmento de la presente obra, diríjase a los ya referidos hombres de negro.

PRÓLOGO

De Gabi Martínez

«¿Por qué nadie la ha publicado en Occidente?», preguntó la editora. Y los demás se encogieron de hombros. Le habían dicho que Sanmao era un símbolo, un baluarte de rebeldía y libertad que seguía inspirando a millones de asiáticos. Le contaron que su vida es una leyenda. Que alcanzó la felicidad en el Sáhara y las Islas Canarias amando a un robusto andaluz. Que sus libros cautivaban porque decían verdades con simplicidad, que es la mejor forma de decir una verdad. Y entonces, le mostraron una foto.

En la imagen, Sanmao viste una túnica que el viento le ciñe a los muslos mientras aparta con la mano un mechón de su largo y liso cabello negro. Alza la barbilla perdiendo la mirada con ese ensueño cada vez más exclusivo de las fotos antiguas, porque en el siglo XX la gente aún soñaba así. A la editora le atrajo la sensual esbeltez del movimiento y aquel rostro de una sobriedad expectante tocado por la melancolía. Un rostro con tanto significado que Iolanda quiso saber aún más.

Por entonces, la editora Iolanda Batallé perfilaba los contenidos de una nueva editorial centrada en la literatura más exigente e iba en busca de autores obligados a escribir «desde el corazón, las tripas, la necesidad». Los cientos de miles de títulos que abarrotan las librerías de todo el mundo pueden sugerir que no quedan perlas semejantes por publicar, pero como Batallé sabe que esa percepción es un en-

gaño, perseveró en un proyecto que, eso sí, pondría a prueba su paciencia y sus intuiciones. Transcurrieron varios meses sin manuscritos convincentes. Leyendo. Indagando. Leyendo. Recabando opiniones de grandes lectores, a menudo políglotas. Hasta que un día le atrajeron los comentarios sobre una escritora taiwanesa. No localizó ninguno de sus libros traducido a una lengua occidental, pero sí la obra de aquella mujer respondía a lo que contaban de ella...

«Buscando a Sanmao», tituló Batallé varios e-mails dirigidos a personas que al parecer habían traducido al inglés o al español algunos textos no muy largos de la autora. Encontró relatos dispersos, no siempre bien versionados, pero en los que se intuían una fuerza y un carácter distintos.

«Solo podría hablar de la libertad real en los lugares más remotos», leyó Batallé en un relato ubicado en el Sáhara, y la editora retrocedió hasta sus propios diecisiete años, cuando viajó a Tánger en busca de un espacio que la iniciara en esas formas de intensidad que sabía que existían más allá de sus lecturas. Batallé se recordó conociendo a Paul Bowles hasta el punto de que el autor de *El cielo protector* le encargó que gestionara durante un tiempo su extenso botiquín de mítico escritor anciano.

Batallé, que con solo cruzar un estrecho había revolucionado su alma, entendió muy bien el impacto que debió experimentar aquella taiwanesa al aterrizar en el Sáhara junto a un buceador de Jaén. Y siguió leyendo.

Sanmao no siempre se llamó así. Maoping Chen nació un 26 de marzo de 1943 en Chongqing, la megalópolis de la China interior. Asuntos de ideología política salpicaron a su padre, que era abogado, e hicieron que la familia huyera pronto a Taipéi, la capital de Taiwán. Maoping Chen tuvo tres hermanos, dos chicos y una chica, y una de las cosas que decidió enseguida fue que no iba a renunciar a nada por el hecho de ser mujer. Y que no iba a soportar humillaciones como la de aquel profesor que, a los diez años de edad, le pintó dos círculos negros en

los ojos delante de todos sus compañeros para castigarla por no atender en clase. La joven inspiró tan a fondo los liberales aires de Taipéi que emprendió su propio camino al margen de convenciones sociales e itinerarios supuestamente adecuados. ¿Un ejemplo? Prefirió no ir a la universidad y estudiar filosofía por libre.

A la vez, amortizó las posibilidades económicas de su familia para cruzar el mundo y aterrizar en la casa de un amigo de sus padres, Yaoming Shu, cocinero oficial de la embajada de Taiwán en Madrid.

Yaoming Shu vivía en un 3.° 3.ª, justo debajo de una familia algo más que numerosa: los Quero. El séptimo hijo de los ocho que tuvo el matrimonio Quero se llamaba José María y era un estupendo amigo de Mauricio y Claudio, los hijos varones del cocinero y de su simpática esposa italiana. Como José asomaba con frecuencia por la casa de los vecinos, un día se encontró con una joven que llamaba «tío» a Yaoming Shu. La chica era bastante mayor que José, luego supo que ocho años, y quizá también por eso, por la madurez añadida al exotismo y la belleza, le fascinó.

–Se va a quedar un tiempo en casa –dijo Mauricio, que se la presentó como Echo Cheng, una buena amiga de la familia–, que no, no es mi prima, pero llama «tío» a mi padre así en plan familiar.

José respondió «hola» y se enamoró. Tenía 16 años.

Tardaron en mantener conversaciones más o menos fluidas hasta que Echo aprendió castellano, aunque bastaba con observar un rato al chico para darse cuenta de lo que sentía. José le contó que se había comprado una caña para ir a pescar con su hermano César al río Jarama y al embalse de Santillana pero que en realidad lo suyo era el mar, donde ya había buceado gracias a los campamentos en Santander, a los que podía ir casi gratis por ser hijo de un empleado del Banco Español de Crédito.

A Echo le cayó bien el chaval pero su tiempo en España lo disfrutó sobre todo en compañía de adultos. De vuelta en Taiwán, intentó encauzarse socialmente impartiendo clases en la universidad, y emprendió una relación con un profesor de alemán. Decidieron ca-

sarse, y lo hubieran hecho de no ser porque él murió... la víspera de la boda. Aturdida por el golpe, y tras intentar suicidarse cortándose las venas, buscó en Madrid un alejamiento que le permitiera remontar su vida. Habían pasado seis años desde su anterior visita a España pero en cuanto José supo que Echo había vuelto, se plantó en el 3.° 3.ª. Por casualidad, Echo subió al piso de los Quero, José fue a recoger algo a su habitación, Echo le acompañó y vio que en el cabezal de la cama había una fotografía suya. Una fotografía de Echo. Al volver a mirar al chico, vio definitivamente a un hombre.

Él era católico, ella protestante. Él pertenecía a un extracto social muy alejado de las cultivadas élites de las que provenía Echo. Ella era asiática; el otro, occidental. Y, sin embargo, se fueron acercando atraídos sobre todo por el ímpetu de él, que arrastraba a una Echo todavía consternada y no demasiado convencida de adónde podía llevarle aquel romance español, pero ganada por el amor fresco y la espontaneidad impagable de ese hombre al que percibía puro.

Al cumplir el servicio militar en la marina, José se había convertido en un buzo experto y buscaba el mar en cuanto podía. Ya licenciado del ejército, empezó a trabajar como submarinista. Y, al aparecer una oferta de empleo en El Aaiún, la capital saharaui que todavía estaba bajo la tutela de España, le hizo a Echo la propuesta de su vida.

«Quedamos los tres en una cafetería del barrio –recuerda Carmen Quero, una de las hermanas que recibía más confidencias de José–, y me contaron que querían irse a vivir al Sáhara y casarse allí. "Tu hermano está loco", dijo Echo, "tus padres no van a querer". Le contesté que mis padres no eran racistas y que, en cualquier caso, esa decisión les incumbía a ellos».

Carmen sostiene que Echo viajó a África por amor: «En China también hay desiertos para vivir ese tipo de aventura. Pero Echo se fue al Sáhara. Y se fue con José».

Echo, la conquistadora

La pareja llegó en 1974 a El Aaiún, una ciudad que Echo consideró triste, fea y muy cara. De todos modos, tenía tiempo por delante. Y la cotidianidad era tan peculiar y su deseo de compartir tan fuerte, que se animó a escribir la experiencia. En el Sáhara conoció a niñas de ocho años desvirgadas por un rito matrimonial que toleraba la violación sistemática. Y estuvo a punto de ver cómo unas arenas movedizas se tragaban a José. Pero también inventó menús supuestamente chinos que los comensales aplaudieron con ingenuidad, o acudió a una insólita sala de baños en el desierto. Y son estas últimas situaciones, llamativas, pero al fin y al cabo normales, las que entronizan a Echo como una escritora distinta. El lado más doméstico de la aventura se refleja en textos tan sencillos como epifanías en las que reverbera la chispeante y socarrona relación entre Echo y José, ese par de purasangres del Territorio Libertad con ideas tan dispares que a menudo se divertían jugando a contrastarlas. La alianza de civilizaciones son ellos. Dos individuos lo bastante asilvestrados para bromear sobre las costumbres del otro asumiendo que esas rarezas les están, sin embargo, influyendo, modificando, y que los cambios son para bien. «Gracias, desierto. Me he vuelto una mujer sencilla y transparente», escribiría Echo a ese Sáhara donde de forma inesperada fue enterrando una soledad que la asfixiaba desde la juventud.

Los aspirantes a la diferencia suelen sentirse lógicamente solos, aún más cuando son jóvenes, y Echo formaba parte de esa estirpe. Inclinada a sufrir la magnitud de su aislamiento en los sitios más poblados –venía nada menos que de China–, en la desolación literal halló gente que se interesaba por ella de un modo lo bastante sincero como para sentirse acompañada. Es cierto que algunas costumbres locales se le antojaban entre extravagantes y ridículas, pero sabía que árabes y españoles interpretaban las suyas igual, y la curiosidad mutua le brindó el hilo para abandonar su ensimismamiento y ofrecerse a los demás, empezando por José.

«A veces pienso que José es bobo, y me entristezco un poco», escribía Echo un día en el que anhelaba refinamiento, sutilezas y otro tipo de comprensión. «José se partía de risa. Le encantaba escucharme decir tonterías», se contestaba luego ella misma, reconociendo las relajantes virtudes de la bobada, filtrando su desasosiego por el cedazo de un humor que aportaba alegría fresca. Con él, y allí, la vida se mostraba fundamental. José recorría cincuenta kilómetros diarios hasta el mar, buceaba y volvía para dormir con la mujer que amaba y, mientras tanto, ella había entretenido el día escrutando el alma de las saharauis a la vez que confeccionaba cojines o cortinas, cocinaba, leía, se sacaba el carné de conducir y, sobre todo, escribía. Cada vez más.

El exotismo de aquella china ilustrada con domicilio en el Sáhara hizo que un periódico taiwanés le pidiera una serie de artículos que serían el origen de este libro que ahora tienes en las manos. En ellos, Echo cuenta más o menos su día a día convirtiendo aquel particular choque de civilizaciones en relatos que se mueven entre la travesura y el peligro, capaz de ser tan naíf como violenta o ambas cosas a la vez, abrazando las contradicciones con la lúcida plenitud de quien vive en ellas. Y, de ese modo, conquistó a los lectores.

«No os creeréis el éxito que están teniendo las historias de Echo», diría José a su familia, aún más orgulloso de su nueva esposa, a quien por cierto ofreció un cráneo de camello como regalo de unas nupcias que Echo inmortalizó en su relato «Crónica de la boda». No fue fácil casarse en el Sáhara, aún menos después de que la normalización de relaciones entre España y la República Popular China supusiera el cierre de la embajada taiwanesa en Madrid. Para conseguir los papeles que validaran el matrimonio, miembros de la familia Quero instalados en Madrid organizaron una pequeña expedición hasta la oficina diplomática de Taiwán en Lisboa. Después de enrevesados trámites y una espera de meses, Echo y José recibieron la noticia de que podían casarse... al día siguiente. Esa noche, fueron al único cine de El Aaiún a ver *Zorba el Griego*. Por la mañana, caminaron una hora bajo el sol a cincuenta grados para oficializar el idilio.

Así fue como José desposó a la mujer que por entonces ya tenía tres nombres. El tercero, el más reciente, lo había elegido Echo para presentarse como artista, y es un tributo a uno de los personajes de cómic más queridos por los chinos: Sanmao. Este nombre, que significa "tres pelos", se asocia a la caricatura de un pequeño vagabundo huérfano, cuyas tribulaciones han ido repasando la realidad china desde los años treinta del siglo xx hasta la actualidad. Echo determinó que a partir de entonces la literatura también tendría su Sanmao, aunque a nadie, ni mucho menos a ella, se le ocurrió imaginar que un día el pequeño huérfano le ofrecería la mano para subir junto a él al Olimpo de los inolvidables.

Tras las primeras lecturas y embriagada por su biografía, la editora Batallé quiso continuar las pesquisas, desentrañar enigmas que aureolaban la leyenda de Sanmao, entre ellos, por qué nadie todavía la había traducido al español, al inglés o al alemán. Viajó a la Feria de Frankfurt, ese certamen donde se cuecen tantos futuros literarios, dispuesta a contratar los derechos de al menos un libro suyo. Para orientarse un poco, se había citado con una exeditora china de Sanmao, pero la mujer no se presentó. ¿Y ahora qué? Batallé telefoneó a la ausente, que alegó complicaciones de última hora. Batallé insistió. Le dijo que podían quedar otro día o, si lo prefería, ella misma iría a visitarla a su hotel.

—Lo siento, lo siento —respondió la mujer—. Pero es que ni siquiera he ido a Frankfurt. Estoy en China y no voy a poder ayudarla.

Batallé había aterrizado en la feria con el objetivo prioritario de ver a esa mujer.

—Deme al menos un nombre, un teléfono para poder seguir preguntando por ella.

Desde Asia, la mujer deletreó en un inglés impreciso el nombre de Gray Tan, el agente literario que al parecer gestionaba los derechos de Sanmao. Batallé se dirigió al Centro de Agentes de Frankfurt, una nave inmensa donde cientos de profesionales se alinean en for-

mación casi castrense, y se incorporó a la cola de personas que aguardaban para hablar con míster Gray Tan.

A mediados de 1975, la situación en El Aaiún se complicó para los españoles. Bombas, policías y legionarios cobraron un indeseable protagonismo hasta que la Marcha Verde impulsada por Marruecos expulsó a los «colonos» como Echo y José, que se mudaron a Playa del Hombre en Telde, Gran Canaria, la isla que aglutinaba a la mayoría de la comunidad china en el archipiélago español.

José se concentró en juntar puñaditos de billetes a base de trabajos esporádicos mientras Echo cobraba sus artículos taiwaneses a peseta por palabra, una buena retribución pero insuficiente para recuperar la economía conyugal. «He dejado de comprar muchas cosas por José María», escribió Echo mientras se adaptaba a la precariedad aprendiendo a amortizar los obsequios insulares: «Me encanta viajar en guagua, en ella puedo percibir a diversas personas y asuntos».

Echo, Sanmao, experimentó la novedad de vivir con poquísimo dinero, lo que suponía pensar demasiado a menudo en él. Fue duro e inspirador. Escribía a todas horas. En Taipéi se publicó una selección de sus textos periodísticos titulada *Cuentos del Sáhara*. Era 1976 y el lanzamiento la encontró ultimando los retoques de su siguiente obra: *Nunca volverá la temporada de lluvias*.

La pareja se planteó emigrar a Estados Unidos aunque al final José probó fortuna en Nigeria, donde le ofrecieron empleo. No duró demasiado. «La vida no tenía ningún valor en Nigeria —explicaría él mismo—; una mañana cualquiera podía aparecer flotando un cadáver en el agua y nadie le daba la menor importancia».

Los cuentos saharauis de Sanmao comenzaron a venderse de una forma imparable en China. La euforia de sus editores se correspondía con la multitud de cartas, noticias y peticiones de entrevistas que asaltaron su oasis canario, imponiéndole una presión indeseada que necesitó comunicar a su familia. «Si esto es el éxito, no lo quiero. Siento que me quita libertad. Voy a dejar de escribir». A lo que su padre respondió

escribiéndole una extensísima carta donde le decía que la literatura y la pasión están por encima de lo que digan los demás, del éxito y las buenas palabras también, y que siguiera escribiendo, por favor.

Sanmao estuvo de acuerdo. Una forma de ignorar el estrellato pasó por no alterar significativamente su economía. La pareja salió adelante en Tenerife gracias a los encargos puntuales que Entrecanales y Távora hacía a José, hasta que la misma empresa le propuso formar parte del equipo encargado de prolongar la línea de atraque y ampliar la plataforma del puerto de Santa Cruz de La Palma.

A finales de marzo de 1979, Echo y José se instalaron en un piso de los Apartamentos Rocamar. La vida en la isla era de «una tranquilidad absoluta —según José—. Si atropellas a una gallina ya das que hablar para una semana». Sanmao leía, cocinaba, escribía, y esa rutina le sentaba bien a la vez que bromeaba sobre ella: «Yo soy un ama de casa y hay que conseguir el bistec». Además de por cuestiones laborales, José buceaba en sus ratos libres, y entonces lo hacía a pulmón, pescando con frecuencia piezas impresionantes.

En septiembre, los padres de Echo llegaron a La Palma para conocer al marido de su hija. Después de unos días agradables, Echo y sus padres se dirigieron a Gran Canaria para subir a un avión rumbo a Londres, donde alargarían unas jornadas más la reunión familiar. Horas antes de despegar, su amiga Ivonne Shearer la telefoneó desde La Palma.

La historia dice que, tras despedirse de Echo y de sus suegros, José y unos amigos se dirigieron a la costa de barlovento para practicar la pesca submarina. Se lanzó al agua enfundado en el traje de goma, el equipo al completo, junto a dos compañeros. Al cabo de dos horas, era el único que no había emergido. Los submarinistas se dirigieron a la boya que marcaba la posición de su amigo y recogieron el cabo que se hundía varios metros bajo el agua. Al final, en el saco destinado a las capturas, apareció el fusil disparado y una barracuda de un metro. No había rastro de José. Parece que desató el cabo de su to-

billo para perseguir a un pez. Abstraído en la acción, descuidó el aumento de anhídrido carbónico en sangre y, al colapsarse su centro respiratorio, inspiró de forma automática. Le entró agua. Se ahogó.

Encontraron su cadáver al día siguiente atrapado en un lecho de algas. «Amor mío, amor mío», repetía Echo en el cuarto municipal de autopsias donde lo veló. «Si mis padres no estuvieran aquí, yo estaría en el mar con José María; han sido los cinco años más felices de mi vida», dijo después.

«Si alguien ha leído a Sanmao, conoce de inmediato a José María», aseguran sus lectores. Por eso, el nicho donde reposa el buceador se ha convertido en lugar de peregrinaje y ofrenda para los admiradores de la escritora que visitan La Palma. «Un día nos dimos cuenta de que casi todos los chinos que venían a la isla pasaban por el cementerio», observó María Victoria Hernández, que a partir de entonces impulsó el rescate de la figura de Sanmao. De ahí que, cuando Hernández ejerció como consejera delegada de Cultura del Cabildo, erigiera un mirador literario a orillas de las aguas donde se había ahogado José. El mirador consiste en un pequeño complejo escultórico presidido por tres largas barras erectas que representan los tres pelos de Sanmao, el niño de cómic que inspiró su nombre artístico.

Siguiendo la estela del buceador, Batallé también viajó al madrileño barrio de La Concepción para charlar con los Quero. A la cita acudieron familiares de todo Madrid. Cada uno de ellos contó su propia Echo, su propio José, cenaron en el fragor de los recuerdos. César, uno de los hermanos mayores, llevó aparte a Batallé: «Sabía que José moriría. Era demasiado valiente», dijo, rememorando que su hermano forzaba tanto los límites que había llegado a sufrir mareos leves bajo el agua.

Los Quero estaban contentos de que la obra de Echo fuera a traducirse al español, y todos compartían una duda que resumieron en esta pregunta:

—¿Cómo conseguiste los derechos después de tanto tiempo sin que nadie se hiciera con ellos?

Batallé aún no lo sabía muy bien. Sabía que el agente Gray Tan le advirtió de que los derechos sobre la obra de Sanmao estaban controlados por uno de sus hermanos, y que para contratarlos debía dirigirse a él. Gray Tan ni siquiera le dio su nombre. De modo que la editora escribió una carta a un destinatario anónimo.

«Le escribo con pasión, respeto y responsabilidad», empezó Batallé antes de explicar por qué deseaba proyectar la voz de Sanmao en castellano y en catalán. Afirmó que, al leerla, había compartido la «*joie de vivre* y el dolor» de la escritora. Que le había entusiasmado su forma de diluir los límites de la ficción y la realidad, la verdad y la fantasía. «Sus libros son VIDA —escribió—. Creo en su voz porque su voz es la mía como mujer, como escritora y editora. Y, lo más importante, su voz es mi voz como ser humano». Una semana después, Batallé recibía el permiso de alguien sin nombre para publicar a su hermana Sanmao.

Echo volvió a Taiwán, donde ya era Sanmao. Tradujo al chino a Mafalda antes de partir a Latinoamérica como corresponsal del periódico chino *United Daily News*. Después de medio año, se instaló en Taipéi, donde empezó a dar clases de literatura china clásica y escribía libros que a veces dirigía a los jóvenes, y a veces a los adultos, ganando siempre un poco más de popularidad. La fama, la fama. Qué le importaba la fama. «No pienso en amigos ni en juegos ni en la felicidad de una familia; tengo a José María, todavía le tengo». Leía, escribía y charlaba con José, estremeciendo a sus allegados cuando de repente, durante una comida, ponía un plato más en la mesa y decía: «Si queréis, hablamos con él».

Sanmao defendió la compañía de José en su nueva cotidianidad, ahora sí inexorablemente solitaria, leyendo y escribiendo mientras se separaba del mundo. Le diagnosticaron un cáncer. Después de la cirugía, el 4 de enero de 1991, Sanmao, Echo, Maoping Chen, empleó unas medias de seda para ahorcarse en un hospital de Taipéi. «He vivido con libertad y amor, un alma libre».

«Soñaba con ser como ella: viajar al desierto del Sáhara y escribir. Elegí la carrera de Español gracias a ella», reconoce en este mismo volumen la especialista en literatura china Yufen Tai, quien junto a la joven Irene Tor también ha tenido mucho que ver con un rescate literario que se está extendiendo por el mundo occidental. Maravillas de internet: Gray Tan envió el conmovedor e-mail de Batallé a buena parte de su agenda electrónica, varios editores se interesaron por Sanmao y ahora la están traduciendo a saber a cuántas lenguas.

Batallé, Iolanda, me contó todo esto una tarde de verano, porque sabía que mi fenomenal amigo Joan Marcet me había introducido hacía años en el mundo de esa china aventurera, y que siguiendo su rastro yo mismo había viajado a La Palma. Iolanda detalló hasta dónde la estaba conduciendo su obsesión poco antes de viajar a Taiwán en busca de la familia de Echo. Así fue. Esta historia la llevó a más de 10.000 kilómetros de distancia en compañía de Francesc, que es su José, y por eso ahora sabe que el hermano de Sanmao se llama Henry, que es abogado y que le cedió los derechos porque, después de recibir propuestas de traducción enviadas durante años desde editoriales de todo el mundo, nunca nadie, aseguró Henry, había mostrado tanto ímpetu, rigor y corazón como para salvar los obstáculos que conducían hasta él. Cenaron juntos en un restaurante de Taipéi compartiendo mesa con la hija de Henry y con Mona Chen –la hermana de Sanmao que había sido pianista–, además del mismísimo Gray Tan y otras cuatro personas vinculadas a la edición literaria.

Es lo que tienen algunos libros, que nos vuelven lo bastante locos como para movernos, viajar, conocer a gente y sus rostros, seguir leyendo. Lo bastante locos como para disfrutar de la vida de la forma que una vez imaginamos. Además, cuando la locura es compartida, a menudo recibe otro nombre, que suele ser más bonito y se acerca a palabras como «aventura» o «ideal».

Iba a terminar aquí pero acabo de recordar que Batallé, después de todo lo dicho, aún tuvo la necesidad de escribir una carta a Sanmao, uno de esos textos que se escriben porque sí, enviado a la eternidad, en el que después de expresarle su cariño vinculándola al universo que comparten escritoras como Carmen Martín Gaite, Sylvia Plath o Marguerite Duras, se despedía deslizando un «Me hubiera gustado conocerte. Me hubiera gustado abrazarte». Lo he recordado porque ese deseo sintetiza otro poder de los libros de Sanmao, que son los de muchas obras perdurables, y que consiste en levantar afectos que trascienden en el tiempo y nos impulsan incluso físicamente hasta personas que jamás tocamos, olimos, escuchamos, pero en las que reconocemos ese aprecio por la vida que igual nos anima a gritar una protesta que a cuidar a un amigo, a una planta, a un amor, demostrándonos cuánta fuerza y hermosura albergamos, y cómo las podemos compartir.

Así que, desde aquí, un abrazo para ellas, para la escritora, para la editora. Dos mujeres que han amado y se han movido –aún se mueven–, para lograr que otros se sientan al menos un poco mejor.

Gabi Martínez

* Un agradecimiento muy especial a Manuel Poggio Capote, autor de *El olivo y la flor del ciruelo*, el libro sobre José y Sanmao que tanto ilumina.

NOTA EDITORIAL

...

Diarios del Sáhara, como su autora, es una obra dinámica y llena de vida. La primera edición, del 1976, tenía catorce capítulos, esta última tiene veintiuno. Es la compilación definitiva de escritos sobre el Sáhara de Sanmao. Contiene relatos publicados en varios medios y momentos diferentes. Por eso el lector encontrará las repeticiones y los saltos temporales, propios del registro oral tan característico de Sanmao («me encantaría ser una cuentacuentos», nos dice ella misma).

Por otro lado, y con la voluntad de respetar la integridad del texto, se han mantenido anotaciones de la autora donde explica a los lectores chinos y taiwaneses de la época conceptos que pueden resultar obvios a los occidentales, como por ejemplo, qué es un mejillón.

Todas las notas que se hallan a pie de página son de la traductora.

∞

Breve carta desde Taiwán[1]
回鄉小箋

Queridos amigos:

Hace ya más de veinte días que he regresado a Taipéi. Durante este corto espacio de tiempo he recibido numerosas cartas y llamadas de lectores con los que antes mantenía correspondencia, antiguos alumnos y muchos nuevos amigos. En las calles de Taipéi también he visto a mi nueva obra hacerme guiños traviesos, apretujada en una gran pila de libros de todos los colores.

Solo cuando recibo vuestras cartas, enviadas por diferentes canales, y percibo la sinceridad con la que están escritas, me veo a mí misma, y me doy cuenta de los numerosos amigos que, pese a no conocer a Sanmao, le brindan su apoyo. ¡Cómo me gustaría poder responderos a todos con la dedicación que merecéis!, pues sé que todas las personas que me escriben, cuando cogen el lápiz, dedican mucho tiempo de reflexión para expresarme su cariño. Al ver vuestras sinceras cartas, sé que estaréis esperando respuesta, así que, ¿cómo creéis que me siento al permitir que desaparezcan como piedras lanzadas al océano, dejándolas sin responder?

1. Esta carta se incorporó como prólogo en la cuarta edición completa de DIARIOS DEL SÁHARA.

Ruego a los incontables amigos que me escriben que me entiendan. Sanmao no es una persona maleducada y sin sentimientos, pero como hacía tanto tiempo que había dejado mi casa y mi país, mis amigos y familiares de Taipéi me han absorbido por completo. Desearía con todas mis fuerzas dividir mi tiempo entre cada una de las personas que se preocupan por mí. Por desgracia, tengo que limitarme a las veinticuatro horas que tiene cada día.

El repentino ajetreo de mi vida me excita e inquieta, y, físicamente, no tengo fuerzas, estoy exhausta. Debéis entender que tanto cariño ha turbado mi paz interior.

Me esfuerzo en repetirme que debo disfrutar tanto como pueda de mis vacaciones en mi tierra, que debo visitar lugares y charlar con mis padres. No obstante, mi vida diaria ya se ha convertido en esclava del tiempo, y sigo los pasos de mi amo día y noche, como si nunca lograra liberarme de él.

En el tiempo que he pasado en el desierto me he vuelto una mujer sencilla y relajada que disfruta de la soledad. Por eso, las continuas comidas y citas que me ocupan ahora me hacen sentir como aquel que llega por primera vez a un lugar maravilloso y se siente confuso y mareado, como bajo un hechizo.

Cada día tengo ante mí manjares exquisitos, pero no puedo comérmelos todos. Yo, que me acostumbré al pastel de boniato, cuando tengo delante de mí todas las delicias de mis amigos y familiares me conmuevo, y quisiera poder coger una caja grande para empaquetarlas y llevármelas al norte de África. Si lo pudiera hacer, en los próximos seis meses no tendría que volver a poner un pie en la cocina. ¡Me da rabia tener que comerme todas estas exquisiteces en tan poco tiempo!

En estos días de constante vida social, estoy, por un lado, muy conmovida por el cariño de mis amigos; pero, por el otro, no puedo acceder en todos los casos a verme a solas con las

personas que en sus cartas o llamadas me lo han pedido. Detesto no poder distribuir mi tiempo en cada una de las casillas de un papel cuadriculado, como si estuviera escribiendo algo, y rellenar cada casilla con el nombre de un amigo y con la hora y el lugar de nuestra cita. Para mí es sencillo escribir dos o tres mil caracteres, pero me resulta muy difícil dividirme para ver a tanta gente. ¡No doy abasto! ¡Qué lástima!

Deseo de veras que las personas que me aprecian entiendan mi situación actual. Por favor, no estéis tristes porque no nos podamos ver, pues lo que tiene la literatura es que cada lector, cuando lee, puede crear lo que desee. Os parecerá que es una pena no conocer a la Sanmao de carne y hueso, pero os puedo decir que se trata de alguien sin importancia, y al verla no solo vosotros os sentiríais decepcionados, incluso ella, al leer sus propios relatos, busca un espejo para mirarse y tampoco se siente real. Por tanto, lo que me gustaría hacer entender a la gente que me quiere es que cada vez que se publican mis obras, estamos charlando en silencio.

En las reuniones con familiares y amigos en Taipéi a menudo me encuentro con personas que no conozco, pero que están muy familiarizadas con los relatos de mi recién publicada obra *Diarios del Sáhara*, con cada detalle, con cada relato, incluso con cada frase. Parece como si los hubieran memorizado. Esta situación me sorprende, a mí, que soy una errante que vuelve de un lugar lejano, y me cuesta articular palabra, pero sobre todo siento rubor y confusión. Todo lo que puedo decir es un simple «gracias», y que este cariño se ha convertido en la fuerza que a partir de ahora me empujará a escribir.

Nunca he tenido paciencia. Detesto especialmente pegarme al escritorio para escribir por escribir, pero el primer día después de mi regreso, me enteré de que clases enteras de estudiantes de muchísimas escuelas reservan mi nuevo libro. ¡Quién me lo iba a decir! Me siento muy halagada.

Muchos me hablan de *Diarios del Sáhara*, pero lo que me sorprende aún más es que yo esperaba que solo los adultos leyeran mis libros. No podía imaginar que entre mis lectores también habría jóvenes estudiantes. Les pedí a mis sobrinos que me trajeran algunos ejemplares cuando viniesen a visitar a su «tía» llegada del desierto.

Me enorgullece y alegra tanto este descubrimiento... De veras deseo poder ser una Sanmao para niños, ya que en la Biblia se dice una vez tras otra que «Solo los niños entrarán en el reino de los cielos, pues es a ellos a quienes les pertenece». Queridos jóvenes lectores: sois muy importantes para mí. Ojalá los libros de Sanmao puedan proporcionaros buenos momentos fuera de las exigentes tareas escolares.

Si mis amigos todavía no se han cansado de este personaje de Sanmao, deseo ser siempre una cuentacuentos. No hablaré de grandes temas, porque no tengo los conocimientos necesarios, pero en el futuro no dejaré de esforzarme para escribir mis palabras con mis manos, y expresar con ellas lo que siento en mi corazón.

Probablemente me tome algún tiempo de silencio, en el que no publicaré. Por favor, no penséis que soy una perezosa y todavía menos que he desaparecido sin dejar rastro y que he aparcado la escritura. Si de pronto hago un parón, significa que me estoy cultivando, que me estoy dedicando a mí, que me estaré diciendo que «escribir es importante, pero a veces aún lo es más dejar de escribir para poder afilar el lápiz». En la actualidad todavía tengo interés y material para escribir, así que debo continuar la carrera de fondo que empecé. Ojalá en un futuro no muy lejano, cuando mis libros se vayan publicando uno a uno, los lectores que me aprecian vean el esfuerzo que se esconde tras ellos.

En solo un mes y medio mi libro ya va por la cuarta edición. Debo agradecer el apoyo y ánimo de mis lectores. La escritura, en sí misma, no está hecha para ser leída por un

tercero, y todavía menos para hacerse famoso. Sin embargo, la calurosa acogida de mis lectores ha permitido que yo, una simple y vulgar ama de casa, reconozca el camino por el que debo esforzarme en seguir a partir de hoy. ¡Esto es algo por lo que siempre os estaré agradecida!

El mes que viene tengo que volver a despedirme de mi hogar y mi país para regresar al remoto norte de África, a mi casa, con mi esposo. Me cuesta mucho marcharme, y me siento muy intranquila. No he tenido el tiempo suficiente para encontrarme y charlar con cada uno de los lectores que tanto cariño me profesan.

Amigos, al principio no nos conocíamos, y hoy tampoco vamos a poder coincidir, pero en la vida no es preciso encontrarse para conocerse, ni tampoco es necesario conocerse para encontrarse. En Taipéi no me siento cerca de vosotros y en África tampoco siento que estemos lejos. Siempre y cuando seamos buenos amigos y nos apreciemos, ¡nos sentiremos cerca por más separados que estemos!

Quiero volver a agradeceros vuestro cariño. Por favor, no olvidéis que, aunque no soy nadie importante, tengo un corazón grande, y que en él caben todas y cada una de las personas que quiero.

Mis padres, que me dieron la vida, me criaron y me han querido de forma incondicional, me han dado un hogar en el que siempre soy bienvenida. En este lugar seguro puedo desahogarme por completo, y disfrutar al máximo de la calidez y el amor que no hallo fuera.

Gracias, Dios, por darme una fe eterna, que me conduce hasta un regreso seguro, y que me lleva volando hasta el norte de África, hasta mi marido. No puedo quejarme, pues soy afortunada en la familia, las amistades y el amor.

Aunque siempre soy yo la que lleva el timón de mi vida, es mi Dios el que en los momentos de oscuridad cuelga una estrella que brilla serena en el cielo para que guíe mi camino.

Yo voy donde Él me diga. En lo más profundo de mi corazón no hay miedo, no hay tristeza, solo hay un hilillo de decepción por tener que marcharme. Como el Amor de Dios es eternamente inmutable, he podido aprender a amar a cada persona, cada brizna de hierba, cada árbol, cada grano de arena de este mundo.

Gracias, gracias a los amigos que no he podido ver. Nos deseo una larga vida para que podamos disfrutar de la luz de la luna, aunque sea a muchos kilómetros de distancia.

Os deseo paz y felicidad.

Siempre vuestra,

Sanmao
Taipéi, 1976.

Noche de miedo en el desierto

平沙漠漠夜帶刀

Al poco tiempo de llegar al Sáhara, deseaba con todas mis fuerzas ser la primera aventurera en cruzarlo. Ideas como esta me habían impedido conciliar el sueño cuando vivía en Europa, ya que el desierto no es precisamente un lugar civilizado, y todas las experiencias de mis anteriores viajes a otros países no me servirían de mucho. Lo tenía en mente desde hacía casi medio año, hasta que decidí probar suerte. No obstante, estaba claro que no podía ir sin planificar las cosas. No podía saltar del avión en paracaídas con una cantimplora a la espalda y plantarme en medio del desierto. De modo que primero llegué a la zona española, a la capital saharaui: El Aaiún. La llamaban la capital, pero a mí me costaba creerlo, porque no era más que una pequeña ciudad en medio del inmenso desierto. Con cuatro calles y algunos bancos y tiendas que se podían contar con los dedos de una mano, parecía sacada de una película del Oeste. En cualquier caso, allí el bullicio característico de las capitales era inexistente.

Alquilé una vivienda fuera de la ciudad y, aunque era una casa destartalada, el alquiler era alto para la media europea. No tenía muebles, así que extendí en el suelo una de aquellas esterillas que usaban los saharauis. Luego compré un colchón, que puse en otra habitación, para que hiciera las veces de cama. Con

aquello se podía decir que ya estaba instalada. Había agua: en la azotea puse un bidón de gasolina y cada mañana a las seis más o menos venían los del ayuntamiento a traer el agua salada que sacaban de un pozo del desierto. Lo que no sabía era por qué estaba salada. La usaba para lavarme la cara y ducharme. En cambio, el agua para beber se tenía que comprar embotellada, y cada botella costaba unos veinte dólares taiwaneses.

Al principio, mis días eran muy solitarios. Todos los vecinos eran saharauis, y yo no sabía hablar árabe... En África muy pocas mujeres hablaban español, y sus hijos lo hablaban a medias.

La entrada de mi casa daba a una calle contigua al infinito desierto, que se extendía suave, tranquilo y misterioso hasta el horizonte. Tenía un color amarillo tierra. Pensé que el paisaje de la luna y el de aquel lugar debían de ser parecidos. Me encantaba ver cómo el desierto se teñía de rojo al atardecer. Cada día, al ponerse el sol, me sentaba en la azotea hasta que oscurecía. Y, no sé por qué, me sentía tremendamente sola.

Al principio, pensé en descansar un tiempo para adentrarme en el desierto más adelante, pero no conocía a nadie y lo único que hacía era ir cada día a la comisaría de la ciudad. De hecho, no tenía otra opción, pues la policía me había retirado el pasaporte, y siempre me instaban a marcharme.

Primero conocí al subinspector, que era español.

–Señor, quiero ir al desierto, pero no sé cómo. ¿Me puede ayudar?

–¿Al desierto? ¿Y dónde se piensa usted que está ahora mismo? Mire por la ventana y dígame qué ve –me dijo él sin alzar la cabeza.

–No, no. Lo que yo quiero hacer es esto.

Hice un movimiento rápido y contundente con la mano sobre el mapa que colgaba en la pared para señalar el trayecto que nos separaba del mar Rojo.

Me miró de arriba abajo durante casi dos minutos.

–¿Sabe usted lo que está diciendo, señorita? Es imposible. Coja el próximo vuelo a Madrid. ¡No queremos problemas!

–No les voy a dar problemas. Tengo dinero suficiente para mantenerme durante tres meses. Mire –me defendí sacando rápidamente un fajo de billetes sucísimos.

–Vale, pues no nos hacemos responsables de usted. Le voy a tramitar primero un permiso de residencia de tres meses, pero después tendrá que irse. ¿Dónde vive ahora? La voy a empadronar...

–Vivo fuera de la ciudad, en una casa que no tiene número. No sé cómo explicárselo... A ver, que le hago un dibujo...

Y así fue cómo me instalé en el desierto.

No quiero estar lamentándome continuamente de mi soledad, pero es que en los primeros tiempos casi me parecía imposible soportarla, y quería recoger mis bártulos y regresar a Europa. Había tormentas de arena interminables y durante el día el tiempo era tan caluroso que hasta el agua quemaba en las manos. Por la noche, en cambio, hacía tanto frío que me tenía que abrigar con la chaqueta guateada. Muchas veces me preguntaba por qué me emperraba en quedarme, por qué había querido venir sola a aquel rincón olvidado del mundo. Estas preguntas no tenían respuesta y yo permanecía en el desierto día tras día.

La segunda persona que conocí fue un comandante jubilado de la Legión. Era español, pero había pasado toda su vida en el Sáhara. Ahora ya era mayor, y no quería regresar. Le pedí ayuda.

–Señorita, eso es imposible. Tiene que evaluar sus propias circunstancias...

No dije nada, pero estoy convencida de que mi expresión debió delatar el desencanto que sentí.

–Venga a mirar este mapa militar. Esto es África, esto el desierto del Sáhara y estas líneas de puntos son caminos. El resto, ya se lo puede usted imaginar...

Ya lo sabía. Había visto miles de mapas del desierto. El de aquel hombre mostraba, aparte del Sáhara Occidental con algunas líneas de puntos, España y las fronteras entre países, nada más. El resto era un gran espacio vacío.

–¿Y estos caminos, qué son exactamente?

–Estos caminos son el rastro que otras personas han dejado antes, al pasar por ellos. Cuando hace buen tiempo se pueden ver, pero si se levanta una tormenta de arena quedan cubiertos e invisibles.

Le agradecí su ayuda y me marché. Me sentía un poco descorazonada. Me conocía, y aquello estaba fuera de mi alcance, por muchas ganas que tuviera. Pero no podía tirar la toalla: era una persona testaruda. No me podía desanimar, así que recurrí a los saharauis, ya que sabía que desde hacía generaciones ellos tenían su propia manera de hacer las cosas.

A las afueras de la ciudad había una plaza abarrotada de camellos, ovejas, jeeps y productos varios. Esperé a que un musulmán anciano acabara de rezar y me acerqué para preguntarle cómo podía atravesar el desierto del Sáhara. Aquel hombre sabía español y, en cuanto empezó a hablar, muchos jóvenes se arremolinaron a nuestro alrededor.

–¿Quieres ir hasta el mar Rojo? No he ido en mi vida. Ahora se puede ir desde Europa en avión, hacer una escala y llegar sano y salvo. ¿Qué necesidad tienes de cruzar el desierto?

–Pero es que quiero hacerlo. Por favor, guíeme –supliqué elevando el tono de voz por miedo a que no me oyera bien.

–Ya veo que te has empeñado en ir como sea, ¿verdad? Pues atiende: alquila dos jeeps, por si uno sufre una avería. También necesitarás un guía. Tienes que prepararte muy bien. ¡No hay nada de malo en probar!

–¿Por cuánto me saldría al día alquilar un jeep? ¿Y cuánto cobra el guía? –pregunté excitada, pues aquella era la primera vez que alguien me decía que podía intentarlo.

–El jeep, 3.000 pesetas al día. El guía, otras 3.000. La comida y la gasolina van aparte.

Me puse a echar cuentas: «Vale, pues en un mes tendría como mínimo un gasto de 180.000 pesetas (120.000 dólares taiwaneses). Uy, no, me he equivocado. Tengo que multiplicar el alquiler de los jeeps por dos, así que en total serían 270.000 pesetas (180.000 dólares taiwaneses). Y aún tendría que sumar los gastos del equipamiento, comida, gasolina y agua. No me libraría de pagar 400.000 pesetas al mes».

Palpé los billetes que llevaba en el bolsillo.

–Es demasiado caro. No me lo puedo permitir. Gracias –reconocí desanimada.

Cuando me dispuse a marcharme, aquel anciano me dio una idea:

–Hay otra forma que no requiere mucho dinero.

Nada más oírlo me volví a sentar.

–¿Cuál?

–Pues ir con los nómadas. Son gente muy pacífica. Van a donde haya un poco de agua de lluvia. Puedes ahorrarte dinero. Te los presentaré.

–No me asusta pasarlo mal. Puedo comprar mi propia tienda y un camello. Por favor, ayúdeme. No tengo inconveniente en partir inmediatamente.

–Bueno, eso ya lo veremos, porque a veces se quedan en un sitio una o dos semanas, ¡pero en algunas ocasiones permanecen en el mismo lugar incluso de tres a seis meses! Eso depende de dónde haya alimento para las cabras.

–¿Cuánto tardan más o menos en recorrer el desierto?

–Es difícil de decir. Son muy lentos... ¡Unos diez años!

Todo el mundo se echó a reír, menos yo. Aquel día regresé a casa por el camino largo. Había venido desde la otra punta del mundo, y estaba retenida en aquella ciudad... Por suerte todavía tenía tres meses de margen para instalarme y podía hacer planes más adelante.

Al día siguiente de mi llegada, el casero trajo a su familia para que me conociera. Un grupo de hombres, mujeres y niños se apretujaban delante de mi puerta. Les sonreí y cogí en brazos al más pequeño.

–Entrad, os daré algo para picar.

Miraron avergonzados hacia atrás, a una mujer gorda. Era muy guapa: tenía los ojos grandes, las pestañas largas, los dientes blancos y la tez ligeramente morena. Llevaba una túnica azul turquesa oscuro y el pelo cubierto. Se me acercó y apoyó un momento su cabeza en mi cara.

–*As-salam aleikum!* –me saludó, cogiéndome la mano.

Yo le devolví el saludo. Me gustaba mucho aquella mujer.

Todas las niñas del grupo llevaban llamativas y coloridas faldas largas africanas de flores, y en el pelo tenían muchas trencitas, como si fueran Medusa. Eran muy bonitas. Había niños vestidos y niños desnudos, pero todos iban descalzos. Desprendían un fuerte olor corporal. Sus caras eran todas preciosas, pero estaban un poco sucias.

Después de aquello me encontré con el casero, que era policía. Hablaba muy bien español.

–Su mujer es guapísima.

–Qué extraño, ¡pero si mi mujer no fue a verte!

–Entonces ¿quién era aquella mujer rellenita tan guapa?

–¡Ah! Esa es Guka, mi hija mayor. Solo tiene diez años.

Me llevé una gran sorpresa y me lo quedé mirando atónita. Guka parecía muy madura, pensé que tendría unos treinta años. No me lo podía creer.

–Muchacha, tú también debes tener pocos más de diez, ¿no? Podéis ser amigas.

Me rasqué la cabeza, apurada. No sabía cómo decirle mi edad.

Con el tiempo fui cogiendo confianza con Guka.

–Guka, ¿de veras solo tienes diez años?

–¿De qué años hablas?

–De los tuyos, ¿cuántos tienes?

–¡Pues no lo sé! Solo sé contar con los dedos hasta diez. Es que las mujeres no nos ocupamos de eso... Es mi padre quien sabe cuántos años tengo.

Más adelante me di cuenta de que Guka no era la única que no sabía su edad. Ni su madre ni las vecinas sabían contar. Tampoco les importaba cuántos años tenían; solo les interesaba su peso, pues la gordura era símbolo de belleza en el desierto, con independencia de la edad.

Ya llevaba casi un mes viviendo en el desierto y había conocido a mucha gente, españoles y saharauis. Entre ellos había un joven saharaui que había terminado el instituto, algo verdaderamente inusual allí.

–Me caso la primavera del año que viene –me anunció un día excitado.

–¡Felicidades! ¿Quién es tu prometida?

–Está en el desierto, vive en una jaima.

Miraba a aquel joven tan apuesto y esperaba que pudiera lograr algo diferente al resto de su gente.

–Y, dime, ¿cuántos años tiene tu prometida?

–Cumple once este año.

–¡Dios mío! ¡Pero si se supone que tú has recibido educación secundaria!–exclamé.

–¿Y qué tiene eso de malo? Mi primera mujer se casó conmigo cuando solo tenía nueve años. Ahora tiene catorce y ya ha parido dos hijos –me replicó enfadado.

–¿Cómo? ¿Que ya estás casado? ¿Y cómo es que no me lo habías dicho nunca?

–Las mujeres no son tema de conversación... ¡No hubiera sabido qué decirte!

Lo examiné con detenimiento.

–¿Piensas casarte con cuatro mujeres? –le pregunté, sabiendo que los musulmanes pueden llegar a tener hasta cuatro esposas.

–¡No, no! ¡No soy tan rico! Ahora con dos ya me puedo dar por satisfecho.

Al poco tiempo, Guka se casó entre lloros. Lloraba porque así lo mandaba la tradición, pero si yo hubiera estado en su lugar, habría llorado amargamente toda la vida.

Un atardecer, paró un coche delante de la puerta de mi casa, pegando bocinazos. Salí a ver qué pasaba: era una pareja de amigos recientes, montados en su jeep, que me saludaban con la mano.

–Vente, ¡te llevamos a dar una vuelta!

Eran españoles, el hombre servía en las fuerzas aéreas de la zona. Tenían una «nave del desierto»[1] muy moderna.

–¿Y adónde vamos? –pregunté mientras me subía al jeep.

–Al desierto.

–¿Y cuánto se tarda?

–Dos o tres horas, y luego volvemos.

De hecho, tanto fuera como dentro de la ciudad todo era arena, pero nos fuimos aún más lejos. El jeep seguía las huellas de las ruedas de otros coches y se adentró en aquel desierto infinito. Caía la tarde, pero todavía hacía mucho calor. Tenía un poco de sueño, y cerré los ojos un rato. Al volver a abrirlos no podía dar crédito a lo que estaba viendo: ¡delante de nosotros, a unos doscientos metros, había un gran lago! Era liso como un espejo y en la orilla había algunos árboles. Me froté los ojos y tuve la sensación de que el coche se dirigía hacia el agua a toda velocidad.

–¡Eh, cuidado con el lago! ¿Quieres que nos matemos? –le grité al conductor, dándole un golpecito en la cabeza desde el asiento trasero.

1. Se trata de una denominación que generalmente reciben los camellos porque son los únicos animales que pueden cruzar las grandes y desoladas extensiones de arena sin agua.

Él no respondió a mis chillidos, ¡y pisó a fondo el acelerador! Miré a su mujer, que por alguna misteriosa razón se reía. El coche no se detenía, y el lago estaba cada vez más cerca. Yo me encogí, abrazándome a mis rodillas, y me encomendé a la suerte. Había oído que en un desierto no muy lejano sí había un gran lago, pero no me imaginaba que estuviera allí mismo. Levanté un poco la cabeza: el lago no se había movido. Volví a esconderla entre las rodillas. Entonces el coche recorrió cerca de cien metros a toda velocidad y se detuvo.

–¡Eh, abre los ojos! –me ordenaron.

Levanté la cabeza y solo vi el desierto infinito. La puesta de sol había teñido el lugar de rojo sangre y el viento soplaba lentamente arrastrando arena. Era una escena aterradora. ¿Y el lago? Había desaparecido. No había ni rastro del agua ni de los árboles. Me cogí con fuerza al respaldo del asiento delantero sin decir nada. Parecía como si estuviera viviendo en primera persona una de aquellas historias para no dormir de un programa de televisión.

Bajé del coche de un salto y pisé el suelo con incredulidad, y luego hasta lo toqué con las manos. Era real, pero, entonces, ¿adónde había ido a parar el lago? Volví corriendo al coche, que seguía en el mismo sitio, y dentro de él mis dos amigos se retorcían de la risa.

–¡Ya lo entiendo! Ha sido un espejismo, ¿no?

Cuando me subí de nuevo al coche todavía tenía los pelos de punta. ¡Qué miedo! ¿Cómo podía estar tan cerca? Los espejismos de las películas se veían todos desde lejos.

–¡Y lo que aún te falta por ver! Poco a poco irás conociendo el desierto, ¡está lleno de fenómenos fascinantes!

A partir de aquel día, dejé de confiar en mis ojos, siempre tenía que acercarme y tocarlo todo.

–Soy miope. Necesito tocar las cosas para asegurarme...

No podía confesar que aquel espejismo me había dejado aterrada.

Un día, mientras lavaba la ropa con la puerta abierta, se coló una cabra del casero y devoró la única planta que tenía y que tanto esfuerzo me había costado hacer crecer. No había florecido aún, pero sí le habían brotado dos hojas verdes, que la cabra arrancó de un bocado. La perseguí para darle su merecido, pero me tropecé y caí de bruces. Estaba indignada y salí corriendo en busca del hijo del casero para cantarle las cuarenta.

–¡Tu cabra se ha comido las hojas de mi planta! –increpé a Baxi, el hijo mayor, de quince años.

–A ver, dime, ¿cuántas se ha comido? –me preguntó con altanería.

–Las dos únicas hojas que tenía.

–¿Y por dos hojas crees que vale la pena armar este escándalo? ¡No seas ridícula!

–¿Cómo? ¿Te olvidas de que estamos en el desierto y de que aquí no crecen ni las malas hierbas? Mi planta...

–Anda, déjalo estar... ¿Qué haces esta noche?

–Nada –contesté, pensando que realmente no tenía ningún plan.

–Voy con varios amigos a atrapar extraterrestres, ¿vienes?

–¿Te refieres a los extraterrestres que vienen en platillos volantes? –pregunté con curiosidad.

–Así es.

–Los musulmanes tenéis prohibido decir mentiras, chaval.

Se llevó la mano al corazón, gesto con el que reafirmaba su sinceridad.

–Esta noche no hay luna, quizá se dejen ver.

–¡Me apunto! ¡Me apunto! –acepté al momento–. ¿Y es imprescindible atraparlos?

Sentía miedo, pero también emoción.

–¡Pues claro, mujer! Tan pronto salgan de la nave tenemos que cogerlos. Pero tienes que vestirte como un saharaui porque no puedo llevar a una mujer.

–¡Como tú digas! Préstame entonces un turbante y un abrigo grueso.

Los platillos volantes aparecieron de verdad. Aquella noche anduve con Baxi y un grupo de muchachos casi dos horas hasta llegar a un lugar en el desierto donde no había luz alguna. Nos agachamos. A nuestro alrededor solo había oscuridad. Las estrellas parecían diamantes emitiendo su luz helada. El viento golpeaba mi cara, y me dolía como si me estuvieran abofeteando. Me puse el turbante y me cubrí hasta la nariz. Solo se me veían los ojos. Esperamos hasta que casi nos quedamos congelados, cuando de pronto Baxi me dio un codazo.

–¡No te muevas! ¡Escucha!

Se oyó el sonido rítmico como de un motor que venía de los cuatro puntos cardinales.

–¡No veo nada! –grité.

–¡No grites!

Baxi me señaló con la mano un lugar no muy lejano. En lo alto del cielo había un objeto volante que emitía una luz anaranjada y que se nos acercaba poco a poco. Aunque estaba concentrada mirando aquel objeto volador, estaba tan nerviosa que hundí las uñas en la arena. Aquel extraño aparato dio una vuelta y se marchó. Inspiré profundamente y entonces el objeto se acercó a menos altura. Lo único que quería era que aquel trasto se alejara rápido, ¡así que os podéis imaginar que ni me pasaba por la cabeza la posibilidad de atrapar extraterrestres! Ya nos podíamos sentir afortunados si aquel platillo volante no nos abducía a nosotros. No obstante, no llegó a aterrizar. Me quedé esperando mucho rato sin moverme. Me sentía débil. A pesar del frío que hacía, tenía el cuerpo empapado de sudor...

Llegamos a casa cuando ya había amanecido. Me estaba quitando el turbante y el abrigo delante del portal para devolvérselos a Baxi justo cuando llegó su padre policía.

–¿Eh? ¿Adónde vais?

Al ver a su padre, Baxi escapó como una exhalación.

–¡Hola! Hemos ido a ver los platillos volantes –respondí al casero.

–Tú también has caído en la trampa... ¡Este mocoso te ha engañado!

–¡Pero es que es verdad! Aquel artilugio de color naranja que volaba lentamente no era un avión. Se desplazaba poco a poco y no volaba muy alto –expliqué.

–Mucha gente lo ha visto. Vienen a menudo por la noche, ¡desde hace años! Son algo inexplicable.

–¿Así que usted también cree en lo que acabo de ver? –pregunté, muy sorprendida por sus palabras.

–Mira, muchacha, yo creo en Alá, pero es verdad que existe una cosa que aparece en el cielo del desierto.

A pesar de que solo había pasado una noche en vela y muerta de frío, estuve mucho tiempo sin poder dormir.

Una noche se me hizo tarde mientras cenaba carne de camello asada en casa de unos amigos.

–Quédate aquí esta noche y regresa mañana.

Lo pensé, pero la una de la madrugada tampoco me pareció tan tarde, así que decidí volver a casa andando.

–No podemos llevarte –me confesó el anfitrión, apurado.

–No es necesario que me acompañéis. ¡Voy bien preparada! –expliqué dando golpecitos a mis botas.

–¿Qué llevas ahí? –preguntó la pareja al unísono.

De pronto, sin que nadie lo esperara, y haciendo un poco de teatro, saqué un brillante y afilado cuchillo de una de mis botas. La mujer dio un grito de sorpresa, y nos reímos un buen rato. Me despedí y me puse en marcha.

Había unos cuarenta minutos de trayecto, no estaba demasiado lejos. El único problema es que tenía que cruzar dos cementerios. En aquel lugar los saharauis no usaban

ataúdes, sino que envolvían a sus muertos con una mortaja blanca para enterrarlos en la arena. Luego amontonaban piedras encima para que los muertos no se levantaran a medianoche. Esa madrugada había luna llena y mientras avanzaba cantaba a pleno pulmón las canciones militares de la Legión. Más tarde pensé que no era una buena idea, pues me convertía en un blanco fácil. El desierto estaba sumido en una completa oscuridad y, salvo los gemidos del viento, solo se oían mis pasos.

El primer cementerio apareció claro ante mí bajo la luz de la luna. Pasaba con cuidado por entre las tumbas, una a una, para no pisar a los que descansaban allí. El segundo cementerio era un poco más complicado, pues estaba situado en una pendiente. Si quería regresar a casa tenía que cruzarlo inevitablemente. Los muertos estaban enterrados muy cerca los unos de los otros y casi no había camino por donde pasar. No muy lejos vi a varios perros olisqueando por aquí y por allá. Me agaché para coger una piedra y se la lancé. Los perros empezaron a ladrar muy fuerte y huyeron.

Me quedé quieta en la cuesta durante un rato mirando a mi alrededor. Me asustaba estar tan sola, pero todavía lo hacía más imaginar que de la oscuridad pudiera salir alguien. ¿Y si no era una persona? ¡Madre mía! Se me pusieron los pelos de punta. Era mejor dejar de pensar en aquello. Cuando estaba a punto de llegar al final del cementerio, de pronto una sombra se movió. Al principio estaba postrada en el suelo, alzando los brazos con fuerza hacia el cielo; luego los bajó; después los volvió a alzar, y finalmente los bajó de nuevo.

Me quedé helada y me mordí el labio inferior. Seguí ahí de pie, petrificada. ¿Qué? La sombra volvió a quedarse inmóvil. Al mirar con más detenimiento vi un cuerpo envuelto en un amasijo de telas. ¡Estaba claro que era algo que había salido de una tumba! Seguí medio encogida y con la mano derecha palpé el mango del cuchillo que tenía en las botas. Una gran

ráfaga de un viento extraño sopló con tanta fuerza que me acercó unos pasos a la sombra, como si estuviera caminando en un sueño. Giré la cabeza y analicé la situación: detrás de mí había una pequeña pendiente, no podía correr muy rápido, era mejor abalanzarme sobre aquella cosa. Así que avancé unos pasos. Y cuando estaba a punto de alcanzarla, empecé a gritar y a acelerar, como si volara. Cuál no fue mi sorpresa al ver que cuando yo chillé, aquella sombra también hizo lo mismo.

–¡Aaaaah! ¡Aaaaah! ¡Aaaah!

Su voz sonaba más aterrorizada que la mía.

Me acerqué decidida y me detuve en seco. ¡Era la voz de una persona! Cuando volví a girar la cabeza, vi a un hombre de pie vestido con ropas saharauis. Su rostro era la viva estampa del terror.

–¿Quién eres? ¡No tienes vergüenza! ¿Qué pasa, no eres lo suficientemente hombre para dar la cara o qué? Mira que esconderte para asustar a las mujeres... –le increpé en español, ya repuesta del susto.

–Yo... Yo...

–¿Eres un ladrón? Saqueas tumbas, ¿no?

Caminé hacia él dando grandes pasos sacando el coraje de no sé dónde. ¡Dios mío! ¡Pero si solo se trataba de un joven que no llegaba ni a los veinte años! Y tenía la cara cubierta de arena.

–Estaba rezando sobre la tumba de mi madre. No he querido asustarte...

–¿Y aún te atreves a negarlo? –le pregunté dándole un empujón.

Se echó a llorar.

–Muchacha, ¡has sido tú la que me ha asustado! ¡Te has equivocado conmigo! Has sido tú... Yo... Yo...

–¿Que yo te he asustado?

No sabía si echarme a reír o a llorar.

–Estaba concentrado rezando y el viento me ha traído

la voz de alguien que cantaba. Presté atención, pero la voz se desvaneció. Después vi a los perros escaparse ladrando como posesos y justo cuando volvía a postrarme para rezar, te vi asomar por la cuesta, con tu pelo largo volando al viento. ¡Casi me muero del susto! Y encima te abalanzas sobre mí como un rayo... Y gritando de esa forma...

Me eché a reír, y me reía tanto que me tambaleé y pisé el estómago de un muerto.

–¿Y con lo cobarde que eres aún te atreves a salir en medio de la noche a rezar? ¡Corre, vuelve a casa!

Me hizo una reverencia y se marchó.

Entonces me di cuenta de que tenía el pie justo sobre la mano izquierda de su madre. Eché un vistazo a mi alrededor. La luna había desaparecido. Al final de aquel cementerio parecía que había cosas que se levantaban del suelo. «Larguémonos de aquí!», me dije en voz baja y volví a casa como una exhalación. Al llegar cerré de un portazo y me apoyé en la puerta cogiendo aire. Miré el reloj: ¡había hecho en quince minutos un trayecto de cuarenta!

Tal y como mis amigos me habían advertido: «Poco a poco irás conociendo el desierto, ¡está lleno de fenómenos fascinantes!».

Había tenido suficientes emociones por esa noche.

Empezar de cero
白手成家

Al principio quien se obstinó en ir al desierto del Sáhara fui yo, no José. Lo que ocurrió después es que si decidimos quedarnos a vivir más tiempo fue por él, no por mí. Yo había pasado la mitad de mi vida errando de un país a otro, y había vivido en países desarrollados, que ya tenía vistos y explorados. No es que no me hubieran impactado, pues la verdad es que habían ejercido una gran influencia en mi forma de vida, pero nunca me había quedado mucho tiempo en un sitio, nunca me había sentido vinculada, en cuerpo y alma, a una ciudad concreta.

No recuerdo cuándo sucedió exactamente, pero una vez que hojeaba un número de *National Geographic* encontré por casualidad un reportaje que hablaba del desierto del Sáhara. Una sola lectura fue suficiente para que, sin explicación aparente, vertiera toda la nostalgia ligada a los recuerdos de mi vida en aquel territorio desconocido.

Cuando volví a establecerme en España, el deseo de recorrer los doscientos ochenta mil kilómetros cuadrados de extensión del Sáhara que pertenecían al Estado español no dejaba de obsesionarme. Mis conocidos pensaban que aquel empeño era una broma, y cuando a menudo decía que quería ir de viaje al desierto nadie me tomaba en serio.

Incluso los amigos que me conocían mejor opinaban que mi anhelo por el Sáhara respondía a un desencanto con el mundo material, a la necesidad de llevar a cabo una especie de autoexilio alejada de la vida mundana, y que si me iba, no volvería, pero estaban todos equivocados. Por suerte, las opiniones de los demás no me afectaban en absoluto.

Cuando decidí la fecha en que me trasladaría un año a vivir al desierto, solo hubo un amigo –aparte de mi padre, que por supuesto me apoyaba– que me tomó en serio. No me puso impedimentos, ¡ni mucho menos me cortó las alas! De hecho, él hizo las maletas discretamente y se marchó antes que yo para buscar trabajo en las minas de fosfato del Sáhara. Se instaló allí, y esperó a que yo me fuera sola a África para cuidar de mí. Sabía perfectamente que yo era una mujer obstinada, que hacía lo que quería y que no iba a cambiar mis planes. Cuando esta persona se marchó al desierto dispuesto a sufrir por amor, yo ya había decidido que quería irme con él a vagar por los confines del mundo durante el resto de mi vida. Aquella persona era mi marido. Y todo esto pasó hace cosa de dos años.

José se fue al Sáhara. Yo rematé todos los asuntos sin importancia que tenía entre manos y me marché sin despedirme de nadie. Antes de subirme al avión dejé una carta, con la parte del alquiler que me correspondía, a las tres amigas españolas con las que compartía piso. Al cerrar la puerta dejaba atrás una etapa de mi vida a la cual ya me había acostumbrado y me dirigía hacia un inmenso desierto desconocido.

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de El Aaiún, que era un edificio prefabricado, vi a José, del que me había despedido hacía tres meses. Aquel día llevaba una camisa de estilo militar y unos vaqueros grasientos. Me abrazó con fuerza. Tenía las manos muy ásperas y llevaba el pelo y la barba cubiertos de arena. Tenía la cara muy roja, agrietada por el sol y el viento, y los labios secos y cortados; su mirada rezumaba un sufrimiento silencioso. Al ver cómo se había transformado en tan poco tiempo, sentí una punzada de dolor en el corazón.

En aquel momento tomé conciencia de que la vida a la que me iba a enfrentar –y que ya se había convertido en una realidad desafiante– había dejado de ser un mero ideal romántico de juventud. Al salir del aeropuerto, el corazón me latía muy rápido y me costaba mucho controlar mi excitación: ¡por fin me encontraba en el lugar por el que llevaba suspirando media vida! Me sentía abrumada por la mezcla de pensamientos y sentimientos que me asaltaban en aquellos momentos. El desierto del Sáhara, en lo más profundo de mi corazón, hacía mucho tiempo que era mi amante soñado.

Levanté la mirada. En la lejanía el viento aullaba sobre la arena amarilla infinita; el cielo estaba raso y la tierra se mostraba profunda, magnificente y tranquila. El sol estaba cayendo y teñía el desierto de un rojo intenso. Era una imagen bella y aterradora. El invierno estaba a punto de llegar, de manera que el calor sofocante que esperaba encontrarme se transformó en el paisaje poético y desolador que tenía ante los ojos.

José me esperaba tranquilamente, y yo me quedé mirándolo.

–¡Ya estás en los brazos de tu querido desierto!

Asentí con la cabeza, pero un nudo me apretaba la garganta.

–¡Vámonos, extranjera!

José me llamaba así desde hacía muchos años, y no era porque justo en aquella época la obra de Camus estuviera de moda, sino porque esa palabra me definía a la perfección. Nunca me he sentido parte de ninguna mayoría, y a menudo tomo caminos diferentes de los que escogen los demás, y hago cosas que me resultan difíciles de explicar al resto de la gente.

El aeropuerto estaba vacío y los cuatro gatos que habían bajado del avión ya habían desaparecido. José se cargó al

hombro mi gran maleta y yo lo seguí con la mochila a la espalda y una funda de almohada en la mano.

El aeropuerto quedaba bastante lejos de la casa que José había alquilado hacía quince días. Y como la maleta y la mochila pesaban una barbaridad, andábamos muy lentos. A veces nos adelantaba algún coche, y nosotros intentábamos pararlo con un gesto de la mano para que nos llevase, pero nadie se detenía. Después de casi cuarenta minutos, giramos y llegamos a una pendiente. Al llegar a una calle asfaltada por fin vimos gente y humo que salía de las casas.

–Mira, esto son las afueras de El Aaiún. Nuestra casa está justo aquí abajo.

Lejos del camino que habíamos recorrido se erigían varias decenas de tiendas destartaladas y algunas cabañas hechas de hojalata. En la arena se veían varios camellos y rebaños de cabras.

La primera vez que vi a aquella gente –que siempre iba vestida con telas de color azul oscuro– me pareció estar entrando en un mundo de ensueño. En el viento flotaban las voces de unas niñas que jugaban y en los lugares en que se congregaba la gente se respiraba una vitalidad y una animación indescriptibles. La vida en aquel lugar tan pobre, subdesarrollado y desolado progresaba muy poco a poco. No era un sitio donde la gente luchara por sobrevivir, pues los habitantes del desierto vivían, envejecían, enfermaban y morían allí con total naturalidad. Observé las volutas de humo y pensé que la serenidad de aquella gente les confería elegancia. Vivían libres de preocupaciones, y eso, a mi parecer, era un signo de mentes civilizadas.

Por fin nos adentramos en una avenida larga, a cuyos lados había dispersas bajo la luz del crepúsculo unas casas cuadradas hechas de ladrillos huecos. Yo me fijé especialmente en la última casa de la fila, que era muy pequeña y

tenía la puerta arqueada. El instinto me decía que aquella era la mía y José, en efecto, se dirigió hacia allí.

–Bueno, ¡pues ya hemos llegado! Bienvenida a nuestro hogar –anunció soltando la maleta, empapado en sudor.

Justo delante teníamos un gran vertedero, un poco más allá había un valle de arena que parecía una ola y a lo lejos se veía el vasto cielo. Detrás de casa había una larga costa de tierra dura, sin arena, y con alguna roca dispersa aquí y allá. En las casas vecinas no se veía ni un alma. La única presencia era la del viento, que no dejaba de soplar con fiereza despeinándome y levantándome la falda.

Cuando José abrió la puerta, dejé la mochila en el suelo. Ante mí se extendió un pasillo corto y sombrío. Y entonces él me levantó por detrás.

–Es nuestra primera casa, así que te voy a entrar en brazos. ¡A partir de ahora eres mi mujer!

Aquella era una unión sencilla y profunda. Nunca lo había amado con locura, pero eso no impedía que me sintiese a gusto y feliz.

José recorrió el pasillo en cuatro zancadas. Alcé la cabeza y descubrí que en el techo había una abertura cuadrada desde la que se podía ver el cielo gris.

Forcejeé para liberarme de sus brazos, solté la funda de la almohada y me dispuse a inspeccionar la casa. De hecho, para recorrerla no era necesario desplazarse, ya que si te plantabas bajo la claraboya quedaba todo a la vista. Una de las habitaciones, que era relativamente grande y daba a la calle, medía cuatro pasos de ancho y cinco de largo. La otra era tan pequeña que, aparte de una cama de matrimonio, solo había espacio para abrir la puerta y un pasillo tan ancho como mis brazos extendidos.

La superficie de la cocina equivalía a cuatro hojas de periódico extendidas horizontalmente en el suelo. Había un fregadero amarillento, sucio y resquebrajado, y una encime-

ra de cemento. En el baño había una taza de váter, sin cisterna, un lavabo y una bañera blanca que quitaba el hipo, pues más bien parecía una escultura dadaísta inservible. En aquel momento se me ocurrió subir las escaleras de piedra que había detrás del baño y la cocina para ver a dónde llevaban, pero José me detuvo.

–Es mejor que no subas. Estas escaleras llevan a la azotea, que es de uso común con los vecinos. Ya subirás mañana. Hace pocos días compré una cabra, y la he dejado con las del casero para que las críe juntas. ¡Así podremos tener leche fresca!

Saber que teníamos una cabra fue para mí una grata sorpresa que me tuvo de buen humor durante un buen rato.

José estaba ansioso por saber cuál era mi primera impresión sobre la casa.

–Me gusta, de verdad. Poco a poco la iremos haciendo nuestra... –le respondí con voz intranquila.

Mientras le decía aquello, yo seguía evaluando el conjunto. El suelo era de cemento y no estaba bien nivelado. Las paredes estaban hechas con ladrillos huecos de color gris oscuro y no se habían molestado ni en pasar una mano de cal, de manera que la masilla que se había puesto para tapar las juntas quedaba a la vista.

Levanté la cabeza y vi que del techo colgaba una bombilla muy pequeña, en cuyo cable se habían posado muchas moscas, todas muy juntas. En la esquina izquierda de la pared había un agujero por donde se colaba el viento, y cuando abrías el grifo salían unas gotas de un líquido verde oscuro, pero el agua brillaba por su ausencia. Observé también el techo, que parecía que iba a desplomarse de un momento a otro.

–¿Y cuánto cuesta el alquiler de un mes? –le pregunté a José.

–Diez mil pesetas (unos siete mil dólares taiwaneses). Sin contar la luz y el agua, que van aparte.

–¿Es cara el agua?

–Un bidón de gasolina lleno hasta los topes vale noventa pesetas. Mañana hay que ir al ayuntamiento para pedir que nos traigan agua.

Me senté muy decepcionada sobre la maleta, sin decir nada.

–Vale, pues vamos ahora mismo a la ciudad a comprar una nevera y algo de comer. ¡Las cuestiones de subsistencia doméstica se tienen que solucionar cuanto antes!

Cogí la funda de la almohada y salimos de casa. Durante el trayecto nos encontramos con varias personas, vimos el desierto, y pasamos por cementerios y gasolineras. Cuando había oscurecido casi por completo, vislumbramos por fin las luces de la ciudad.

–Mira, esto es el banco y aquello de allí, el ayuntamiento. A la derecha están los juzgados, en cuya planta baja está la oficina de correos. Hay bastantes tiendas. La oficina central de nuestra empresa está en la fila de edificios de ahí delante. Aquellas luces verdes son de un hotel, y aquel edificio que está pintado de color amarillo es el cine...

–¿Quién vive en aquella fila de apartamentos tan elegantes? Fíjate, en aquella casa blanca con árboles, piscina... ¿Aquel gran edificio, desde el que se oye música a través de las cortinas blancas es también un hotel?

–En esos apartamentos residen los altos cargos de la administración. La casa blanca es la del gobernador general, por eso tiene jardín... Y la música que llega hasta nosotros viene del club militar.

–¡Anda! ¡Pero si hay un palacio islámico con su muralla y todo! ¡Fíjate, José!

–Eso no es un palacio, es el Hotel Nacional, que tiene cuatro estrellas. Es donde se alojan las personas enviadas por el gobierno.

–¿Y dónde viven los saharauis? He visto muchos...

–Algunos viven en la ciudad, y otros fuera. Los hay por todas partes. Nosotros vivimos en el barrio de los cemente-

rios. Así que cuando quieras coger un taxi, esta es la indicación que debes darle al taxista.

–¿Ah, pero hay taxis aquí?

–Sí, claro, y todos son de la marca Mercedes Benz. Cuando acabemos de comprar lo que necesitamos, cogeremos uno para volver a casa.

En la misma tienda de ultramarinos compramos una nevera diminuta, un pollo congelado, un fogón de gas y una manta.

–Es que yo no quería comprar estas cosas antes de que tú vinieras, porque no sabía si te gustarían... ¡Ahora puedes escoger tú misma! –me dijo José intentando complacerme.

¡Ya me diréis qué podía escoger yo, si solo había una nevera en la tienda y los fogones eran todos iguales! De hecho, al volver a recordar la casa tan lúgubre que habíamos alquilado, desapareció todo mi interés. En el momento de pagar abrí la funda de la almohada.

–Como todavía no estamos casados, yo también pagaré una parte.

Aquello era lo que habíamos hecho siempre, desde que éramos amigos: pagar a medias.

José no sabía qué guardaba yo en aquella funda y cuando alargó la cabeza para echar un vistazo, se asustó tanto que pegó un bote. En un visto y no visto me arrebató de las manos la funda de la almohada y se la puso junto al pecho para protegerla, mientras con la mano que tenía libre sacaba dinero de su bolsillo para pagar.

–¿De dónde has sacado tanto dinero? ¿Se puede saber por qué lo llevas en la funda de una almohada y no me has dicho nada? –me preguntó bajito al salir.

–Me he traído todo lo que me dio mi padre.

José me miraba fijamente con una cara muy seria y sin decir nada. Yo también lo observaba con atención, a pesar del vendaval que nos rodeaba.

–Mira... ¡Creo que será imposible que te acostumbres a vivir aquí! Cuando acabes tu viaje, y hayas visto todo lo que quieres ver, presentaré mi dimisión y regresaremos juntos.

–¿Pero por qué me dices esto ahora? ¡Si no me he quejado de nada! ¿Por qué quieres dimitir?

José dio unas palmaditas en la funda y me dedicó una sonrisa cargada de paciencia.

–Has querido venir al Sáhara porque eres una tozuda y una romántica, pero pronto estarás harta. Con todo este dinero no creo que quieras vivir como el resto del mundo...

–El dinero es de mi padre, no es mío. ¡Y no pienso gastarlo!

–Muy bien, pues mañana mismo lo ingresamos en el banco. Y, a partir de ahora, solo vivirás del dinero que gane yo. ¡Tenemos que estar a las duras y a las maduras!

Al oír aquellas palabras de la boca de José casi me puse como una furia. Con la de años que hacía que nos conocíamos, y con la cantidad de países por los que había viajado yo sola, ¿y ahora por aquellos cuatro chavos ya me veía como una mujer pretenciosa e incapaz de apretarme el cinturón? Estuve tentada de contraatacar, pero no dije nada. Los hechos demostrarían a partir de entonces de lo que yo era capaz. De manera que seguir con la conversación en aquel momento era gastar saliva innecesariamente.

Tal y como José me había avanzado, mi primer viernes por la noche en el Sáhara me subí a un Mercedes para volver al barrio de los cementerios, a mi casa. Aquella primera noche en el desierto me hice un ovillo en el saco de dormir y José se envolvió en la fina manta que habíamos comprado. Habíamos puesto la lona de una tienda de campaña en el suelo de cemento y, casi a cero grados, pasamos la noche muertos de frío, hasta que despuntó el día.

El sábado a primera hora nos fuimos a los juzgados de la ciudad para presentar la solicitud de matrimonio y luego fui-

mos a comprar un colchón. Como resultó ser carísimo, no nos pudimos permitir el lujo de comprarnos también el somier. Mientras José solicitaba el agua en el ayuntamiento, yo fui a comprar cinco grandes esteras de las que usaban los saharauis, una cazuela, cuatro platos y dos juegos de tenedor y cuchara. Como entre los dos teníamos once cuchillos –y todos se podían usar para cortar alimentos–, no compré ninguno más. Además, también compré un cubo, una escoba, cepillos, pinzas para la ropa, jabón, aceite, arroz, azúcar y vinagre.

Las cosas eran tan caras que era difícil no desanimarse. Cogí el pequeño fajo de billetes que José me había entregado y no me atreví a comprar nada más. El dinero de mi padre lo ingresamos en el banco, en una cuenta a plazo fijo a un interés del 0,46 % y no lo podíamos retirar hasta pasado medio año. Regresamos a casa al mediodía y aprovechamos para ir a visitar a la familia del casero, que era un saharaui generoso. Por lo menos la primera impresión fue buena por ambas partes.

Le pedimos prestado medio bidón de agua, con la que José pudo limpiar nuestro bidón por dentro y luego yo me puse a cocinar. Cuando el arroz estuvo listo, lo saqué y utilicé la misma cazuela para cocer el pollo.

–¿Le has echado sal al arroz? –me preguntó José mientras comíamos sobre una estera.

–No... He usado el agua que nos ha prestado el casero.

Entonces nos acordamos de que el agua de El Aaiún se extraía de un pozo de agua muy salada que no era potable. Como José comía en la empresa los días de cada día, no reparamos en ello.

Aunque ya habíamos comprado algunas cosas, en la casa solo se veían las esteras que habíamos extendido en el suelo. Nos pasamos el fin de semana entero limpiando, y a través de la claraboya empezaron a oírse chillidos de niños saharauis que se asomaban para mirarnos. El domingo por la noche José

tuvo que marcharse a trabajar a las minas de fosfato. Le pregunté si volvería al día siguiente por la tarde y me contestó que, aunque le encantaría, las minas estaban a casi cien kilómetros de nuestra casa, entre la ida y la vuelta.

El hombre de la casa solo estaba en ella los fines de semana, pero a menudo José se apresuraba en volver cuando salía del trabajo y, bien entrada la noche, se subía en el autobús de la empresa y regresaba a la residencia de los trabajadores. Durante el día yo me iba sola a la ciudad, mientras que por la tarde, cuando ya no hacía aquel calor tan sofocante, recibía las visitas de algunos saharauis.

El papeleo de la boda se alargó una eternidad, así que aproveché para viajar por el desierto gracias a la ayuda que me prestó un comandante del ejército ya jubilado que repartía agua con un inmenso camión a centenares de kilómetros a la redonda. Por la noche yo misma plantaba mi tienda al lado de los nómadas y, como venía de parte del comandante, nadie se atrevía a meterse conmigo. Durante mis viajes, siempre llevaba azúcar, hilo de pescar, medicinas, tabaco, etcétera, y se los regalaba a los nómadas, que no tenían absolutamente nada.

Solo cuando me adentraba en el desierto y disfrutaba de aquellos paisajes, de la presencia de las manadas de antílopes que galopaban durante la salida y la puesta de sol, podía olvidarme de lo dura y difícil que era la vida real. Así pasé dos meses: viajando sola por el desierto. Cuando nuestro matrimonio fue notificado en los juzgados de Madrid en los que estábamos inscritos, supe que pronto tendría que sentar la cabeza y que mi casa se convertiría entonces en un lugar del que no podría escapar cada vez que me viniera en gana.

Siempre que iba a ordeñar a nuestra cabra, empezaba a saltar y a atacarme dándome golpes con los cuernos. Además, cada día le tenía que comprar kilos de forraje y trigo para alimentarla y, para colmo, al casero no le entusiasmaba la idea de tenerla acogida. A veces, si iba un poco más tarde a

ordeñarla, descubría que la mujer del casero ya le había exprimido hasta la última gota de leche. Tenía muchas ganas de cuidar de aquella cabra, pero como el animal se resistía, acabamos regalándosela al casero y la dejamos tranquila.

Antes de casarnos, José hacía sustituciones nocturnas para ganar más dinero. Empalmaba un turno con el otro, de manera que nos veíamos poco y si él no estaba en casa, era yo misma quien hacía las tareas más pesadas.

Entre mis vecinos, además de los saharauis, había una familia española. La señora era una mujer canaria muy corpulenta y muy valiente. Cada vez que ella iba a comprar agua potable quedaba conmigo para que fuéramos juntas. Como a la ida el bidón iba vacío, yo no tenía problemas para seguirle el paso, sin embargo, cuando volvíamos cargadas, después de haber comprado diez litros de agua, siempre le decía que no hacía falta que me esperara.

–¿Pero qué te pasa? ¿Acaso no has llevado agua en tu vida? –se burlaba ostensiblemente.

–Es que... ¡Pesa mucho! Tú tira, no me esperes...

Yo acarreaba el bidón por el mango con las dos manos bajo el sol abrasador y cada cuatro o cinco pasos me paraba para coger aire; luego volvía a ponerme en marcha, pero enseguida me volvía a parar, arrancaba de nuevo..., y así todo el rato. Sudaba a chorros, la espalda me dolía tanto que incluso temblaba, tenía la cara como un tomate y mis pasos eran cada vez más débiles. Y mi casa... continuaba siendo un punto negro en la lejanía, como si no fuera a alcanzarla nunca. En cuanto llegaba me tumbaba en la estera con la espalda recta para aliviar un poco el dolor.

A veces, les pedía a los vecinos que me dejaran su fogoncito de carbón cuando se me acababa el gas y no me sentía con fuerzas para cargar con la bombona vacía hasta la ciudad para cambiarla. Y es que para coger un taxi tenía que caminar un buen tramo y me daba pereza. Cuando me agachaba en

la entrada para avivar el fuego, me ahogaba con el humo y me lloraban los ojos sin parar. En aquellos momentos siempre daba las gracias de que mi madre no pudiera verme, pues si hubiera visto a su hija más querida en aquellas condiciones las lágrimas hubieran humedecido sus hermosas mejillas. Estaba segura de que, entre lloros, habría dicho: «Mi hija, a la que hemos criado entre algodones, ¡como si fuera una princesa!». A pesar de todo, yo no me desanimaba, ya que sabía que todas las experiencias de la vida son muy valiosas y siempre enseñan algo.

Antes de casarnos, cuando José hacía horas extras, yo me quedaba sentada en la estera escuchando los sonidos plañideros del viento que se colaban por la ventana. En casa no teníamos libros, ni televisión, ni radio. Comíamos en el suelo y a la hora de dormir nos cambiábamos de habitación para tumbarnos sobre el colchón, que también descansaba directamente en el suelo.

Al mediodía la pared quemaba, mientras que por la noche estaba helada. Si teníamos suerte nos llegaba la electricidad, pero normalmente no era así. Al caer la tarde, me quedaba observando aquel enorme agujero del techo, a través del que caía una arena gris y silenciosa, como si fuera polvo, y por la noche encendía unas velas blancas y me quedaba mirando las figuras que formaban las lágrimas de cera, hasta que se consumían.

No teníamos cajones ni armarios, así que guardábamos la ropa en las maletas, y los zapatos y el resto de objetos los teníamos recogidos en una gran caja de cartón. Para escribir tenía que buscar un tablón, que colocaba sobre mis rodillas. Al anochecer las paredes de color gris oscuro aún daban más sensación de frío. A veces, José cogía el autobús de la empresa por la noche para regresar a las minas, y cuando cerraba la puerta yo rompía a llorar desconsolada y me lanzaba escaleras arriba hacia la azotea, desde donde podía ver su si-

lueta, y luego me precipitaba escaleras abajo para ir tras él. Corría hasta quedarme sin aliento, hasta que lo alcanzaba, y después lo acompañaba con la cabeza gacha, jadeando.

–¡Quédate, por favor! ¡Te lo ruego! Hoy volvemos a estar sin luz y me sentiré muy sola –le imploraba con las manos en los bolsillos y con el viento soplándome en la cara.

José se ponía triste con todo aquello, y si salía corriendo tras él cuando ya se había marchado, los ojos se le humedecían.

–Sanmao, tengo que hacer la sustitución de un turno de mañana y he de estar allí a las seis... Si me quedo, ¿cómo voy a llegar puntual a un sitio que está tan lejos? Además, no tengo permiso para coger el autobús de primera hora de la mañana...

–¡No hace falta que ganes tanto dinero! En el banco tenemos. ¿Qué necesidad tienes de perder la salud trabajando así?

–En cuanto al dinero que tenemos en el banco, en el futuro le pediremos a tu padre que nos lo preste para comprarnos una casita. Intento ganar más para que podamos vivir mejor. Ten paciencia. Cuando nos hayamos casado, ya no hará falta que haga horas extras.

–¿Vendrás mañana?

–Estaré aquí por la tarde. Tú ve por la mañana a la ferretería a preguntar el precio de la madera, así cuando acabe de trabajar volveré en un santiamén y podré hacerte una mesa.

Me abrazó con fuerza y me envió a casa. Mientras volvía corriendo, iba girando la cabeza para ver cómo José me decía adiós agitando la mano, bajo el cielo estrellado.

A veces los compañeros de trabajo de José que tenían familia venían a buscarme en coche al anochecer.

–Sanmao, ¡vente a casa a cenar y a ver la tele! Luego te traemos de vuelta, pero no te quedes aquí muerta de asco...

Yo sabía que, aunque lo hacían con buena intención, en el fondo también lo hacían por lástima, así que yo los rechazaba por orgullo. En aquella época parecía una bestia herida: cualquier cosa, por pequeña que fuera, podía hacerme enfurecer, ¡o incluso llorar a lágrima viva! ¡Con lo bello que es el desierto del Sáhara y la fuerza de voluntad que había que poner para adaptarse a aquella vida! No es que no me gustase el desierto, lo que ocurre es que durante el período de adaptación sufrí muchos altibajos.

Al día siguiente fui a la ciudad con el papel que José me había dejado preparado para preguntar precios en la ferretería. Esperé mucho rato hasta que llegó mi turno. Los dependientes de la tienda hicieron algunos cálculos y me dijeron que todo aquello costaría más de veinticinco mil pesetas, pero que en aquel momento no disponían de la cantidad de madera que necesitábamos.

Les di las gracias y me fui a la oficina de correos para recoger la correspondencia. Con el presupuesto que teníamos para hacer los muebles solo nos llegaba para comprar algunos listones de madera. Estuve paseando por la plaza que había delante de la ferretería y de pronto me fijé en una gran pila de cajas alargadas de madera, que parecía que habían tirado los de la propia ferretería. Las cajas estaban hechas con unos listones enormes unidos por unas tiras de hierro en las esquinas. Como daba la impresión de que no las quería nadie, volví a entrar corriendo en la tienda.

–¿Me puedo quedar con las cajas vacías que tenéis fuera? –pregunté con una cierta vergüenza, pues jamás en mi vida había tenido que pedir unos trozos de madera de aquella forma.

–Sí, sí, ¡por supuesto! Coge las que quieras –me respondió el dueño amablemente.

–Me llevaré cinco, ¿les parece bien?

–¿Pero cuántos sois en casa? –me preguntó el dueño.

Le respondí que éramos dos, pero pensé que aquella pregunta no venía a cuento.

Cuando terminé de hablar con el señor de la ferretería, me fui enseguida a la plaza en la que se reunían los saharauis y alquilé dos carros tirados por burros, donde cargué las cinco cajas de madera. Entonces me acordé de todas las herramientas que iba a necesitar, así que compré una sierra, un martillo, una cinta métrica, un kilo de clavos de distintos tamaños y también una polea, cuerda y papel de lija.

¡Quién me iba a decir que en aquel momento me iba a poner tan contenta por unas cuantas cajas vacías! Solo me faltaba ir silbando durante el trayecto, que hice caminando detrás de los carros. Me había pasado como a José: después de tres meses viviendo en el desierto me había convertido en otra persona. La Sanmao de antes había desaparecido sin darme cuenta.

Al llegar amontoné las cajas fuera de casa porque no entraban por la puerta, pero no me quedé tranquila, pues temía que los vecinos me robaran mis tesoros. Así que me pasé el día abriendo la puerta cada cinco minutos para ver si las cajas seguían ahí. Estuve con los nervios de punta hasta que anocheció, que fue cuando por fin vi la silueta de José en el horizonte. Me dirigí enseguida a la azotea y le hice señales con la mano. Él captó lo que yo le decía y echó a correr. Cuando llegó a la puerta y vio que había unas cajas enormes que tapaban las ventanas abrió los ojos como platos y se puso a inspeccionarlas.

–¿De dónde has sacado esta madera tan buena?

–La he pedido. Aprovechemos que todavía no ha oscurecido del todo y vamos a subirlas con la polea –le sugerí sentada en el pequeño muro de la azotea.

Aquella noche cenamos cuatro huevos duros y montamos la polea a riesgo de morirnos de una hipotermia. Logramos subir las cajas a la azotea, les quitamos el hierro que sujetaba los tablones y las desmontamos. Yo aguantaba las cajas con los brazos y me daba estabilidad apoyando el pie en la

pared, de forma que José podía ir arrancando las tablas de madera una a una. Entonces José se hizo daño con un clavo y le empezó a sangrar la mano.

–Me pregunto por qué no podemos vivir sin muebles, y aprender de los saharauis, que se pasan la vida sentados en las esteras –pensé en voz alta.

–Pues porque no somos como ellos –me respondió José.

–¿Y por qué no podemos cambiar? A ver, dime –preguntaba todo el rato, abrazada a tres listones de madera.

–¿Y por qué ellos no comen cerdo? –me devolvió la pregunta José, echándose a reír.

–Esa es una cuestión religiosa, no tiene nada que ver con su estilo de vida.

–¿Y a ti por qué no te gusta comer carne de camello? ¿Te lo prohíbe la religión cristiana?

–En mi religión los camellos se usan para pasar por el ojo de la aguja y punto.[1]

–Bueno, pues entonces necesitamos los muebles, solo así podemos vivir felices.

Aquella era una explicación muy poco convincente, pero estaba claro que yo quería tener muebles, aunque me diera vergüenza admitirlo.

Al día siguiente José no pudo volver a casa. Por aquella época ya habíamos gastado todo el dinero que había ganado en el trabajo, así que se esforzaba por hacer horas extras para poder tener una vida más estable en el futuro. Al tercer día sus compañeros se acercaron en coche para informarme de que José tampoco podía volver.

La azotea estaba llena de listones de madera apilados, y las pilas superaban la altura de dos personas. Un día tuve

1. Sanmao está aludiendo a un pasaje bíblico en el que se atribuye a Cristo la expresión: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios» (MARCOS, 10, 25).

que ir a la ciudad por la mañana y, al volver, las pilas se habían reducido a la altura de una persona y media. Las maderas que faltaban se las habían llevado los vecinos para reforzar las vallas de las cabras. Como no me podía pasar todo el día en la azotea vigilando las maderas, se me ocurrió ir al vertedero que teníamos enfrente para coger unas cuantas latas vacías, a las que hice un agujero y colgué de los cuatro lados de los listones. Si alguien quería robar mis tesoros haría ruido y lo podría atrapar in fraganti. Sin embargo, el viento me engañó más de diez veces, ya que al soplar hacía sonar las latas.

Una tarde me dediqué a ordenar el contenido de unas cajas de cartón que me habían enviado con libros por correo marítimo y descubrí sin querer unas cuantas fotografías mías. En una llevaba puesto un vestido largo de gala y un abrigo de piel sobre los hombros. Llevaba el pelo suelto y me había puesto unos pendientes largos. Justamente acababa de salir de ver *Rigoletto* en la Ópera de Berlín. Había otra que era de un invierno en Madrid en la que se me veía con un grupo de buenas amigas con las que había salido de noche. Fuimos a un pequeño restaurante del casco antiguo a cantar, a bailar y a beber. Estaba muy guapa en las fotos, con el pelo largo y brillante cayéndome sobre los hombros, y con una sonrisa radiante de oreja a oreja.

Fui mirando una y otra vez aquellas fotografías del pasado y me sentí completamente desanimada. Me dejé caer en el suelo, como un cuerpo sin vida: me sentía tan frustrada como un alma que puede ver a sus seres queridos, pero que no puede regresar. No podía ponerme melancólica, pues justo en aquel momento las latas de la azotea empezaron a sonar y yo debía ir a proteger mi tesoro. En aquellos momentos no había nada más importante que mi madera. En la vida había que probarlo todo –desde lo más elevado hasta lo más corriente–, de otro modo ¿qué sentido tenía la existencia? De

todas formas, en el desierto, tampoco teníamos garantizado el acceso a las cosas más corrientes...

Mi situación me recordaba a aquel poema chino que decía «el astro poniéndose sobre el río Amarillo y una columna de humo en medio del vasto desierto».[2] ¿Quién más en el mundo podía decir que tenía la suerte de admirar los paisajes de los que yo disfrutaba? Ya solo con eso me tenía que dar por satisfecha, aunque en mi caso no hubiera ni río ni humo. Y si seguía pensando en referencias chinas, también me venía a la cabeza el verso «un jinete cabalga por un antiguo camino azotado por el viento a lomos de un famélico corcel; bajo la luz del crepúsculo le embarga la tristeza y la soledad»,[3] ya que en el Sáhara yo era aquella triste y solitaria amazona, aunque no cabalgara sobre un famélico corcel, sino sobre un famélico camello.

Los viernes eran los días que esperaba con más ansia porque José regresaba a casa y se quedaba hasta el domingo por la noche.

Él no era demasiado romántico, pero a mí tampoco me preocupaba mucho ese tema en el desierto. Lo único en lo que pensábamos era en mejorar nuestro entorno y en superar las dificultades físicas y mentales a las que nos enfrentábamos.

Al principio hice un poco el tonto, pues para cocinar usaba la única cazuela que teníamos para cocer primero el arroz y después las verduras. Pero un día, por fin vi la luz y empecé a cocinar todos los alimentos juntos, de manera que me resultaba más sencillo, y así me salía una especie de arroz a la cazuela.

2. Sanmao alude a dos versos del poema «Shi zhi sai shang» («En la frontera»), del poeta Wang Wei (701-761), de la dinastía Tang (618-907).
3. Versos correspondientes al poema «Qiu si» («Pensamientos de otoño»), de Ma Zhiyuan (1250-1321), de la dinastía Yuan (1271-1368).

Un viernes por la noche, José dibujó muchos modelos de muebles con todo lujo de detalles, para que yo escogiera. Me decanté por los más sencillos. El sábado a primera hora nos abrigamos con unos jerséis gruesos y nos pusimos manos a la obra.

–Primero cortaremos con la sierra los listones, según las medidas. Siéntate encima de las tablas para que pueda serrarlas mejor.

José no paraba ni un momento y yo iba numerando las tablas a medida que él las serraba.

Las horas fueron pasando, y cuando el sol estuvo en lo más alto del cielo, cubrí la cabeza de José con una toalla húmeda y le unté el torso desnudo con aceite. Al pobre le salieron ampollas en las manos, pero es que yo no podía ayudarle porque no sabía hacer nada... Solo podía sentarme sobre los tablones, servirle agua fría cada dos por tres para que se hidratara y espantar a las cabras y a los niños que de vez en cuando aparecían por allí corriendo.

El sol parecía hierro fundido que nos salpicaba, y a mí todo me daba vueltas por la insolación. José no decía nada, parecía un dios griego empujando una roca gigantesca. Estaba muy orgullosa de tener un marido como aquel. Hasta entonces solo había visto como era de pulcro escribiendo documentos y cartas de amor, y en aquellos momentos estaba descubriendo a un José que desconocía.

Después de comer mi marido se tumbó en el suelo, y cuando salí de la cocina vi que se había quedado dormido. Como no quería despertarlo, subí a la azotea sin hacer ruido y apilé los listones serrados en función de si eran de la mesa, de la librería, de las estanterías para la ropa o de la mesita para la cocina. Cuando José se despertó ya había caído la tarde. Y al ver lo que había estado haciendo me riñó enfadado:

–¿Por qué no me has despertado?

Bajé la cabeza sin decir nada, pues el silencio se consideraba una de las mejores virtudes femeninas. No valía la pena justificarme diciéndole que él estaba agotado y que lo había dejado descansar, pues aquello hubiera sido como hablar con una pared, él no lo entendería. Estuvimos trabajando hasta las once de la noche y para nuestra sorpresa conseguimos construir una mesa.

Al día siguiente era sábado, y por lo tanto no podíamos trabajar. Pero José no estaba tranquilo si no seguía con lo que tenía entre manos, así que continuó dándole al martillo en la azotea.

–Ponme un poco más de comida ahora, así me podré saltar la cena. Todavía tenemos que poner la estantería en la pared y no será fácil. Estaremos un buen rato.

Mientras comíamos, José levantó de pronto la cabeza y me sonrió como si acabara de acordarse de algo.

–Por cierto, ¿sabes lo que contenían estas cajas de madera? Me lo ha contado Martín, el conductor del camión.

–Pues con lo grandes que eran, seguro que servían para embalar congeladores...

Al oírlo, José no pudo parar de reír.

–Deja que te lo explique...

–¿Contenían máquinas?

–¡Eran ataúdes! La ferretería había comprado quince ataúdes a España...

Me quedé muda del asombro. En aquel momento me acordé de que el dueño me había preguntado con mucha amabilidad cuántas personas éramos en casa. ¡Ahora entendía la pregunta!

–¿Me estás diciendo que estamos haciendo muebles para nosotros dos, que estamos vivos; en el barrio de los cementerios, con las maderas de unos ataúdes? ¿Qué te parece? –le planteé.

–Pues lo mismo que a ti –sentenció limpiándose la boca y levantándose para seguir con el trabajo en la azotea.

Aquel descubrimiento me había llenado de emoción. Yo pensaba que aquello daba un toque especial a nuestras vidas, así que todavía me gustó más la nueva mesa.

A los pocos días, el juzgado nos notificó que ya nos podíamos casar. Después de la boda fuimos a la sede central de la empresa de José para pedir el permiso para coger el autobús del turno de mañana, un subsidio familiar, una ayuda para el alquiler, una rebaja de los impuestos, mi alta en la seguridad social...

Cuando estuvimos oficialmente casados, en casa teníamos una librería y una mesa, un mueble largo para colgar la ropa que habíamos colocado en el espacio que quedaba libre en el dormitorio, una mesita que teníamos bajo el banco de la cocina para dejar las botellas de aceite y el azúcar, y unas cortinas de lino nuevas a rayas multicolor, típicas del desierto.

Cuando venían invitados todavía se sentaban en las esteras y tampoco compramos un somier de metal. Las paredes seguían siendo de ladrillos huecos, y no las habíamos enyesado, por lo que, evidentemente, tampoco se podían pintar.

Después de casarnos la empresa accedió a darnos veinte mil pesetas como ayuda para los muebles, y le aumentaron el sueldo a José en más de siete mil pesetas. Además de rebajarnos los impuestos, cada mes nos daban seis mil quinientas pesetas para pagar el alquiler, y también le concedieron quince días de vacaciones para celebrar la luna de miel.

El hecho de haber firmado los papeles de la boda mejoró mucho nuestras vidas desde el punto de vista económico, de manera que no volví a despotricar contra las tradiciones, porque era obvio que el matrimonio tenía aspectos positivos.

Nuestros buenos amigos se presentaron voluntarios para sustituir a José en el trabajo, y así pudimos disfrutar de un mes entero para nosotros.

–Lo primero que quiero hacer es llevarte a las minas de fosfato para que las veas.

Nos subimos al jeep de la empresa y seguimos la cinta transportadora, durante más de cincuenta kilómetros, desde el punto de explotación hasta llegar a un embarcadero muy largo, que era donde cargaban los barcos con el fosfato para exportarlo. Y justo allí era donde trabajaba José.

–¡Dios mío! ¡Es como la película de James Bond! Tú eres el agente 007 y yo aquella mujer asiática tan perversa...

–Es espectacular, ¿verdad? –me preguntó José mientras íbamos en el coche.

–¿Y quién ha construido esta obra inmensa?

–La empresa alemana Thyssen-Krupp –me respondió un poco avergonzado.

–Ya decía yo que los españoles no eran capaces de construir algo tan fantástico...

–Sanmao, por favor, no me pongas en un compromiso.

Para la luna de miel contratamos a un guía, alquilamos un jeep y nos dirigimos hacia el oeste. Pasamos por Al-Mahbes y nos metimos en Argelia. Luego volvimos al Sáhara español, entramos a Mauritania desde Samara y de ahí nos dirigimos a la frontera de Senegal y volvimos a subir al Sáhara español por Bir Anzarane de vuelta a El Aaiún. Aquel viaje por el desierto nos hizo caer rendidos a sus pies, y no volvimos a abandonar aquel lugar desolado y sin flores.

Al volver a casa solo nos quedaba una semana de vacaciones, así que nos pusimos a adecentar nuestro humilde hogar con gran rapidez. Le pedimos al casero que nos empapelara la pared, pero se negó, de manera que nos fuimos a la ciudad para preguntar precios de alquileres, que no bajaban de los trescientos dólares. Y tampoco eran nada del otro mundo.

José estuvo haciendo cálculos toda la noche y al día siguiente se fue a la ciudad a comprar cal y cemento. Luego pidió prestadas una escalera y herramientas, y él mismo se puso manos a la obra. Trabajábamos día y noche y, aunque comíamos pan, leche y multivitamínicos para reponer fuer-

zas, como no habíamos podido descansar después de nuestro largo y duro viaje, adelgazamos tanto que nuestros ojos parecieron haber aumentado de tamaño, nos sentíamos muy débiles.

–José, yo podré descansar más adelante, pero tú la semana que viene te tienes que incorporar otra vez al trabajo. ¿No quieres aplazar esto y nos tomamos un par de días?

José estaba en la escalera y no me hacía ni caso.

–¿Qué necesidad tenemos de ahorrar de esta manera? Te recuerdo que tengo dinero en el banco... –insinué.

–¿No sabes que aquí los albañiles cobran por horas? Además no tengo nada que envidiarles.

–¡Eres terco como una mula! ¿Es que quieres ahorrar hasta cuando seamos viejos para que lo dilapiden tus hijos?

–Si en el futuro tenemos hijos, a los doce años ya tendrán que combinar el trabajo con los estudios. No les pienso dar ni un duro.

–¿Y entonces para qué servirá tu dinero en el futuro? –le pregunté desde debajo de la escalera.

–Pues para nuestros padres cuando sean mayores. Cuando dejemos el desierto y nos establezcamos tendremos que traernos a tu familia...

Se me humedecieron los ojos cuando mencionó a mis padres, que estaban tan lejos.

–Mis padres son muy considerados, pero también tienen su orgullo. Sobre todo mi padre, que no accedería a mudarse al extranjero.

–Da igual lo que quiera. Tú vas y te los traes a rastras. ¡Aunque no se quisieran quedar aquí, tampoco se irían a los dos días!

Por culpa de esos castillos en el aire que se hacía aquel yerno ideal, no tenía más remedio que seguir esforzándome con la cal y el cemento. No paraban de caerme piedrecitas húmedas desde lo alto de la escalera, que me golpeaban en la coronilla y en la punta de la nariz.

–José, tienes que ponerte a estudiar chino pronto.

–¡Soy incapaz! ¡Me niego!

José era bueno en todo, menos para las lenguas. Había estudiado francés casi diez años y apenas sabía hablarlo. Así que no digamos el chino. Por eso, con aquel tema no insistía demasiado.

El último día la casa estaba de un blanco inmaculado, tanto por dentro como por fuera. Y destacaba entre todas las que había en el barrio de los cementerios, así que, aunque no teníamos número en la puerta, tampoco hubo necesidad de ir a solicitarlo a la ciudad.

En julio recibimos una paga extra (trabajábamos once meses y recibíamos catorce pagas), y también cobramos el subsidio familiar y la ayuda para el alquiler.

Un día, al salir del trabajo, José regresó corriendo por la pendiente. En cuanto entró por la puerta, se sacó el dinero de los bolsillos y desparramó por el suelo un buen montón de billetes verdes. Según mi opinión, aquello no era nada del otro mundo, pero para José, cuya carrera empezaba a despegar, era la primera vez que ganaba tanto.

–Mira, mira, ahora ya podremos comprar cojines de goma espuma y otra manta para la cama. Por fin nos podemos permitir sábanas y almohadas, y también podemos salir a comer, comprar otro depósito para el agua, otra cazuela, una tienda nueva...

Nos pusimos de rodillas en el suelo, y parecía que estuviésemos adorando aquella montaña de billetes verdes. Yo, después de contarlo, separé ocho mil pesetas con una sonrisa.

–¿Y esto para qué es?

–Para que te compres ropa nueva. Tus pantalones largos están muy desgastados, los cuellos de las camisas están rotos y todos tus calcetines están llenos de agujeros. Y tampoco estaría de más que te comprases un par de zapatos un poco más presentables...

–No, no. Primero está la casa y luego ya hablaremos de mí. En el desierto la ropa no es necesaria.

Y continuó yendo al trabajo con agujeros en las suelas de los zapatos.

Puse una fila de ladrillos huecos en la esquina derecha de la habitación, y encima coloqué uno de los tablones de las cajas de los ataúdes. Luego compré dos láminas gruesas de gomaespuma y apoyé una en la pared, y a continuación pegué la otra de forma perpendicular sobre los listones. Las cubrí con una tela de rayas del mismo color que las cortinas y las cosí por detrás. Aquel apaño se convirtió en un sofá bueno y barato, que tenía un color intenso que le iba muy bien al blanco de las paredes. Además, le daba a la casa un aire más bonito y luminoso.

Cubrí la mesa con un mantel blanco, y encima puse unos mantelitos de bambú que mi madre me había enviado. Ella, que me quería incondicionalmente, incluso me había hecho llegar unos farolillos chinos de papel que yo le había pedido. También recibí un juego de utensilios de cerámica para el té. Mi querida amiga Lin Funan me envió unos grabados modernos; el señor Ping me mandó por avión una gran caja con una colección de libros de la editorial Crown; y mi padre, cuando veía algún póster curioso al salir del trabajo, también me lo compraba y me lo enviaba. Mi hermana mayor contribuía mandándome ropa, pero los más graciosos eran mis hermanos pequeños, que le confeccionaron a José un traje de baño parecido a un kimono, y cuando se lo ponía era clavadito al japonés Toshiro Mifune, uno de mis actores preferidos. Después de colgar los farolillos de papel de mi madre y de pegar en la pared una vívida caligrafía de Lin Huaimin,[4] con caracteres blancos sobre un fondo negro –que correspondían al nombre de la compañía de baile que fundó–, nuestro hogar empezó a tener un toque y una atmósfera indescriptibles.

4. Lin Huaimin (1947), bailarín, escritor y coreógrafo taiwanés que fundó la Cloud Gate Dance Company, una famosa compañía de danza contemporánea.

Me pasaba las horas pensando en cómo podía hacer aún más acogedora nuestra casa. Un día, cuando José se fue al trabajo, barnicé la estantería con un color de madera oscura. No era pintura, sino un producto que se aplicaba con un pincel, pero no sé cómo se llamaba. En todo caso, le confirió a la estantería un aire más digno.

A menudo me analizaba y pensaba que era complicadísimo liberarnos de la clase social a la que pertenecíamos por nacimiento. Los saharauis no tenían en casa ni un solo objeto que no fuera imprescindible, pero yo no me podía liberar de aquellas cadenas. Yo necesitaba que mi entorno fuese idéntico al que tenía en el pasado y me empeñaba en tener cosas que contrastaban mucho con el ambiente que me rodeaba. Poco a poco volví a ser la Sanmao que había sido siempre, es decir, volví a vivir en mi mundo de romanticismo.

Cuando José se iba al trabajo yo me acercaba al vertedero que teníamos delante de casa para revolver entre la basura. Allí encontré unos neumáticos viejos de un coche, y me los llevé a casa para lavarlos. Luego los puse sobre la estera y rellené los agujeros con cojines rojos, como si fueran nidos. Todos nuestros invitados se peleaban por sentarse allí. También encontré una garrafa grande de color verde oscuro en la que inserté una mata de cardos silvestres en flor. Aquello le daba a la casa el toque poético del sufrimiento intenso.

Compré unos botes de pintura y decoré unas botellas de refrescos con dibujos de estilo indio, aplicando gruesas capas de pintura. La calavera del camello hacía ya mucho tiempo que estaba sobre la estantería. Le pedí a José que me hiciera un farolillo de hojalata y cristal, y aprendí de los saharauis cómo aprovechar la piel de cabra antes de que se pudriera: primero le puse sal y luego la unté con *sebai* (alumbre) para ablandarla. Con esto, ya tenía otro cojín.

Llegó la Navidad y nos fuimos a Madrid a ver a mis suegros. Al regresar, nos trajimos los libros de José, desde los que leía en su niñez hasta los de la universidad. Gracias a aquello, nuestra casita en el desierto por fin empezó a oler a papel.

A mí me parecía que el desierto era realmente encantador, pero el desierto, en cambio, no opinaba lo mismo de mí, y seguramente debía pensar: «¡Pobres, las personas civilizadas! No saben vivir sin estar rodeados de tantos objetos inútiles...».

–A la casa aún le faltan plantas, no hay nada verde... –le comenté una noche a José.

–¡Pero si nos faltan todavía muchas cosas! Nunca nos daremos por satisfechos.

–No, hombre, no. Pero tenemos que ir a coger plantas.

Aquella noche saltamos el pequeño muro que rodeaba la casa del gobernador y nos pusimos a cavar como locos para llevarnos unas cuantas flores.

–¡Corre! ¡Mételas en la bolsa de plástico! ¡Date prisa! Coge también aquella hiedra...

–¡Madre mía! ¿Cómo puede ser tan larga y profunda esta maldita raíz?

–También necesitaremos tierra. ¡Date prisa y métela aquí!

–Bueno, ya está, ¿no? Con estas tres ya tienes bastante... –me preguntó José en voz baja.

–Otra más y ya me quedo contenta... –le indiqué mientras seguía tirando de las flores.

En aquel instante vi como el guarda de la entrada se acercaba haciendo la ronda. Me llevé un susto de muerte y puse la bolsa de plástico contra el pecho de José.

–¡Abrázame! ¡Abrázame y bésame con pasión! ¡Rápido, que viene el lobo! –le ordené hecha un manojo de nervios.

José me abrazó apasionadamente, y las pobres flores quedaron aplastadas entre los dos cuerpos.

Como era de esperar, el guarda se acercó a paso ligero, cargando el arma.

–¿Qué estáis haciendo aquí escondidos?

–Yo... Nosotros...

–¡Marchaos, venga! Aquí no se puede...

Nos agarramos de la mano con fuerza y nos dirigimos hacia el muro. Era vital que no nos cayeran las flores cuando nos subiéramos a la pared.

–¡Eh! ¡Va, salid por la puerta! ¡Rápido! –volvió a gritar el guarda.

Nos marchamos de allí cogidos del brazo con toda la calma del mundo; yo incluso le hice al guarda una ligera reverencia.

Cuando más adelante le contamos este episodio al oficial de la Legión, estuvo riéndose a carcajadas durante un buen rato.

Todavía no me sentía satisfecha del todo con nuestra casa. Un lugar sin música era como un cuadro paisajístico chino sin riachuelo ni cascada.

Para ahorrarnos el dinero que costaba un radiocasete, me fui a pie hasta el centro de bienestar social de la Legión a comprar. La primera vez que fui no me sentí nada a gusto. Principalmente, porque no tenía la habilidad de las otras mujeres para dar empujones y forcejear y me limité a respetar la cola religiosamente. Por esa razón tardé cuatro horas en llenar la cesta de alimentos. La ventaja es que aquello me costó un tercio de lo que solía pagar en las tiendas de comestibles.

Como continué yendo a menudo, aquellos militares se dieron cuenta de que era una persona educada, y siempre me echaban una mano. Se podría decir que incluso me daban un trato preferente. En cuanto llegaba al mostrador, antes incluso de empezar a abrirme camino a empujones entre aquella marea de gente, me gritaban sin reparo por encima de todas aquellas mujeres gordas y ordinarias:

–¿Qué necesitas hoy?

Yo les pasaba la lista y al cabo de un rato me traían la caja con el pedido por la puerta de atrás. Después de pagar iba a llamar a un taxi, y aún no le había dado tiempo a parar, cuando ya tenía un militar con la caja en brazos para meterla en el maletero por mí. En menos de media hora ya estaba en casa. Había muchos tipos de militares en el desierto, pero yo sentía debilidad por los de la Legión.

Eran muy varoniles, soportaban las penalidades y respetaban a las mujeres que debían ser respetadas. Estaban preparados en caso de guerra, pero también sabían ser elegantes. Cada domingo al atardecer la orquesta de la Legión tocaba en la plaza del ayuntamiento. El repertorio iba desde las clásicas «La flauta mágica», «Una noche en el Monte Pelado» y «Bolero» hasta «La viuda alegre», con la que despedían la actuación.

Gracias al dinero que me ahorré en el centro de bienestar social administrado por los militares, me pude comprar el radiocasete y algunas cintas. En cambio, el televisor y la lavadora no me habían llamado nunca la atención. Más adelante, nos pusimos a ahorrar dinero de nuevo, porque nuestro próximo objetivo era un caballo blanco. Los caballos modernos, en aquel momento, se podían pagar a plazos, pero José era un clásico, no quería seguir las nuevas tendencias y se empeñó en pagarlo al contado. De manera que no tuvimos más remedio que seguir desplazándonos a pie a los sitios y dejar el tema pendiente durante unos meses.

La forma más rápida que tenía de ir a la ciudad era atravesando dos grandes cementerios saharauis. Los saharauis enterraban a sus muertos envolviéndolos en una mortaja y, sin caja ni nada, los introducían en una fosa. Luego colocaban algunas rocas por encima de cualquier forma y listos.

Un día, mientras sorteaba como de costumbre los montones de rocas que me encontraba a mi paso –para evitar

pisar el cuerpo de los que allí descansaban y no turbar su paz–, me percaté de la presencia de un anciano saharaui, que estaba sentado al lado de una tumba. Me acerqué por curiosidad para ver qué estaba haciendo y vi que estaba tallando rocas. ¡Dios mío! A sus pies se amontonaban unas veinte rocas talladas: había caras en relieve, pájaros, niños de pie, mujeres desnudas con las piernas abiertas de entre las cuales salía el cuerpo de un bebé... También había esculturas de diferentes animales salvajes, como antílopes, camellos... Me llevé tal sorpresa que casi me desmayo.

–¡Es usted un gran artista! ¿Vende estas esculturas? –le pregunté agachándome a su lado.

Alargué la mano para coger una de las caras. No podía creer lo que veían mis ojos. ¡Era una obra de arte de tacto áspero, natural y muy emotiva! La quería.

El anciano levantó la cabeza sin saber qué estaba pasando y por su expresión parecía que estuviera loco. Escogí tres de sus esculturas y le entregué mil pesetas y, olvidándome de que me dirigía a la ciudad, regresé a casa. Entonces el anciano empezó a gritar con una voz ronca y se puso a perseguirme con paso inseguro. Yo abrazaba con fuerza aquellas tres esculturas, porque no estaba dispuesta a dejarlas escapar, pero al final me atrapó y me hizo volver hasta donde tenía la colección de piezas.

–¿Es que no le parece suficiente dinero? Ahora no llevo más, pero le compensaré cuando nos veamos en otro momento... –le dije desesperada.

Aquel anciano no podía hablar, tan solo se inclinó para coger dos pájaros y me obligó a cogerlos, y entonces me dejó marchar. Aquel día no pude ni comer. Me tumbé en el suelo y me puse a admirar aquellas grandes obras de arte anónimas. No encuentro las palabras para describir de qué manera me habían conmovido. Los saharauis, al ver que me había gastado mil pesetas en aquellas figuras, casi se mueren de la risa

porque consideraban que era una tonta. Yo, en cambio, pensaba que era imposible que nos entendiéramos, pues proveníamos de estratos culturales muy diferentes. ¡Bajo mi punto de vista aquellas tallas no tenían precio!

Al día siguiente José volvió a entregarme dos mil pesetas y me dirigí de nuevo al cementerio, pero aquel anciano ya no estaba allí. La luz del sol iluminaba el vasto camposanto, en el que, salvo arena y rocas apiladas, no había ni un alma. Era como si aquellas cinco figuras fueran solo un recuerdo que me había entregado un espectro. Aquello me provocó una gran emoción.

José no tardó mucho en tapar la claraboya. También conseguimos un tambor y una bolsa de agua de piel de cabra, un fuelle de cuero, un narguile, una colcha multicolor hecha a mano por los nómadas y rosas del desierto, que eran unas piedras con apariencias extrañas que se formaban con arena amalgamada.

Las revistas a las que nos suscribimos también fueron llegando una tras otra. Además de las revistas españolas y chinas, no podía faltar tampoco la norteamericana *National Geographic*. Un año después, nuestra casa ya se había convertido en un verdadero palacio del arte.

Por lejos que vivieran, los compañeros de trabajo de José que estaban solteros no se cansaban de venir a casa a pasar el día, cuando lo tenían libre. Si los que venían no tenían familia, yo hacía todo lo posible para que comieran fruta y verdura frescas, y también les cocinaba costillas de cerdo agridulces. Y así fue como José hizo unos cuantos amigos que además nos querían mucho. De hecho, ellos no venían a comer a cambio de nada, porque cuando sus madres les enviaban jamón y embutidos desde la lejana España, nunca se olvidaban de mí y me mandaban algunos trozos vía José. Todos tenían muy buen corazón.

Un fin de semana José volvió a casa con un gran ramo

de flores de una variedad carísima conocida como «ave del paraíso». Alargué la mano para cogerlas, con miedo de que si las apretaba demasiado aquellas aves rojas regresaran, de verdad, volando al paraíso.

–De parte de Manolín.

Aquel regalo era más valioso que el oro.

A partir de entonces, cada fin de semana recibía aquellas aves del paraíso en flor, que quemaban como un fuego en una esquina de la habitación. Me hacían llegar las flores a través de mi marido.

La mayoría de libros de José eran obras introductorias a la naturaleza salvaje, o hablaban de los océanos o del universo. A él no le gustaba indagar en la psicología humana porque pensaba que no era necesario analizar tanto a las personas, aunque también leía libros que hablaban de eso. Por ello, se desvivía por las aves del paraíso: les cambiaba el agua, les ponía aspirinas y les cortaba los tallos a medida que se iban marchitando, pero en ningún momento se planteó cuáles eran los sentimientos de Manolín, ni por qué, desde que las aves del paraíso entraron en casa, Manolín ya no volvió a poner un pie en ella.

Un día que José se fue al trabajo, me dirigí a las oficinas de la sede para hacer una llamada interna. Pregunté por Manolín y quedé con él para vernos a solas. Cuando lo tuve delante le serví un refresco bien frío y me lo quedé mirando muy seria.

–Venga, ¡dispara! Después te sentirás mucho mejor... –le recomendé.

–Yo... Yo... ¿Pero es que no te has dado cuenta? –me preguntó escondiendo la cabeza entre las manos, totalmente deprimido.

–Lo sospechaba, pero ahora lo veo claro... Manolín, hombre, ¡levanta la cabeza!

–No pretendo nada, de verdad. No tengo ninguna esperanza. ¡No me eches la culpa, por favor!

–No me envíes más flores, ¿vale? Porque no las puedo aceptar...

–De acuerdo. Me marcho. Por favor, perdóname, os debo una disculpa a los dos... Yo...

–Piqué (solía llamarlo por el apellido), no me has ofendido. ¡Me has halagado mucho! No tienes por qué disculparte...

–No te molestaré más. ¡Adiós! –Se despidió en voz tan baja que parecía que estuviera llorando en silencio.

José no se enteró de la visita de su compañero. Al cabo de una semana, volvió del trabajo con una gran caja de cartón llena de libros.

–¡Vaya tío más raro este Manolín! Se ha despedido del trabajo sin dar ninguna explicación. No ha querido ni quedarse hasta final de mes, que es lo que sugería la empresa... Y, mira, nos ha regalado todos estos libros...

Cogí uno al azar y para mi sorpresa vi que se trataba de *Bajo las estrellas de Asia*. Sentí, sin motivo alguno, un encogimiento en el corazón.

A partir de entonces tenía mucho cuidado con lo que hacía y decía cuando nuestros amigos solteros nos visitaban. En lugar de sentarme con ellos y participar en sus conversaciones y debates, procuraba quedarme en la cocina como una buena ama de casa.

Teníamos la casa tan limpia y bonita que me dio miedo que me la estropearan las alumnas a las que daba clase desde hacía tiempo, de manera que les di unas largas vacaciones. Estuve haciendo de maestra de las vecinas durante casi un año, pero ellas no tenían ningún interés ni por las matemáticas ni por las lecciones de higiene, ni tampoco les importaba no ser capaces de conocer el valor del dinero. Venían cada día, pero lo primero que hacían era vestirse con mi ropa, probarse mis zapatos, maquillarse con mi pintalabios o mi

lápiz de ojos, ponerse crema de manos o, si no, tumbarse todas juntas sobre mi cama. Acostumbradas a dormir en esteras colocadas sobre el suelo, para ellas era toda una novedad tumbarse en una cama con somier. Cuando venían me ponían la casa patas arriba. No sabían ni leer, pero a Jackie Kennedy, Aristóteles Onassis –y a otras celebridades– los conocían mejor que yo. También sabían quién era Bruce Lee, y hablaban de los atractivos actores y actrices españoles como si fueran miembros de su familia. Cuando veían en las revistas alguna fotografía que les gustaba la arrancaban, y me cogían sin permiso la ropa que se ponían bajo las telas. Al cabo de unos días me la devolvían sucia y sin botones, porque los habían cortado.

Cuando José compró el televisor, aquellas mujeres golpearon con fuerza la puerta insultándome, pero yo no les abrí. La tele era el único contacto que teníamos –cuando había luz– con el lejano mundo exterior. Sin embargo, a mí no me apasionaba. Después de limpiar a mano no sé cuántas sábanas, José trajo un día una pequeña lavadora. Yo seguía sin estar satisfecha, pues quería un caballo blanco, como aquellos que salían en los anuncios a color.

Por aquella época ya conocía a muchas mujeres europeas en la ciudad. Nunca había tenido la costumbre de hacer visitas, pero me llevaba muy bien con una mujer de mediana edad que era la esposa de uno de los superiores de José. Ella fue quien se ofreció a enseñarme a confeccionar ropa, y yo acepté a regañadientes aquella misión tan complicada. De manera que a veces iba a la residencia de los altos cargos a visitarla.

Un día que no conseguía montar las mangas de una prenda fui a verla para que me ayudase. Justamente aquel día había en su casa un gran grupo de mujeres sentadas. Al principio me trataron con mucha cortesía porque yo tenía un nivel de estudios superior al suyo. (¡Qué idiotez! Ya ves tú

qué puede medir el nivel de estudios de una persona. ¿De qué sirve eso?)

–¿En qué residencia vives? ¡La próxima vez podemos venir a verte! –me preguntó una de aquellas imbéciles.

–José es un trabajador llano, no es un encargado. Por eso no tenemos derecho a vivir en una residencia –le respondí con toda naturalidad.

–¡Bueno, pero podemos ir a visitarte igualmente, ¿no?! Nos podrías enseñar inglés. ¿En qué parte de la ciudad vives?

–Vivo en las afueras, en el barrio de los cementerios.

En la estancia se hizo de repente un silencio incómodo.

–¡Pero tiene la casa decorada con mucho gusto! ¡Yo nunca me habría imaginado que una casa de esas que alquilan los saharauis pudiera convertirse en una tan bonita, es como de revista! –se apresuró a ayudarme la mujer del superior de José, que tenía buen corazón.

–Nunca he ido por allá. ¡Es que me da miedo que me peguen alguna enfermedad! –comentó otra mujer.

No tengo sentimiento de inferioridad, pero aquellas palabras me hirieron.

–Yo creo que, dado que vivimos en el desierto, si no pasamos dificultades materiales estamos perdiendo la oportunidad de experimentar vivencias auténticas de verdad –respondí con calma.

–Pero, ¿de qué desierto hablas? Viviendo en una de estas residencias no tienes la sensación en absoluto de estar en el desierto. ¡Qué pena que no os mudéis a la ciudad y que os tengáis que mezclar con los saharauis! –dijo una con desaprobación.

Cuando me despedí, la mujer del superior de José me acompañó a la puerta.

–Vuelve, ¿eh? ¡No dejes de venir! –me dijo en voz baja.

Asentí con la cabeza sonriendo, bajé las escaleras a toda pastilla y me marché a mi dulce hogar. En aquel instante decidí que nunca iría a vivir a la ciudad.

Como Marruecos y Mauritania se querían repartir la colonia española del Sáhara, aquel lugar se había vuelto inestable, y llegaron periodistas de todo el mundo con grandes equipos fotográficos. Todos estaban instalados en el Hotel Nacional, lugar que evidentemente yo no frecuentaba. Por aquella época ya habíamos comprado el coche (mi corcel blanco), y los días de fiesta, aún con más motivo, nos íbamos fuera de la ciudad.

Un día, mientras conducíamos de vuelta a la ciudad, cuando todavía estábamos a más de veinticinco kilómetros de El Aaiún, vimos por casualidad a una persona haciendo señales con la mano. Nos detuvimos al momento para ver qué le ocurría: resultaba que el coche se le había quedado atrapado en unas arenas movedizas y necesitaba ayuda. Nosotros teníamos experiencia gestionando aquel tipo de problemas, así que enseguida sacamos una manta vieja y primero ayudamos a aquel extranjero a cavar con las manos cuatro agujeros por debajo de las ruedas. Luego extendimos la manta por debajo de las ruedas delanteras y le dijimos que pusiera en marcha el coche, que nosotros empujaríamos desde atrás. Por blando que estuviera el terreno, la manta bajo las ruedas impediría que se hundieran. Después de intentarlo casi una hora, por fin conseguimos llevar el coche hasta la carretera.

Aquel hombre era un corresponsal de una agencia de noticias y quiso invitarnos a comer al Hotel Nacional. Como en aquel momento estábamos exhaustos, declinamos la oferta y volvimos a casa. Al día siguiente ya nos habíamos olvidado de aquel asunto. Pero al cabo de menos de quince días, estando yo sola en casa, oí que alguien decía desde fuera:

–¡No me equivoco! ¡Seguro que es aquí! Vamos a llamar a ver si...

Abrí la puerta y ante mí tenía al hombre al que habíamos ayudado a empujar el coche. Llevaba en la mano un gran

ramo de aves del paraíso envuelto con celofán... Iba acompañado de otra persona, que me presentó como un compañero de trabajo.

–¿Podemos entrar? –preguntó con mucha educación.

–Adelante, por favor.

Puse las flores en la cocina y luego les serví unos refrescos fríos. Como llevaba la bandeja en las manos, caminaba muy despacio. En aquel momento oí que el periodista le decía en voz baja al otro en inglés:

–¡Madre mía! ¿Es posible que estemos en el Sáhara? ¿Te has fijado? ¡No puede ser!

Cuando entré en la estancia los dos se levantaron del sofá para ayudarme con la bandeja.

–No os preocupéis. Sentaos, por favor.

Ellos miraban a su alrededor y no pudieron reprimir las ganas de tocar la escultura de piedra que había comprado en el cementerio, que alabaron haciendo todo tipo de exclamaciones, sin ni siquiera mirarme. Uno de ellos hizo girar una llanta oxidada de una bicicleta pequeña que teníamos colgada en la pared y que en su movimiento dibujó un arco.

–Con la vida que llevo en el desierto no tengo más remedio que dedicarme al arte pop... –me justifiqué sonriendo y cogiendo aquel círculo de metal.

–¡Dios mío! Es que esta es la casa más bonita que he visto en el desierto...

–¡Pues todo está hecho con materiales reciclados! –expliqué orgullosa con una sonrisa.

Ellos se volvieron a sentar en el sofá.

–¡Cuidado! ¡Estáis sentados sobre las tablas de un ataúd!

Dieron un brinco del susto y levantaron la tela con delicadeza para mirar en el interior.

–No hay ninguna momia dentro. ¡No tengáis miedo!

Al final me estuvieron dando la lata mucho rato porque

querían comprarme una estatua de piedra. Dudé un instante, cogí un pájaro de tonalidad rosada y se lo di.

–¿Cuánto quieres por la estatua?

–No quiero nada. Para las personas que aprecian la belleza de esta estatua, tiene un valor incalculable, mientras que para los que no la valoran, no vale ni un céntimo...

–Nuestra intención era pagártela...

–¿Pero vosotros no me habéis regalado las aves del paraíso? Pues tomáoslo como un intercambio.

Y así, llenos de agradecimiento, se marcharon.

Pasaron varias semanas y un día, mientras estábamos en el cine esperando para ver una película, se nos acercó un extranjero. Primero nos alargó la mano, y nosotros se la estrechamos un poco extrañados.

–Le he oído decir a un compañero de otra agencia de noticias que tienen ustedes la casa más bonita del desierto. No me equivoco de personas, ¿verdad?

–¡No se equivoca! Soy la única china que hay en la zona...

–Me gustaría mucho, si no es molestia, poder visitar su casa... ¡Para que me sirva de referencia!

–¿Y usted es...?

–Soy holandés. El gobierno español me ha traído aquí para que construya un complejo de casas para los saharauis, quieren crear una zona residencial. ¿Les importaría que me pasase por su casa...?

–Pásese cuando guste –le dijo José.

–¿Podré hacer fotos?

–¡Sí, claro! ¡No se preocupe por eso!

–¿También podré hacerle fotos a su mujer?

–¡Pero si somos personas normales y corrientes! ¡No se moleste! –me apresuré a decir.

Al día siguiente aquel hombre se presentó en nuestra casa, hizo muchas fotografías y me preguntó en qué estado estaba la vivienda cuando la alquilamos. Entonces le mos-

tré las fotos del primer mes, cuando nos acabábamos de mudar.

–Por favor, dígale a su marido que han creado ustedes una Roma preciosa –me comentó cuando se marchaba.

–Pero Roma no se hizo en un día...

Las personas somos realmente extrañas. Si no viene alguien de fuera a decirnos lo buenos que somos, parece que no seamos capaces de darnos cuenta del valor que tenemos. No obstante, durante aquella época lo pasaba de maravilla en aquel castillo de arena.

En una ocasión, el casero se presentó en casa, lo que no solía hacer a menudo. Entró, se sentó, y luego se puso en pie y empezó a fisgonear por toda la casa, fanfarroneando.

–Ya os lo dije desde el principio que habíais alquilado la mejor casa de todo el Sáhara. ¡Y parece que por fin os habéis dado cuenta!

–¿Y eso a qué viene? –le pregunté sin rodeos.

–Una casa de esta categoría no se puede alquilar al precio de antes. Vengo a subiros el alquiler.

Estuve tentada de decirle que era un cerdo, pero me reprimí. Me limité a sacar el contrato y a ponérselo delante de las narices, sin más contemplaciones.

–Si nos lo subes, mañana mismo te denuncio.

–¡Los españoles abusáis de los saharauis!

¡Y aún tenía la cara dura de enfadarse más que yo!

–No eres un buen musulmán, por mucho que reces cada día. Tu dios no te protegerá. ¡Y ahora lárgate!

–¡Blasfemas contra mi religión porque te quiero subir un poco el alquiler...! –gritaba.

–¡Eres tú quien no eres digno de tu religión! ¡Vete, por favor!

–¡Eres una hija de puta!

Cerré la puerta de mi castillo e icé el puente para no oír los insultos que el casero me profirió desde fuera. Entonces

me puse el casete con la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Antonín Dvořák, y la música inundó la estancia. Después me dirigí hacia los asientos redondos hechos con neumáticos y me senté lentamente, como si fuese una reina.

La máquina de absorción de almas

收魂記

Tengo una cámara fotográfica que no es del todo mala. Claro que eso de «no es del todo mala» lo digo comparándola con aquellas cámaras pequeñas que la gente suele usar y que parecen de juguete. La utilizaba muy poco cuando vivía en Madrid, pues llevar aquella cámara colgada del cuello llamaba mucho la atención. En el desierto no era alguien que me hiciera notar, y menos en una tierra con tan poca densidad de población. De hecho, te das por satisfecho si, incluso en medio del paisaje, consigues ver a alguien como un punto negro en el horizonte mientras te proteges los ojos del sol con la mano.

Al principio de estar allí, una de mis grandes ambiciones era poder usar mi cámara y fotografiar la vida de los nómadas en aquel desierto tan lejano y solitario. Si lo analizo, aquel amor por las culturas de otros pueblos provenía de las grandes diferencias que nos separaban. Sentía tal pasión, que aquellas divergencias me parecían bellas y conmovedoras.

Antes de casarme solía pasar temporadas en el desierto. Al poco de llegar a aquel lugar tan vasto y misterioso, hice todo cuanto estuvo en mi mano por usar los medios de transporte que tenía a mi alcance para ir a explorar sus rincones. Aunque, de hecho, lo que me parecía más valioso era descubrir que, en aquel lugar completamente yermo, la gente po-

día ser feliz y sentir amor por la vida como en cualquier otro rincón del mundo.

La fotografía era algo muy necesario durante mis vivencias en el desierto. En aquella época, dada mi situación económica, solo podía comprar agua y víveres para mis viajes por el Sáhara, pero no me podía permitir alquilar un coche, ni tampoco deseaba gastar demasiado dinero en una afición tan lujosa como la fotografía, pese a que la considero una inversión importante y que vale la pena.

Aparte de la cámara, un trípode, un teleobjetivo, un objetivo de gran angular y varios filtros ópticos, no tenía mucho más que añadir a mi lista de material fotográfico. Compré unos cuantos rollos de alta sensibilidad a la luz y luego algunos carretes de lo más corrientes, en color y en blanco y negro. Como no tenía especial habilidad con el *flash*, no me preocupé ni de incluirlo.

Antes de ir al desierto, de entre los varios centenares de fotografías hechas, solo había una o dos que se salvaban. Cuando vivía en Madrid compré algunos manuales sobre fotografía y me los leí varias veces, pero se puede decir que no interioricé los conocimientos, todo se quedó en una primera toma de contacto. De manera que me fui al norte de África como si ya fuera una experta.

La primera vez que me adentré en aquel gran desierto en un vehículo con una cámara en la mano, estaba tan maravillada que quería fotografiar todos y cada uno de los cuadros que tenía ante mí. Había espejismos parecidos a sueños y fantasmas; dunas interminables y suaves como el cuerpo de una mujer; el viento soplaba de cara arrastrando arena, que caía como la lluvia; el desierto abrasado por el sol; cactus con sus brazos extendidos al cielo, como si gritaran; el lecho del río que llevaba seco tanto tiempo; la sierra de color negro; el cielo inmenso, de un azul como el hielo; el páramo repleto de rocas aquí y allá... Todas aquellas escenas me emocionaban: eran un auténtico festín para la vista. Estando bajo los efectos de la impresión que me producía el desierto y en medio de aquellos viajes tan movidos, a menudo me olvidaba por completo de mis preocupaciones.

¡Cómo detestaba en aquella época mi falta de conocimientos fotográficos! Si me hubiera aplicado en mejorar mi técnica, habría podido captar aquellas nuevas imágenes y hacerlas llegar a las emociones que sentía por dentro para que ambas se fusionaran, y así luego poder dejar constancia de ellas... ¡Quizá se convertirían en un valioso recuerdo de mi paso por la vida!

Aunque no tenía demasiado dinero para la fotografía, en la medida de mis posibilidades hice unas cuantas fotos que solo pueden ser consideradas meros experimentos. Del mismo modo que el viento y la arena del desierto me dañaban la piel, también perjudicaban las condiciones de mi cámara fotográfica.

Me interesaba todo lo que tuviera que ver con los habitantes del desierto: cómo caminaban, cómo comían, los colores y diseños de sus ropas, sus gestos, su lengua, el ritual del matrimonio, sus creencias religiosas... Pero lo que más me gustaba era observarlos de cerca para así poder satisfacer mi curiosidad insaciable. Sin embargo, era imposible enfrentarse al desierto más grande del mundo con solo una cámara: no podía de ninguna manera lograr lo que pretendía dependiendo solo de mis fuerzas.

Después de muchas incursiones en el desierto, vi claro que tenía que centrar mi atención en algunos aspectos concretos, y que no podía pretender abarcar un plan tan ambicioso que no tuviera en cuenta mis limitaciones.

-¡Quizá es mejor que nos decantemos por fotografiar a personas! Me gusta la gente -le comenté a José.

Cuando iba con el camión cisterna que repartía agua por el desierto, José no me acompañaba. Iba con un saharaui de

confianza que me habían presentado, llamado Baxin, y con su ayudante. El recorrido empezaba, en más de la mitad de las ocasiones, por la zona del océano Atlántico y acababa cerca de Argelia, desde donde luego dábamos la vuelta y regresábamos por el sur. El viaje se prolongaba durante más de mil kilómetros. En cada uno de los puntos donde se congregaban las tiendas de los nómadas, el camión cisterna de Baxin vendía los bidones de agua que puntualmente había cargado.

Viajando en aquel camión destartalado, sin techo ni parabrisas, nos achicharrábamos bajo el sol durante centenares de kilómetros. Suponía todo un reto y un gran esfuerzo físico. Pero como José me dejaba ir, yo quería ser merecedora de la confianza y el respeto que él depositaba en mí, de manera que en mis viajes intentaba que las cosas saliesen siempre bien. Si pasaba fuera varios días, tenía que volver a la ciudad sana y salva.

La primera vez que viajé por el desierto iba con las manos prácticamente vacías, solo llevaba una mochila y una tienda de campaña, por lo que no hubo forma de ofrecer a los nómadas nada de lo que me pedían, y no pude trabar amistad con nadie.

La segunda vez ya sabía de la importancia de los chamanes en la zona, así que preparé un pequeño botiquín para añadirlo a mi equipaje. Además, como sabía que, aunque estuviéramos en la otra punta del mundo, también habría mujeres presumidas y niños golosos, compré muchos collares de abalorios de cristal, anillos de bisutería e incluso algunas llaves brillantes, hilo de pescar resistente, azúcar, leche en polvo y caramelos.

Cuando me adentraba en el desierto con todos aquellos regalos, me sentía realmente avergonzada, pues era como si ofreciera bienes materiales para comprar su amistad. Pero luego me decía a mí misma que lo único que yo esperaba de ellos era que se me acercaran para poder conocerlos mejor,

es decir, solo les pedía su amistad y sus buenas intenciones. También me gustaba que notaran el aprecio que les tenía a través de mis regalos y, en última instancia, les pedía que aceptaran a aquella mujer de etnia diferente parecida a un extraterrestre.

Los nómadas, pese a vivir en comunidad, tenían las tiendas desperdigadas por una zona muy amplia. Los únicos que se juntaban en una especie de rebaño eran unos pocos camellos y unas cabras que para subsistir se comían las escasas y penosas hojas de los árboles secos.

Cuando el camión cisterna se detenía ante una tienda, me bajaba de un salto y me dirigía hacia ella. Aquellos nómadas eran adorables, pero también muy asustadizos, de manera que cuando veían a una persona desconocida siempre huían despavoridos.

Cada vez que Baxin se daba cuenta de que era inevitable que los nómadas huyeran de aquella forma cuando me veían, se ponía a gritarles al instante como si fueran cabras para que no desaparecieran. Los hombres solían acercarse, pero era muy difícil que las mujeres y los niños me permitiesen estar junto a ellos. Nunca consentí que Baxin los obligara a acercarse a mí: no lo hubiera podido soportar.

–¡No tengáis miedo! ¡No voy a haceros daño! Acercaos, ¡no me tengáis miedo!

Yo era consciente de que aquella gente probablemente no entendía ni una sola palabra de español, pero también sabía que mi tono de voz los podía tranquilizar. Aunque no me entendieran, si les hablaba de forma calmada no les agobiaría tanto.

–Mirad, ¡venid! ¡Estos collares son para vosotros!

Cogí un collar de abalorios y se lo colgué en el cuello a una niña, y luego la acerqué a mí para tocarle el pelo. Cuando ya había regalado casi todo lo que llevaba conmigo, empezaba a pasar visita. Le ponía crema antiinflamatoria a los que

padecían dermatitis, repartía aspirinas entre los que sufrían dolores de cabeza, ponía colirios en los ojos hinchados y entregaba vitaminas muy potentes a los que estaban desnutridos, pero lo más importante que hacía era darles grandes cantidades de vitamina C.

Nunca me atreví a sacar la cámara de golpe, nada más llegar, y ponerme a hacer fotos sin tener la más mínima confianza con ellos, pues me parecía un comportamiento irrespetuoso.

En una ocasión, le di un par de aspirinas a una anciana que se quejaba de dolor de cabeza. También le regalé una llave para que se la pusiera como un colgante bajo el pañuelo con el que se cubría la cabeza. A los cinco segundos de tragarse la aspirina me dijo que ya no le dolía, y, como muestra de agradecimiento, tiró de mi mano para llevarme a su tienda. Entonces llamó con unos sonidos roncos a unas cuantas chicas, que debían ser sus hijas y sus nueras, que llevaban la cara tapada, y también las hizo entrar. Aquellas mujeres desprendían un fuerte olor y llevaban el cuerpo cubierto con una tela negra. Les hice un gesto con la mano para pedirles que se destaparan la cara y, de todas ellas, solo hubo dos muchachas que me mostraron con mucha vergüenza sus mejillas de piel morena. Los grandes ojos revelaban una mirada turbada, destacando sus preciosos rostros; tenían una expresión confusa y unos labios muy sensuales, aunque ellas no fueran conscientes de eso... Su aspecto me dejó boquiabierta y no pude evitar coger la cámara.

Pensé que aquellas muchachas no solo no habían visto una cámara en su vida, sino que, además, tampoco habían visto a una china, así que ambas cosas las dejaron fascinadas y se quedaron mirándome inmóviles, de manera que yo pude fotografiarlas.

Cuando entró el hombre de la casa y vio lo que estaba haciendo dio un grito y se abalanzó contra mí. Gritaba y saltaba de tal manera que casi derribó a la anciana de una patada. Luego se puso a insultar a las chicas que se habían agrupado ante mí, las cuales, al oír lo que les decía aquel hombre enfurecido, se asustaron tanto que se juntaron entre ellas como una piña, a punto de llorar.

–¡Les has robado el alma! ¡No tardarán en morir! –me acusó en un español torpe.

–¿Que yo qué? –pregunté, pensando que aquel hombre no sabía lo que decía.

–¡Esta mujer puede curar enfermedades, pero también puede robar almas! ¡Mirad! ¡Aquí! ¡Aquí es donde las tiene atrapadas! –explicó muy serio señalando mi cámara, al tiempo que se acercaba para pegarme.

Al ver el cariz que estaban tomando los acontecimientos, huí de la tienda abrazada a la cámara. Corrí a refugiarme al camión llamando desesperadamente a mi protector Baxin, que justo estaba repartiendo agua. Al verme en aquel estado, al momento bloqueó a mis perseguidores. Sin embargo, aquella muchedumbre seguía muy exaltada y nos rodeó. Sabía que en aquellas circunstancias los podía ahuyentar y dejar que me marchara sana y salva con la cámara, bajo la amenaza de no suministrarles agua, o enviando al ejército, o incluso recurriendo a alguna superstición, pero por otro lado aquella gente creía que las muchachas habían perdido su alma. ¿Acaso no tenían derecho a pedirme una compensación?

Si me marchaba con aquellas fotografías sin su consentimiento, iba a causar un daño irreparable en aquellas chicas, que lloraban desconsoladas, convencidas de que estaban a punto de morir...

–Baxin, no te pelees más con ellos. Por favor, diles que sí, que su alma está en esta caja, pero que ahora mismo puedo sacarla y devolvérsela. Diles que no tengan miedo...

–Sanmao, ¡pero si están armando un escándalo! ¡Son unos ignorantes! No les hagas ni caso...

La actitud de Baxin era muy arrogante y no me gustó nada.

–¡Largaos de una vez! –les gritaba haciendo un gesto con el brazo para que se marcharan, pero ellos se resistían a irse.

Aquellas muchachas a las que había robado el alma, al ver que poníamos el camión en marcha, se pusieron en cuclillas al instante completamente aterradas. Di unos golpecitos a Baxin en el hombro y le dije que parara el motor.

–Ahora voy a liberar vuestras almas, ¡no os preocupéis!

Abrí la cámara delante de todos y saqué el carrete como si se tratara de un truco de magia. Luego bajé del camión y les di la película para que la miraran a contraluz. Los negativos estaban completamente velados, y no se veía ninguna imagen. Al comprobarlo con sus propios ojos, suspiraron aliviados y todos rieron satisfechos. Durante el trayecto Baxin y yo nos reímos mientras poníamos un carrete nuevo. Entonces suspiré, y giré la cabeza para mirar a dos ancianos saharauis que habíamos recogido haciendo autoestop y que llevábamos en la parte de atrás.

–Una vez vimos un objeto en el que, si te reflejabas, se podía ver claramente cómo te absorbía el alma... ¡Mucho más potente que esta caja tuya! –me contó uno.

–¿De qué hablan, Baxin? –le pregunté agachada tras él mientras el camión avanzaba dado saltos.

Cuando me lo explicó lo entendí enseguida, y sin decir nada cogí un espejito que llevaba en la mochila. Lo levanté sigilosamente delante de aquel anciano. Al verlo se pusieron a gritar como locos y casi se caen del camión. Entonces empezaron a golpear a Baxin en la espalda, pidiéndole desesperados que parara el coche. Cuando el camión frenó saltaron atropelladamente. Su reacción me dejó estupefacta y al levantar la cabeza para mirar el camión de Baxin vi que, como era de esperar, no tenía ningún tipo de retrovisor ni nada parecido.

No se puede decir que la cultura material sea imprescindible para la humanidad, pero que en el planeta que compartíamos todavía existieran personas que no habían visto nunca un espejo me dejó aturdida, y al mismo tiempo, y sin motivo alguno, noté un ligero sentimiento de lástima. ¿Aquella ignorancia era solo a causa de los límites del entorno geográfico o era algo provocado por el hombre? Hace mucho tiempo que le doy vueltas, pero no encuentro respuesta.

Cuando volví a embarcarme en otro viaje por el desierto me llevé conmigo un espejo mediano, y en cuanto bajaba del camión lo cogía y lo ponía contra unas piedras que había apilado para que se mantuviese de pie. De esta forma todos centraban su atención en el espejo porque le tenían terror, y, en cambio, dejaron de hacerle caso a la cámara porque el espejo se había convertido en una máquina absorbedora de almas mucho más potente.

Como aquella estrategia que me permitía hacerles fotos no me parecía un comportamiento noble, a menudo me agachaba delante del espejo para peinarme, lavarme la cara o simplemente mirarme, y después me iba como si nada. Me comportaba como si no temiera en absoluto al espejo, y poco a poco los niños se acercaron también. Primero pasaban como una exhalación por delante, y al ver que no ocurría nada, volvían a pasar una y otra vez... Al final los saharauis rodeaban el espejo gritando de forma extraña. Y de esta manera, aquella preocupación por la absorción de las almas se iba disipando.

Después de casarme, no solo me convertí en propiedad de José, sino que mi cámara también acabó en sus manos. Cuando fuimos a recorrer el desierto durante nuestra luna de miel, mi dueño no me permitió tocar ni una sola vez mi tesoro. José se convirtió en el cazador de almas del desierto, y las almas que cazaba a menudo eran las de nuestras hermosas vecinas...

Un día conducíamos un jeep alquilado por la zona del desierto al lado del océano Atlántico. Estábamos a más de quinientos kilómetros de la ciudad donde residíamos. Según el momento del día o la estación, el desierto se podía teñir de negro, blanco o amarillo, e incluso de rojo. A mí la versión que más me gustaba era la negra, por su majestuosidad. José, en cambio, prefería la blanca porque, según él, era una delicada escena de nieve bajo el sol abrasador.

Aquel mediodía conducíamos a poca velocidad y atravesamos el desierto, que estaba casi de un blanco puro. En sus confines se veía el océano azul. En aquel momento vimos una nube rosada que no sabíamos de dónde había salido y que poco a poco descendió hasta la playa. La costa quedó bañada con los rayos del sol poniente. Pensé que era algo extraordinario y me fijé en aquel extraño fenómeno natural. ¿Cómo podía ser que de repente estuviéramos presenciando un paisaje crepuscular en pleno mediodía?

¡Oh, Dios mío! Al volver a mirarlo con detalle me percaté de que se trataba de una gran bandada de centenares de flamencos que comían uno al lado del otro alguna cosa que habían encontrado en la playa.

–¡Pásame la cámara! ¡Deja que yo saque las fotos! ¡No hagas ruido ni te muevas! –le pedí sigilosamente, mientras intentaba coger con cuidado la cámara que llevaba José.

Pero él fue más rápido que yo y ya estaba listo para disparar.

–¡Haz la foto! ¡Corre!

–No puedo enfocarlo todo, estamos demasiado lejos... Voy a bajar.

–¡No bajes, que harás ruido! –le dije en un susurro.

José no me escuchó, se quitó los zapatos y corrió con cuidado hacia la bahía. Parecía como si fuera a llevar a cabo un ataque sorpresa contra un grupo de invitados llegados del cielo. Cuando todavía no estaba lo suficientemente cerca,

aquella nube rosada se elevó de repente hacia el firmamento y desapareció sin dejar rastro. Era una lástima no haber podido fotografiar a los flamencos, pero nunca olvidaría aquella belleza fugaz.

Un día, un amigo saharaui nos invitó a su tienda y sacrificó una cabra con mucha solemnidad para que nos la comiéramos. La forma de degustarla era muy sencilla: se cortaba la cabra en varias decenas de pedazos, que se ponían al fuego para asar cuando aún estaban sangrantes. Medio hechos se ponían en un recipiente de barro que era tan grande como una bañera y se salaban. Todos se sentaban alrededor para comer de aquel recipiente común. La gente cogía un trozo de carne, le daba algunos bocados y volvía a dejarlo en el recipiente. Después salía para tomar té y jugar al ajedrez con unas piedrecitas. Al cabo de una hora, nos reuníamos todos otra vez y volvíamos a rodear aquellos pedazos de carne que ya estaban mordisqueados. Se podían coger, incluso, los que otras personas habían mordido antes. Nos dedicábamos a comer un rato, es decir, a masticar, a dejar la carne en el recipiente común, a volver a masticar, a dejar la carne en el recipiente común, y así hasta que dejábamos la cabra en los huesos.

Le pedí a José que me hiciera una foto rebañando un hueso, pero como la foto solo congela un momento, la imagen no captó lo que a mí me hubiera gustado, es decir, «el trozo que me estoy comiendo quizá lleve la saliva de tres, cuatro o más personas».

En otra ocasión fui con José a ver el nacimiento de un camello porque habíamos oído decir que al parirlos caían directamente al suelo. Nos parecía interesante, así que por supuesto, me llevé la cámara.

Lo que no me podía imaginar era que aquel camello no tenía prisa por venir al mundo y que se lo tomaría con mucha calma. Aburrida de esperar, me fui a recorrer la zona hasta

que vi que el anciano saharaui que cuidaba de los camellos de pronto se arrodillaba a lo lejos, y luego se volvía a levantar. Aquel gesto me hizo reflexionar sobre un tema muy interesante: en el desierto no había papel higiénico, así que ¿cómo se las debían apañar después de cagar? Aunque aquella pregunta no tenía nada de constructiva, me hizo pensar.

–José, ¿y cómo se apañan? –le pregunté a mi marido en voz baja.

–El hombre que has visto de rodillas y que luego se ha puesto de pie otra vez estaba meando, no cagando.

–¿Qué? ¿Y cómo se puede mear de rodillas?

–Bueno, se puede mear en cuclillas o de rodillas, ¿es que no lo sabías?

–¡Quiero que le hagas una foto! –insistí, pues creía que había que inmortalizar aquello.

–¡Pero si cuando se agacha la chilaba se lo tapa todo! En la foto solo saldría un hombre arrodillado. ¡Ya ves tú qué interesante!

–¡A mí me parece interesante que en el mundo haya gente que mee de esa forma tan rara!

De verdad que me parecía algo digno de interés.

–¿Y eso tiene algún valor artístico, Sanmao?

Para aquella pregunta no tenía respuesta.

Pero lo más interesante que nos ocurrió relacionado con la fotografía también sucedió en el gran desierto. Habíamos acampado no muy lejos de El Aaiún, y se nos acercó un saharaui que había visto nuestra tienda y que tenía ganas de charlar. Resultó ser un chico jovencísimo, muy amable, y que sabía español. Nos dijo que había hecho de asistente de una monja que viajaba con una clínica móvil, y no dejaba de repetir que él era una persona civilizada.

A aquel muchacho le gustaba mucho que le absorbiéramos el alma y le pidió a José con amabilidad si podían intercambiarse la ropa para que le hiciéramos fotos. También

quiso coger prestado con mucho cuidado el reloj de mi marido. Entonces se peinó y luego empezó a posar de una forma que no iba para nada con él: parecía un europeo de pacotilla.

–Perdonad, ¿vuestra cámara es en color? –preguntó de muy buenas maneras.

–¿Cómo? –me sorprendí.

–Pues eso, que si vuestra cámara es en color –repitió.

–Te refieres a los carretes, ¿no? Las cámaras no pueden ser en color.

–Sí, la monja de la que os he hablado solo usaba una cámara en blanco y negro. Y a mí me gustan más las que son en color.

–¿Pero te refieres al carrete o a la máquina? –dudé.

–¡A la máquina! Si no lo sabes ve a preguntarle a tu marido. Yo creo que la cámara que tiene en la mano es en color... –me dijo lanzándome una mirada de superioridad por todas las preguntas que le estaba haciendo.

–¡Pues sí! ¡No te muevas! ¡Esta es la mejor cámara de colores naturales del mundo! –dijo José muy serio, mientras fotografiaba a aquel grácil joven que se creía de lo más civilizado con aquella ropa y aquellos gestos.

Al ver como mi marido le tomaba el pelo, le seguí la corriente, y me eché a reír tanto que enterré la cara en la arena, como si fuera un avestruz. Cuando levanté la cabeza vi que José se me había puesto delante para fotografiarme.

–¡Absórbeme el alma blanca y pura con la cámara en color! ¡Ten piedad, aunque no sirva de precedente! –grité cubriéndome la cara.

Crónica de la boda
結婚記

1

Un día de invierno del año pasado, de buena mañana, José y yo nos sentamos en un parque madrileño. Aquel día hacía un frío gélido. Yo estaba acurrucada bajo mi abrigo y solo se me veían los ojos. Sacaba una mano de vez en cuando para echar pan a los gorriones. José llevaba un chaquetón viejo y leía un libro sobre navegación.

–Sanmao, ¿qué planes tienes para el año que viene?

–Nada del otro mundo, después de Semana Santa me quiero ir a África.

–¿A Marruecos? ¿Pero no habías ido ya?

–Estuve en Argelia, pero el año que viene quiero ir al desierto del Sáhara.

José tenía una gran virtud: cualquier comportamiento mío que a ojos de los demás podía parecer una locura, para él era algo natural. Por eso me encantaba estar a su lado.

–¿Y tú?

–En verano quiero ir a navegar. Me ha sido muy difícil estudiar y hacer la mili, y ahora quiero empezar una nueva etapa.

Levantó los brazos y se los puso detrás de la nuca.

–¿Y el barco?

Yo sabía que quería un barquito desde hacía mucho tiempo.

–El padre de Jesús tiene un barco que nos puede prestar. El año que viene podemos ir al mar Egeo a bucear.

Confiaba en José, todo lo que había dicho en el pasado lo había llevado a cabo.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte en el desierto del Sáhara? ¿Qué harás allí?

–Pues, por lo menos, entre seis meses y un año. Quiero conocer el desierto.

Era un deseo que quería cumplir desde que empecé a estudiar geografía cuando era pequeña.

–Somos seis los que queremos ir a navegar, y también te quería llevar a ti. ¿Crees que puedes estar de vuelta para agosto?

Me desabroché la parte de arriba del abrigo y lo miré entusiasmada.

–Pero si yo no sé nada de barcos, ¿qué trabajo me vas a asignar? –le pregunté con un tono alegre.

–Harás de cocinera y de fotógrafa. Además, te daré mi dinero para que lo administres. ¿Cómo lo ves?

–Claro que quiero ir, pero temo no estar de vuelta para agosto, ¿cómo podría hacer las dos cosas sin renunciar a nada?

En ningún caso deseaba tener que elegir.

–Hace mucho tiempo que nos conocemos y tú siempre quieres ir de aquí para allá. No ha sido fácil acabar la mili, se me ha hecho eterna, pero tú sigues queriendo ir por tu cuenta. Dime, ¿cuándo podremos estar juntos? –gritó, disgustado.

José rara vez se quejaba de mí, así que lo miré, extrañada, mientras lanzaba con fuerza las migas de pan a lo lejos. Los gorriones echaron a volar asustados.

–¿De verdad insistes en ir al desierto? –me volvió a preguntar.

Asentí decidida con la cabeza. Tenía muy claro lo que quería hacer.

–De acuerdo –refunfuñó, y volvió a centrarse en el libro.

José era muy hablador, pero cuando le pasaba algo, no abría la boca.

Nunca me hubiera imaginado que a principios de febrero de aquel año José, muy discretamente y sin decirme nada, solicitaría un trabajo justamente relacionado con el desierto del Sáhara. Al final hizo las maletas y partió hacia África antes que yo.

Le escribí una carta en la que le decía que no había ninguna necesidad de que se marchase a pasar penurias al desierto por mí y que, además, aunque yo fuera, estaría más de la mitad del tiempo viajando por todas partes, de manera que no sería posible vernos con frecuencia. José respondió a mi carta: «Lo tengo claro, quiero estar a tu lado. Solo si te casas conmigo podré liberarme de este sentimiento que oprime mi corazón. Casémonos en verano, ¿de acuerdo?». Aunque la carta era corta, la releí casi diez veces, y luego la embutí en el bolsillo de mi falda larga. Salí a la calle a dar un paseo que casi duró toda la noche y al regresar ya había tomado una decisión. A mediados de abril de aquel año, recogía mis pertenencias, abandonaba mi piso en Madrid y partía hacia el desierto del Sáhara español.

José dormía en la residencia de la empresa y yo vivía en la ciudad de El Aaiún. Ambos lugares estaban separados por unos largos cincuenta kilómetros, pero José venía cada día a verme.

–Ahora ya nos podemos casar.

Estaba contentísimo, tenía la cara radiante.

–Ahora no es buen momento, dame tres meses para que vaya a explorar por todas partes y cuando regrese, nos casamos.

En aquel momento estaba esperando la oportunidad de que los saharauis me llevaran por el desierto hasta el África occidental.

–De acuerdo, me parece bien, pero igualmente habría

que ir al juzgado a preguntar por los trámites que tenemos que hacer, sobre todo teniendo en cuenta que tendrás que nacionalizarte aquí –accedió.

José y yo habíamos acordado que después de casarnos yo pediría la doble nacionalidad.

Y así fue como nos dirigimos juntos al juzgado local a preguntar cómo nos podíamos casar. El secretario era un español con el pelo completamente blanco.

–¿Se quieren casar? Oh, bueno, es que no hemos casado nunca a nadie. Tienen que saber que aquí los saharauis se casan según sus propias tradiciones. Vamos a ver qué dice la ley sobre esto... –decía mientras leía–. Para celebrar un matrimonio... Sí, aquí está... Se necesita el certificado de nacimiento, el certificado de estado civil, el certificado de empadronamiento, el certificado del comunicado público del juzgado... Los documentos de esta señorita tienen que salir desde Taiwán, y luego tienen que ir a la embajada china en Portugal para que compulsen la traducción. Una vez hecho esto, los documentos se tienen que llevar al consulado de España en Portugal para su legalización y luego al Ministerio de Asuntos Exteriores español. Finalmente, los documentos han de llegar aquí, nosotros los examinaremos y, hecho esto, haremos una notificación pública del enlace. A los quince días enviaremos un comunicado a los juzgados del lugar donde estén empadronados en Madrid...

–Mira cuánto papeleo, ¡qué engorro! ¿Es necesario que nos casemos? –le susurré a José, saturada. Lo que más odiaba en la vida era rellenar formularios y hacer trámites.

–Sí, ¡cállate!

Estaba muy nervioso.

–Perdone que le haga otra pregunta: entonces, ¿en cuánto tiempo calcula que podemos estar casados?

–¿Eh? ¡Eso depende de ustedes! Una vez reunidos los documentos ya se pueden casar. Para que ambos países hagan público el matrimonio se necesita un mes, pero entre que los documentos van y vienen... Yo calculo que en unos tres meses lo pueden tener solucionado.

El secretario cerró el libro lentamente. Aquellas palabras impacientaron a José, que se limpió el sudor.

–Por favor, ayúdenos a acelerar un poco el proceso, ¿no puede agilizarse de alguna manera? No podemos esperar tanto... –le imploró tartamudeando.

En aquel momento el secretario puso el libro en la estantería y echó una mirada de reojo a mi cintura. Yo, que soy muy observadora, enseguida supe que había malinterpretado las palabras de José.

–Señor secretario, a mí no me preocupa tener que esperarme. El que tiene prisa es él.

Y nada más decir aquello me di cuenta de que había metido todavía más la pata, y me apresuré a guardar silencio.

José me retorció el dedo con fuerza.

–Gracias, gracias, así lo haremos. Adiós, adiós –le dijo al secretario.

José tiró de mí y bajamos del tercer piso del juzgado a toda velocidad. Yo corría pero no podía parar de reír.

–¿Qué querías decir con eso de que soy yo el que tiene prisa? ¿Pero de qué hablas? ¿Acaso estoy esperando un hijo? –vociferó fuera de sí cuando nos detuvimos en la entrada del juzgado.

Me estaba riendo tanto que no le pude responder.

2

Los tres meses pasaron volando. Durante aquel tiempo, José trabajó con todas sus fuerzas para ganar dinero, y, al mismo tiempo, hacía nuestros muebles. Además, cada día traía algunas de sus cosas a mi casa. Yo, en cambio, me dediqué a viajar con una mochila a la espalda y una cámara en las manos. Vi muchas tiendas nómadas, fui testigo de costum-

bres maravillosas y muy diferentes, tomé notas, ordené diapositivas, hice muchos amigos saharauis e incluso empecé a estudiar su idioma. Los días transcurrieron felices y provechosos.

Por supuesto, de lo que más pendientes estábamos era de la solicitud de todos los papeles para la boda. Fue algo pesadísimo; cuando vuelvo la vista atrás, todavía me duele la cabeza.

Llegó el calor. Como mi casa no tenía número, alquilé un buzón en la oficina de correos. Cada día debía desplazarme una hora más o menos para ir buscar la correspondencia. Al cabo de tres meses, la mayoría de los lugareños me conocía, sobre todo los de la oficina de correos y los del juzgado. Como nos veíamos a diario, acabamos haciéndonos amigos.

Un día me senté en los juzgados, porque hacía un calor de mil demonios, insoportable.

–Oiga, ya ha acabado el plazo legal de la notificación pública en Madrid, lo que significa que ya se pueden casar –me comunicó el secretario.

–¿De verdad? –pregunté, atónita, porque simplemente no podía creerme que toda aquella guerra burocrática se hubiera acabado.

–Les asignaré un día –dijo el secretario sonriendo.

–¿Cuándo? –salté.

–Mañana a las seis de la tarde.

–¿Mañana? ¿Ha dicho mañana?

Por mi tono incrédulo parecía que la noticia no me hacía muy feliz.

El secretario se molestó un poco, como si fuera yo una desagradecida.

–¿No dijo José que quería que fuera cuanto antes?

–Así es, gracias. Mañana vendremos.

Bajé como si fuera sonámbula y me senté en el escalón de piedra de la oficina de correos. Me quedé absorta mirando el desierto.

Justo en aquel momento vi al conductor de la empresa de José que pasaba al volante de un jeep. Corrí a detenerlo.

–Mohamed, ¿vas a la empresa? Por favor, dale un mensaje a José de mi parte. Dile que mañana nos casamos y que cuando salga de trabajar venga hacia aquí.

–¿Acaso el señor José no sabe que mañana se casan? –inquirió, extrañado.

–No, ni yo tampoco lo sabía.

El hombre se me quedó mirando con una expresión de terror y se marchó haciendo eses con el coche.

Me percaté de que había vuelto a explicarme mal. Seguro que se pensaba que mis ganas de casarme me habían acabado trastornado.

José no esperó hasta la hora de salir de trabajar. Volvió volando en coche.

–¿De verdad que es mañana? –preguntó incrédulo mientras entraba.

–De verdad. Venga, vamos a enviar un telegrama a la familia –dije tirando de él de nuevo hacia la calle.

El telegrama de José era tan largo que parecía una carta: «Disculpad que os informe con tan poco tiempo, acabamos de saber que mañana nos casamos. Por favor, perdonadnos». Yo envié un simple «Mañana me caso. Sanmao» a la dirección telegráfica de mi padre. Sabía que cuando mis padres lo recibieran se sentirían reconfortados y contentos, ya que durante muchos años había deambulado de aquí para allá y se lo había hecho pasar muy mal. Les debía una disculpa.

–Oye, ¿y mañana qué te pondrás?

–Pues no lo sé todavía, lo que encuentre por casa –le dije mientras lo pensaba.

–Me he olvidado de pedir el día libre, así que mañana tengo que ir a trabajar –reconoció José, un poco molesto.

–Ve, de todas formas la boda no es hasta las seis de la tarde. Si sales una hora antes, tienes tiempo de sobras.

Yo no veía nada malo en eso de ir a trabajar el mismo día de la boda.

–Y ahora, ¿qué hacemos? Ya hemos enviado los telegramas –dijo como si estuviera atontado.

–Volvamos a casa a acabar los muebles. A la mesa le faltan los clavos, y las cortinas están a medias.

Era incapaz de averiguar por qué José no parecía el mismo de siempre.

–¿El día antes de la boda también quieres trabajar?

Parecía que quería adelantar la celebración, estaba perezoso.

–¿Y qué quieres hacer?

–Te quiero llevar al cine. Mañana ya no serás mi novia.

Así que nos dirigimos al único cine del desierto, uno de mala muerte, a ver *Zorba, el griego*. Fue como una especie de despedida de solteros.

3

Al día siguiente, cuando José llamó a mi puerta, yo estaba durmiendo la siesta porque había ido a buscar un cubo grande de agua y me sentía muy cansada. Ya eran las cinco y media.

–Anda, levántate, tengo algo para ti –anunció nada más entrar, muy excitado.

En la mano llevaba una caja grande.

Di un salto con los pies descalzos y se la arranqué de las manos.

–Seguro que son flores.

–¿De dónde quieres que saque flores en el desierto? Vaya ocurrencias...

Estaba un poco decepcionado porque no lo había adivinado. Abrí la caja mal envuelta arrancando el papel a toda prisa. ¡Oh! Aparecieron las cuencas vacías de una calavera. Saqué con decisión el regalo y lo volví a mirar. Se trataba del

cráneo de un camello, con todos los huesos blancos en su sitio y bien encajados. Una fila de grandes dientes me sonreía. Los ojos eran dos agujeros negros.

Estaba muy emocionada. Aquel regalo me había llegado al corazón. Lo coloqué en la estantería.

–¡Oh! ¡Qué lujo, qué lujo! –lo alababa.

¡Ese era mi marido!

–¿De dónde lo has sacado?

–¡Si tú supieras! Casi me muero andando por el desierto hasta que he encontrado este completo. Sabía que te gustaría.

Estaba muy satisfecho. Era realmente el mejor regalo de boda.

–Rápido, ve a arreglarte, si no, no llegaremos a tiempo –me apremió mirando el reloj.

Yo tenía ropa muy bonita, pero no me la ponía a menudo. Estiré el cuello para echar un vistazo a José, y me fijé en que él llevaba una camisa azul marino y se había arreglado la barba. De acuerdo, pues yo también me pondría de azul. Busqué un vestido largo azul claro de batista que, aunque no era nuevo, tenía un toque sencillo y elegante a la vez. Me puse las sandalias como de costumbre y me solté el pelo. Me coloqué un sombrero de paja inclinado, sin flores, y me dirigí a la cocina para coger un manojo de cilantro y ponérmelo en el sombrero. No llevaba bolso, iba con las manos vacías. José me miró de arriba abajo.

–Muy bien, un estilo bucólico. Muy sencilla, pero muy guapa a la vez.

Cerramos la puerta y nos adentramos en el desierto. De mi casa a la ciudad había unos cuarenta minutos, y como no había transporte, no teníamos más remedio que andar. En la arena interminable y bajo el cielo infinito, solo se veían nuestras dos minúsculas sombras caminando. A nuestro alrededor todo estaba muy solitario. El desierto en aquel momento era verdaderamente bellísimo.

–Probablemente eres la primera novia que va andando al altar.

–Lo que sí soy es una novia que querría ir galopando en camello a la ciudad, veloz como el viento. Imagínate qué magnificencia, qué poderío. ¡Qué lástima que no sea posible! –protesté.

Cuando aún no habíamos llegado al juzgado, oí que alguien decía:

–¡Ya vienen, ya vienen!

Y apareció un hombre haciéndonos fotos. Me llevé un buen susto.

–¿Le has dicho a alguien que venga a hacer fotos? –le pregunté a José.

–No, no, supongo que es del juzgado –respondió un poco nervioso.

Al subir, vimos que todos los del juzgado llevaban traje y corbata. En comparación, José parecía que iba vestido como alguien que está de paso.

–Qué desastre, José, todos van de punta en blanco, ¡es de locos!

Lo que más temía en la vida eran esas ceremonias en las que la gente se daba aires de grandeza, pero esta vez no tenía escapatoria.

–Aguanta un poco, enseguida acabamos –me consoló.

El secretario llevaba un traje negro y una pajarita de seda.

–Vengan, vengan, por aquí.

José tiraba de mí hacia el interior del salón principal, no me dejó ni limpiarme el sudor. Al entrar en aquella minúscula sala, me fijé en que conocía a todo el mundo y nos miraban con una sonrisa. ¡Caramba! ¿Cómo se habrían enterado?

El juez era muy joven, tenía más o menos nuestra edad y llevaba una toga de satén.

–Siéntense aquí, por favor, siéntense.

Parecíamos marionetas. José tenía la barba empapada en sudor. Tomamos asiento y el secretario empezó a hablar.

–Según la ley española, una vez casados hay tres puntos que ustedes deben respetar, y que son los siguientes: primero, después de la boda, los contrayentes deberán vivir juntos.

Al oírlo, pensé que simplemente era una tontería, ¡era lo más ridículo del mundo! En aquel momento empecé a reírme en silencio y desconecté, ya no escuché nada más de lo que dijo hasta que oí que el juez me llamaba por mi nombre.

–Señorita Sanmao.

–¿Qué? –me apresuré en contestar.

Los asistentes se echaron a reír.

–Por favor, levántese.

Me levanté poco a poco.

–Señor José, levántese usted también.

¡Cómo le gustaba la verborrea a aquel hombre! Podría haber dicho directamente «Por favor, levántense», y nos habría ahorrado tiempo y pasar vergüenza.

En aquel momento me di cuenta de que al juez le temblaba la mano con la que sostenía el papel. Le di un golpecito a José para que se fijara. Era la primera vez que el juzgado formalizaba un matrimonio en el desierto, y el juez estaba aún más nervioso que nosotros.

–Sanmao, ¿toma a José como legítimo esposo?

Sabía que tenía que contestar «sí».

–¡Vale! –respondí sin saber por qué lo hice de aquella forma.

El juez se echó a reír y le repitió la pregunta a José.

–¡Sí, quiero! –contestó en voz alta.

Los dos habíamos respondido a la pregunta, pero parecía como si el juez no supiera qué tenía que decir a continuación. Los tres permanecimos de pie en silencio.

–Bueno, pues ya están ustedes casados. ¡Felicidades! –sentenció al fin.

Al oír que esa ceremonia opresora había concluido, me sentí aliviada y me quité el sombrero para abanicarme. Se nos acercó muchísima gente para estrecharnos la mano. El secretario estaba contentísimo, como si fuera de la familia.

–¿Eh? ¿Y los anillos? –preguntó alguien de repente.

¡Era verdad! ¿Dónde estaban los anillos? Me di la vuelta buscando a José, que ya andaba por el pasillo.

–¡Oye! ¿Has traído los anillos?

–Aquí están –anunció feliz. Sacó el suyo, se lo puso y empezó a perseguir al juez.

–¡Señor juez! ¡El libro de familia, el libro de familia! –gritaba, olvidándose por completo de entregarme mi anillo.

En el desierto no había ningún restaurante decente y nosotros tampoco teníamos presupuesto para invitar a nadie a comer, así que después de la ceremonia la gente se dispersó y nosotros dos nos quedamos solos sin saber qué teníamos que hacer.

–¿Qué te parece si pasamos una noche en el Hotel Nacional? –me preguntó José.

–Prefiero volver a casa y cocinar yo misma. Con lo que vale una noche allí, podemos hacer la compra una semana –objeté, pues no me gustaba tirar el dinero.

Así que nos adentramos en el desierto para regresar a casa. En la puerta nos habían dejado una tarta. Después de entrar retiramos la caja del pastel y de debajo cayó un papel que rezaba: FELICIDADES A LOS RECIÉN CASADOS. El regalo provenía de muchos de los compañeros de trabajo de José. Yo estaba conmovida porque tener una tarta fresca de mantequilla en el desierto no pasaba todos los días. Pero aún más valiosas me parecieron las figuritas de los novios que había encima del pastel. La novia incluso podía abrir y cerrar los ojitos. Me sentía como una niña y cogí los muñequitos.

–Los muñecos me los quedo yo.

–Pues claro, ¿yo para qué los quiero?

José me cortó un trozo de tarta y, mientras me lo comía, me puso el anillo. Ahora sí que se podía dar la boda por finalizada.

Y así fue como nos convertimos en marido y mujer.

Un restaurante en el desierto
沙漠中的飯店

Qué lástima que mi marido sea extranjero. Es inevitable que esta forma de referirme a mi esposo suene un poco racista, pero es que, del mismo modo que en cada país la lengua y las costumbres son muy distintas, en nuestro matrimonio muchas cosas han resultado ser diferencias insalvables.

–Como nuestros países son diferentes y nuestro carácter también, cuando estemos casados es muy probable que discutamos mucho e incluso alguna vez lleguemos a las manos –le advertí muy claramente al poco de decidir que me quería casar con él.

–Sé que no eres fácil, pero tienes buen fondo. Puede que discutamos o nos peleemos, pero aun así quiero que seas mi mujer.

Y así fue como, siete años después de conocernos, al fin nos casamos.

No soy feminista, pero no deseaba en absoluto perder mi independencia y libertad, así que le repetía una y otra vez que después de la boda yo seguiría siendo un alma libre, y que, si no, nada de boda.

–Pero es que yo quiero que lo sigas siendo, ¡cómo iba a querer casarme contigo si perdieras tu esencia! –me explicó, y eso me reconfortó.

Al ser su mujer no tenía más remedio que soportar su chino. Pobrecito... ¡cuántas veces le expliqué la diferencia entre 人 y 入, y aun así seguía sin distinguir aquellos sinogramas[1]! Al final acabamos hablando su lengua y lo dejé por imposible. Pero en el futuro, y en esto estábamos de acuerdo, nuestros hijos aprenderían chino, costara lo que costara.

Pero no nos vayamos por las ramas. Lo primero que tiene que hacer cualquier ama de casa es ponerse el delantal. Siempre había odiado hacer las tareas del hogar, pero la cocina me interesaba mucho. Con algunas cebollas, unos trozos de carne y una sartén bien caliente ya se puede preparar un plato. Admiro mucho ese arte.

Mi madre estaba en Taiwán y sabía que, después de casarnos, el trabajo de José nos llevaría a un inmenso desierto africano, por eso estaba muy apenada. Como era José quien traía el pan a casa, yo tenía que ir tras sus pasos, era mi cupón de comida, no tenía margen de elección.

De recién casados, siempre comíamos platos españoles; después llegó por avión un paquete que me ayudó mucho. Recibí una gran cantidad de tallarines de fécula de judía, algas comestibles, setas *shiitake*, fideos instantáneos taiwaneses y cecina de cerdo, entre otros productos muy preciados. No cabía en mí de gozo. Y con las latas de salsa de soja que me envió una amiga europea abrí las puertas de mi restaurante chino casero, aunque por desgracia mi único cliente no pagara la cuenta. Más adelante, las colas de amigos que venían a comer serían interminables.

De hecho, con lo que mi madre me envió, no tenía suficiente para abrir mi restaurante, pero, por suerte, José no había estado en Taiwán y, al ver mis aires de gran chef, confió en mí.

1. Pese a que 人 y 入 son dos sinogramas que se parecen mucho, el primero significa 'persona' y el segundo 'entrar'.

Mi primer plato fue sopa de pollo con fideos de soja.

–¡Abre el restaurante, rápido! ¡Me muero de hambre! –gritó, como siempre que volvía de trabajar.

Tantos años de enamorados para que al final, al volver a casa, solo supiese pedir la comida y ni siquiera le echase un vistazo rápido a su mujer. Pero yo, que era consciente de que ya no era ninguna jovencita, me daba por satisfecha.

–¿Eh? ¿Y esto qué es? –preguntó después de tomar un sorbo–. ¿Fideos finos chinos?

–¿Crees que tu suegra te va a enviar solo eso desde tan lejos? No.

–Pero ¿qué es? Dame un poco más, está rico.

–Esto se llama «lluvia» –indiqué cogiendo un fideo con los palillos.

–¿Lluvia? –repitió, perplejo.

Tal como he dicho antes, soy una esposa libre y me hace feliz decir lo primero que se me pasa por la cabeza.

–Esto... Esto es la primera lluvia de la primavera. Cae en lo alto de las montañas taiwanesas y se congela, hilo a hilo. Los aborígenes[2] la bajan de la montaña cargándola a la espalda y la venden en manojos a cambio de vino de arroz. ¡Es dificilísima de encontrar!

–¿Me tomas por tonto? –me preguntó, todavía anonadado, mirándome inquisitivamente y después mirando la lluvia de la olla.

Yo no dije nada.

–¿Quieres o no?

2. La palabra «aborigen» hace referencia a los habitantes nativos de Taiwán que tienen en común el hecho de no ser étnicamente chinos. Han sido víctimas de los diversos colonizadores de la isla y actualmente la mayoría de ellos continúan viviendo en las montañas centrales y en las zonas costeras del este. Pese a los esfuerzos del gobierno en los últimos años por mejorar su estatus socioeconómico, continúan teniendo índices de pobreza y analfabetismo superiores a la media de la población.

–Perdone usted, gran reina vendedora de humo. Sí, claro que quiero.

A partir de ese momento a menudo comía lluvia de primavera y, aún hoy, todavía no sabe de qué está hecha. A veces pienso que José es bobo, y me entristezco un poco.

La segunda vez que comió esos tallarines fue cuando preparé un plato conocido como «hormigas subiendo al árbol». Se fríen los tallarines en el wok, y luego se les echa carne picada y su jugo.

José siempre volvía del trabajo muy hambriento.

–¿Y esto qué es? –preguntó tras un primer gran bocado–. Parece lana blanca, y a la vez también parece plástico.

–Pues no es ni una cosa ni la otra, es el hilo de nailon que usas para pescar. Los chinos lo procesan y lo hacen blanco y blandito.

Volvió a probarlo y esbozó una pequeña sonrisa.

–¡Qué cosa más rara! ¡Vaya! Si de verdad abriéramos un restaurante, este plato lo podríamos vender a buen precio.

Aquel día José se hinchó a comer nailon blanco procesado.

La tercera vez que José comió los tallarines, formaban parte, junto con carne picada y espinacas, del relleno de una empanadilla llamada *hezibing*, típica del noreste de China.

–Esta empanadilla está rellena de aleta de tiburón, ¿verdad? He oído decir que es muy cara, no me extraña que hayas puesto tan poca.

Yo me revolcaba en el suelo de risa.

–En el futuro dile a tu madre que no nos compre esto tan caro. Le escribiré para darle las gracias.

–Corre, escribe, ¡yo traduzco la carta! –le animé entre carcajadas.

Un día, justo antes de que volviera del trabajo, aprovechando que no había visto la cecina, la corté en cubitos muy pequeños y los puse en un bote, que escondí entre los pliegues de una manta. Casualmente aquel día José estaba resfriado

y quiso usarla para dormir; y yo por un momento me olvidé de mi tesoro y me puse a su lado a leer tranquilamente por enésima vez *A la orilla del agua*.[3] Él se tumbó en la cama y cogió el bote. Lo miró con detenimiento, inspeccionándolo con mucha atención. Yo alcé la cabeza y pensé: «Oh, no, qué desastre»; había descubierto el tesoro oculto en las minas del rey Salomón.

–Esto no es para comer, son pastillas, pastillas chinas.

–Tengo la nariz tapada, me viene de perlas tomar medicina china.

José ya se había metido un puñado enorme en la boca. Yo estaba hecha una furia, pero como no le podía decir que las escupiera, no tuve más remedio que quedarme callada.

–Son muy dulces, ¿qué son?

–Pastillas para aliviar la tos.

–¿Pastillas de carne para la tos? ¿Te crees que me chupo el dedo?

A la mañana siguiente me di cuenta de que había robado más de la mitad del bote y se lo había llevado a sus compañeros de trabajo. A partir de aquel día, siempre que me encontraba con ellos, fingían que tenían tos para que les diera más cecina, incluidos los musulmanes. Pero a estos últimos nunca más les di carne de cerdo, porque me parecía inmoral.

De todas formas, nuestra vida matrimonial siempre estaba centrada en las comidas, el resto del tiempo lo invertíamos en ganar más dinero para comprar más comida. En realidad no tenía nada de especial.

Un día hice rollitos de arroz, de esos que los japoneses llaman sushi. Envolví el arroz con las algas y dentro puse carne seca algodonosa de la marca Vita. En esa ocasión, José se negó a probar bocado.

3. Novela clásica de la literatura china atribuida a Shi Nai'an (s. XIV).

–¿Qué pasa, que ahora te da por darme papel carbón azul?

–¿De verdad que no lo vas a probar? –le pregunté pacientemente.

–No, no.

Yo estaba encantada, y me comí una montaña de rollitos de arroz.

–A ver, abre la boca para que te la vea –me ordenó.

–¿Ves como no está azul? He utilizado el reverso del papel carbón para hacer los rollitos, así no destiñe en la boca.

Como solía marcarme faroles, acababa diciendo tonterías.

–Te encanta tomarme el pelo, mezclas la verdad con la mentira, eres odiosa. A ver, ahora en serio, ¿qué es?

–No sabes nada de China, me decepcionas como esposo –le espeté y me metí otro rollito en la boca.

José se enfadó y cogió un rollito con los palillos. En su cara se dibujaba la expresión solemne del guerrero que se marcha sabiendo que no va a volver. Estuvo masticando una eternidad, y se lo tragó.

–Esto es alga.

–¡Sí, sí, qué listo!

Me puse a brincar, pero me llevé un cariñoso coscorrón.

La comida china se estaba acabando, así que mi restaurante ya no podía seguir abriendo sus puertas. Los platos españoles regresaron a la mesa.

Un día José se quedó gratamente sorprendido cuando, al volver del trabajo, vio que yo estaba preparando un filete.

–Lo quiero medio crudo. ¿Has hecho patatas fritas?

Al tercer día seguido de hacerle filete parecía haber perdido el apetito. Tras cortar el primer trozo, lo dejaba casi entero.

–¿Qué te pasa? ¿Estás muy cansado por el trabajo? ¿Quieres echarte un rato y comértelo más tarde?

Las esposas viejas y cascarrabias a veces también somos amables.

–No estoy enfermo, es que no como bien.

Nada más oírlo di un brinco.

–¿Cómo? ¿Que no comes bien? ¿Sabes lo que vale medio kilo de filete?

–No es eso, es que quiero comer lluvia, me gustan más los platos que enviaba tu madre.

–De acuerdo, ¿qué te parece si el restaurante chino abre dos veces por semana? ¿Cada cuánto tiempo quieres que llueva?

Un día, al volver a casa, José anunció:

–Qué maravilla, hoy mi jefe me ha dicho que quería hablar conmigo.

Mis ojos se iluminaron.

–¿Para subirte el sueldo?

–No.

Lo agarré rápidamente clavándole con fuerza las uñas.

–¿No? Esto es el fin. ¿Te han despedido? Madre mía, qué será de nosotros...

–No me claves las uñas, estás loca. Deja que te explique. Mira, mi jefe dice que hemos invitado a todo el mundo de la empresa a comer, menos a él y a su mujer. Está esperando a que los invites a comer comida china.

–¿Tu jefe quiere que cocine para él? Que no, que no, no lo invitamos. Estoy encantada de que vengan tus compañeros, pero me parece que sería poco ético que invitáramos a las altas esferas de la empresa, y yo todavía entiendo de eso. Tú sabes que yo...

En ese instante me dispuse a hacer publicidad de la conocida integridad moral china, sin saber muy bien en qué consistía, y al toparme con la cara de José, la integridad moral se me quedó atragantada.

Al día siguiente me preguntó:

–Oye, ¿tenemos brotes de bambú?

–Hay muchos palillos en casa, ¿acaso no están todos hechos de eso?

José me miró con cierto desprecio.

–El jefe quiere comer brotes de soja salteados con setas *shiitake*. Querida, es un hombre con mucho mundo, no lo subestimes.

–De acuerdo, invítalos a cenar mañana por la noche. No hay problema, los brotes de bambú crecerán.

José me miró con los ojos llenos de amor, era la primera vez después de casados que me miraba así. Me sentí muy halagada. Lástima que aquel día llevara la trenza despeinada, parecía una bruja.

Aquella noche preparé tres platos a fuego lento. Puse un mantel blanco en la mesa. Además, extendí por encima otro rojo más corto, de modo que colgaban partes del mantel rojo por encima del blanco. También decoré la mesa con velas. Estaba preciosa. Aquella noche tanto los anfitriones como los invitados lo pasamos de maravilla. No solo los platos eran una delicia por su color, aroma y sabor; yo también me arreglé mucho e incluso me puse una falda larga.

–Si en algún momento en el departamento de relaciones públicas hubiera alguna baja, nos gustaría que entraras a formar parte de la empresa –me dijeron cuando se subían al coche.

Los ojos se me iluminaron. Y todo era gracias al salteado de brotes de bambú con setas.

Cuando despedimos al jefe, ya era muy tarde. Me apresuré a cambiarme la falda larga por unos vaqueros. Me hice un moño y me puse a fregar los cacharros con energía. Volver a hacer de Cenicienta me hacía sentir libre de cuerpo y mente. José estaba muy satisfecho.

–Oye, estos brotes de bambú salteados con setas *shiitake* estaban realmente deliciosos, ¿de dónde los has sacado?

–¿Qué brotes?

–¡Los que hemos comido esta noche!

–¡Ah! ¿Te refieres a los pepinillos salteados con setas *shiitake*? –le pregunté entre grandes carcajadas.

–¿Pero qué dices...? Tú..., tú... Que te atrevas a tomarme el pelo a mí, pase, pero ¿cómo te atreves a engañar a mi jefe?

–No le he engañado. Ha sido él mismo el que ha dicho que estos son los mejores brotes de bambú salteados con setas que ha comido en su vida.

José me abrazó de pronto con fuerza y sin querer lo manché con el jabón de fregar.

–¡Eres increíble! –exclamaba–. Eres como aquel mono, aquel mono que puede transformarse en setenta y dos cosas. ¿Cómo se llamaba, cómo se llamaba...?

Le di un golpecito en la cabeza.

–El Gran e Inigualable Sun Wukong.[4] Y esta vez haz el favor de no olvidarlo.

4. Sun Wukong, conocido también como el Rey Mono, es el nombre de un personaje de Xi You Ji («Viaje al Oeste») de Wu Cheng'en (1500-1582). Es una de las grandes novelas de la literatura china que narra la peregrinación del monje Xuanzang (602-664) a la India en busca de unas escrituras budistas. Sun Wukong, uno de los discípulos que lo acompañan, y su protector principal, es un mono dotado de poderes sobrenaturales. Al principio de la obra, el Emperador del Cielo le concede el título de Grande e Inigualable.

Vocación de doctora universal
懸壺濟世

Soy de esas personas a las que no les gusta ir al médico cuando se ponen enfermas, pero eso no significa en absoluto que tenga una salud de hierro. De hecho, como me paso el día entero con pequeñas molestias, me da pereza ir al médico.

Después de haber vivido tanto, mi más preciado tesoro es una caja de cartón con medicinas que siempre llevo conmigo allá donde voy y, como la he utilizado durante mucho tiempo, tengo experiencia curando enfermedades leves.

Desde mi viaje por el gran desierto el año anterior, y después de haber aliviado el dolor de cabeza a un anciano saharaui con dos aspirinas, siempre había gente que acudía a mi tienda arrastrando a niños y ancianos para pedirme medicinas. En aquella época, todo lo que me atrevía a compartir eran cosas como mercromina, crema antiinflamatoria y analgésicos, pero esos productos surtían un gran efecto para aquellos nómadas apartados de la civilización. Antes de regresar a El Aaiún, entregué a los saharauis necesitados que vivían en jaimas toda la comida y medicamentos que tenía a mano.

Al poco de mudarme a la ciudad, mi vecina africana vino a pedirme analgésicos para el dolor de cabeza. Caí en la cuenta de que en la ciudad había un hospital público, así que le dije que fuera allí a visitarse. Lo que no me podía imaginar

es que las mujeres de aquel lugar, que eran tan parecidas a mí, se negaban en redondo a que las viera un doctor. Sus razones no tenían nada que ver con la mías: ellas no iban porque el médico era un hombre, así que aquellas mujeres, siempre ocultas bajo un velo, preferían morir antes de que las viera un hombre. Me sentí impotente y me vi obligada a darle dos analgésicos a mi vecina.

No sé quién hizo correr la voz, pero a partir de aquel momento, mujeres de todos lados venían a verme para que les curara pequeñas dolencias. Y lo que aún les hacía más felices era que, aparte de darles medicinas, a veces les regalaba ropa de estilo occidental, por lo que aumentó el número de personas que venían a verme. Yo pensaba que, como morirían si no eran atendidas por un médico, les podía echar una mano con problemas menores y aliviar su sufrimiento. Además, de paso, aquello me servía para distraerme, ya que mi vida en el desierto era muy solitaria. Me di cuenta de que el ochenta por ciento de las mujeres y los niños a los que daba medicinas se curaban, de manera que fui reuniendo valor progresivamente y a veces incluso me aventuraba a hacer diagnósticos.

José veía cómo curaba a los enfermos como si fueran muñecos y se ponía muy nervioso. Él pensaba que yo no sabía lo que hacía: no se daba cuenta de que en el fondo había mucho cariño y preocupación por mis pacientes.

Mi vecina Guka tenía diez años y no tardaría en casarse. Quince días antes de la ceremonia, le salió un furúnculo rojo en la pierna. En la primera exploración, solo tenía el tamaño de una moneda de un céntimo, no tenía pus y estaba duro. La piel estaba tan inflamada que relucía y le sobresalían dos nódulos linfáticos. Al día siguiente volví a visitarla y el furúnculo se había hinchado tanto que parecía un melocotón. La pobre cría daba alaridos de dolor tumbada en la esterilla del suelo.

–Esto no pinta bien, ¡tiene que ir al médico! –le aconsejé a la madre.

–El médico no la puede ver, además se va a casar muy pronto –me respondió, firme.

No podía hacer nada más que ponerle continuamente crema y darle pastillas para bajarle la inflamación. Así estuvimos tres o cuatro días, pero no hubo mejora alguna.

–Que la vea un médico, ¿de acuerdo? –le insistí al padre.

–Que no, que no.

Recordé que en casa todavía tenía un poco de soja. No tenía elección, probaría la medicina china con los africanos. Así que volví a casa a moler la soja.

–¿Es para comer? –preguntó José asomándose a la cocina.

–Estoy preparando medicina china, es para Guka.

Me lanzó una mirada, atónito.

–¿Y por qué usas soja?

–Es una forma tradicional de medicina china que he leído en los libros.

–Estas mujeres, mira que no ir al médico..., pero sorprendentemente confían en ti. A ver si se te van a subir los humos, no te vuelvas loca –me indicó con un gesto reprobatorio.

Trituré la soja hasta convertirla en una pasta y la puse en un cuenco pequeño.

–Soy una curandera africana –le espeté mientras me dirigía a casa de Guka.

Aquel día le apliqué a Guka la pomada de soja en la zona enrojecida e hinchada y se la cubrí con gasas. Al día siguiente, el furúnculo se había ablandado y le volví a poner la crema. Al tercer día, le salió pus amarillo, y al cuarto por la tarde le brotó una gran cantidad de pus más aguado. A continuación le salió un poco de sangre. Yo le seguí poniendo la crema y en pocos días se recuperó.

–Se ha curado –anuncié a José cuando regresó del trabajo.

–Con la pomada de soja, ¿verdad?

–Así es.

–Los chinos sois tan misteriosos... –dijo negando con la cabeza.

En otra ocasión, mi vecina Hadijatou vino a buscarme:

–Mi prima ha venido del desierto y se queda en mi casa. Está a punto de morirse, ¿puedes venir a verla?

Al oír que la muerte era inminente, dudé un instante.

–¿Qué le pasa?

–No lo sé. Está muy débil y se marea. Está perdiendo la vista y está muy delgada. Se muere.

Aquella descripción tan vívida despertó mi interés.

–Sanmao, ¡deja de entrometerte en sus asuntos! –me gritó José, que esta vez estaba en la habitación.

–Me paso en un rato, cuando mi marido se haya ido al trabajo –le dije en voz baja a Hadijatou.

–¿Es que no ves que si esta chica acaba muriéndose, aún pensarían que es por tu culpa? No va al hospital, ¡pues si la palma, es su problema! –continuó José.

–Son muy ignorantes, ¡es una lástima!

Aunque sé que me defiendo bien en las batallas dialécticas, la verdad es que José tenía razón; pero a pesar de todo me mataba la curiosidad y, además, me vi capaz de solucionar aquello, así que no hice caso de las palabras de mi marido.

En cuanto José puso un pie fuera de casa para ir a trabajar, salí yo también. Cuando llegué a casa de Hadi, vi que había una niña esquelética tumbada en el suelo. Sus ojos estaban tan hundidos que parecían dos agujeros negros. La toqué y vi que no tenía fiebre. La lengua, las uñas y los ojos tenían un color normal. Le pregunté entonces qué le dolía, y no entendí la respuesta. Hadi tuvo que traducirla:

–Cada vez ve más borroso, tiene un pitido que no cesa en el oído y no tiene fuerzas para levantarse.

De pronto, tuve una idea.

–¿Tu prima vivía en una jaima en el desierto? –le pregunté a mi vecina.

Ella asintió.

–¿No comía bien?

–Bueno es que, para empezar, allí no hay nada que llevarse a la boca.

–Esperad.

Volví a casa y cogí quince pastillas de un multivitamínico potentísimo.

–Hadi, ¿te puedes permitir matar a una cabra?

Ella asintió sin dudarlo.

–Démosle primero estas vitaminas. Cada día, dos o tres veces. Tú, además, hazle un caldo de cabra.

De esta forma, en menos de diez días, la prima que Hadi había descrito como moribunda se acercó a mi casa por su propio pie, estuvo sentada conmigo un buen rato y luego se fue. Era evidente que había recuperado las fuerzas. José salió a verla.

–¿Cómo? ¿Que la que se iba a morir se ha puesto buena? ¿Y qué enfermedad tenía? –dijo, echándose a reír.

–No tenía ninguna enfermedad, simplemente estaba desnutrida –respondí con una risita.

–¿Y cómo lo supiste ver?

–Lo pensé, parecía obvio.

Me di cuenta de que, al menos por una vez, sorprendentemente José me daba su aprobación.

Vivíamos en las afueras de El Aaiún, y allí casi no había ningún europeo. José y yo estábamos encantados de relacionarnos con los lugareños, así que más de la mitad de nuestros amigos eran saharauis. Como tenía mucho tiempo libre, abrí una escuela para chicas de la zona. Les enseñaba los números y a reconocer las monedas, y cuando ya habían adquirido un cier-

to nivel, algo de aritmética (del estilo «uno más uno es igual a dos»). Tenía entre siete y quince estudiantes que iban y venían cuando querían, se puede decir que era una escuela muy libre.

Un día, mientras dábamos la clase, las chicas estaban un poco dispersas y corrieron hasta la estantería para curiosear entre mis libros. Casualmente cogieron *El nacimiento de un bebé*, que estaba escrito en español. El libro contenía tablas, dibujos, fotos a color, y todo estaba explicado de manera clara: desde cómo una mujer se quedaba embarazada hasta el momento del parto.

En cuanto lo vieron, mis alumnas sintieron curiosidad, de forma que dejé la aritmética de lado y dediqué dos semanas a explicar el contenido del libro. Aunque entre ellas había varias que eran madres de tres o cuatro niños, miraban los dibujos dando grititos en voz baja, como si no tuvieran la más remota idea de cómo se originaba una vida.

–Mira que es raro... Que una profesora que nunca ha dado a luz enseñe a unas madres de dónde vienen los niños –comentó José partiéndose de risa.

–Antes solo sabían parir, ahora saben de qué va el tema. Es una de esas cosas que es difícil de entender, pero fácil de hacer.

Por lo menos aquellas mujeres podían aprender algo, aunque yo fuera incapaz de hacerlas un poco más felices o de mejorar su salud.

Un día, Fátima, una de mis alumnas, me preguntó si yo podía atenderla en el momento del parto. Me quedé mirándola con la boca abierta y sin poder articular ni una palabra. La veía casi cada día y no me había dado cuenta de que estaba embarazada.

–¿De cuánto estás?

Fátima no sabía contar, así que lo desconocía. No fue fácil, pero al final la convencí para que se quitara la tela que le cubría el cuerpo y la cabeza, y se quedó solo con la larga falda.

–¿Quién te ayudó en tu primer parto?

Sabía que tenía un niño de tres años.

–Mi madre.

–Pídele que vuelva a asistirte también esta vez. Yo no puedo ayudarte.

–Eso es imposible, mi madre murió... –declaró bajando la cabeza.

No tuve más remedio que quedarme callada.

–Pues ve al hospital. No tengas miedo.

–No, no, los doctores son hombres –se negó al instante.

Eché un vistazo a su barriga, debía de estar de ocho meses.

–Fátima, yo no soy doctora y no he parido nunca. No puedo ser tu comadrona... –reconocí, vacilando.

–Te lo ruego, ese libro tuyo lo explica todo muy claro, ayúdame, por favor...

Sus ruegos me ablandaron el corazón, pero cuanto más lo pensaba más veía que no podía ser. Tenía que mantenerme firme.

–Que no, que no, no insistas más. ¿Cómo vas a poner tu vida en mis manos...?

–Pero si yo tengo muy buena salud y lo sé hacer sola, solo necesito que me eches una mano.

–Bueno, ya hablaremos –dije sin comprometerme a nada.

Transcurrió más de un mes, y yo ya hacía tiempo que me había olvidado del asunto. Un día, al atardecer, una muchacha que no conocía llamó a mi puerta.

–Fátima, Fátima –repetía con insistencia en cuanto abrí la puerta. No sabía decir nada más en español.

–Ve a avisar a su marido, ¿me entiendes? –le pedí mientras salía cerrando la puerta.

Asintió con la cabeza y echó a correr, como si volara. Me dirigí a casa de Fátima para ver cómo estaba. Me la encontré en el suelo retorciéndose de dolor y empapada en sudor. A

su lado, su hijo de tres años lloraba. La alfombrilla sobre la que estaba tendida Fátima estaba encharcada. Cogí en brazos al niño rápidamente y lo llevé corriendo a casa de un vecino. Le pedí a otra mujer de mediana edad que me acompañara a casa de Fátima. Los africanos de aquel lugar son poco compasivos y no se ayudan mucho los unos a los otros. Así que cuando aquella mujer vio el estado en el que estaba Fátima, me insultó en árabe, dio media vuelta y se marchó. Más tarde supe que, en esta zona, tienen la creencia de que ver parir a una mujer trae mala suerte.

–No tengas miedo, Fátima, voy a buscar unas cosas y enseguida vuelvo.

Volví a casa corriendo, me apresuré a coger el libro y abrirlo por el capítulo dedicado al parto. Lo leí en un abrir y cerrar de ojos y memoricé lo que necesitaba: «Tijeras, algodón, alcohol, ¿qué más? ¿Qué más?».

En aquel momento me di cuenta de que José había regresado y que me estaba observando atónito.

–Uy, se te ve un poco nerviosa, ¿pasa algo?

Le expliqué lo que ocurría temblando levemente.

–¿Qué? ¿Que vas a hacer qué?

José no pudo evitar contagiarse de mi nerviosismo.

–¡Que me voy a ayudarla a parir! ¡Ha roto aguas!

En una mano llevaba el libro y en la otra tenía un gran rollo de algodón, pero no encontraba las tijeras.

–Te has vuelto loca, no te lo permito. –José se acercó para arrebatarme el libro–. No has parido nunca, ¡la vas a matar!

–Tengo el libro, y he visto documentales sobre partos.

–No te permito que vayas.

José me agarró con fuerza. Como tenía las dos manos ocupadas, solo se me ocurrió darle un codazo en las costillas para que me soltase.

–¡Déjame, pedazo de bestia despiadada sin corazón! –le chillaba mientras forcejeábamos.

–¡No te voy a soltar! ¡No te dejo ir! –repitió, obstinado, agarrándome.

En plena pelea, de pronto vi al marido de Fátima mirándonos, perplejo, desde la ventana. José me soltó.

–Sanmao no puede ir a ayudaros, ¡podría hacerle daño! Voy a buscar un coche, ¡tu esposa debe ir al hospital!

Finalmente, Fátima dio a luz sin complicaciones a un niño en el hospital público. Como era residente de la zona, no tuvo que pagar nada: el gobierno español se hizo cargo de todo y cubrió los gastos. Al salir del hospital, estaba muy orgullosa, pues era la primera mujer de la región que daba a luz en un centro hospitalario. Nunca más se volvió a mencionar el hecho de que el doctor fuera un hombre.

Un día al amanecer, me dirigí a la azotea para tender la ropa y me percaté de que en la majada de las cabras que había construido el casero había un par de cabritas más.

–José, sube, corre, ¡han nacido dos cabritas adorables! –grité, emocionada.

José subió corriendo para echar un vistazo.

–Lo mejor que se puede hacer con este tipo de cabritas es comerlas asadas.

Me llevé un susto de muerte.

–Pero ¿qué dices? –le pregunté, enfadada, mientras llevaba las cabritas de nuevo junto a su madre.

En aquel momento me di cuenta de que, tras parir, a la madre se le había quedado colgando algo que parecía un corazón. Debía de ser la placenta. Tenía muy mala pinta. Después de tres días, todavía la tenía ahí, no se había desprendido.

–¡Sacrificadla y coméosla! –sugirió el casero.

–Si matas a la madre, ¿cómo sobrevivirán las crías? –pregunté buscando razones para no matarla.

–Morirá de todos modos si lleva colgando la placenta –sentenció el casero.

–Yo la curaré. De momento no la matéis.

Lo dije a bote pronto, sin pensarlo, pero no tenía ni idea de cómo salvarla. En casa le di algunas vueltas, y entonces se me ocurrió una cosa. Fui a por una botella de vino y subí al terrado. Atrapé a la cabra y la obligué a que se lo bebiera. Esperaba que no se muriera de una borrachera, pues si lograba lo que me había propuesto, teníamos un cincuenta por ciento de posibilidades de que sanara. Era un método del que había oído hablar una vez, por casualidad, a un campesino, y me había venido de pronto a la cabeza.

Al día siguiente, el casero nos anunció que se había curado.

–Se le ha caído la cosa esa que le colgaba, ¡se ha puesto buena! ¿Cómo lo has hecho? ¡Muchas gracias, de verdad!

–Hice que se bebiera una botella entera de vino –le susurré.

–¡Gracias! ¡Mil gracias!

De repente se acordó de que los musulmanes no pueden beber alcohol y, por lo tanto, sus cabras tampoco, pero ya era demasiado tarde para ponerle remedio y se marchó resignado.

Mis tratamientos eran efectivos para todo el mundo, menos para José, que se mostraba receloso conmigo, y a menudo se negaba a que le medicara. Yo, sin embargo, me empeñaba en que confiara en mí.

Un día que le dolía el estómago le di una bolsita con un medicamento en polvo.

–Xilong-U –le dije pidiéndole que se la tomara mezclada con agua.

–¿Qué es?

–Pruébalo y ya me dirás, a mí me va muy bien.

Se la tomó a la fuerza, pero como se quedó intranquilo fue a mirar qué ponía en la bolsita. Estaba escrito en chino, así que no entendió nada, pero casualmente había una palabra en inglés, «vitamina U».

–¿Acaso existe la vitamina U? ¿Cómo es que puede curar el dolor de tripa? –me preguntó desconsolado.

Yo no tenía ni idea. Cogí el prospecto para leerlo y, efectivamente, contenía esa vitamina. Me estuve riendo un buen rato. Al final, se le pasó el dolor de estómago.

Ejercer de doctora era tremendamente interesante. Sin embargo, como José se había llevado un susto de muerte después de lo ocurrido con Fátima, no le volví a hablar de mis incursiones en el mundo de la medicina. Así que poco a poco fue creyendo que ya no me gustaba jugar a ser médico.

La semana anterior habíamos tenido tres días de fiesta y como no hacía ni mucho frío ni mucho calor, alquilamos un jeep para acampar en el desierto. Justo cuando estábamos cargando en el coche la tienda, la comida y el agua, se acercó una vecina dando grandes zancadas y sin retirarse el velo le dijo a José:

–¡Vaya mujer que tienes! Desde que me hizo el empaste, ya no me duele la boca.

–¿Eh? ¿Y el pan? ¿Cómo es que no lo encuentro? –pregunté al instante, cambiando de tema.

–Disculpe usted, excelencia, ¿desde cuándo se ha pasado a la odontología?

Vi que José no estaba hablando en broma, así que incliné la cabeza para pensar en la respuesta.

–Empecé el mes pasado.

–¿A cuánta gente le has hecho empastes? –me preguntó echándose a reír.

–A dos mujeres y a un niño. Ninguno quería ir al hospital, no había otra solución, así que... De hecho, después de

que les echara una mano ya no les duele, ahora pueden masticar estupendamente.

Todo lo que decía era cierto.

–¿Y con qué les haces los empastes?

–Eso sí que no te lo puedo contestar.

–Si no me lo dices, no voy de acampada.

El muy canalla me quería hacer chantaje... ¡Pues muy bien!

Di un paso atrás, alejándome un poco de él.

–A ver si lo adivinas... Si te digo que no se cae, es resistente al agua, fuerte como la goma, huele muy bien y los hay de todos los colores... –le dije en voz baja.

–¿Qué es? –me volvió a preguntar al instante, no le apetecía ponerse a pensar.

–¡Pin-ta-ú-ñas! –le chillé.

–¡Qué me dices! ¿Se pueden empastar dientes con pintaúñas?

Se asustó tanto que el pelo se le erizó por completo. Estaba tan adorable como un personaje de dibujos animados. Al ver su reacción, eché a correr hacia un lugar seguro, sin dejar de reírme. Para cuando él se acordara de que me quería atrapar, esta hechicera ya habría escapado.

Mis buenos vecinos
芳鄰

Mis vecinos saharauis tenían un aspecto sucio y desaliñado. La ropa mugrienta y el tufo que desprendían causaban la impresión, completamente equivocada, de que eran un colectivo pobre y degradado. En realidad, todas las familias que vivían cerca de mí no solo recibían subsidios del gobierno español, sino que también tenían un trabajo estable. Y si además tenemos en cuenta que alquilaban sus casas a los europeos, que tenían grandes rebaños de ovejas y que algunos incluso abrían tiendas en la ciudad, era evidente que conseguían unos ingresos estables y nada despreciables. Por eso la gente de la zona decía a menudo que a los saharauis que no tenían una economía mínimamente holgada les era imposible vivir en El Aaiún.

El año anterior, durante los primeros meses que pasé allí, como no estaba casada todavía, a menudo me adentraba en el desierto y hacía algunos viajes. Y siempre que regresaba parecía que me hubiera asaltado una banda de ladrones, pues volvía con las manos vacías. Los saharauis pobres del desierto me quitaban hasta las piquetas de la tienda, así que imaginaos lo que ocurría con el resto de las cosas que llevaba encima...

Al principio de vivir en aquella gran avenida llamada «Río de Oro», oí decir que nuestros vecinos eran todos per-

sonas acomodadas, así que no pude evitar alegrarme imaginando todas las ventajas que aquello supondría. Sin embargo, los hechos que después acontecieron demostraron que estaba muy equivocada.

La primera vez que un vecino nos invitó a tomar el té en su casa, los zapatos de José y los míos volvieron untados de heces de cabra y mi falda acabó empapada de las babas del hijo pequeño de Handi. Al día siguiente, me propuse enseñar a las hijas de Handi a fregar el suelo con agua y a tender las alfombras al sol. Evidentemente, el cubo, el jabón en polvo, la bayeta y el agua los puse yo.

Como en el desierto la relación entre los vecinos era muy cercana, mi cubo y mi bayeta a menudo circulaban por todo el barrio y al atardecer todavía no me había tocado a mí el turno de usarlos. Pero daba igual, pues me devolvían las cosas cuando ya no las necesitaban.

Después de un tiempo viviendo en la avenida del Río de Oro, aunque mi casa no tenía número, los vecinos –tanto los que vivían más cerca como los que vivían más lejos– venían a verme. No me relacionaba mucho con ellos, excepto cuando llamaban a la puerta; me pedían medicinas. De hecho, yo era partidaria de que la amistad ha de ser pura y sencilla como el agua.[1]

Los días pasaban y mi puerta estaba siempre abriéndose y cerrándose. En cuanto la abría, mujeres y niños entraban en tropel. Los vecinos conocían muy bien nuestro estilo de vida y nuestras pertenencias. Como José y yo no éramos tacaños –de hecho se podía decir que pecábamos de generosos– los vecinos pronto aprendieron a aprovecharse de nuestro defecto. Cada mañana, a partir de las nueve,

1. Esta expresión proviene de la obra Shan Mu (El árbol de la montaña) dentro del Zhuangzi del filósofo taoísta Zhuangzi y significa que espaciar el contacto y preservar la distancia con los demás refuerza los lazos de amistad.

nuestra casa era un no parar de críos que se acercaban a pedir cosas.

–Mi hermano dice que si nos podéis prestar una bombilla.

–Mi madre necesita una cebolla.

–Mi padre quiere una botella de gasolina.

–¿Tienes un poco de algodón?

–¿Me prestas el ventilador?

–Mi hermana necesitaría tu plancha...

–Necesito unos cuantos clavos y un poco de cable eléctrico.

El resto de cosas que me pedían eran de lo más variopintas. La verdad era que todas aquellas cosas las teníamos en casa, y si no se las daba me sentía mal, pero al mismo tiempo sabía que si se las dejaba no las volvería a ver nunca más.

–¡Qué pesados! ¿Por qué no van ellos mismos a la ciudad a comprar lo que necesitan? –solía repetir José.

Pero cuando volvía a aparecer otro chiquillo se enternecía.

No sé cuándo empezó la costumbre de los hijos de los vecinos de alargar la mano para pedirnos dinero, pero en cuanto poníamos un pie fuera de casa, los niños nos rodeaban gritando.

–¡Dame cinco pesetas! ¡Dame cinco pesetas!

Y entre estos críos, evidentemente, también estaban los hijos de nuestro casero.

Yo me negaba a darles dinero, pero los niños eran muy insistentes y nos perseguían todos los días. Un día cogí por banda al hijo del casero y le hablé bien claro.

–Oye, tu padre me ha alquilado esta casa cochambrosa, y cada mes me cobra diez mil pesetas de alquiler. Si cada día te doy cinco pesetas más, me saldrá más a cuenta mudarme.

A partir de aquel día ya no me pidieron más dinero, solo querían chicles, que yo les regalaba gustosa. Seguramente no querían que me mudara, por eso dejaron de hacerlo.

Un día, la pequeña Labu llamó a mi puerta. Al abrir me encontré con una cosa que parecía una colina, pero en realidad era un camello muerto. Fue una escena impactante, pues había sangre por todas partes.

–Mi madre dice que lo pongas en tu nevera.

Giré la cabeza, eché un vistazo a mi nevera, que era tan grande como una caja de zapatos, y dejé escapar un suspiro.

–Labu, dile a tu madre que cuando me regale aquella casa tan grande que tenéis, podré meter el camello en mi nevera –le propuse agachándome a su lado.

Evidentemente, el camello no entró en mi nevera, pero la madre de Labu me puso mala cara durante casi un mes.

–Tu rechazo ha herido mi orgullo –se limitó a decirme.

Todos los saharauis eran muy orgullosos, y como yo no me atrevía a herirles el orgullo, tampoco me atrevía a decirles que no cuando me pedían cosas.

Un día unas cuantas mujeres vinieron a pedirme «aquella medicina líquida roja», pero yo me negué.

–El que se haya hecho daño que venga a ponérsela aquí –me limité a decir.

Pero ellas insistieron en llevársela y no cedieron. Pasadas unas horas oí el sonido del tambor en la azotea que compartíamos con los vecinos. Y allí estaban, todas aquellas mujeres habían usado la mercromina para pintarse la cara y las manos. Bailaban y cantaban contoneándose de aquí para allá y no cabían en sí de gozo. Al ver que la mercromina tenía aquel efecto tan especial en ellas, no pude enfadarme.

Aún más molesto era el caso de uno de los vecinos saharauis que, como era asistente en un hospital cercano, se había civilizado un poco, y se negaba a comer con las manos como el resto de su familia. Por esta razón todos los días a la hora de comer y de cenar su hijo llamaba a mi puerta.

–Mi padre quiere comer, vengo a por los cubiertos –decía a modo de saludo.

Aunque siempre me los devolvía, ya estaba harta de dejárselos, de manera que le compré un juego de cubiertos nuevos. Lo que no me imaginaba era que al cabo de unos días volvería a tenerlo en mi puerta.

–¿Qué haces otra vez aquí? ¿Y qué ha pasado con el juego de cubiertos que te regalé el otro día?–le pregunté muy seria.

–Mi madre dice que como esos cubiertos son nuevos los quiere guardar. Y mi padre quiere comer...

–¿Y a mí qué narices me importa que tu padre quiera comer? –chillé.

El niño se encogió. Aquella imagen de pájaro desvalido me ablandó el corazón y le volví a prestar los cubiertos. Al fin y al cabo, las comidas son imprescindibles.

Nuestra casa, como todas en el desierto, tenía una claraboya en el tejado, así que todos los hijos de los vecinos podían vernos comer y dormir desde la azotea. Si el viento soplaba con fuerza, nos llovía arena dentro de casa. Cuando pasaba esto, José y yo parecíamos el Monje de la Arena de *Viaje al Oeste*,[2] no podíamos interpretar otro papel. José le había pedido diversas veces al casero que nos lo tapara, pero este se negaba en redondo. Así que al final, nosotros mismos compramos el material necesario y en tres domingos José colocó un techo de cristal esmerilado de color amarillo, que dejaba entrar la luz exterior, y era bonito y más limpio. Puse las macetas con los nueve bonsáis que había cultivado con tanto esmero bajo el nuevo techo recién estrenado, de manera que la habitación quedó bañada de una luz verde. Mi vida mejoró mucho a raíz de aquel cambio.

2. El Monje de la Arena es un personaje de la novela *Viaje al Oeste* (*vide supra* pág. 121). Se trata de un general en la corte celestial del Emperador Amarillo que es castigado por romper un jarrón. En su exilio en la Tierra se reencarna en un demonio de arena que vive en el río de la Arena para evitar ser herido por las espadas que le lanzan a diario desde el cielo como castigo.

Una tarde estaba enfrascada leyendo una receta para hacer un pastel, mientras escuchaba música, cuando de pronto oí pasos en el techo de cristal. Asomé la cabeza para echar un vistazo y distinguí claramente la sombra de una gran cabra sobre mi cabeza. ¡Aquella maldita cabra debía pensar que nuestro techo inclinado era la pendiente de una montaña! Entonces cogí el cuchillo de las verduras y subí corriendo las escaleras que conducían a la azotea. Cuando todavía no había llegado arriba, oí un crac muy fino que provenía de las tablas de madera, al que le siguió un estrépito monumental provocado por las tablas y el cristal hecho añicos que acabaron desplomándose en el suelo de nuestra casa. Evidentemente, la cabra también aterrizó en nuestra diminuta residencia. Me puse de los nervios. Eché a la cabra a escobazos y, hecha una fiera, me quedé mirando el cielo azul que se veía a través del hueco en el techo.

Como no sabíamos a quién llamar para que nos lo reparara, no tuvimos más remedio que volver a comprar nosotros el material.

–¿Y si esta vez lo hacemos de uralita? –le propuse a José.

–No, no es buena idea. Esta casa solo tiene una ventana que da a la calle. Si le pones uralita no entrará la luz.

José estaba disgustado, pues no le gustaba tener que trabajar también los domingos, pero al poco tiempo estrenábamos techo: una placa de plástico blanco traslúcido. José también levantó una pared que nos llegaba hasta la cintura para separar nuestra azotea de la de los vecinos. Aquella pared no solo evitaba que las cabras pasaran, también cortaba el paso a las hijas de los vecinos, que a menudo me cogían las bragas tendidas. No me las robaban, ya que pasados unos días volvían a aparecer en la azotea, como si hubiera sido cosa del viento.

Aunque el techo era una placa de plástico, y parecía que tenía que aguantar, el episodio de las cabras cayendo a plomo dentro de mi casa se repitió cuatro veces más. Como ya estábamos hartos, advertimos a los vecinos de que la próxima vez que atrapáramos una cabra paseando por el techo la mataríamos y nos la comeríamos. En definitiva, les pedimos que las encerrasen bien, porque si se daba el caso no se las íbamos a devolver.

Los vecinos eran muy pícaros. Nosotros les montábamos un escándalo, pero ellos no abrían la boca, se limitaban a mirarnos sonrientes y con la cabra en brazos.

Aunque el milagro de las cabras voladoras se repetía a menudo, José nunca estaba en casa cuando sucedía, y nunca había podido presenciar aquella escena tan emocionante. Un domingo al atardecer, un grupo de cabras locas saltó la pared y, no sé cómo, volvieron a ponerse encima de nuestro techo.

–José, José, ¡las cabras vuelven a estar aquí!

José dejó la revista y corrió hacia el salón, pero ya era demasiado tarde: una cabra enorme rompió el techo de plástico y se desplomó sobre su cabeza. Se quedaron los dos en el suelo, gimiendo. José se puso en pie como pudo y, sin decir nada, cogió una cuerda y ató la cabra a una columna. Luego subió a la azotea para ver a qué desgraciado se le había escapado, pero no vio a nadie.

–Muy bien, ¡pues mañana la matamos y nos la comemos! –sentenció José, mostrando su enfado.

Al bajar de la azotea fuimos a echar un vistazo a nuestra prisionera, que ni siquiera balaba, más bien parecía que se riera de nosotros. Cuando miré el suelo me llevé un disgusto tremendo. ¡Dios mío! La cabra había devorado por completo los nueve bonsáis con sus veinticinco hojitas, que había conseguido que crecieran con tanto esfuerzo... Me sentía muy dolida, y también sorprendida y enfadada. Así que alcé un brazo y le pegué un puñetazo en la oreja con todas mis fuerzas.

–¡Mira, José! ¡Mira! –chillaba.

Luego entré en el baño y empecé a llorar a lágrima viva abrazada a una toalla grande. Aquella fue la primera vez que

lloré decepcionada por nuestra vida en el desierto. Sobra decir que la cabra salió indemne de aquel incidente y nuestra relación con los vecinos continuó siendo pacífica.

Una vez me quedé sin cerillas y fui a casa del casero para pedirles algunas.

–No tenemos, lo siento –me dijo su mujer entre risitas.

Me dirigí a la cocina de otra casa.

–Te doy solo tres, porque casi no nos quedan... –me dijo Hadiye con cara de póker.

–¡Pero si son las cerillas que te di la semana pasada! Y te di cinco cajas, ¿cómo puede ser que lo hayas olvidado? –me enfadé.

–Ya, pero es que ahora solo me queda una caja, ¿no ves que no puedo darte más? –se enfurruñó.

–Has herido mi orgullo –le solté.

Aquella frase la había aprendido de ellas.

Cuando volvía a casa con las tres cerillas que había conseguido, me di cuenta de que hacer de Albert Schweitzer[3] no era nada fácil. Ya llevábamos allí un año y medio, y José se había convertido en el electricista, el carpintero y el albañil del barrio. Yo, por mi parte, escribía documentos en nombre de los vecinos, y era su enfermera, su profesora y su modista. De todas formas, tengo que decir que había adquirido todas aquellas habilidades gracias al entrenamiento al que los vecinos me tenían sometida.

Las jóvenes saharauis solían tener una piel clara y una cara preciosa. A menudo se la tenían que tapar cuando estaban entre los suyos, pero en nuestra casa se retiraban el velo. Entre estas muchachas había una llamada Mina, de aspecto muy dulce y bello, y a la que no solo le gustaba yo, sino que

3. Albert Schweitzer (1875-1965) fue un teólogo, filósofo, médico y musicólogo francés que a principios del siglo XX hacía de misionero en África. Sanmao se compara con él por su personalidad polifacética y altruista. En el año 1952, Schweitzer fue galardonado con el Nobel de la Paz.

le hacía aún más gracia José. Si mi marido estaba en casa, venía muy arreglada y se sentaba con nosotros. Más adelante se dio cuenta de que aquella estrategia no le funcionaba y empezó a buscar excusas para que José fuera a su casa.

Un día vino y, desde fuera de la ventana, empezó a llamarlo.

–¡José! ¡José!

–¿Para qué lo buscas? –le pregunté, pues estábamos comiendo en aquel mismo momento.

–Se nos ha roto la puerta de casa, y queremos que José la venga a reparar.

En cuanto la oyó, José dejó el tenedor con la intención de ponerse en pie.

–No te permito que vayas, haz el favor de seguir comiendo –le ordené.

Incluso puse en su plato algunas verduras que yo tenía en el mío para que volviera a estar ocupado.

Allí, los hombres se podían casar hasta con cuatro mujeres, pero yo no tenía la menor intención de dividir entre cuatro el sueldo de José.

Mina no se marchó y permaneció fuera en la ventana. José volvió a mirarla.

–¡No la mires más! ¡Haz como si fuera un espejismo! –le grité enfadada.

Por fin llegó un día en el que aquel bello espejismo se casó. Yo estaba muy contenta y le regalé muchas telas para que se hiciera ropa.

Cuando lavaba solía usar el agua con la que nos proveía el gobierno. Cada día nos traían un gran bidón y con eso te las tenías que arreglar. De manera que, si me duchaba, no podía lavar la ropa. Y si lavaba la ropa, no podía fregar los cacharros de la cocina. Todo aquello implicaba que, antes de hacer cualquiera de aquellas actividades, tenía que calcular con cuidado cuánta agua tenía en el bidón de la azotea, y solo

entonces podía ver por qué me decantaba. Aquella agua era salobre, no potable; el agua para beber se tenía que comprar en la tienda. En definitiva, el agua era un bien muy preciado en el desierto.

Un domingo habíamos estado de acampada a varios kilómetros de allí, y volvimos antes a casa para poder participar en la gran carrera de camellos que se organizaba en la ciudad. Aquel día soplaba un viento fuerte, que arrastraba arena, de manera que llegamos con el cuerpo cubierto de polvo. Teníamos un aspecto espantoso. Al entrar por la puerta, me fui directa al baño para lavarme. Deseaba subir al camello un poco más presentable, ya que un periodista de la televisión española me había prometido que saldría en las noticias. Cuando ya estaba toda enjabonada, me di cuenta de que no salía agua y llamé a José para que subiera a la azotea a ver qué ocurría.

–El bidón está vacío, no hay agua –corroboró José.

–¡No puede ser! ¡Pero si no hemos estado en casa estos días! No hemos gastado ni una gota... –grité exaltada.

No pude evitar ponerme de los nervios.

Me cubrí con una toalla grande y subí descalza a la azotea. El cubo, efectivamente, estaba vacío, aquello era como una pesadilla. Al mirar la azotea de mis vecinos, vi que tenían colgados varios sacos de harina. De pronto lo entendí todo: ¡ellos nos habían dejado sin agua! Me limpié el jabón con la toalla, y nos fuimos a ver la carrera.

Aquella tarde todos nuestros amigos españoles, los más alocados y divertidos, competían, corriendo a toda pastilla sobre los camellos. Era un verdadero espectáculo. La única que los miraba de pie bajo el sol era yo.

–¡Cobarde! ¡Gallina! –se mofaban los jinetes al pasar delante de mí.

No podía explicarles que la razón por la que no podía montarme en camello junto a ellos era que tenía miedo de

sudar demasiado, de que me picara todo el cuerpo y de que, además, me salieran pompas de jabón.

De entre los vecinos, Guka era la persona con la que mejor me llevaba. Era una muchacha amable e inteligente, y con mucha cabeza. Sin embargo, Guka tenía un defecto, y es que se le ocurrían unas ideas muy diferentes a las nuestras. Quiero decir que su distinción entre lo que era correcto y lo que no lo era, a menudo me dejaba boquiabierta.

Una noche, José y yo estábamos invitados a una fiesta en el Hotel Nacional. Planché el vestido negro que tenía olvidado en el armario y me puse algunos collares caros que no solía utilizar.

–¿A qué hora hay que estar allí?

–A las ocho.

Miré el reloj: ya eran las ocho menos cuarto.

Cuando acabé de vestirme y de ponerme los pendientes, me dispuse a calzarme, pero me di cuenta de que los zapatos de tacón, que solía dejar en la estantería, no estaban. Le pregunté a José si sabía dónde estaban, pero me respondió que él no los había tocado.

–Ponte otros, ¡qué más da!

Lo que más detestaba José era tener que esperar. Observé la fila de zapatos que tenía en la estantería: unas deportivas, unas chanclas de suela de madera, unas sandalias planas, unos zapatos de tela, unas botas altas... Ni rastro del par que conjuntaba con mi vestido largo. Me puse nerviosa y volví a echar un vistazo. ¡Oh! ¿Pero qué narices era aquello? En la estantería había un par de pantuflas negras de punta, típicas saharauis, que estaban muy sucias. En cuanto las vi supe que eran de Guka. Pero, si sus zapatos estaban en mi estantería, ¿dónde estarían los míos?

Corrí al momento a casa de Guka y me la llevé aparte.

–¿Y mis zapatos? ¿Se puede saber dónde están mis zapatos? ¿Por qué los has cogido? –le pregunté muy agresiva–.

¡Ve a buscarlos inmediatamente y devuélvemelos! ¡Desgraciada!

Guka los fue a buscar tranquilamente a la cocina, debajo de las esteras, entre las cabras, detrás de la puerta... Buscó por todas partes pero no los encontró.

–No están aquí. Mi hermana se los ha puesto para salir –me contestó con toda la calma del mundo–. Mañana voy a tu casa y pasamos cuentas.

Volví a casa hecha un basilisco. Para la fiesta de aquella noche al final me puse un vestido blanco de algodón y unas sandalias. Desentonaba mucho en aquel ambiente tan lujoso, entre las mujeres de los jefes de José, que iban muy arregladas. Los compañeros de trabajo de José me alababan con ironía.

–¡Estás guapísima! Esta noche pareces una pastora, ¡solo te falta el cayado!

Al día siguiente por la mañana, Guka me devolvió los zapatos de tacón, destrozados. La miré enfadada y se los arrebaté de un tirón.

–¡Y encima vas y te enfadas! ¡La que tiene motivos para enfadarse soy yo! ¿No estaban mis zapatos en tu casa? ¡Pues los tuyos tenían que estar en la mía! ¡La que está indignada soy yo! –se justificó con la cara roja de irritación.

No pude evitar echarme a reír al oír aquella argumentación tan absurda.

–Guka, ¡estás para que te encierren en un manicomio! –le dije señalando su sien con el dedo.

–¿Dónde?

–No lo entiendes, déjalo... Guka, quiero preguntarte una cosa a ti primero, y luego se la puedes ir transmitiendo a todas las vecinas: aparte de mi marido y el cepillo de dientes, ¿hay algo más en mi casa que queréis que os deje?

–¿Y cómo es tu cepillo de dientes? –me preguntó rápidamente como despertándose de un sueño.

–¡Venga! ¡Largo de aquí! –la eché alterada.

–Solo el cepillo de dientes, ¡no estoy interesada en tu marido!... Es que de verdad... ¡Vaya carácter! –exclamaba mientras se iba.

Al cerrar la puerta oí como Guka le decía a otra mujer a grito pelado:

–¡Fíjate cómo me ha herido el orgullo!

Quiero dar las gracias a mis vecinos por llenar mi vida en el desierto de colores y experiencias, y por hacerme olvidar el sentimiento de soledad.

El colgante
死果

El ramadán estaba a punto de terminar. Aquellos días subía por la noche a la azotea para ver la luna porque la gente de la zona nos había explicado que el primer día de luna llena empezaba a celebrarse el final del mes de ayuno de los musulmanes. Los vecinos sacrificaban cabras y camellos para festejarlo, y yo estaba esperando que las mujeres me hicieran unos bonitos dibujos de color rojo tierra en las palmas de las manos, con un pigmento llamado *henna*. Ellas tenían por costumbre llevar aquellos adornos durante el final del ramadán y yo, como era partidaria del dicho «Allá donde fueres haz lo que vieres», quise engalanarme de la misma forma.

Aquel sábado, como no teníamos pensado irnos de viaje por el desierto, nos pasamos toda la noche leyendo. Al día siguiente no nos levantamos hasta el mediodía, y luego nos fuimos a la ciudad a comprar el periódico español, que, aunque había llegado aquella misma mañana en avión, no era del día. Después de una comida muy sencilla me puse a lavar los platos y a continuación regresé al salón, donde José estaba absorto, disfrutando de la lectura del periódico. Yo me tumbé en el suelo y me puse a escuchar música.

Como había dormido de sobra, me sentía de muy buen humor y se me ocurrió ir por la noche al cine de la ciudad a

ver la película muda *Luces de la ciudad*, de Charles Chaplin. Hacía un tiempo espléndido, y el aire estaba limpio de arena. La agradable música inundaba la estancia. Era un domingo tranquilo y perfecto. Pasadas las dos, unos niños saharauis me llamaron desde la ventana y me pidieron unas bolsas grandes para poner la carne que habían cortado. Cogí un paquete de bolsas nuevas de plástico de colores y las repartí entre ellos.

Cuando se marcharon, me quedé observando el desierto. En la acera de enfrente estaban construyendo un nuevo conjunto de casas. Me daba mucha pena que día a día fueran recortando aquel precioso paisaje desértico. Al cabo de un rato, vi no muy lejos a un par de niños que conocía y que peleaban en la calle, junto a una bicicleta. Como se estaban dando una buena tunda, se me ocurrió montar en la bicicleta y empezar a dar vueltas a su alrededor, observándolos, e intervenir y poner paz si la cosa se ponía fea.

Cuando me bajé de la bicicleta, vi tirado en el suelo uno de aquellos colgantes hechos con cuerdas, que eran típicos de aquella zona. Como era un objeto que todos los saharauis de por allí llevaban, me agaché a recogerlo con toda la naturalidad del mundo.

–¿Se os ha caído a vosotros? –pregunté a los muchachos con el colgante en la mano.

Al verlo, dejaron de pelearse y se alejaron de mí con cara de terror.

–¡No es mío! ¡No es mío! –dijeron al unísono.

No querían ni tocarlo y su actitud me dejó un poco extrañada.

–Bueno, pues lo dejo junto a la puerta de mi casa. Si alguien lo busca, le decís que lo he puesto ahí –les dije y regresé para seguir escuchando música.

Pasadas las cuatro abrí la puerta, pero no se veía ni un alma por la calle y el colgante seguía en el mismo sitio en que lo había dejado. Lo observé con detenimiento. Tenía ensartada una bolsita de tela, un hueso de fruta en forma de corazón y una medallita cuadrada de cobre. Hacía mucho que yo quería una medalla como aquella, pero no había visto que la vendieran en la ciudad. De hecho, tampoco había visto nunca que vendiesen la bolsita de tela ni el hueso de fruta. Me pareció que como aquel colgante estaba tan sucio, no valdría nada, y que lo más probable era que hubieran querido deshacerse de él. Dudé un instante, y simplemente lo cogí y me lo llevé a casa.

Al entrar, se lo mostré a José muy contenta.

–¿Adónde vas con esta porquería? ¿Cómo se te ocurre recoger del suelo lo que no quieren los demás...? –me recriminó, antes de seguir leyendo el periódico.

Fui a la cocina y corté la cuerda con unas tijeras. La bolsita de tela desprendía un olor extraño que no me gustaba, así que la tiré a la basura. El hueso de fruta tampoco olía demasiado bien, así que también lo tiré. De hecho, lo único que me gustaba era aquella medallita de cobre que parecía un trozo de tofu seco. Era brillante, de color rojo oxidado y tenía los bordes cubiertos de acero inoxidable, un detalle que lo diferenciaba de los colgantes que aquella gente solía llevar. Limpié la medalla con un quitamanchas en polvo y busqué una cinta gruesa de seda con la que ponérmela al cuello: se veía un colgante muy moderno.

Volví donde estaba José y se lo enseñé.

–Es muy bonito. Y te pega con la camisa esa negra escotada que tienes. ¡Póntelo!

Me lo anudé al cuello y me puse de nuevo a escuchar música. Al cabo de un rato, ya me había olvidado por completo de aquel asunto. Después de escuchar unas cuantas cintas, me entró un poco de sueño. Me pareció extraño, pues hacía pocas horas que me había levantado, y tampoco entendía por qué tenía la sensación de que me pesaba todo el cuerpo. Como tenía mucho sueño, me puse el radiocasete sobre el pecho mientras seguía tumbada, así me ahorraba tener

que levantarme para cambiar la cinta. La medallita que llevaba colgada al cuello quedó justo debajo del radiocasete.

Al cabo de poco rato de haber puesto el aparato en marcha, de golpe y porrazo, la cinta empezó a dar vueltas como una loca, de manera que la velocidad y el ritmo de la música estaban alterados, parecía que le hubiera dado un ataque de ira. José se levantó de un salto, lo apagó y se lo quedó mirando extrañado.

–¡Pero si nunca ha dado problemas! Será que la cinta tiene mucho polvo...

Los dos nos arrodillamos en el suelo para probarla de nuevo, pero aún lo empeoramos más porque la cinta se enredó por completo. Sacamos el casete con una horquilla del pelo, y la cinta magnética estaba hecha una maraña. José se fue a buscar las herramientas para repararla. Mientras esperaba que volviera me puse a darle golpecitos con la mano al radiocasete, porque a menudo, cuando se nos estropeaba algún electrodoméstico, volvían a funcionar con normalidad después de algunas sacudidas. Así nos ahorrábamos tener que desmontarlos para reparar cualquier avería.

Al primer golpe noté un picor en la nariz y estornudé. En el pasado había sufrido rinitis alérgicas graves, que me hacían estornudar muy a menudo y me dejaban la nariz como un tomate. Pero me había curado hacía un tiempo gracias a un médico español y hacía mucho que no me había vuelto a pasar. En aquel momento volví a empezar con los estornudos.

–¡Vaya! ¡Otra vez estoy con la rinitis!

Me levanté para ir a buscar papel higiénico porque sabía por experiencia que no tardaría en empezar a moquear.

Tenía el baño a unos pocos pasos. Ya había estornudado varias veces seguidas cuando empecé a sentir molestias en el ojo derecho, así que me lo miré en el espejo. Observé que el borde del ojo estaba un poco rojo, pero no le presté más atención porque al mismo tiempo se me estaban cayendo los mocos.

Empecé a estornudar sin parar, más de veinte veces seguidas, y entonces pensé que algo no iba bien. Aquello no me había pasado nunca pero seguí sin darle importancia y me acerqué a la cocina a buscar una pastilla. En menos de diez segundos volví a la carga y empecé a estornudar de una forma inhumana. ¡Era increíble!

José, que estaba de pie a mi lado, me miraba sin comprender lo que ocurría.

–¡Está claro que el médico aquel no te curó en absoluto la alergia! –exclamó.

Yo asentí con la cabeza mientras me tapaba la nariz.

–¡Achís! ¡Achís!

No podía ni hablar. Me sentía muy incómoda.

Estornudé más de cien veces en total y mi cara acabó como un cuadro grotesco de mocos y lágrimas.

Cuando por fin los estornudos me dieron una tregua de unos segundos, corrí hacia la ventana para respirar un poco de aire fresco. José fue a la cocina para prepararme un vaso de agua caliente, le echó unas cuantas hojas de té y me lo dio para que bebiera.

Di varios sorbos apoyada en la silla. Mientras me sonaba, noté que aquella zona del ojo que tenía enrojecida me quemaba. Me fui a mirar al espejo y en poco menos de veinte minutos se había hinchado. ¡Qué rapidez! Me quedé extrañada, pero continué sin hacerle demasiado caso porque primero tenía que conseguir dejar de estornudar. Podía estar casi un minuto estornudando sin parar. Iba abrazada a una papelera y a medida que me limpiaba los mocos iba tirando el papel. En uno de los estornudos, violento como un tifón, me salió un chorro de sangre por la nariz.

–¡Qué horror! ¡Me sale sangre de la nariz!

José se plantó delante de mí como un rayo, pero yo lo veía perpendicularmente, como si hubieran girado el objetivo de una cámara. Las paredes y el techo daban vueltas. Me lancé hacia delante para agarrarme a José.

–¿Hay un terremoto? Estoy mareada...

–¿Un terremoto? ¡Claro que no! ¡Anda, échate un rato! –me dijo abrazándome.

En aquel momento yo no estaba asustada en absoluto, simplemente estaba desconcertada por todos aquellos síntomas. ¿Cómo era posible que me hubiera puesto de aquella forma en solo media hora?

José me arrastró hasta el dormitorio, mientras todo me daba vueltas, así que cerré los ojos. Estaba tan mareada que me parecía estar boca bajo. Cuando no hacía ni unos minutos que estaba en la cama, tuve una sensación extraña en el estómago, y haciendo un esfuerzo corrí al baño, donde empecé a vomitar de forma muy ruidosa.

Antes solía vomitar de vez en cuando, pero no de aquella manera tan brutal. Aquel día no solo es que tuviera el estómago revuelto, es que sentía un dolor insoportable, como si fuera a vomitar todas mis entrañas. Después de devolver el almuerzo, empecé a vomitar agua; cuando ya no me quedó más agua, vomité bilis amarilla, y cuando también la eché toda, ya no tenía nada más que echar. Y aun así no podía controlar las arcadas monumentales que tenía.

José me sostenía por la espalda. Tanto vomitar, estornudar y echar mocos y sangre me había dejado sin fuerza alguna y me quedé sentada en el suelo. José volvió a arrastrarme hasta la cama.

–¿Pero se puede saber qué has comido? ¿Crees que algo te ha sentado mal? –me preguntaba nervioso mientras me limpiaba la cara con una toalla.

–No tengo diarrea... No creo que sea algo que he comido –le respondí muy débil, y cerré los ojos para descansar.

Me tumbé un rato. Lo extraño era que aquel malestar había desaparecido. Aquella fuerza que me había golpeado como una fuerte ola del mar se había desvanecido. Exhausta, estaba empapada en sudor, pero la habitación ya no me daba

vueltas, ni tampoco estornudaba. Y el estómago tampoco me dolía.

–Dame un poco de té... –le pedí a José.

Él se puso de pie de un salto y se fue a buscarlo. Tomé un sorbo, y a los pocos minutos pensé que ya me había recuperado. Me senté y me quedé recostada, con los ojos abiertos y la mirada perdida. Me tomó el pulso y me apretó con fuerza el vientre.

–Ya no me duele. Estoy bien. ¡Qué cosa más rara! –exclamé, y quise bajar de la cama.

Al ver que ya estaba mejor, me miró pensativo.

–Mejor que te quedes tumbada. Te voy a poner una bolsa de agua caliente.

–No hace falta, de verdad. Si ya estoy bien...

En aquel momento José me cogió la cara con las dos manos.

–¿Eh? ¿Y cuándo se te ha puesto el ojo así?

Me toqué con la mano y noté que tenía el ojo derecho muy inflamado.

–¡Necesito un espejo!

Me levanté de la cama y a los pocos pasos sentí un fuerte dolor de estómago, como si alguien me estuviera dando latigazos en el vientre. Di un grito de dolor y me agaché para soportar mejor los pinchazos. Volví a la cama con rapidez porque aquel dolor me inmovilizaba, como si un rayo me hubiera caído encima. Tenía la sensación de que una mano me estrujaba y me retorcía.

Cada vez me dolía más, de manera que me acurruqué encima de la cama para controlar el dolor, pero no podía evitar gritar con cada pinchazo. Intentaba aguantar, pero aquel suplicio no dejaba de aumentar. Me retorcía de dolor. Estaba tan dolorida que la vista se me nubló y todo se volvió oscuro. Solo oía mis gritos salvajes. José alargó la mano para masajearme el vientre, pero yo lo aparté de un empujón.

–¡No me toques! –vociferé.

Me incorporé y me volví a estirar. Aquel dolor espasmódico no cesaba. Y me estaba quedando sin voz de tanto gritar. El pecho también me dolía, y cada vez que respiraba, sentía un pinchazo en los pulmones. Parecía una muñeca de trapo rota a la que una fuerza invisible iba arrancando trozos poco a poco. Yo solo veía oscuridad, pero a pesar de ello, estaba lúcida, y era consciente de que mi cuerpo se había convertido en esclavo del dolor. Pero luchaba en vano. Llegó un momento en que, con el cuerpo bañado en sudor, no tenía fuerzas ni para gritar, y empecé a morder la almohada y a arañar las sábanas.

José estaba arrodillado a un lado de la cama. Estaba tan preocupado y nervioso que casi se puso a llorar. No paraba de llamarme por el nombre que mis padres y mi hermana mayor utilizaban cuando yo era pequeña.

–¡*Meimei*! ¡*Meimei*![1]

Al oír aquella palabra me quedé quieta un instante, inmersa en la oscuridad. Parecía como si en mis oídos se hubiera producido una explosión, que tronaba como una tormenta. El dolor insoportable no me daba tregua, y empecé a vociferar:

–¡Mamá! ¡Papá! ¡Me quiero morir! ¡No puedo más! –me escuché gritar en chino.

En aquel momento no podía pensar en nada, solo aullaba de dolor. Estaba sumida en un dolor enloquecedor, como si me estuvieran retorciendo las entrañas, y me encontraba fuera de mí.

José me cogió en brazos y me sacó de casa. Abrió la puerta y me dejó apoyada en ella mientras iba a buscar el coche. Después me ayudó a subir. Yo era consciente de que estaba fuera de casa, así que me mordí el labio para controlar los gritos. Los rayos del sol penetraban con fuerza en el coche, lo que me obligó a cerrar los ojos porque no podía aguantar aquella luz tan intensa.

–La luz... ¡José! ¡No quiero luz! ¡Tápame! –le pedí cubriéndome los ojos con las manos.

Pero José no reaccionó.

–¡José! ¡No puedo aguantar esta luz! –le chillé.

Finalmente mi marido me pasó una toalla que había en el asiento trasero. No sé por qué, pero me molestaba tanto la luz que me refugié bajo la toalla hecha un ovillo.

Los domingos no había doctores de guardia en los hospitales del desierto. Y como José no encontraba a nadie que me visitara, sin decir nada, dio media vuelta con el coche y condujo en dirección al campamento militar. Al llegar a las barracas el guarda vino a ayudarnos en cuanto vio el estado en que me encontraba. Entre los dos me llevaron medio a rastras a la consulta médica y el guarda enseguida mandó que avisaran al médico militar. Me quedé tumbada en la camilla y noté como poco a poco me iba sintiendo mejor. Ya no me pitaban los oídos, ni lo veía todo oscuro, y el estómago había dejado de dolerme. Después de más de veinte minutos llegó el doctor corriendo, pero yo ya me había incorporado y lo único que sentía era una gran debilidad. Pero por lo demás, me encontraba completamente normal.

José le explicó al doctor todos los síntomas que había tenido aquella tarde y que me habían dejado fuera de combate. El médico me auscultó, me tomó el pulso, me miró la lengua y me palpó el vientre. La verdad era que ya no me dolía nada, solo sentía el corazón un poco acelerado.

–¡Pero si está como una rosa! No veo dónde está el problema... –concluyó, extrañado, con un suspiro.

Vi que José se mostraba frustrado y algo avergonzado, porque parecía que le estuviéramos tomando el pelo al doctor.

–¿Pero has visto cómo tiene el ojo?

1. En chino significa 'hermana pequeña'.

El doctor me cogió la cara para inspeccionarme el ojo.

–Le está supurando... ¿Hace muchos días que lo tiene hinchado?

Lo negamos con rotundidad, y le dijimos que se había puesto de aquella manera en solo una hora. El doctor volvió a examinarlo un momento y me puso una inyección antiinflamatoria. Luego volvió a mirarme: era evidente que no estábamos bromeando.

–Seguramente es una gastroenteritis.

–No puede ser. No he tenido diarrea...

–Pues quizá alguna alergia alimentaria.

–No tengo rojeces en la piel... Esto no tiene nada que ver con la comida.

El doctor me dirigió una mirada cargada de paciencia.

–Bueno, pues quédate un rato aquí tumbada. Y si vuelves a vomitar o sientes de nuevo un dolor agudo, que me avisen de inmediato –propuso, y se marchó.

Realmente todo aquello era rarísimo: hacía una hora tenía tal indisposición que parecía estar poseída por el demonio, pero en aquel momento en la consulta los síntomas habían desaparecido por completo. Media hora más tarde, José y el guarda me ayudaron a subir al coche.

–Si te vuelve a pasar, regresa enseguida –me recomendó el guarda amablemente.

Cuando me vi sentada de nuevo en el coche, me sentí exhausta.

–Apóyate en mí –me ofreció José.

Me apoyé en su hombro con los ojos cerrados, y la medallita de cobre que yo llevaba en el cuello quedó colgando sobre sus piernas.

De camino a casa teníamos que pasar por una pendiente muy inclinada. José puso en marcha el coche y dejó que se fuera deslizando lentamente. A los pocos metros, tuve la extraña sensación de que el coche era muy ligero. Y a pesar

de que José no había pisado el acelerador en ningún momento, la velocidad del coche aumentaba pendiente abajo como si alguna fuerza nos empujara por detrás. José pisó el freno hasta el fondo, pero no sirvió de nada. Entonces puso el freno de mano y la primera marcha mientras gritaba:

–¡Sanmao! ¡Cógete fuerte a mí!

El coche se precipitó por la pendiente sin control, como si volara. José volvió a pisar el pedal del freno, pero estaba completamente bloqueado. La pendiente no era muy larga, así que no era lógico que bajáramos a aquella velocidad de infarto. En un abrir y cerrar de ojos estábamos patinando cuesta abajo, como si flotáramos.

–¡Agárrate a mí! ¡No tengas miedo!

Abrí los ojos como platos y vi cómo el coche se precipitaba cuesta abajo, como si fuera a dar una vuelta de campana. Hubiera querido gritar cuando vi que un camión militar de diez ruedas se nos acercaba de cara, pero los gritos se me ahogaron en la garganta. Era evidente que acabaríamos chocando con él.

–¡Aaaaaah! –grité finalmente sin control.

José dio un volantazo y el coche se precipitó fuera de la carretera, pero siguió deslizándose mucho rato sin poder detenerse hasta que José lo dirigió hasta una duna que se erigía delante de nosotros. Al final, la duna nos frenó. Acabamos cubiertos de arena y tan asustados que teníamos las manos y los pies congelados. Estábamos paralizados por el pánico.

Los soldados bajaron del camión rápidamente y corrieron hacia nosotros.

–¿Estáis bien? ¿Os habéis hecho daño?

Nosotros solo podíamos asentir con la cabeza, incapaces de articular palabra.

Cuando cogieron las palas para quitar la arena, nosotros seguíamos todavía descompuestos en el asiento, como si nos hubieran hipnotizado.

Después de un buen rato, José pudo por fin decir alguna cosa.

–Han sido los frenos...

El conductor del camión le dijo a José que bajara del coche para poder probarlo él mismo. ¡Qué horror! Tras ponerlo en marcha, probó los frenos una y otra vez, pero no les notaba fallo alguno. Como José no se fiaba quiso comprobarlo él también y, en efecto, funcionaban perfectamente. Todo aquello que había pasado hacía apenas unos segundos parecía una pesadilla que se había desvanecido sin dejar rastro. Así que nos quedamos mirando el coche con la boca abierta, sin dar crédito a lo que nos estaba sucediendo.

Luego nos subimos otra vez al coche y volvimos a casa muy despacio. Cuando vuelvo a pensar en lo ocurrido, no recuerdo nada de aquel momento en el que parecíamos estar hipnotizados. Mi mente lo ha borrado por completo.

Al llegar a casa, José me abrazó para ayudarme a bajar del coche.

–¿Cómo estás?

–Estoy muy cansada, pero ya no me duele nada.

Aunque él me sostenía, me apoyé con la mano izquierda en la puerta del coche. Cuando apoyé mi peso sobre José, la medallita de cobre lo rozó. Aquel detalle lo recordé más tarde, cuando ya todo había pasado, porque en aquel momento, naturalmente, no me fijé.

Como José me tenía en brazos, tuvo que cerrar la puerta del coche de un puntapié. Entonces sentí un dolor terrible: ¡me había pillado cuatro dedos con la puerta! Pero José no se había dado cuenta y tiraba de mí con fuerza para llevarme a casa.

–¡La mano! ¡José! ¡La mano!

Cuando giró la cabeza gritó sobrecogido. Me dejó en el suelo y se apresuró a abrir la puerta. Una vez me hubo liberado la mano vi que tenía los dedos índice y corazón aplastados. A los pocos segundos empezó a fluir sangre tibia, y la palma de la mano poco a poco se fue tiñendo de rojo por completo.

–¡Madre mía! ¿Pero se puede saber por qué hoy todo sale mal? –se preguntó José con la voz temblorosa.

Me cogió la mano herida y su cuerpo también empezó a temblar. No sé cómo, pero noté como si hubiera perdido el último ápice de fuerza que me quedaba. No era por el dolor de la mano, sino porque me sentía muy débil. Lo que más deseaba en aquel momento era que me dejaran dormir.

–No te preocupes por la mano. Quiero echarme... ¡Vamos, por favor!

Mientras José aún examinaba la mano que me había pillado con la puerta, una vecina saharaui que estaba detrás de nosotros dijo algo en voz baja. Enseguida se nos acercó y puso su mano en mi vientre.

–Ella... El bebé... ¡Lo ha perdido!

Tenía la sensación de que aquella mujer estaba lejos de mí, pues su voz me llegaba desde un lugar lejano. Levanté la cabeza para mirar a José, casi sin fuerzas. Su cara era una sombra que iba y venía como una ola. Él se agachó para cogerme en brazos.

–¡Busca ayuda! –le gritó a la mujer.

–Pero ¿por qué? ¿Qué me ocurre? –conseguí decir reuniendo todas mis fuerzas.

Me llegó la voz lejana de José.

–No tengas miedo. Tienes una hemorragia...

Bajé la cabeza para ver a qué se refería y vi que la sangre me salía a chorros de entre las piernas y que en el suelo ya se había formado un charco de sangre espesa. Tenía la falda empapada. Sangraba por el bajo vientre, como una fuente que fluía sin parar...

–Tenemos que volver inmediatamente a buscar al médico militar –dijo José temblando como una hoja.

En aquel momento estaba muy lúcida, pero me sentía tan ligera como si fuera a salir flotando y recuerdo que le dije a José:

–No podemos coger el coche. El médico tiene que venir aquí, busca ayuda...

Finalmente, José me cogió en brazos y me llevó a casa. Empujó la puerta con el pie y me dejó sobre la cama. En cuanto me tumbé, sentí un estallido en mi interior, como si se me hubiera reventado el bajo vientre y un chorro de sangre empezó a brotar. En aquel momento ya no sentía dolor alguno: a mi alma le estaban naciendo plumas para poder salir volando.

Gebo, la mujer de Handi, se acercó a toda prisa, seguida de su marido, que aquel día llevaba pantalones.

–No te asustes. Solo está perdiendo al bebé... Mi mujer tiene experiencia con estas cosas –le dijo Handi a José para tranquilizarlo.

–No está perdiendo a ningún bebé porque no está embarazada.

–Bueno, lo más probable es que no lo supieras, ¡seguramente no te lo ha dicho! –le recriminó enfadado.

–Piensa lo que quieras, ¡pero te aseguro que no está embarazada! Necesito que me dejes tu coche para llevarla al hospital.

Desde lejos me llegaban las voces del rifirrafe, y me parecía como si el sonido de unas cadenas de hierro estuvieran rechinando en mi débil cabeza. En aquel momento mi existencia no tenía sentido para mí, y lo único que deseaba es que se callaran y me dejaran para siempre tranquila. ¡Ni la muerte tenía el efecto tan doloroso de aquellas voces sobre mi cuerpo! Oí también a la mujer de Handi hablar en voz muy alta. Su voz me incomodaba: me sentía como si fuera la fina cuerda de un arpa de la cual tiraban una y otra vez. Levanté las manos instintivamente para taparme los oídos y me encontré con mi pelo largo y despeinado. La mujer de Handi dio un grito y retrocedió al instante hasta la puerta señalándome con el dedo. Muy seria, le dijo algo a Handi en la lengua local y él también retrocedió varios pasos.

–¿Quién le ha colgado esa cosa en el cuello? –le preguntó a José con voz muy grave.

–¿Y qué importa eso ahora? ¡Hay que llevarla ahora mismo al hospital!

–¡Quítaselo! ¡Quítale esa cosa de inmediato!

José dudó un instante y aquello hizo que Handi se pusiera aún más nervioso.

–¡Te he dicho que se lo quites ahora mismo o se morirá!¡Sois dos tontos ignorantes! ¡No sabéis nada de la inmensidad del universo! –vociferó, y empujó a José.

José se acercó, me arrancó el colgante con fuerza y se quedó con la medallita en la mano. Handi se quitó un zapato y dio un golpe seco en la mano de José. El trozo de cobre cayó y aterrizó al lado de la cama donde estaba estirada. Entonces Gebo se puso a hablar sola mientras Handi, completamente histérico, le preguntaba a José:

–A ver, piensa, ¿quién más o qué más ha entrado en contacto con la medallita? Corre, ¡no tenemos tiempo!

José se contagió del miedo de nuestros vecinos.

–Yo, el radiocasete, y me parece que ya está... –tartamudeó.

–¿Estás seguro? ¡Piénsalo bien! ¡Rápido!

–Que sí, de verdad. Diría que nada ni nadie más...

–¡Oh, Dios! ¡Apiádate de nosotros! –se encomendó Handi en árabe, y luego añadió–: No te preocupes, salgamos afuera para hablar.

–Está sangrando... –les recordó José, pues estaba intranquilo, pero aun así lo siguió.

Oí que cerraban la puerta del pasillo y se quedaban todos en el salón. De repente, volví a sentirme extrañamente lúcida. Estaba empapada de sudor, me costaba respirar y me

pesaban tanto los ojos que no los podía abrir, pero por lo menos ya no tenía la sensación de estar flotando.

En aquel momento estaba todo muy tranquilo, no se oía ni el más mínimo ruido. Solo sentía que me hundía lentamente en un estado de languidez muy agradable y me iba sumergiendo en un sueño profundo.

A los pocos segundos, mi mente se percató de que había algo, una especie de fuerza invisible que se había escurrido dentro de la habitación. Me pareció incluso que siseaba con una voz muy fina. Me esforcé por abrir los ojos al máximo y solo vi el techo y las cortinas que había al lado del armario. Volví a cerrar los ojos, pero mi sexto sentido me decía que había un riachuelo, una serpiente o algo alargado que ya había entrado en la estancia. Se había deslizado hasta donde estaba la medallita de cobre y fluía a su alrededor. Había entrado paso a paso y fue subiendo poco a poco hasta que inundó la habitación. No sé por qué sentí frío y pánico. Volví a abrir los ojos, pero no pude ver la presencia que sentía.

Al cabo de unos segundos, como si se tratase de fuegos artificiales, me asaltaron un montón de recuerdos. Estaba tan aterrada que casi me convierto en una estatua de piedra.

–¡José! ¡José! ¡Socorro! –me oí gritar como una posesa.

La puerta estaba cerrada, y lo que para mí era gritar como una loca, simplemente se oía como un sonido ronco. Yo gritaba cada vez más fuerte. Quería moverme, pero no me quedaban fuerzas. Vi la taza de té en la mesilla de noche y haciendo un esfuerzo sobrehumano la cogí y la estrellé contra el suelo de cemento. La taza se hizo añicos con gran estrépito. Oí que la puerta se abría y José entró corriendo.

–¡La cafetera! ¡La cafetera! ¡Cuando he limpiado la medallita utilicé el mismo quitamanchas en polvo con la cafetera! –le expliqué muy exaltada agarrándolo.

José se quedó parado un momento y luego me empujó para que me tumbara de nuevo. En aquel momento,

Handi se acercó olfateando el aire. José también percibió el olor.

–¡Es el gas! –dijeron los dos a la vez.

José me sacó fuera de la cama, y me arrastraron directa hasta la calle. Entonces José se precipitó de nuevo dentro de casa para apagar el gas y volvió a salir como una bala.

Handi cruzó la calle, cogió un puñado de piedrecitas del suelo y le dijo a José mientras lo empujaba:

–¡Corre! ¡Pon estas piedras alrededor de la medallita de cobre haciendo un círculo!

José dudó unos instantes, pero Handi lo empujó con fuerza, y al final cogió las piedras y entró corriendo.

Aquella noche dormimos en casa de unos amigos. Dejamos las ventanas de casa abiertas de par en par para ventilarla. José y yo nos mirábamos sin decir nada. El miedo se había apoderado de nuestra alma y de nuestra voluntad.

Ayer, al atardecer, me tumbé en el sofá del salón. Escuchaba muy atenta a cada uno de los coches que pasaban por la puerta, pues tenía la esperanza de que José saliera antes del trabajo y volviera a casa más temprano.

No había ningún vecino en la ventana mirando a hurtadillas como de costumbre, ni siquiera los niños. Me habían dejado completamente sola. Cuando José regresó del trabajo, entró por la puerta con tres compañeros saharauis.

–Es el talismán más maligno, el más peligroso... ¡Qué mala pata que lo recogieseis y os lo trajerais a casa! –nos informó uno de ellos.

–¿Tiene algo que ver con la religión musulmana? –les pregunté.

–Los musulmanes no hacemos esas cosas. Eso es brujería del sur, de Mauritania.

–¿Pero no lleváis colgada todos los saharauis una medallita de cobre como esta? –se extrañó José.

–La que llevamos no es como esta porque, si no, ya estaríamos muertos –dijeron sus compañeros de trabajo muy enfadados.

–¿Y cuál es la diferencia? –pregunté.

–El colgante que encontraste también tenía un hueso de fruta y una bolsita de tela, ¿no? Además el bronce debía tener el marco de acero inoxidable. Menos mal que tiraste las otras dos piezas, ¡si no hubieras muerto al instante!

–Ha sido casualidad. Yo no creo en estas supersticiones... –dije con convicción.

Al decir aquello, los tres saharauis se asustaron mucho.

–¡No digas esas cosas! –imploraron.

–En plena época del conocimiento científico, ¿cómo podéis pensar así? –insistí.

–¿Te había pasado antes alguna de las cosas que te pasaron anteayer? –me preguntaron observándome, muy enfadados.

Me paré unos instantes a considerarlo con detenimiento. Sí, la verdad era que sí. Había tenido rinitis alérgica, orzuelos, vómitos, mareos, dolor de estómago... después de practicar un ejercicio intenso, siempre sangraba un poco por abajo y cuando cocinaba, me cortaba a menudo.

–Sí, pero nunca había sido nada tan grave. Son pequeñas dolencias sin importancia –tuve que admitir.

–Lo que hace el talismán es precisamente atacar los puntos débiles de las personas sanas y hacer que estas pequeñas dolencias se conviertan en espíritus malignos que acaban arrebatándote la vida –me explicaron los amigos saharauis.

–¿Y cómo explicáis el hecho de que el agua que se ha desbordado de la cafetera haya apagado el fuego haciendo que el gas invada la casa? ¿Acaso eso también es casualidad?

Me quedé en silencio y levanté la mano izquierda, la que me había pillado con la puerta del coche, para mirármela.

Durante los últimos días había estado dando vueltas y más vueltas a un asunto que no me podía quitar de la cabeza.

–Creo que, quizá, inconscientemente quería acabar con mi vida, y que por eso enfermé... –confesé en voz baja.

Al oírme decir aquello, José se alarmó.

–No, a ver, lo que quiero decir es que, por mucho que intente adaptarme al desierto, he llegado al límite y ya no aguanto más este tipo de vida y este entorno.

–Sanmao...

–No estoy, para nada, negando mi amor por el desierto, pero al fin y al cabo soy humana y tengo mis momentos de debilidad...

–Yo no sabía que estabas haciendo café y, cuando fui a poner el agua a hervir, el fuego no estaba encendido. ¿Acaso me estás diciendo que crees que yo también quería inconscientemente que nos muriéramos?

–Esto tendríamos que consultarlo con las personas que estudian psicología. ¡Sabemos tan poco sobre cómo funciona nuestra mente...!

No sabía por qué aquel tema incomodaba a todo el mundo. El hombre es el animal que más teme conocerse a sí mismo. Exhalé un suspiro y aparté de mi mente aquellos pensamientos.

Finalmente fue un imán –un anciano al que la gente de la zona llamaba *shandong*– el que se llevó la medallita. La partió en dos trozos con un cuchillo y, para nuestra sorpresa, del interior salió un talismán con una imagen. Yo presencié la escena con mis propios ojos, y volví a sentir como la sangre se me helaba en las venas, como si me hubiera sumergido en agua congelada.

La pesadilla había terminado, pero yo no me había recuperado del todo. Muchos amigos me recomendaban que me fuera a hacer una revisión médica, pero desde mi punto de vista, como ya había logrado entender qué había sucedido, no era necesario ir a molestar de nuevo al doctor.

Hoy se celebra la fiesta del final del ramadán. En el cielo no hay ni rastro de nubes y sopla una brisa fresca. El verano ya ha pasado y ahora comienza el extraordinario otoño del desierto.

Los baños del desierto
沙漠觀浴記

Una tarde a José le dio de pronto por cortarse el pelo. Al oírlo me dirigí a la cocina y cogí las tijeras del pescado con la idea, además, de ponerle una toalla alrededor del cuello.

–Siéntate, por favor.

–¿Qué haces? –me preguntó dando un respingo.

–Cortarte el pelo –respondí cogiéndole un buen mechón.

–¿Qué pasa? ¿No tienes suficiente con cortarte el tuyo? –me espetó apartándose de un brinco.

–No tengo nada que envidiarle al peluquero de la ciudad. Venga, vamos a ahorrar un poco. ¡Ven! ¡No te hagas de rogar! –le insistí cogiéndolo de nuevo.

José se hizo con las llaves en un santiamén y salió de casa. Yo dejé las tijeras y fui tras él. Cinco minutos más tarde estábamos sentados en la peluquería, que estaba hecha un asco y donde hacía un calor sofocante. El peluquero, José y yo empezamos a discutir sobre cómo cortarle el pelo. Cada uno tenía una opinión diferente y nadie daba su brazo a torcer. El peluquero estaba muy disgustado y me miraba con hostilidad.

–Sanmao, haz el favor de salir, por favor –me pidió José impaciente.

–Solo si me das dinero...

Rebusqué en su bolsillo, saqué un billete de quinientas pesetas y me marché de allí a paso ligero.

Caminé siguiendo una pequeña calle que había detrás de la peluquería y que conducía a las afueras de la ciudad. La basura se amontonaba en las calles. Había enjambres de moscas por todas partes y un rebaño de cabras famélicas vagaba por allí buscando algo de comer. Era la primera vez que ponía un pie en aquella zona.

Dejé atrás una casa sin ventanas, en cuya entrada se apilaban muchos cardos y espinos secos. Me detuve por curiosidad para verla mejor y, para mi sorpresa, observé que en la puerta había colgado un letrero que rezaba MANANTIAL.

¡Eso sí que no me lo esperaba! ¿Cómo podía ser que en aquel lugar donde se amontonaba la basura hubiera un manantial? Me dirigí hacia la puerta de madera, que estaba entreabierta, y asomé la cabeza para echar un vistazo. Como el interior estaba a oscuras y yo venía de estar a plena luz del día, no pude ver nada. Solo oí unos gritos extraños, como de sorpresa.

–¡Eh, tú! –me chillaron mientras vociferaban entre ellos en árabe.

Di media vuelta y me alejé unos pasos corriendo. Estaba confusa. ¿Qué debían de estar haciendo allí dentro? ¿Por qué les había sobresaltado mi presencia de aquella manera?

En aquel momento salió un hombre de mediana edad con una chilaba de estilo saharaui sobre los hombros. Al ver que aún no me había marchado, se abalanzó sobre mí, con intención de atraparme.

–Pero ¿qué haces? ¿Por qué espías a los hombres mientras se bañan? –me llamó al orden en español, enfurecido.

–¿Aquí se baña la gente? –repetí descolocada.

–¡Eres una desvergonzada! ¡Fuera de aquí! ¡Lárgate! –me apremió haciendo un gesto como si estuviera espantando gallinas.

–No me voy a ir a ninguna parte. Espera un momento –le chillé indignada–. Oye, ¿qué están haciendo ahí dentro? –le pregunté mientras volvía a entrar en la casa.

–Bañarnos. Ba-ñar-nos. ¡Y no vuelvas a entrar!

–¿Es posible bañarse aquí? –le pregunté llena de curiosidad.

–¿Pero no te lo acabo de decir? –me respondió impaciente.

–¿Y cómo? ¿Cómo os bañáis?

No cabía en mí de la emoción. Era la primera vez que oía que los saharauis también se bañaban y quería llegar al fondo de la cuestión.

–Si quieres saber cómo, solo tienes que venir a bañarte un día.

–¿Yo también me puedo bañar aquí? –pregunté, muy halagada.

–El horario del baño para las mujeres va desde las ocho de la mañana hasta las doce del mediodía. Y cuesta cuarenta pesetas.

–¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¡Vendré mañana!

Regresé al instante a la peluquería para contarle a José acerca de aquel nuevo lugar que había encontrado.

A la mañana siguiente, mientras me dirigía a los baños con una gran toalla en el brazo, fui pisando los enormes mojones de cabra que cubrían todo el camino. El hedor era tal que sentía náuseas.

Empujé la puerta y en el interior me encontré con una mujer saharaui de mediana edad que estaba sentada. Parecía astuta, resabiada, y tenía toda la pinta de ser la dueña.

–Si quieres bañarte, primero hay que pagar.

Le entregué las cuarenta pesetas y luego eché un vistazo a mi alrededor. La luz era escasa, pero vi que no había nada en la habitación, excepto unos cubos de hierro oxidado llenos de agua. Entonces apareció una mujer desnuda,

cogió un cubo y luego volvió a marcharse por donde había venido.

–¿Y cómo os bañáis?

Estaba desubicada, confusa, mirando hacia todos lados...

–Ven, sígueme.

Me cogió de la mano y me llevó hasta una habitación interior, en la que calculo que solo cabrían unos tres o cuatro colchones. Nada más entrar me golpeó un extraño e intenso olor y tuve que aguantar la respiración. De la pared sobresalían varios alambres de hierro, de los que colgaban las faldas, los velos y la ropa interior de las saharauis.

–Desnúdate aquí –me ordenó.

Me quité la ropa sin decir nada y la colgué en los alambres de la pared. Solo me dejé el biquini que ya traía puesto de casa.

–¡Desnúdate, mujer! –me urgió.

–¡Ya estoy desnuda! –repliqué, mirándola con desdén.

–¿Cómo te vas a bañar si aún llevas puesta esta cosa tan rara?

Y a continuación tiró con brusquedad de la parte de arriba del biquini de flores. Y luego repitió la misma acción con la parte de abajo.

–¡Yo me baño como quiero! –dije, apartándole la mano, y volviendo a mirarla con desprecio.

–De acuerdo, pues ahora sal a buscar un cubo de agua.

La obedecí y cogí dos cubos vacíos.

–Empieza a bañarte por aquí –me indicó, y empujó una puerta.

Aquel lugar estaba dividido en pequeñas estancias conectadas entre sí como si fueran vagones de un tren.

Por fin apareció ante mis ojos el manantial. Me sentí muy conmovida, pues desde que había llegado al desierto era la primera vez que veía brotar agua del suelo y aún era más increíble que sucediera dentro de una habitación. Se trataba

de un pozo profundo, del que las mujeres sacaban agua entre risas. El lugar estaba muy animado. Y yo me quedé observándolas como una idiota con los cubos vacíos agarrados por las asas. Cuando aquellas mujeres, que apenas hablaban español, vieron que no entraba completamente desnuda, dejaron lo que estaban haciendo, y se miraron entre ellas, esbozando una sonrisa. Una de ellas se acercó a mí y me llenó un cubo de agua.

–Mira, se hace así –me explicó amablemente.

A continuación me echó el cubo de agua por la cabeza. Me apresuré a lavarme la cara con las manos antes de que me echara el segundo y me refugié al instante en un rincón de la habitación.

–¡Gracias! ¡Muy amable! –dije sin atreverme a pedir más ayuda.

–¿Tienes frío? –me preguntó una mujer.

Afirmé con la cabeza. No me sentía demasiado cómoda.

–Si tienes frío, entra aquí –me aconsejó, y abrió la siguiente puerta.

No sabía cuántos compartimentos tenía aquel lugar.

Me habían enviado a otra habitación aún más interior y nada más entrar el aire caliente de la estancia me golpeó la cara. Estaba tan cargada de vapor que no se veía nada. Al cabo de unos segundos, apenas podía ver las paredes que me rodeaban. Alargué el brazo y fui avanzando a tientas. Di algunos pasos y sentí como si le hubiera pisado la pierna a alguien. Me incliné para mirar, y entonces me di cuenta de que aquella minúscula habitación estaba repleta de filas de mujeres sentadas por todo el suelo. En la pared de enfrente había una pila en la que burbujeaba agua muy caliente. De allí provenía el vapor. Se parecía mucho a unos baños turcos.

Alguien abrió la puerta unos minutos. Aquello permitió que el ambiente se enfriase y se pudiese ver un poco mejor.

Todas aquellas mujeres se habían puesto uno o dos cubos al lado, que habían llenado con agua fría del pozo. En la habitación la temperatura era tan alta que el suelo ardía, y para no quemarme las plantas de los pies, yo no podía estarme quieta e iba sin parar de un lado para otro. No entendía cómo las mujeres sentadas en el suelo lo podían soportar.

–Ven, siéntate aquí –me indicó una mujer desnuda que había en un rincón, haciéndome un hueco.

–No, gracias, ¡estoy bien así! –le respondí mirando aquel suelo húmedo como el lodo.

Aunque no hubiera tenido miedo de quemarme, tampoco me habría sentado.

Me di cuenta de que todas las mujeres tenían una piedrecita que humedecían en el agua y con la que luego se rascaban el cuerpo. A cada rascada salía un reguero de roña. No usaban jabón, ni tampoco demasiada agua. De hecho solo se aclaraban cuando habían ablandado toda la suciedad que llevaban encima.

–¡Cuatro años! ¡No me baño desde hace cuatro años! Vivo en una jaima, en el desierto, muy lejos de aquí... –me confesó una mujer entre risas.

Mientras me hablaba, yo contenía la respiración.

Entonces cogió el cubo con las dos manos y se echó el agua por encima. Vi entre la niebla que el agua negra fluía lentamente hacia mis pies limpios. Se me revolvió el estómago, y me mordí el labio inferior sin moverme del sitio.

–¿Cómo es que no te bañas? Mira, te presto la piedra –me dijo atenta, entregándomela.

–Es que no estoy sucia. Vengo duchada de casa.

–Y entonces ¿a qué vienes? Mírame a mí, que vengo cada tres o cuatro años...

Aunque ya se había bañado todavía parecía estar sucia.

Entre que aquella habitación era muy pequeña y no tenía ventanas, y la pila de agua no dejaba de emitir vapor, de repente empecé a sentir palpitaciones. Tenía la cara empapada en sudor. Para colmo, había mucha gente, y el vapor se mezclaba con la peste que aquellas mujeres soltaban... Creí que iba a vomitar. Me recosté en la pared, que estaba húmeda, y me di cuenta de que estaba recubierta de una capa gruesa de algo denso y viscoso; parecían mocos. Al apoyarme, aquella cosa asquerosa se me quedó pegada en la espalda. Apreté los dientes y me lo limpié al momento con la toalla, desesperada.

Según los cánones de belleza del desierto, las mujeres gordas se consideraban bellas, así que en general hacían todo lo posible por ganar peso. Normalmente, cuando las mujeres salían de casa, aparte de ponerse una falda larga, se cubrían el cuerpo, la cara y la cabeza con grandes telas, y se las apretaban tanto que no dejaban correr el aire. Había algunas más modernas que se ponían gafas de sol, y entonces sí que era completamente imposible verles la cara. Estaba acostumbrada a ver a las mujeres envueltas como momias. Cuando las vi desnudas y descubrí que estaban tan gordas me llevé una sorpresa. Yo parecía una brizna de hierba al lado de aquellas grandes vacas lecheras; éramos como el día y la noche.

Una mujer, que ya se había rascado toda la mugre del cuerpo pero que todavía no se había aclarado, oyó a su hijo llorar en la estancia de fuera y salió desnuda corriendo. Volvió a entrar con su bebé, de unos cuantos meses, y se sentó en el suelo para darle de mamar. El agua sucia que resbalaba por su barbilla, cuello, cara y pelo fluía hasta su pecho, donde se mezclaba con la leche que mamaba el pequeño. Me quedé absorta mirando aquella escena, que no podía ser más repugnante ni aterradora. Volví a sentir náuseas. Ya no podía soportarlo más: di media vuelta y abandoné la estancia. Corrí a toda prisa hasta la habitación más externa y cogí con fuerza varias bocanadas de aire fresco. Y cuando me volví a ver

con ánimos regresé para recoger mi ropa colgada del alambre y vestirme.

–Dicen que no te has bañado, que te has quedado de pie mirando. ¿Qué tiene esto de interesante? –me preguntó con curiosidad la dueña.

–Solo quería ver cómo os bañáis –le respondí sonriendo.

–¿Te has gastado cuarenta pesetas solo para mirar? –se sorprendió, abriendo los ojos como platos.

–No es caro. ¡Vale la pena venir!

–Aquí nos bañamos el cuerpo, pero el interior también hay que lavarlo.

–¿El interior también hay que lavarlo? –repetí sin entenderla.

Hizo un gesto, como de sacarse las entrañas, que me dejó atónita.

–¿Y eso dónde lo hacéis?

Estaba tan asustada y excitada que me abroché mal los botones de la ropa.

–En la costa. Ve a echar un vistazo a la bahía que hay al lado del cabo Bojador. Hay muchas jaimas porque en primavera todos se van a vivir allí, y se lavan durante siete días.

Aquella noche mientras cenábamos le expliqué a José lo que aquella mujer me había contado.

–¿Estás segura de haberlo entendido bien? –se extrañó José, que también estaba desconcertado.

–Que sí, hombre, que sí. Además, también me lo ha indicado con gestos. Me gustaría mucho ir a verlo... ¡Llévame, por favor! –le imploré.

El océano Atlántico no quedaba demasiado lejos de El Aaiún. No había más de doscientos kilómetros de ida y vuelta, por lo que el trayecto se podía hacer en un mismo día. Habíamos oído hablar de aquella bahía, pues era el único tramo de costa donde había playas. El resto de la costa saharaui, de casi mil kilómetros de largo y perteneciente al Estado español, era prácticamente roca.

El coche seguía las marcas de otras ruedas que habían pasado antes por allí. Llegamos sin problemas hasta el mar, pero en la costa estuvimos una hora buscando la bahía.

–Mira, ahí abajo –anunció José.

Aparcamos el coche junto a un acantilado. Unas decenas de metros más abajo el océano azul se adentraba tranquilo en una bahía. En la playa habían levantado incontables tiendas blancas, de las que entraban y salían hombres, mujeres y niños. Todo parecía estar muy tranquilo.

–Es sorprendente que, en este mundo tan caótico, aún haya gente que lleve esta vida... ¡Parece increíble! –observé con envidia exhalando un suspiro.

Aquello era simplemente el paraíso.

–No hay forma de bajar. He buscado por todas partes y no he encontrado cómo hacerlo. Seguro que esa gente de ahí abajo tiene algún sendero secreto –conjeturó José tras haberse paseado un rato por el precipicio.

José cogió la cuerda nueva que teníamos en el coche y la ató en el parachoques. Luego buscó, unas piedras grandes y las amontonó delante de las ruedas para que estas quedaran bien sujetas. Cuando acabó de hacer todo aquello dejó caer la cuerda por el acantilado.

–Te voy a enseñar cómo se hace. Mira, no apoyes todo tu peso sobre la cuerda. Te tienes que ayudar con los pies y darte estabilidad con la soga. ¿Te da miedo?

Yo escuchaba sus explicaciones de pie. Y el viento soplaba tan fuerte que me hacía temblar.

–¿Te da miedo o no? –repitió.

–Mucho, bueno, un poco –admití.

–Vale, pues si te da miedo bajaré yo primero. Tú sígueme.

José bajó con el material fotográfico a la espalda. Yo me quité los zapatos y me colgué descalza del precipicio. A medio

Al cabo de una semana, o quizá más, todavía lloraba la pérdida de las bonitas sandalias que había tenido que dejar en el acantilado, pero no me atrevía a volver para recogerlas.

Un día oí que José hablaba con un conocido saharaui fuera de casa, justo al volver del trabajo.

–He oído decir que hace poco una mujer asiática ha estado espiando cómo se lava la gente. Dicen que es tu... –tanteó a José.

–Pues yo no he oído nada. Y mi mujer tampoco ha estado nunca por el cabo Bojador...

¡Dios mío! Cuando escuché su respuesta se me encendieron todas las alarmas. ¡El bobo de José nos estaba delatando! Salí al instante de casa.

–Sí, es verdad. Me consta que hay unas mujeres asiáticas que han estado observando cómo se baña la gente –confesé con una sonrisa sincera.

José no daba crédito a lo que estaba oyendo.

–La semana pasada llegó un avión con un grupo de turistas japoneses. A los japoneses les gusta investigar cómo se baña la gente, sobre todo a las mujeres, que han ido por todas partes preguntando dónde había unos baños.

José me señalaba con la mano, estupefacto, pero se la bajé rápidamente de un golpe.

Al escuchar mi explicación, aquel saharaui se dio por satisfecho.

–O sea que eran japoneses... Yo creía que... Pensaba que... –intentó justificarse.

Se me quedó mirando y se puso colorado.

–Te pensabas que era yo, ¿verdad? Pues a mí no me interesa nada que no sea cocinar y lavar la ropa. Te has equivocado de persona.

–¡Perdona, me he equivocado! ¡Perdona! –se disculpó avergonzado.

El hombre se marchó. Yo aún estuve un rato apoyada en

la puerta, con los ojos cerrados y una sonrisa. José me dio un coscorrón en la cabeza.

–¡Baja ya de la luna y ve a la cocina a preparar la cena, Madame Butterfly!

Una muñeca vestida de novia
娃娃新娘

La primera vez que vi a Guka fue justo el año pasado por estas fechas. Vivía con su familia cerca de mi casa, aunque la suya era mucho más grande. Era la hija mayor de un agente de policía llamado Handi.

En aquella época, Guka se hacía una gran trenza y llevaba vestidos africanos largos de estampado floreado, iba descalza, sin velo, y tampoco se envolvía el cuerpo con telas. A menudo llamaba a sus ovejas, apremiándolas, cerca de mi casa, con una voz clara y vivaz, como la de una niña feliz.

Más adelante vino a estudiar conmigo. Le pregunté cuántos años tenía y me respondió que eso se lo tenía que preguntar a Handi, ya que las mujeres saharauis no sabían su edad. Ni ella ni sus hermanos llamaban «padre» a Handi, se dirigían a él directamente por su nombre. Handi me dijo que Guka tenía diez años.

–Tú también debes de tener unos diez años, ¿no? Guka ha hecho muy buenas migas contigo.

No supe cómo contestar a esa pregunta tan absurda, así que me limité a observarlo con una sonrisa forzada.

Pasó más de medio año y me hice muy buena amiga de la familia. Casi todos los días preparábamos juntos el té. En

una ocasión en que estábamos solos Handi, su mujer, Gebai, y yo, él me anunció una noticia inesperada.

–Pronto casaremos a nuestra hija. Por favor, díselo cuando te vaya bien –dijo.

Me bebí el té de un solo trago.

–¿Hablas de Guka? –le pregunté con dificultad.

–Sí, se casará diez días después del ramadán.

Volvimos a tomar otro té en silencio, pero yo no podía aguantarme la pregunta.

–¿No crees que Guka es aún demasiado pequeña para casarse? Solo tiene diez años.

–¿Demasiado pequeña? Mi mujer se casó conmigo cuando solo tenía ocho años.

Pensé que sería una costumbre saharaui. No podía juzgarlos desde mi punto de vista, así que no añadí nada más.

–Por favor, díselo a Guka, aún no lo sabe –me rogó de nuevo la madre.

–¿Por qué no se lo decís vosotros mismos? –les pregunté, extrañada.

–¿Y cómo se puede decir una cosa así de un modo directo, sin rodeos? –me respondió Handi, muy convencido de sus palabras.

Pensé que a veces eran muy arrogantes.

Al día siguiente, al terminar la clase de cálculo, le pedí a Guka que se quedara y que encendiera un fuego de carbón para hacer el té.

–Guka, esta vez te toca a ti –le dije mientras le pasaba la taza de té.

–¿Qué? –preguntó sin entender.

Entonces, se lo dije del tirón.

–Tonta, que te vas a casar.

Evidentemente se llevó una sorpresa y se ruborizó.

–¿Cuándo? –musitó.

–Diez días después del ramadán. ¿Sabes con quién quieren casarte?

Negó con la cabeza. Dejó la taza de té y se marchó sin decir una palabra. Aquella fue la primera vez que la vi preocupada.

Pasó un tiempo hasta que un día, mientras hacía unas compras en la ciudad, me encontré con el hermano mayor de Guka y con otro joven, que él me presentó.

–Abudi es policía, trabaja para Handi. Es un buen amigo mío y también es el futuro marido de mi hermana.

Al oír aquello lo observé de forma meticulosa. No tenía la piel oscura, era muy alto y apuesto, hablaba con corrección y tenía una mirada amable. Daba una muy buena impresión. Cuando regresé fui enseguida en busca de Guka.

–¡Quédate tranquila! Tu prometido es Abudi. Es joven y guapo, nada rudo. Handi no te ha escogido a uno cualquiera.

Guka bajó la cabeza sin decir nada, pero, por su expresión, parecía que ya se había hecho a la idea de que se casaba.

Según la tradición saharaui, la dote que recibían los padres cuando casaban a una hija suponía un gran ingreso para la familia. En el pasado, como en el desierto no había moneda, la familia de la novia calculaba la dote a base de ovejas, camellos, telas, esclavos, velos, azúcar, hojas de té... En aquel momento ya se habían civilizado un poco y, aunque seguían poniendo en una lista todos aquellos regalos, los sustituían por billetes.

El día en que se hizo efectiva la dote de Guka, José fue invitado a tomar el té. Las mujeres no podíamos ir y tuve que quedarme en casa. Mi marido regresó en menos de una hora.

–Ese Abudi ha entregado 200.000 pesetas a Handi por Guka. No sabía que esta niña valiera tanto dinero.

200.000 pesetas equivalían a más de 130.000 dólares taiwaneses.

–¡Esto que hacen es tráfico de personas, no tiene otro nombre! –objeté.

Sin embargo, en mi interior, sin saber por qué, envidiaba un poco a Guka. Cuando yo me casé, a mis padres no se les entregó ni una oveja.

En menos de un mes, Guka cambió de aspecto. Handi le compró varias telas de colores que no iban más allá del negro y el azul y, como no eran de buena calidad, desteñían. Cuando Guka se cubría con una tela azul oscuro, todo su cuerpo se tornaba de ese color y tenía un aspecto extraño. Aunque seguía caminando descalza, se cubrió los tobillos con brazaletes de oro y plata, y empezó a recogerse el pelo. Además, se ponía un perfume muy fuerte por todo el cuerpo, que se mezclaba con el extraño olor de no haberse bañado durante el año. Ahora sí que se podía considerar una verdadera saharaui.

El último día del ramadán, Handi circuncidó a sus dos hijos pequeños. Yo, evidentemente, me acerqué para ver cómo lo hacían. En aquella época ya era raro ver a Guka fuera de casa. La fui a visitar a su cuarto para comprobar cómo estaba. Las viejas y sucias esterillas seguían estando donde siempre. Lo único nuevo que había eran sus ropas.

–¿Qué te llevarás cuando te cases? ¡No puedes formar un hogar sin estrenar sartenes ni horno!

–No me iré a ninguna parte, Handi quiere que me quede a vivir aquí.

–¿Y tu esposo? –le pregunté sorprendida.

–También vendrá aquí a vivir.

Aquello me parecía realmente admirable.

–¿Hasta cuándo podéis vivir aquí?

–La tradición dicta que un máximo de seis años.

Ahora entendía por qué Handi había pedido tanto dinero como dote: resultaba que el yerno se quedaba a vivir con ellos.

El día antes de la boda, la tradición mandaba que la novia abandonara su casa, para que, al llegar el día del enlace, el novio la fuera a buscar y la llevara de vuelta.

Le compré un brazalete de jade falso como regalo de bodas porque Guka me lo estaba pidiendo desde hacía tiempo. Antes de abandonar su casa aquel día por la tarde, vino su tía materna. Era una saharaui anciana. Guka se sentó ante ella y la mujer la empezó a arreglar. Le soltó el pelo y le hizo más de treinta trenzas finísimas, y luego le puso en la coronilla un moño de pelo postizo, como el que se ponían las doncellas en el palacio imperial de la antigua China. En cada trenza le iba insertando abalorios de colores, y también le cubrió el postizo con bisutería. No hizo falta maquillarla. Después de peinarla, la madre de Guka trajo ropa nueva. Cuando Guka acabó de ponerse la enorme falda blanca llena de arrugas y pliegues, se envolvió de cintura para arriba con una tela negra. Su cuerpo, ya de por sí entrado en carnes, apareció aún más rechoncho.

–¡Qué gorda! –exclamé.

–La gordura es bonita, queremos que se la vea así –me respondió la tía.

Una vez vestida, Guka se sentó en el suelo tranquilamente. Tenía la cara preciosa y la bisutería que llevaba puesta en la cabeza iluminaba aquella habitación tan deprimente.

–Ya estamos, ¡en marcha!

La tía y la prima se la llevaron a su casa para pasar la noche con ellas. No volvería hasta el día siguiente. En aquel momento, de pronto, me acordé de que no se había bañado, ¿era posible que no se ducharan ni siquiera el día antes de casarse?

El día de la boda se produjeron algunos cambios en el hogar de Handi. Las esteras viejas desaparecieron, se llevaron las ovejas, y en la entrada pusieron un camello que habían sacrificado. En la sala principal habían extendido muchas alfombras árabes de color rojo, y lo más interesante era que en una esquina de la estancia habían puesto un tambor de

piel de oveja, que parecía que tuviera, por lo menos, cien años de historia.

Al anochecer, el sol descendió hasta el horizonte y el desierto quedó teñido de un rojo sangre. En aquel momento, el tambor empezó a sonar con un sonido triste y monótono, que se extendía a lo lejos. Si no hubiera sabido que se celebraba una boda, aquel misterioso ritmo me habría resultado realmente aterrador. Me puse un jersey mientras me dirigía a casa de Handi, imaginándome que me adentraba en una bella historia de *Las mil y una noches*.

El ambiente estaba enrarecido. En la sala principal había un gran grupo de hombres saharauis fumando y el aire era irrespirable. Abudi estaba en medio de aquel montón de gente. Si no lo hubiera visto antes, de ninguna manera habría dicho que aquella noche el novio era él.

En una esquina había una mujer negra como el carbón. Era la única mujer sentada entre todos aquellos hombres. No tenía la cabeza cubierta, pero llevaba sobre los hombros una tela negra. Tocaba el tambor con todas sus fuerzas, y después de unas cuantas decenas de veces, se levantó y empezó a balancearse y a gritar, con una voz aguda, primitiva, como la de los indios americanos. Todo el mundo en la sala decía que era la mejor.

–¿Quién es? –le pregunté al hermano mayor de Guka.

–Es una esclava que nos ha prestado mi abuela. Es famosa por sus dotes con el tambor.

–¡Es verdaderamente fantástica! –exclamé, maravillada.

En aquel momento entraron en la estancia tres ancianas y se sentaron. Empezaron a cantar de forma monótona al ritmo del tambor, parecía como si lloraran. Al mismo tiempo, los hombres comenzaron a dar palmas al son de la música. Por mi condición de mujer, no tenía más remedio que verlo todo desde fuera, por la ventana, junto a todas las demás mujeres que se apretujaban junto a mí. Yo era la única que

llevaba la cara destapada, ellas la llevaban cubierta y solo mostraban sus grandes y bonitos ojos.

Al cabo de dos horas, que pasaron volando, se hizo de noche, pero el sonido incansable del tambor se seguía oyendo, acompañado de las canciones y las palmas de la gente, formando una sola melodía.

–¿Hasta qué hora van a estar así? –le pregunté a la madre de Guka.

–Aún falta mucho, vuelve a casa y descansa.

Antes de irme, le rogué a la hermana pequeña de Guka que viniera a despertarme cuando escoltaran a la novia hasta su casa, a primera hora de la mañana.

A las tres de la madrugada todavía hacía un frío terrible en el desierto. El hermano mayor de Guka y José charlaban mientras iban haciendo fotos. Cuando me puse el abrigo sobre los hombros para salir, el hermano de Guka me preguntó con mala cara si yo también pensaba ir. Le supliqué que me llevara, y al final accedió. En aquel lugar las mujeres no tenían ni voz ni voto.

Nuestra calle estaba repleta de jeeps, nuevos y viejos. Era evidente que Handi era un hombre de prestigio dentro de su clan. José y yo nos subimos en el coche que iba a escoltar a la novia. Aquella fila de coches no paraba de dar giros en la arena mientras hacían sonar el claxon. Todos los hombres se dirigieron a casa de la tía de Guka, chillando con voces primitivas.

Según parece, la antigua tradición decía que había que ir a la tienda de la novia en camello y disparando tiros al aire. Ahora los jeeps habían sustituido a los camellos, y los cláxones a los tiros, pero la algarabía seguía siendo la misma.

Lo más irritante de todo aquello fue cuando Abudi se bajó del coche y entró con ímpetu, seguido de los amigos, en la habitación de Guka, sin saludar a nadie. La cogió por el brazo, y tiró de ella con fuerza hacia afuera. Todo el mundo se reía,

menos Guka, que se resistía con la cabeza gacha. Como la novia estaba rellenita, los amigos tuvieron que ayudar a Abudi a sacarla de allí. En aquel momento la pequeña empezó a llorar. No sabía si lloraba de veras o fingía, pero la imagen de todos aquellos hombres tirando de ella de aquella forma tan violenta resultaba muy perturbadora.

Me mordí el labio imaginando el desenlace de aquella escena, aunque con lo que había visto ya me había puesto de mal humor.

Cuando Guka estuvo fuera de la casa, de pronto alargó la mano para arañar a Abudi, y en el rostro del novio aparecieron enseguida varias marcas de sangre. Él no mostró debilidad, y con su mano le retorció los dedos. En aquel momento, se hizo un silencio sepulcral. Solo se oía, de vez en cuando, el eco del llanto entrecortado de Guka envuelto en la oscuridad del desierto.

Mientras forcejeaban, Guka era arrastrada al interior del jeep. Yo estaba histérica.

–Tonta, ¡súbete al coche ya! ¡No vas a poder con él! –le grité.

–No te pongas nerviosa, es una tradición: si no hay forcejeo en la boda, la gente se burlaría de ellos. Solo si se resiste demuestra que es una buena mujer –me explicó sonriendo el hermano de Guka.

–Si es así como hay que pelear, es mejor no casarse –sentencié dando un suspiro.

–Pues espérate a que entre en la habitación nupcial porque allí también tiene que llorar y gritar. Ya verás, ¡es muy emocionante!

Sí que lo era, y mucho, pero a mí no me gustaba aquella forma de casarse.

Finalmente, cuando eran ya las cinco de la mañana, regresamos a casa de Guka. Handi ya se había escabullido, pero la madre y los hermanos, y los familiares y amigos todavía

no se habían dormido. Nos invitaron a entrar en la gran sala y a sentarnos con los familiares y amigos del novio, y empezamos a beber té y a comer carne de camello. A Guka la habían enviado a otra habitación pequeña a esperar sola.

En cuanto empezamos a comer, el tambor volvió a despertarse, y los hombres reanudaron los chillidos acompañados de palmas. Yo no había pegado ojo en toda la noche, pero aunque me sentía exhausta, había algo que me impedía marcharme.

–Sanmao, ve a dormir, yo te lo contaré todo cuando vuelva a casa –me prometió José.

Lo pensé, pero lo mejor estaba por llegar, así que preferí quedarme.

Estuvieron dando palmas y cantando hasta que se hizo de día. Entonces Abudi se levantó y, al hacerlo, el tambor enmudeció. Todo el mundo lo observaba, y sus amigos empezaron a hacerle bromas que no tenían ninguna gracia.

Cuando Abudi se dirigió al cuarto de Guka, empecé a ponerme nerviosa, no sabía por qué me sentía así. Y de pronto pensé en las palabras del hermano de Guka: «En la habitación nupcial también tiene que llorar y gritar». Entonces creí firmemente que todos los que estábamos fuera esperando, incluida yo misma, éramos unos auténticos sinvergüenzas. Lo extraño era que nadie hubiera cambiado la excusa de la «tradición».

Abudi corrió la cortina y se quedó dentro mucho rato. Yo no me moví de la gran sala, donde estuve sentada con la cabeza gacha. No sé cuántos siglos pasaron, hasta que al final oí gemir a Guka. Parecía como si llorara, y de pronto se la dejó de oír. Aunque la tradición le mandaba que gritara, su voz parecía tan afligida, tan verdadera, tan indefensa y aislada... Allí sentada, en silencio, noté como los ojos se me humedecieron.

–Piénsalo, solo se trata de una chiquilla de diez años. ¡Es una crueldad! –le comenté, enfadada, a José.

Mi marido no contestó, estaba absorto mirando al techo. Aquel día éramos los únicos extranjeros presentes.

Cuando Abudi salió de la habitación con un trapo blanco manchado de sangre, sus amigos empezaron a vitorearlo. En sus voces había un tono ambiguo que no sabría describir. Para ellos la noche de bodas era simplemente una ocasión en la que se podía ejercer abiertamente la violencia para desvirgar a una niña.

El final de la boda me pareció decepcionante y ridículo, de manera que me levanté y me fui sin despedirme de nadie.

La celebración de la boda se prolongó en total seis días, durante los cuales cada día a las cinco de la tarde Handi recibía invitados para tomar el té y comer. También cantaban y tocaban el tambor hasta medianoche.

Como cada día hacían lo mismo, ya no fui más. El quinto día, otra de las hijas de Handi vino a buscarme.

–Guka pregunta por ti, ¿cómo es que no vienes?

Me sentí obligada a cambiarme de ropa e ir a verla.

El sexto día de celebración Guka continuaba apartada en la habitación pequeña, como mandaba la costumbre. Los invitados, sin excepción, no tenían permiso para verla. Solo el novio podía entrar y salir. Como yo no era de allí, fui a casa de Guka y, saltándome las normas, corrí la cortina.

La habitación estaba muy oscura y el aire enrarecido. La pequeña estaba sentada en una esquina de la estancia, sobre una pila de alfombras, y se puso muy contenta al verme.

–Sanmao, no te vayas –me pidió mientras me besaba en la mejilla.

–No me voy a ninguna parte, solo voy a buscarte algo de comer.

Salí corriendo y le llevé un gran trozo de carne para que comiese un poco.

–Sanmao, ¿crees que pronto tendré hijos? –me preguntó en voz baja.

No sabía qué decirle. Al ver como su cara, antes rechonchita, se le había adelgazado en cinco días, tanto que las cuencas de los ojos se le habían hundido, me la quedé mirando fijamente con el corazón encogido.

–Dame algún medicamento, por favor... Algo para no tener hijos –me suplicó con urgencia.

Yo no podía apartar los ojos de ella y miraba fijamente su carita de diez años.

–De acuerdo, te lo daré, no te preocupes. Ese será nuestro secreto –le prometí mientras le daba golpecitos en el dorso de la mano–. Ahora ya puedes dormir un poco: la fiesta ya ha acabado.

Autoestopistas
搭車客

A menudo oía una canción que no sabía cómo se titulaba, ni tampoco podía tararearla entera, pero los dos primeros versos me habían marcado mucho: «Cuando pienso en el desierto me viene a la cabeza el agua; cuando pienso en el amor, en cambio, a la cabeza me vienes tú».

Aquella relación de ideas era muy natural, pues tanto el agua como el amor eran muy importantes en el desierto. Lo que no tenía claro era qué más decía la canción. Mi amiga Mailing también lo había mencionado en una de sus cartas: «A menudo te imagino con una manta multicolor a rayas sobre los hombros y con un pequeño cascabel atado en el tobillo. En la cabeza llevas una gran garrafa y te diriges al pozo a sacar agua. Es una imagen preciosa...».

Mi amiga es una persona adorable, y aquel cuadro mío que pintó –que podría titularse «Esclava que va a por agua»– era realmente romántico y lleno de sentimiento. No obstante, la realidad era otra, porque ir a pie a buscar agua era una tarea durísima y muy incómoda, eso sin tener en cuenta que yo era incapaz de llevar los bidones sobre la cabeza.

Mis padres me escribían cada semana y no dejaban de sermonearme, porque se imaginaban que yo preferiría beber refrescos de cola antes que agua, pues valían lo mismo. Ellos

me recordaban que el cuerpo necesitaba agua y que con el paso del tiempo aquellos refrescos que me sabían a gloria me pasarían factura. Debía tener muy presente que tenía que beber agua, por muy cara que fuera.

En un momento u otro, todas las personas que nunca han vivido en el desierto me han preguntado sobre el agua, pero muy poca gente se ha interesado por cómo podía navegar por aquellas dunas del vasto e infinito desierto para salir de la ciudad y llegar al mundo exterior sin barco. Estar aislada largas temporadas en una ciudad que solo tenía una calle era tan solitario como ser cojo y vivir en un callejón sin salida. Todos los días eran iguales, no tenía demasiadas alegrías, pero tampoco podía decir que tuviera muchos problemas. Era una vida monótona, como la urdimbre y la trama de un telar: todos los años estaban tejidos de la misma forma y con el mismo color.

Un día José llegó a casa capitaneando un pequeño barco, y yo salí como una bala a recibirlo. Aunque no se trataba de uno de aquellos prácticos, enormes y costosos jeeps Land Rover –ni siquiera estaba preparado para circular por el desierto– nosotros ya estábamos satisfechos.

Lo acaricié con cuidado por dentro y por fuera, me gustaba tanto que no sabía qué hacer y estaba tan contenta que parecía que había encontrado un tesoro. En mi cabeza se desplegó la imagen de una puesta de sol en el desierto acompañada del tema principal de la banda sonora de la película *Nacida Libre*.[1] De forma casual, empezó a soplar en dirección al coche un fuerte viento, que me alborotaba el pelo y me lo agitaba como si bailara.

1. Born Free, James Hill y Tom McGowan, 1966. Película británica basada en la novela homónima de Joy Adamson. Su banda sonora, compuesta por John Barry, fue galardonada con numerosos premios.

Amaba en cuerpo y alma aquella «nave del desierto». Cada día, cuando José volvía de trabajar, cogía un trapo y lo limpiaba a conciencia para que no tuviera ni una mota de polvo. Incluso sacaba con pinzas los granos de arena que se incrustaban en los neumáticos. Me preocupaba no desvivirme lo suficiente por aquel compañero que nos había traído tanta felicidad.

–José, ¿qué tal ha corrido hoy cuando has ido al trabajo? –le preguntaba mientras limpiaba los grandes ojos del coche.

–¡La mar de bien! Me ha obedecido en todo y cuando le he ido a dar de comer ha sido muy recatado y no se ha atrevido a abusar.

–Ahora que tenemos coche, ¿te acuerdas de cuando hacíamos autoestop en la carretera? ¿De cuando esperábamos ansiosos bajo la lluvia y el viento a que alguien parara y se apiadara de nosotros?

–Eso era en Europa. ¡No tendrías narices de hacerlo en Estados Unidos! –me picó José.

–Allí la seguridad pública es diferente, además, por aquel entonces no estábamos juntos.

Volví a limpiar el delicado ojo derecho de nuestro coche nuevo mientras seguíamos charlando.

–José, ¿cuándo me vas a dejar coger el coche? –le pregunté llena de esperanza.

–¿Pero no lo has probado ya?

–¡Eso no cuenta! Cuando te tengo al lado conduzco fatal porque me pones nerviosa. Y cuantas más cosas me dices, peor lo hago... No tienes psicología... –le recriminé, y mientras le decía aquello empecé a encenderme.

–Mira, vamos a hacer una cosa: voy a seguir cogiendo el coche para ir al trabajo durante una semana más, luego volveré a coger el transporte de la empresa y por las tardes irás a buscarme en coche, ¿qué te parece?

–¡De acuerdo! –dije saltando de alegría y abrazando el coche.

Para ir al trabajo de José se necesitaban casi dos horas de ida y vuelta al volante, pero aquella carretera desierta era una línea recta en la que casi no había tráfico, de manera que podías correr tanto como quisieses.

La primera vez que fui a recoger a José al trabajo me retrasé casi cuarenta minutos, y para cuando llegué se le había agotado la paciencia.

–¡Perdona el retraso! –me disculpé bajando de un brinco y limpiándome el sudor de la frente con la manga.

–¡Te he dicho que no vayas con miedo! Es una carretera muy recta, y tienes que pisar el acelerador hasta el fondo. ¡Es imposible chocar con nadie!

–Muchos tramos de la carretera han quedado enterrados bajo la arena, y he tenido que bajar del coche y apartarla para no quedarme clavada. Solo eso ya me ha retrasado y, además, aquel hombre vivía muy lejos... –le expliqué cediéndole el asiento del conductor para que condujera él de vuelta a casa.

–¿Qué hombre? –me preguntó girando la cabeza.

–Un saharaui que iba andando –le respondí sacando un brazo por la ventana.

–Sanmao, tu padre en su última carta te dijo que no confiaras en los saharauis, ¡ni siquiera en uno que lleve muerto y enterrado cuarenta años! Has cruzado sola el desierto y resulta que no se te ha ocurrido otra cosa que... –me regañó José sin ningún tacto.

–Pero si solo era un anciano... –le rebatí.

–¡Me importa un rábano que fuera un anciano!

–¡No me lo reproches! Hace unos años había muchos coches que se paraban para recogernos a nosotros, ¡y eso que teníamos toda la pinta de ser un par de jóvenes ladrones! Nadie nos conocía y lo hacían porque confiaban en la humanidad, si no es que estaban ciegos o eran unos enfermos mentales.

–Eso era en Europa. Ahora estamos en África, en el desierto del Sáhara. ¿No ves que es diferente?

–Lo veo perfectamente, y por eso he parado.

Eran dos mundos distintos: las sociedades civilizadas eran muy complicadas, y a menudo pensaba que ni las demás personas ni sus asuntos tenían nada que ver conmigo, pero en aquel lugar yermo, donde soplaba un viento de locos durante todo el año, me emocionaba no solo con ver a una persona, sino con descubrir una brizna de hierba, una gota del rocío del alba... ¡Cómo iba a volverle la cara a aquel anciano cojo que andaba solo bajo el cielo del desierto! En el fondo José lo entendía, pero no quería implicarse.

Desde que habíamos comprado el coche, los fines de semana nos íbamos de la ciudad a conducir para explorar el desierto. Aquello era una experiencia completamente diferente. Sin embargo, José no cumplió su promesa y siguió acaparando el coche el día entero. Cuando yo iba a la ciudad me tenía que enfrentar a aquel camino sofocante, y a menudo discutíamos por ver quién se quedaba con el coche. A primera hora de la mañana, si oía como lo ponía en marcha y se iba a escondidas, yo salía a perseguirlo en pijama para detenerlo, pero ya era demasiado tarde.

Al principio los hijos de los vecinos eran amigos míos, pero en cuanto vieron los aires que se daba José subiendo y bajando del coche, dando marcha atrás y girando –como si fuera un payaso en un circo entreteniendo al público–, se cambiaron de bando y se fueron, cual enjambre de abejas, a adorar a aquella persona que tenía tanto que ofrecerles. A mí nunca me había gustado el espectáculo de los payasos en el circo porque me ponía triste. Y aquel caso no era una excepción.

Un día, al atardecer, escuché claramente el ruido de los frenos del coche: José había vuelto del trabajo. Pensé que entraría, pero lo que no me imaginaba era que al rato el coche volvería a marcharse. José no volvió a casa hasta pasadas las diez de la noche y estaba muy sucio cuando entró por la puerta.

–¿Se puede saber dónde has estado? ¡Se ha enfriado la comida! –le regañé de mal humor mientras lo observaba.

–¡He ido a dar una vuelta! ¡Me he dado un paseo! –respondió, y se marchó a la ducha silbando como si nada.

Salí corriendo a ver el coche. Estaba de una pieza por dentro y por fuera, pero al abrir la puerta me golpeó una vaharada de un olor especial. Los respaldos de los asientos delanteros estaban manchados de mocos, y en los traseros había una marca de orina. Los cristales de las ventanas estaban cubiertos de huellas de manos y el interior estaba lleno de migas de galletas. ¡Era una catástrofe!

–José, ¿has abierto un parque de atracciones? –le grité muy seria desde la puerta del baño.

–¡Oh! ¡Ahora resulta que eres Sherlock Holmes! –oí que me decía entre el alegre ruido del agua.

–¿Pero qué Holmes ni qué nada? ¡Sal a ver cómo habéis dejado el coche! –vociferé.

José abrió el grifo al máximo para que saliera más agua y así simular que no me oía.

–¿A cuántos mocosos mugrientos has llevado a dar una vuelta? ¡Confiesa!

–A once. ¡He podido embutir incluso al pequeño Halifa!

–Voy a limpiar el coche, mientras cenas. A partir de ahora nos lo turnaremos cada semana. Tienes que ser justo... –le pedí, aprovechando la ocasión.

–¡Vale! ¡Tú ganas!

–¡Pues así será para siempre! Queda dicho, ¿eh? –quise confirmar sin quedarme tranquila.

Asomó la cabeza mojada por la puerta y me hizo una mueca feroz.

De hecho, cuando lograba hacerme a las malas con el coche era solo para darme una vuelta por los alrededores de la oficina de correos por la mañana temprano y luego volver a casa, donde lavaba y planchaba, barría y hacía las tareas

domésticas, como siempre. Pasadas las tres de la tarde, me cambiaba de ropa para salir y cogía un trapo húmedo con el que envolvía el volante. Luego ponía un par de libros gruesos en el asiento del conductor y así, bajo aquel calor que mareaba a cualquiera, empezaba la ruta que llevaba esperando todo el día.

Aquella forma de distracción probablemente no tenía ningún sentido para una persona de ciudad, pero antes que pasarme la tarde muerta del asco en mi diminuta casa, prefería sentarme en el coche y dar una vuelta por el desierto. Tampoco tenía mucho más que hacer.

Junto a la larga y estrecha carretera asfaltada de cerca de cien kilómetros siempre veía tiendas desperdigadas. Si sus habitantes querían ir a la ciudad a hacer encargos no tenían más remedio que caminar fatigosamente un día entero. La verdadera dueña de aquel lugar era la arena, que se erigía en forma de olas interminables: las personas que vivían allí eran simplemente piedrecitas en la arena.

Por la tarde, mientras conducía tranquilamente por el desierto –que estaba tan calmado que casi daba miedo–, me sentía un poco sola, pero sabía que estar allí en aquel territorio tan vasto equivalía a disfrutar de mucha libertad. De vez en cuando veía en el horizonte un punto negro que se iba moviendo poco a poco, y sin darme cuenta disminuía la velocidad. La imagen de aquella sombra diminuta e insignificante bajo el cielo no me dejaba indiferente, por eso me sentía incapaz de pasar por el lado de alguien que caminaba con dificultad, mirando hacia delante como si no existiese, dejándolo inmerso en una nube de polvo. Para no asustar a las personas que me encontraba en la carretera, primero las adelantaba y luego frenaba, y a continuación bajaba la ventanilla y les hacía gestos con la mano.

–¡Sube! Te llevo.

Se me quedaban mirando, dudando o extrañados. Siem-

pre eran ancianos saharauis que cargaban con medio saco de harina o de grano.

–¡No tengas miedo! Hace mucho calor... ¡Venga, sube!

Cuando se bajaban del coche, aquellas personas siempre me daban las gracias como si me estuvieran adorando. Incluso cuando ya las había dejado atrás, las podía ver a lo lejos bajo el vasto cielo despidiéndome humildemente con la mano. A menudo me conmovía su expresión al finalizar el trayecto. ¡Qué gente más sencilla!

Una ocasión en que estaba a más de treinta kilómetros de la ciudad vi a un anciano que llevaba una gran cabra atada con una tela y que apenas podía caminar. Luchaba por avanzar y su túnica era arrastrada por el viento, como si fuera la vela de un barco.

–¡*Saheb*, amigo! ¡Sube! –le chillé tras detener el coche.

–¿Y qué hago con la cabra? –me preguntó muy avergonzado, en voz baja, agarrando con fuerza el animal.

–¡Que suba también!

El anciano hizo subir de un empujón a la cabra al asiento de atrás y se sentó a mi lado. Yo tenía su cabeza justo detrás del cuello y durante todo el camino fue echándome su aliento nervioso en la nuca, lo que me provocaba un gran picor. Conduje a toda velocidad y dejé a aquel anciano con su cabra en una tienda miserable construida al lado de la carretera. Al bajar del coche, el hombre me estrechó la mano con fuerza y, mostrándome su boca desdentada, me dio las gracias de un modo ininteligible, sin soltarme la mano.

–¡No hace falta que me des las gracias otra vez! ¡Corre, baja la cabra! ¡Se ha pasado todo el rato royéndome el pelo y creyendo que era hierba seca! –le apremié echándome a reír.

Cuando José regresó a casa lo primero que hizo fue inspeccionar el coche.

–¡Bueno, pues ahora ya tenemos mierda de cabra! ¡Y aún

te atreviste a criticarme la última vez, preguntándome si había abierto un parque de atracciones! Ya lo limpiarás tú, ¡yo me desentiendo!

José entró en casa sin esperarme. Yo me partía de risa tapándome la boca detrás de él. Cogí una pequeña escoba y limpié las heces, que luego puse en mis macetas para que hicieran de abono. ¿Quién decía que recoger autoestopistas no tenía ventajas?

A veces le cambiaban el horario a José y le tocaba ir a trabajar desde las dos de la tarde hasta las diez de la noche. En ese caso, si yo seguía empeñada en continuar dando mi vuelta de cien kilómetros, acompañaba a mi marido alrededor de las doce y media, y al llegar a la empresa él se bajaba y yo regresaba sola con el coche.

En las épocas en las que soplaba un viento enloquecedor, el cielo estaba cubierto de arena durante el caluroso mediodía y yo sentía que me ahogaba. Había muy poca, o incluso ninguna, visibilidad, y el coche surcaba el mar de arena entre el fuerte viento y la lluvia torrencial. Las piedras y la arena golpeaban el automóvil.

En uno de aquellos mediodías, cuando regresaba después de haber dejado a José en el trabajo, vi en medio de la tormenta de arena una sombra en bicicleta. Frené el coche muy sorprendida, y aquella persona dejó la bici y se me acercó corriendo.

–¿Qué pasa? –pregunté tras bajar la ventanilla, cubriéndome los ojos con la mano.

–Hola, señora, ¿tiene agua?

Un joven de menos de veinte años que me observaba con ojos apremiantes y llenos de esperanza.

–¿Agua? No, no tengo.

Al oírme decir aquello el muchacho tuvo tal decepción que parecía que se iba a echar a llorar, y se dio la vuelta.

–¡Venga, sube! –le invité.

–Pero mi bici... –me dijo, dándome a entender que no quería abandonarla.

–Con este temporal nunca llegarás a la ciudad en bici.

Me puse las gafas protectoras y bajé a ayudarle, pero no hubo manera de meterla en el coche.

–¡Es imposible! No cabe. ¿Cómo es que no traes agua? ¿Cuánto tiempo llevas en la bicicleta? –le grité en medio del vendaval, y nada más abrir la boca me entró arena inmediatamente.

–Desde esta mañana... –me respondió como si gimiera.

–Sube. Deja la bici y cuando regreses pídele a alguien de la ciudad que te traiga en coche hasta aquí para recogerla. ¿Qué te parece?

–No puedo dejarla aquí... En un rato la arena la habrá cubierto, y no la volveré a encontrar. ¡No puedo abandonarla! –insistió, empeñado en proteger aquel trasto destartalado pero tan querido.

–¡Como quieras! ¡Yo me voy! Toma... –dije para despedirme. Le entregué mis gafas y subí al coche resignda.

Al llegar a casa intenté hacer algunas tareas del hogar, pero tenía la sombra de aquel muchacho clavada en la cabeza, como si fuera un fantasma. Escuchaba el triste y estridente sonido del viento, y me senté unos minutos: me di cuenta de que no tenía ganas de hacer nada.

Abrí la nevera enfadada y cogí una botella de agua, un pedazo de pan y una gorra con visera de José que encontré por ahí. Abrí la puerta del coche, me subí de un salto y volví a la carretera para buscar a aquel muchacho que no me podía quitar de la cabeza.

El guarda del puesto de control se acercó al verme.

–Sanmao, ¿con el tiempo que hace y tú aún tienes ganas de salir a pasear? –me preguntó inclinándose en la ventanilla.

–¡La que se ha ido de paseo no soy yo, sino un pequeño demonio que se ha embarcado en una aventura imposible, no me preguntes por qué!

Pisé el acelerador y el coche se adentró en aquella niebla espesa.

–José, conduce tú. Yo ya he tenido suficiente por hoy...

Había pasado tres veces por aquella carretera en el mismo día y en aquel momento ya había caído la noche y hacía un frío gélido.

–No soportas el calor, ¿eh? –me insinuó exultante.

–Lo que no soporto es a la gente que va andando por la carretera. ¡Qué pesadez! ¡No dan más que problemas!

–¿Gente? ¿De qué gente me hablas? –preguntó extrañado.

–¡Pero si me los encuentro un día sí y al otro también! ¿Es que tú no los ves?

–El tema se soluciona si no les haces caso y punto.

–¿Y quién les hará caso si yo no lo hago? ¿Dejo que el chico ese se muera de sed?

–Bueno, pues deja de hacer este trayecto.

–¿Pues sabes qué te digo? ¡Que sí, que se acabó! –decidí medio apoyada en el asiento y mirando por la ventana.

Cumplí mi palabra y durante varias semanas me quedé en casa cosiendo y remendando, pero después de unir cerca de cien pedazos de tela de colores en una obra de *patchwork*, no sé cómo, se me volvió a caer la casa encima.

–José, ¡como hace muy buen tiempo y no hay tormenta de arena hoy te llevo a trabajar! –me ofrecí mirando el coche en la arena con el camisón aún puesto.

–¡Pero si hoy es fiesta nacional! Mejor que vayas a la ciudad a distraerte...

–¡Oh! Es verdad, pero entonces, ¿tú por qué vas a trabajar?

–Pues porque los minerales no dan tregua, ¡tengo que ir!

–¿Sabes qué? ¡Casi prefiero no ir! Me da miedo que en un día de fiesta la ciudad esté abarrotada de gente y que yo acabe agobiada y nerviosa...

–¡Pues sube al coche!

–¡Me voy a cambiar de ropa!

Me dirigí como un rayo al dormitorio y me puse una blusa y unos vaqueros. De paso cogí una bolsa de plástico.

–¿Para qué quieres la bolsa?

–Como hace tan buen tiempo, cuando te deje en el trabajo me iré a buscar casquetes de balas y huesos de cabra. Volveré a casa más tarde....

–¿Y para qué sirven esas cosas? –preguntó José poniendo el coche en marcha.

–Las balas se pueden dejar en la azotea toda la noche para que se congelen y bajarlas de madrugada, cuando todavía es de noche. Van bien para curar los orzuelos... ¿No me curaste uno así la última vez?

–Aquello fue pura casualidad... ¡Te sacaste de la manga aquel remedio!

Me encogí de hombros sin decir nada. De hecho, eso de ir a buscar aquellos objetos era la excusa para hacer lo que a mí me parecía más interesante: darme una vuelta por el desierto respirando aquel aire puro y fresco. La pena es que no podíamos disfrutar muy a menudo de un tiempo como aquel.

Cuando vi que José se bajaba del coche y se iba andando por el largo embarcadero, suspiré y me fui conduciendo.

El desierto al amanecer estaba tan limpio que parecía que lo hubieran aclarado con agua. El cielo era de un color azul oscuro, y no había ni una nube. Las suaves dunas se extendían hasta donde me alcanzaba la vista. A aquella hora siempre me recordaba al cuerpo de una gigante dormida, que respiraba suavemente. Aquella belleza tan serena y profunda realmente conmovía tanto que resultaba impresionante.

Primero conduje el coche por la carretera hasta el campo de tiro, siguiendo las marcas de otras ruedas. Cogí unas cuantas balas y me tumbé un rato a observar la bóveda celeste que nos cubría como si fuera un cuenco puesto boca abajo. Luego anduve un buen trecho por el desierto para buscar huesos. No encontré ninguno entero, pero hallé por sorpresa un fósil en una concha enorme, que parecía un abanico abierto.

Le eché un poco de saliva y lo froté con el borde del pantalón. Luego me fui a casa, y de pronto me di cuenta de que el sol ya estaba en lo más alto del cielo.

Mientras conducía con las ventanas abiertas, soplaba una suave brisa. Hacía tan buen tiempo que ni me apetecía escuchar las noticias por la radio por no turbar aquella paz que reinaba en el cielo y en la tierra. La carretera parecía un brillante riachuelo, que fluía en línea recta bajo el firmamento.

De pronto en el horizonte vi un punto negro, quieto, inmóvil, que resultó ser una persona. Cuando el coche la adelantó, levantó repentinamente el brazo para detenerlo.

–¡Buenos días! –lo saludé frenando poco a poco.

Era un soldado español que se había engalanado de tal manera que parecía que iba a asistir a una ceremonia de juramento de bandera. Estaba solo en la cuneta.

–¡Buenos días, señora! –me saludó erguido, mirándome sorprendido al ver que se trataba de una mujer.

Aquel muchacho normal y corriente se había puesto un uniforme verde oliva, un cinturón ancho, botas de montar y una gorra del ejército. Por muy sencillo que uno fuera, aquel uniforme le sentaba bien a cualquiera y le confería un aire heroico. Lo más gracioso era que daba igual lo que se pusiera encima o cómo se arreglara: no podía esconder su aspecto pueril.

–¿Hacia dónde vas? –le pregunté levantando la cara.

–¡A la ciudad!

–¡Pues sube!

Era la primera vez que recogía a un joven, pero nada más verlo no dudé.

Se subió, se sentó a mi lado con cuidado y puso las manos sobre las rodillas, en un gesto muy comedido. En aquel momento me di cuenta de que, para mi sorpresa, llevaba puestos aquellos guantes blancos como la nieve que solían utilizar para las grandes ceremonias.

–¿Y tan temprano vas a la ciudad? –le pregunté intentando entablar conversación.

–Sí, quiero ver una película –me respondió sincero.

–¡Pero si los cines no abren hasta las cinco! –le dije, intentando que mi tono fuera lo más neutro posible, pero por dentro pensaba que era probable que aquel muchacho no fuera normal.

–Claro, pues por eso he salido de madrugada –dijo apartándose un poco, muy avergonzado.

–¿Tenías pensado pasarte todo el día andando para ir a ver una película? –le pregunté incrédula.

–Es que hoy tenemos el día libre.

–¿Y no podías ir con el camión del ejército?

–Me he apuntado tarde y ya no había plazas libres.

–Y has decidido ir caminando –insistí inquieta, mientras observaba aquella carretera sin fin.

Estuvimos en silencio un buen rato, sin saber qué decirnos.

–¿Estás aquí haciendo la mili?

–¡Así es!

–¿Y estás contento?

–Sí, todo va bien. Mi comando se pasa el año entero durmiendo en tiendas de campaña, porque vivimos en campamentos itinerantes. La única pega es que no hay mucha agua...

Volví a mirar expresamente su atuendo tan arreglado. Al llegar a la ciudad, su cara brilló abiertamente de felicidad. Al fin y al cabo, era un muchacho muy joven.

Al bajar del coche, muy serio pero con un aire infantil, me hizo un saludo militar. Yo asentí con la cabeza y me fui.

Nunca olvidaré aquel par de guantes blancos. Para un niño grande que se pasaba todo el año en el desierto desolado, sin ver a nadie un día tras otro, poder ir al cine en aquella ciudad que tan poco tenía que ofrecer, debía constituir el acontecimiento más grande de su vida.

Al volver, sentí que algo se había removido en mi interior. Aquel chico me había llegado a una parte del corazón donde no solía llegar mucha gente. Debía de tener más o menos la misma edad que mi hermano pequeño, que vivía tan lejos. Mi hermano también estaba haciendo la mili. Me quedé atrapada en aquella sensación de vacío unos instantes, sacudí la cabeza, pisé el acelerador y me fui a casa.

Aunque José decía a menudo que me gustaba mucho meter las narices en asuntos que no me incumbían, a la hora de la verdad él hacía lo mismo, pero era muy testarudo y no lo admitía. Cuando iba solo en el coche para ir o volver del trabajo, también se detenía para recoger a los caminantes que se encontraba por la carretera.

Yo pensaba que en un lugar tan solitario como aquel no se podía ignorar a las personas que uno se iba encontrando por el camino mientras conducía, andando fatigosamente como caracoles bajo el sol abrasador.

–¡Qué mala pata he tenido hoy! ¡Qué mala leche tenían esos viejos! –se quejó José nada más entrar por la puerta–.He recogido a tres ancianos saharauis por el camino, y he tenido que soportar durante todo el trayecto el pestazo que desprendían. ¡Casi me desmayo! Cuando hemos pasado por el lugar en que se tenían que bajar me han dicho algo en árabe, pero como no les he entendido, he seguido conduciendo. Y ¿sabes lo que han hecho? El viejo que tenía sentado detrás se ha puesto tan nervioso que se ha quitado los zapatos esos tan duros que llevan y ha empezado a darme golpes en la cabeza. ¡Casi me mata!

–¡Recoges a la gente y encima te pegan! –me reía a más no poder.

–Mira, toca, ¡me ha salido un chichón! –refunfuñaba mientras se palpaba la cabeza.

Lo mejor que nos podía pasar era encontrarnos en el desierto a un extranjero. Aunque vivíamos en un lugar inmenso, psicológicamente nos sentíamos prisioneros. Si venía alguien de fuera y nos hablaba de aquel mundo maravilloso que estaba tan lejos de nosotros, nos sentíamos invadidos por un sentimiento de excitación y emoción.

–Hoy he recogido a un extranjero que iba a mi empresa.

–¿Y de dónde era? –me interesé.

–De Estados Unidos.

–¿Y qué te ha contado?

–Nada.

–¿No habéis hablado de nada en un trayecto tan largo?

–Pues no, primero porque no nos entendíamos y segundo porque en cuanto ese chalado se ha subido, se ha puesto a dar golpecitos rítmicos sin parar en la guantera con un palo que llevaba en la mano. ¡Me sacaba de quicio! Solo pensaba en correr lo más deprisa posible para que bajara cuanto antes. ¡Lo que no me esperaba es que vendría conmigo hasta mi trabajo!

–¿Y dónde se ha subido?

–En la carretera de la salida de la ciudad. Llevaba una mochila que tenía cosida una bandera estadounidense.

–¿Y ese guarda vuestro que tiene tan mala leche le ha dejado pasar? Porque no debía de tener acreditación...

–¡Pues al principio no le dejaba! Pero el hombre ha insistido en que quería ir a ver los minerales...

–Ya, pero eso no lo puede hacer cualquiera... –comenté arrogante.

–Lo ha retenido durante un rato, pero luego ha enseñado la mochila y ha dicho: «¡Soy estadounidense!».

–¿Y entonces le ha dejado pasar? –pregunté con los ojos abiertos como platos.

–Exacto, entonces le ha dejado pasar.

Hice un chasquido con la lengua muy sorprendida, mientras miraba a José.

A continuación, él fue a darse una ducha y de pronto oí como empezaba a cantar en inglés bajo la ducha: «*I want to be an American... I want to be an American...*».

Entré de sopetón en el baño, aparté la cortina y me puse a darle golpes con la espumadera. Entonces José se puso a cantar aún más fuerte y cambió la letra: «*I want to marry an American... I want to marry...*».

Desde aquel día, cada vez que pasaba por la entrada del recinto de trabajo de José, si veía a aquel guarda, tapaba con la mano la acreditación que teníamos pegada en la ventanilla del coche para que no la viese. Al mismo tiempo, sacaba la cabeza y le decía a gritos que era estadounidense. Luego pisaba el acelerador y entraba a toda velocidad. No le podía culpar por odiarme, porque yo había empezado a odiarlo primero.

Siempre que llegaban los primeros días del mes, en la ventanilla de pagos y cobros de la empresa de fosfatos se formaba una cola kilométrica. Cada vez que le tocaba a alguien ser atendido, salía de entre la muchedumbre con un fajo de billetes en la mano y con una sonrisa en la cara que parecía un helado de fresa derritiéndose bajo el sol.

Al principio nosotros también íbamos a cobrar en metálico porque la satisfacción y el consuelo que producía el tacto de los billetes no se podía comparar con el tacto de una notificación bancaria. A pesar de ello acabamos hartos de las colas interminables y le pedimos a la empresa que nos ingresara el sueldo en el banco. Sin embargo, el resto de los trabajadores preferían cobrar en efectivo, no querían tener tratos con el banco.

Los vuelos de las Islas Canarias a principios de mes constituían un espectáculo, porque siempre llegaban cargados de mujeres bien vestidas, que anunciaban su llegada a bombo y platillo y que venían a hacer negocios. Durante aquellos días en la ciudad se podía escuchar el tintineo de las monedas, como en la canción «Money, money» de la película *Cabaret*.

Un día que José tenía turno de noche le fui a buscar al trabajo y cuando llegué vi como mi marido salía de la cantina de la empresa.

–Sanmao, ¡tengo que quedarme a hacer horas extras! No saldré del trabajo hasta mañana por la mañana. ¡Vuelve a casa!

–¿Y cómo es que no me lo has dicho esta mañana? Ya estoy aquí... –dije abrazando el jersey grueso que llevaba puesto, y de paso entregándole su abrigo.

–Un barco se ha quedado atascado. Y no podemos dejarlo así porque mañana vienen otros tres a por fosfatos. Tenemos que seguir trabajando aunque sea de noche...

–Bueno, pues nada, ¡me voy!

Di media vuelta con el coche y encendí las luces largas, dispuesta a emprender el viaje de vuelta. A decir verdad, el desierto era de tales dimensiones que recorrer cien kilómetros cada día resultaba un paseo.

La noche estaba muy despejada. La luz de la luna iluminaba las dunas, como si fueran olas en el océano. Siempre me hacían pensar en los cuadros surrealistas, que eran tan misteriosos como la hipnosis de noche en el desierto. ¡Allí era realmente posible presenciar aquellos paisajes!

Las luces del coche alumbraban la solitaria carretera. De vez en cuando me cruzaba con algún vehículo, y también los había que me adelantaban. Pisé a fondo el acelerador y bajé la ventanilla, mientras me adentraba en la oscuridad a toda pastilla.

Cuando estaba a menos de diez kilómetros de la ciudad, las luces de pronto iluminaron a una figura que agitaba la mano. Frené instintivamente y me detuve a una cierta distancia para poder observar a la persona que tenía enfrente. La última cosa que esperaba encontrarme en la carretera a aquellas horas era a una mujer pelirroja vestida con colores muy llamativos. Me asusté más que si hubiera visto un fantasma y me quedé inmóvil, clavada en el asiento, y analizándola en detalle.

Aquella mujer se protegía de las luces cegadoras con las manos y se acercó corriendo, taconeando sobre el asfalto con los zapatos altos. Cuando llegó a mí, empezó a dudar, como si ya no quisiera subirse al coche.

–¿Qué te pasa? –le pregunté volviéndome hacia ella.

–¡Nada! ¡Da igual, vete!

–¿Pero no me has hecho gestos con la mano para que me detuviera?

–No, no, es que me he equivocado. ¡Perdona, puedes irte! ¡Muchas gracias!

Estaba tan asustada que me alejé de allí sin pensármelo dos veces. Aquel fantasma escogía a las víctimas en las que se reencarnaba, ¡así que me fui como una exhalación antes de que se arrepintiera!

Al cabo de un rato de haberla dejado atrás, me di cuenta de que en cada tramo de la carretera había mujeres –todas ellas muy parecidas, con el pelo rizado, los labios rojos y los ojos pintados de verde– haciendo autoestop. Yo no me atrevía de ninguna manera a parar, así que huí a toda prisa envuelta por la noche.

Cuando llevaba un rato conduciendo a toda velocidad, se me apareció justo en medio de la carretera una mujer sonriente vestida de color lila con un par de zapatos amarillos. Aunque no se hubiera tratado de un ser humano tampoco la habría arrollado, así que empecé a frenar desde lejos

y la iluminé con las luces mientras tocaba el claxon para que se apartara. ¡Qué mujeres tan misteriosas!

Tal y como había pasado con la anterior, esta mujer también se acercó taconeando y con una sonrisa en la cara.

–¡Oh! –susurró al verme.

–No soy lo que esperas, soy una mujer... –le espeté mirando con una sonrisa su cara maquillada, que pertenecía a una señora de mediana edad.

En aquel momento entendí lo que las mujeres estaban haciendo en la carretera a aquellas horas: ¡estábamos a principios de mes!

–¡Oh! ¡Perdona! –se disculpó, y empezó a reírse.

Le hice un gesto para que se apartara y arranqué el coche de nuevo. Ella miró a su alrededor, me siguió y de pronto le dio un golpecito al coche. Saqué la cabeza para ver qué quería.

–¿Sabes qué? ¡Ya he trabajado bastante por hoy! ¿Me puedes llevar de regreso a la ciudad?

–Bueno, sube –accedí, resignada.

–Tú y yo nos conocemos. Un día te vi con una túnica blanca saharaui en la oficina de correos enviando una carta –dijo la mar de simpática.

–Sí, esa era yo.

–¿Sabes que venimos cada mes en avión?

–Sí, lo que no sabía es que hacíais el negocio en las afueras de la ciudad.

–¡Bueno, es que no nos queda más remedio! ¡En la ciudad nadie quiere alquilarnos una habitación! ¡Y en la casa de citas lo tienen todo lleno!

–¿Tan bien os va el negocio? –le pregunté echándome a reír y negando con la cabeza, porque lo que me contaba me parecía increíble.

–Solo a principios de mes. Después del día diez ya no entra dinero y por eso nos vamos –reconoció con una voz clara y honesta, en la que no había arrepentimiento.

–¿Cuánto le cobras a un cliente?

–Cuatro mil, y si alquilo una habitación en el hotel para pasar la noche, pues ocho mil.

8.000 pesetas eran unos ciento veinte dólares estadounidenses. De verdad que me resultaba difícil de creer que aquellos trabajadores, que las pasaban canutas, despilfarraran de aquella forma el dinero que tanto esfuerzo les costaba ganar. Aunque tampoco me esperaba que aquellas mujeres cobraran tan caros sus servicios.

–¡Los hombres son unos tontos! –gritó riendo apoyada en el asiento, como si fuera una triunfadora.

Yo no respondí a aquella afirmación y aceleré en dirección a la ciudad, cuyas luces ya se veían.

–¡Mi amante también trabaja en las minas de fosfato!

–Vaya –le contesté lentamente, sin darle la más mínima importancia.

–¡Seguro que le conoces! Trabaja en el turno de noche del departamento de equipamiento eléctrico.

–No lo conozco...

–Pues fue él quien me dijo que viniera, que aquí se podía hacer un buen negocio. Antes solo trabajaba en las Canarias y ganaba mucho menos.

–¿Tu amante te recomendó que vinieras porque aquí puedes ganar mucho dinero? –repetí, pues no creía lo que acababa de oír.

–¡Ya he ganado suficiente como para comprarme tres casas! –presumió mientras extendía las manos para admirar el color violeta fluorescente de sus uñas.

No había dejado de reírme durante toda la conversación con aquella mujer ignorante. Según su parecer, los hombres eran unos tontos; en cambio, ella se consideraba muy lista, aunque, habiendo ganado para comprarse tres casas, todavía se prostituyera de forma patética en el desierto.

La prostitución, a mi parecer y al menos en aquel caso, no era una forma de subsistencia, ni tampoco una cuestión moral, ¡se había convertido en una costumbre!

–De hecho, las mujeres de la limpieza de por aquí también pueden ganar veinte mil pesetas al mes –le dejé caer con desaprobación.

–¿Veinte mil? ¿Y quién quiere barrer, hacer camas, lavar ropa y acabar destrozada por solo veinte mil pesetas? –comentó con desprecio.

–Bueno, es que yo creo que hacer lo que tú haces sí que es acabar destrozada –le repliqué con calma.

La mujer estalló en carcajadas.

Haber encontrado aquella joya me hacía sentir un poco más cómoda que cuando me tocaba lidiar con prostitutas lloronas.

Cuando llegamos a la ciudad me dio las gracias de corazón y se bajó del coche. Entonces vi que un obrero le daba un palmetazo en el trasero mientras le gritaba algo que no llegué a oír. La mujer se reía y lo regañaba a la vez que le intentaba devolver el golpe. Aquella tranquila noche se estaba animando y estaba cogiendo un aire un tanto grosero.

Seguí mi camino hasta casa y al llegar me puse a leer, pero no dejé de pensar en aquella prostituta.

Diariamente recorría la única carretera asfaltada del desierto. Recuerdo que la primera vez que la vi me pareció un lugar muerto, sin vida, que se extendía sin pena ni gloria. De hecho, como sucedía en todas las carreteras, callejones o ríos sinuosos de cualquier parte del mundo, era el escenario de los viajeros que iban pasando a lo largo del tiempo y constituía el marco de sus historias.

Las personas que me encontraba y las anécdotas que me ocurrían conduciendo por aquella carretera eran tan normales y corrientes como las que se podía encontrar cualquier persona en cualquier calle. Ni tenían nada de especial ni tampoco vale la pena dejar constancia de ellas. Ahora bien, Buda dijo en una ocasión que «Dos personas tienen que vivir cien vidas para coincidir en un mismo barco; y tienen que vivir mil vidas para acabar convirtiéndose en marido y mujer». De manera que no podía olvidar así como así la mano que había dado, la sonrisa que había intercambiado, la conversación que había mantenido... No podía dejar marchar volando todo aquello, a merced del viento, como mi falda.

Aprendí, incluso, a querer cada grano de arena del desierto. No puedo olvidar cada amanecer ni cada puesta de sol, y mucho menos puedo borrar los rostros de mis recuerdos. ¿Cómo iba a borrar, entonces, de mi mente a todos aquellos autoestopistas?

De hecho, no era preciso ni siquiera justificarme.

Noche en las montañas laberínticas
荒山之夜

Una tarde, cuando José volvió de trabajar, no entró en casa como de costumbre, sino que se quedó en el coche tocando el claxon. Parecía que me estuviera llamando: «¡Sanmao, Sanmao!». Dejé el pincel con el que estaba practicando caligrafía para distraerme y me asomé por la ventana.

–¿Por qué no entras?

–Conozco un lugar en el que hay fósiles de tortugas y conchas, ¿quieres que vayamos?

–¡Por supuesto! –accedí al momento dando un salto.

–¡Pues corre, ven!

–Espera, que me tengo que cambiar y cogeré algo de comer y una manta –le grité mientras corría hacia el interior para prepararme.

–¡Venga, date prisa! No cojas nada, ¡si en dos o tres horas estaremos de vuelta!

Soy una persona nerviosa, por lo que un segundo después de que José me volviera a apremiar, ya estaba saliendo por la puerta. Llevaba puesto un vestido largo hasta los tobillos y unas sandalias. Al salir cogí de paso la bota de vino que colgaba de la puerta y que contenía un litro de tinto. Ya estaba lista.

–¡Venga, en marcha! –exclamé dando saltos eufórica en el asiento del coche.

–Son más de doscientos cuarenta kilómetros de ida y vuelta. Tenemos unas tres horas de coche, más una hora para buscar fósiles. Estaremos de vuelta a las diez, justo para la cena –anunció José hablando para sí mismo.

Al oír la distancia a la que estábamos del lugar, eché un vistazo de forma instintiva al sol, que ya se había empezado a poner. Pensé en oponerme a aquella excursión, pero desde que José se había comprado el coche se le había despertado una especie de obsesión por la conducción. ¡Y menuda obsesión! Además, era tozudo como una mula y no era fácil hacerle cambiar de idea, así que, aunque yo pensaba que salir al atardecer hacia un sitio tan lejano no era lo más apropiado, no hice ningún comentario.

Condujimos más de veinte kilómetros por la carretera, hacia el sur de la ciudad. El puesto de control marcaba el fin de la vía: a partir de ahí teníamos que adentrarnos en el desierto, que se extendía infinito, hasta el horizonte.

–¡Oh, pero si sois vosotros! ¿Cómo es que salís a estas horas? –se interesó el guarda acercándose a la ventanilla para ver quién era.

–No iremos muy lejos, vamos a dar una vuelta a unos treinta kilómetros. Mi esposa quiere coger unos cactus. –Y nada más acabar de hablar se puso en marcha de nuevo.

–¿Por qué le mientes? –le reproché.

–Pues porque, si no, no nos habría dejado salir. Mira qué hora es, ¿crees que nos permitiría ir tan lejos?

–Y si pasa algo, ¿qué? ¿Cómo nos encontrarán? No le has indicado bien.

–De todas maneras no nos irían a buscar. ¿No recuerdas cómo murieron aquellos hippies?

Ya volvía a sacar temas desagradables: nosotros fuimos testigos de la trágica muerte de aquellas personas.

Aunque estaban a punto de dar las seis y el sol empezaba a ponerse, todavía había mucha luz, pero el viento ya soplaba un poco más frío. El coche avanzaba rápido por la arena, siguiendo las marcas que habían dejado otras ruedas. La arena se extendía a lo lejos. Veía espejismos por todos lados: parecía que hubiera muchos lagos que rodeaban pequeñas arboledas.

No se oía nada, excepto el gemido del viento. Aquel lugar inmenso parecía un gigante tumbado, terrible y feroz, mientras nosotros conducíamos tranquilamente a lo largo y ancho de su cuerpo.

–Estoy pensando que algún día me moriré en este páramo –confesé dando un suspiro y mirando por la ventana.

–¿Por qué dices eso?

El coche daba saltos mientras corría a toda velocidad.

–Hombre, pues porque el desierto no está contento: lo molestamos hasta bien entrada la noche, robamos sus fósiles, arrancamos sus plantas, cazamos sus antílopes, tiramos en él cajas de cartón, botellas de refrescos, basura... Y al mismo tiempo aplastamos su cuerpo con las ruedas del coche. El desierto está disgustado y pide nuestra vida a cambio –sentencié mientras simulaba con mis manos que estrangulaba a alguien.

José se partía de risa. Le encantaba escucharme decir tonterías.

En aquel momento subí la ventanilla, ya que la temperatura había bajado mucho sin que nos diéramos cuenta.

–Mira, las montañas laberínticas –me avisó.

Alcé la cabeza y me esforcé en mirar hasta donde me alcanzaba la vista. A lo lejos había varios puntos negros que poco a poco se fueron haciendo más grandes. Era el único grupo de montañas en ciento cincuenta kilómetros a la redonda. De hecho, se trataba de un gran grupo de dunas bastante altas dispersas por el desierto, en una superficie de entre diez y quince kilómetros. Como aquellos montículos habían sido formados por el viento, tenían un perfil arquea-

do, y presentaban todos el mismo aspecto. Parecían un grupo de medias lunas, arrancadas del cielo y colocadas en el desierto por una mano grande y extraña. Lo más raro de todo era que aquellos montículos de cien metros de altura, más o menos, estaban separados los unos de los otros por prácticamente la misma distancia. Si alguien se aventuraba a entrar en aquel lugar y no iba con cuidado, podía desorientarse y perderse con facilidad. Por eso lo bauticé como «las montañas laberínticas».

Estábamos cada vez más cerca de ellas y, por fin, apareció la primera duna ante nosotros.

–¿Quieres entrar? –le pregunté en voz baja.

–Sí, entraremos e iremos hacia la derecha. He oído decir que si conducimos unos siete kilómetros y medio en esa dirección, encontraremos el lugar donde están los fósiles.

–Pero si ya pasan de las siete y media... ¡Saldrán los espíritus y nos desorientarán! –expresé mis temores mordiéndome el labio.

No sabía por qué me sentía incómoda.

–¡Pero mira que llegas a ser supersticiosa! ¿Qué espíritus va a haber en las dunas?

José era muy atrevido y, además, era tozudo como una mula. Así que al final nos adentramos y rodeamos las dunas. Teníamos el sol justo a la espalda y nos dirigíamos hacia el este.

En aquella ocasión las montañas laberínticas no nos desorientaron, pero tras conducir media hora y no encontrar lo que buscábamos, salimos de allí. Seguimos conduciendo hacia adelante por donde no había marcas de otras ruedas, hacia el desierto. Entre que no conocíamos bien la zona y, además, conducíamos un jeep, que no era un vehículo apropiado para el desierto, no me sentía nada segura. José bajó del coche para orientarse.

–¡Creo que sería mejor volver! –sugerí.

Yo ya había perdido el interés por los fósiles.

–Que no, que no.

José no me hizo ni caso. El coche se puso en marcha de un salto y siguió avanzando por aquel lugar que nos era completamente desconocido.

Condujimos un poco más de un kilómetro y ante nosotros apareció una planicie de color café oscuro rojizo. El suelo estaba cubierto por una capa de vapor gris claro violáceo. Quizá aquello había sido un río muy ancho hacía millones de años.

–Aquí podemos bajarnos.

El coche descendía poco a poco por una pendiente. José lo detuvo y volvió a bajar para inspeccionar el terreno. Yo también bajé y cogí un puñado de arena.¡Y no era arena, sino barro! Me quedé muy sorprendida, no acababa de explicarme aquello.

–Conduce tú ahora, Sanmao. Yo correré delante y cuando te haga un gesto con la mano, te paras.

José empezó a correr. Yo puse en marcha el coche lentamente y me mantuve a una cierta distancia de él.

–¿Cómo vas? –me preguntó.

–¡Sin problema! –le respondí sacando la cabeza por la ventanilla.

Cuanto más corría, más se alejaba de mí. Luego se dio la vuelta y empezó a correr de espaldas, al mismo tiempo que agitaba las manos y me indicaba que siguiera hacia adelante.

En aquel momento me di cuenta de que el barro que había detrás de José burbujeaba y aquello me puso en alerta, de manera que enseguida detuve el coche.

–¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Para! –chillé.

Abrí la puerta del coche y corrí hacia él, gritando. Pero ya era demasiado tarde: José había puesto un pie en la ciénaga y al instante el barro le había cubierto la pierna hasta las rodillas. El pobre estaba muy sorprendido. Volvió la cabeza para mirar y se hundió un poco más, tambaleándose. El

barro le llegó a las pantorrillas en un momento. José se esforzaba por dar algunos pasos, pero parecía como si se fuera a caer. En definitiva, cuanto más luchaba por salir de allí, más se alejaba de mí, hasta que quedamos separados por una gran distancia. Me quedé quieta, con la boca abierta y sin poder hablar. Me había cogido tan desprevenida que el cuerpo se me había quedado paralizado por completo. ¡No me podía creer que aquello estuviera sucediendo de verdad, pero la escena que tenía ante mis ojos no podía ser más real! ¡Todo había pasado en cuestión de segundos! José a duras penas podía mover las piernas, parecía que el lodazal se lo iba a tragar. En aquel momento vi que a su derecha, a dos metros más o menos, había una roca que sobresalía.

–¡Ve hacia allá! ¡Hacia la roca!

José también la vio y luchó con todas sus fuerzas por acercarse a ella. Cuando logró alcanzarla el barro ya le llegaba hasta la cintura. Yo lo miraba desde lejos, pero no podía hacer nada por ayudarlo. Estaba tan nerviosa que la cabeza me iba a estallar, como si estuviese viviendo una pesadilla. Cuando vi que estaba abrazado a la roca, volví a reaccionar y de inmediato regresé al coche para buscar algo con lo que poder tirar de él, pero en el maletero solo encontré, además de la bota de vino, dos botellas vacías, algunas ediciones del *United Daily News* y una caja de herramientas. No había nada más.

Regresé a la ciénaga para ver cómo estaba José, pero él no decía nada y me miraba desolado. Yo corría por todas partes como una loca esperando encontrar por el suelo una cuerda, algunas tablas de madera o cualquier otra cosa que me pudiera ser de ayuda, pero a mi alrededor no había nada más que piedras y arena.

José seguía abrazado a la roca. El lodo le cubría medio cuerpo, pero de momento resistía.

–José, no encuentro nada con lo que sacarte... ¡Aguanta un poco! –le pedí a gritos.

Nos separaban unos quince metros.

–Tranquila, tranquila –me consoló, pero su tono de voz había cambiado.

A mi alrededor, aparte del silbido del viento, solo había arena, que se elevaba en el aire. Delante tenía la gran ciénaga y detrás, las montañas laberínticas. Me di la vuelta para ver el sol, que ya estaba a punto de ponerse. Me volví de nuevo para mirar a José, que en aquel momento también miraba el sol. Una puesta de sol acostumbra a ser una estampa preciosa, pero en aquel momento no estaba de humor para admirarla. El viento gélido soplaba. Eché un vistazo a mi ropa, que era muy fina, y luego a José, que no se había movido lo más mínimo. Después volví a mirar el sol. Parecía el ojo enorme y rojo de un cíclope que estaba a punto de cerrarse. En unas cuantas horas, la temperatura de aquel lugar descendería hasta los cero grados y si José no conseguía salir, moriría de frío.

–Sanmao, ¡coge el coche y ve a buscar ayuda! –vociferó.

–¡No puedo dejarte aquí solo!

De pronto me asaltaron muchas emociones.

Podía encontrar la forma de salir de las montañas laberínticas, pero después debía llegar al puesto de control y luego encontrar a alguien. Seguro que para entonces ya habría anochecido. En la oscuridad sería imposible volver a encontrar el camino hacia las montañas y a José. Tendríamos que esperar a que se hiciese de día, pero para entonces José ya habría muerto de una hipotermia...

El sol ya se había puesto y la temperatura descendía muy deprisa. Aquel era un fenómeno habitual en el desierto.

–Sanmao, sube al coche, ¡te vas a morir del frío! –me gritó José enfadado.

Pero yo seguí agachada junto a la orilla, temblando de tal modo que me era imposible articular palabra. José tenía medio cuerpo apoyado en la roca, completamente quieto, así que pensé que él debía estar pasando mucho más frío que yo.

–¡José! ¡José! ¡Tienes que moverte! ¡Gira un poco el cuerpo! ¡Sé valiente! –le ordené poniéndome en pie.

José se movió un poco, pero le resultaba muy difícil en aquellas circunstancias. El cielo ya estaba gris, y mi visión poco a poco se nublaba bajo la luz del crepúsculo. Yo no dejaba de darle vueltas a la situación: si me marchaba para pedir ayuda, corría el riesgo de no poder regresar para salvarlo. De manera que quizá era mejor acompañarlo y morir con él congelada.

En aquel momento me pareció ver a lo lejos las luces de un coche. La sorpresa fue tan grande que di un salto. ¡No había duda, en efecto, eran las luces de un coche! Estaban lejísimos, pero avanzaban hacia nosotros.

–¡José! ¡José! ¡Viene un coche!

Me dirigí, como una loca, hacia nuestro coche para tocar el claxon, mientras encendía y apagaba las luces para llamar la atención del vehículo que se acercaba. Luego me subí al techo agitando las manos gritando y saltando.

Por fin nos vieron, y el coche se nos acercó.

Bajé del techo y me dirigí corriendo hacia el vehículo, que ya se distinguía claramente. Era un jeep para trayectos largos por el desierto, cargado con muchas cajas de madera llenas de hojas de té. Dentro del automóvil había tres hombres saharauis.

Cuando estaban a unos treinta metros de mí, se detuvieron y me observaron desde lejos, sin bajarse del coche. Aquello no me extrañó en absoluto: estábamos en un lugar inhóspito y no se fiaban de una desconocida. Como se mostraron reticentes a acercarse, fui yo quien corrí hacia ellos justo cuando bajaron del coche. Aún no había oscurecido del todo, de manera que vieron con claridad qué problema teníamos.

Corrí hacia ellos hasta quedarme sin respiración.

–¡Ayudadnos, por favor! Mi marido está atrapado en el barro. ¡Por favor, ayudadme a sacarlo de ahí! –les rogué, llena de esperanza, cuando los tuve delante.

No me hicieron ningún caso, y se pusieron a hablar entre ellos en la lengua local, pero yo entendía lo que decían:

–¡Es una mujer! ¡Es una mujer!

–Rápido, por favor, ayudadnos, ¡o se morirá de frío! –dije casi sin resuello.

–No tenemos cuerda –me contestó uno.

Me quedé estupefacta porque su tono no transmitía intención alguna de ayudarnos.

–Pero lleváis turbantes... Podemos atarlos y hacer una especie de cuerda suficientemente larga –le propuse.

Entonces me di cuenta de que las cajas de madera que llevaban en el coche estaban atadas con una cuerda muy gruesa.

–¿Y qué te hace pensar que vamos a ayudaros?

–Yo...

Quería intentar convencerlos, pero al ver sus ojos hostiles, que me miraban de arriba abajo con malas intenciones, cambié de idea.

–Bueno, pues si no queréis, no os puedo obligar. Da igual.

Me había topado con unos completos perturbados en aquel inhóspito lugar, en medio de la nada. Así que justo cuando me disponía a irme, en un abrir y cerrar de ojos, uno de aquellos saharauis hizo un gesto con la cabeza, y otro se puso detrás de mí de un salto, y con la mano derecha me agarró por la cintura mientras me manoseaba los pechos con la izquierda. Me asusté muchísimo y chillé instintivamente con todas mis fuerzas, como una loca. Los brazos de aquel hombre, que eran como de hierro, parecían los de un monstruo. Yo luchaba contra él, pero era inútil. Me dio la vuelta para mirarme de frente y acercó su temible cara a la mía.

José vio todo lo que estaba ocurriendo.

–¡Os voy a matar! –chilló, con la voz llorosa.

Soltó la roca con la intención de salir del lodazal y, me puse tan nerviosa, que me olvidé de que yo también estaba en un gran apuro.

–¡José! ¡No, no! ¡Por favor! –le rogué echándome a llorar.

Mis gritos desesperados distrajeron a los saharauis, que de repente miraron hacia el lugar donde se encontraba José. Aprovechando la ocasión, reuní todas mis fuerzas y le di una patada en la entrepierna al loco que tenía enfrente. Entonces empezó a aullar de dolor y yo pude librarme de él. Di media vuelta y me escapé, mientras otro de los hombres me perseguía. Me agaché para coger dos puñados de arena y se los tiré la cara. El hombre se protegió el rostro con las manos y yo aproveché esos segundos para quitarme las sandalias y correr desesperadamente hacia el coche descalza.

En lugar de perseguirme, aquellos hombres subieron al jeep, lo arrancaron y se fueron acercando a mí poco a poco. Quizá se lo tomaban con calma porque pensaban que solo José sabía conducir, y que yo no podría escapar corriendo. Yo subí al coche y arranqué el motor. Sentí una punzada en el corazón al ver a José allí abajo, que seguía abrazado a la roca.

–¡Corre, Sanmao! ¡Corre! –me gritó nervioso.

No tenía tiempo para decirle nada. Pisé el acelerador con fuerza y el coche arrancó con impulso. Antes de que el jeep pudiera alcanzarme, yo ya subía por la pendiente en dirección hacia ellos, como si volara. Intentaron bloquearme el paso, pero yo estaba decidida a chocar contra su coche como si fuese un kamikaze. Sin embargo, lograron esquivarme en el último momento. Aunque ya no podía pisar más a fondo el acelerador, no había manera de perder de vista las luces del jeep. Me tenían rodeada, no me dejaban marchar. Parecía que el corazón se me iba a salir del pecho. Cogía aire como si me fuera a asfixiar. Mientras conducía, puse el seguro en todas las puertas del coche y con la mano izquierda busqué a tientas detrás del asiento, hasta que por fin encontré la navaja que José tenía escondida allí.

Aparecieron las montañas laberínticas y me adentré en ellas sin pensármelo dos veces. Cuando rodeé el primer

montículo, el jeep me pisaba los talones. Conducía desesperada intentado escapar de ellos entre las dunas. A veces el jeep se quedaba atrás, y otras me venía de cara, pero por más que lo intentara, no podía librarme de él. Al final se me ocurrió que, mientras yo llevara las luces encendidas, lo tendrían muy fácil para localizarme y, en cualquier caso, si continuaba conduciendo de aquella forma mucho más tiempo, acabaría quedándome sin gasolina y moriría en el intento. Aquel pensamiento me sacó de mis casillas y pisé el acelerador como si me fuera la vida en ello. Cogí una curva y, antes de que el jeep me tuviera de nuevo en su radio de visión, apagué las luces sin disminuir la velocidad. Sostuve firmemente el volante para tomar una curva cerrada hacia la izquierda en vez de seguir en línea recta. Giré para volver a la duna donde había visto el jeep por última vez. Las dunas proyectaban una gran sombra por la noche y detuve el coche tan pegada a ellas como pude. Me escurrí por la puerta de la derecha y me mantuve a cierta distancia del coche, empuñando la navaja. Cómo me hubiera gustado que el coche fuera negro, marrón o verde oscuro, pero no, ¡era precisamente blanco!

Me di cuenta de que el jeep me había perdido la pista y no paraba de dar vueltas delante de mí, buscándome. No debían imaginar que me hubiera escondido, así que dieron unas cuantas vueltas más y luego aceleraron y se marcharon. Corrí unos metros para asegurarme de que se habían ido de verdad. Y como no me quedaba tranquila por si decidían regresar, me subí a lo alto de una duna para tener una mejor perspectiva. Las luces del jeep por fin desaparecieron del todo a lo lejos. Me deslicé montaña abajo y hasta que no regresé al coche no me di cuenta de que tenía el cuerpo bañado en sudor. Las sombras emergían como olas ante mí y de pronto sentí náuseas. Volví a bajar del coche y me estiré en el suelo para reponerme. Me despertó el frío. De nin-

guna manera podía quedarme ahí paralizada: ¡José aún seguía atrapado en la ciénaga!

Al cabo de unos minutos, cuando ya estaba recuperada por completo, alcé la cabeza y vi como la Osa Mayor brillaba en el cielo, parecía un cucharón colgado en el firmamento. Debajo, la Osa Menor era como un camino de diamantes que me guiaba. De cualquier forma, era más sencillo orientarse por las montañas laberínticas de noche que de día. Si me dirigía al oeste podría salir de aquel laberinto, y luego podría seguir hacia el norte unos sesenta kilómetros y encontrar el puesto de control. Allí podría pedir ayuda y traer a alguien de vuelta conmigo. Pero por muy rápido que fuera no podría estar de regreso aquella misma noche y, entonces, José... Él... Me tapé la cara con las manos, incapaz de seguir pensando en aquel trágico final.

Me levanté. En el punto en que me encontraba no había nada que pudiera guiarme, excepto la arena, así que tenía que encontrar la manera de dejar alguna señal para poder regresar a la mañana siguiente. Me dolía todo el cuerpo por el frío, así que no me quedó más remedio que subirme al coche. De pronto, me fijé sin querer en el asiento trasero del coche. ¡Se podía arrancar de una pieza sin problema! De inmediato cogí la caja de herramientas y me puse a desatornillarlo. Tiré del asiento con todas mis fuerzas, hasta que, de pronto, lo arranqué de cuajo.

Arrastré el asiento y lo puse en la arena. De esa forma, al día siguiente me sería más fácil hallar aquel lugar. Después, subí al coche y encendí las luces, y me preparé para conducir hasta el puesto de control. Intentaba contenerme y no dejarme llevar por las emociones. Era mejor ir a buscar ayuda que no quedarme mirando a José: aquello no era abandonarlo. Al poner en marcha el coche, las luces iluminaron el asiento que había dejado en la arena. Entonces me dio un vuelco el corazón, sentí como si me hubieran pinchado con una aguja. ¡El

barro no se tragaría aquel objeto grande y plano! Me puse a temblar de la emoción. Bajé de nuevo para recuperarlo y volví a dejarlo en la parte posterior del vehículo. Di media vuelta y me dirigí hacia la ciénaga. Para no perderme conducía lentamente siguiendo las marcas que había dejado yo misma en la arena, pero como no siempre las veía, di muchas vueltas.

Cuando llegué a la ciénaga no me atreví a acercarme demasiado y la iluminé con las luces. Reinaban la oscuridad y el silencio. Todo seguía como antes y solo el barro burbujeaba de vez en cuando, pero no vi ni a José ni la roca.

–¡José! ¡José! –lo llamé, gritando a pleno pulmón.

Pero José había desaparecido. Temblaba mientras gritaba y lo buscaba corriendo como una loca por la orilla. José había muerto, ¡no me cabía ninguna duda! El eco de aquel pensamiento desolador me golpeaba el cerebro. Estaba casi segura de que la ciénaga se lo había tragado. Aquella pesadilla podía volver loco a cualquiera.

Me refugié en el coche y me quedé reclinada sobre el volante temblando como una hoja mecida por el viento.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que oí una voz que me llamaba.

–Sanmao... Sanmao...

Levanté la cabeza confusa para ver quién era, pero no se veía nada en la oscuridad, así que encendí las luces y moví un poco el coche. ¡Entonces oí claramente su voz! Conduje un minuto hasta que al final José, que continuaba al lado de la roca, quedó iluminado por los faros. Había parado el coche en un punto equivocado, ¡y me había llevado un disgusto innecesario!

–¡Aguanta, José! ¡Pronto te sacaré de aquí!

Estaba abrazado a la roca, totalmente inmóvil, con la cabeza apoyada en un brazo. Bajo la luz que proyectaba el coche, tiré del asiento y lo bajé hasta la ciénaga, unas veces en brazos, y otras arrastrándolo. Me situé donde el lodazal me cubría

hasta las pantorrillas y, desde allí, lo coloqué sobre el barro. Tal como me esperaba, el asiento se mantuvo a flote.

De pronto se me ocurrió utilizar la rueda de recambio y la fui a buscar. Me puse de pie sobre el asiento y la tiré en el barro para poder acercarme más a José.

El frío me penetraba como si me estuvieran clavando cientos de cuchillos... No debíamos de haber llegado todavía a los cero grados, pero tenía tanto frío que estaba a punto de desfallecer. La urgencia del trabajo que me quedaba por hacer me impedía meterme en el coche y hacerme un ovillo.

Alcé un poco la parte derecha del vehículo con el gato y empecé a sacar la rueda de delante. «Venga, ¡date prisa!», me apremiaba a mí misma. Había de sacar a José de allí como fuera, mientras todavía me quedaran fuerzas. Cuando acabé con aquella rueda me puse con la de atrás. Nunca había completado aquel proceso a tanta velocidad, y en pocos minutos lo tuve todo listo. Eché un vistazo a José, que había estado rígido durante todo aquel rato, sin moverse.

–¡José! ¡José!

Le lancé una piedra para despertarlo, pero era evidente que estaba en las últimas. Bajé corriendo con otra rueda en brazos. Salté sobre el asiento y la rueda de recambio y coloqué el neumático delantero sobre el barro. Volví a repetir el proceso con la rueda de atrás, de manera que en total había el asiento y tres ruedas. Separé las piernas para mantenerme de pie sobre la última rueda, que era la que quedaba más cerca de José, pero todavía nos separaba una cierta distancia. Él me observaba con la mirada desolada.

¡El vestido! ¡No había caído! Llevaba un vestido con mucho vuelo que me llegaba por los tobillos. Volví a subir corriendo al coche, me desnudé y corté el vestido en cuatro tiras muy anchas, que anudé improvisando una cuerda. Después até un extremo a unos alicates y me volví a toda prisa hasta la ciénaga con aquel gran ovillo de ropa.

–¡José! ¡Que te lanzo esto! ¡Cógete! –lo avisé.

Empecé a dar muchas vueltas a la cuerda para impulsarla y, antes de que cayera, José la cogió. Cuando noté que tiraba de ella, suspiré aliviada, me dejé caer sobre la rueda y rompí a llorar. Tenía frío y hambre, pero la fase de pánico ya había pasado. Lloré un poco, pero me acordé de mi marido y empecé a tirar. Como me había relajado, había perdido todas las fuerzas, así que, por más que tirara de José, no se movía ni un centímetro.

–Sanmao, ata la cuerda a la rueda y yo mismo tiraré de ella –me dijo con voz ronca.

Me senté sobre la rueda. José se acercaba lentamente. Cuando vi que estaba muy cerca, desaté la cuerda y la anudé en la siguiente rueda para que se pudiera ir acercando a la orilla, ya que era evidente que no tenía fuerzas para subir a la rueda. Había pasado demasiado frío. Cuando llegó se desplomó. Fui como una bala al coche para coger la bota de vino, que operaba milagros, e hice que tomara unos sorbos. Yo quería que se metiera dentro del coche tan pronto como fuera posible porque todavía tenía que regresar a la ciénaga para recuperar las ruedas y el asiento.

–José, ¡mueve las manos y los pies! ¡Venga, va! ¡Muévete! –le gritaba mientras montaba las ruedas.

José se arrastraba por el suelo. Tenía la cara pálida como el yeso.

–Deja, ya lo haré yo...

Cuando llegó al coche yo ya estaba poniendo las ruedas de atrás.

–¡Corre! ¡Sube al coche!

Tiré el destornillador y también me subí. Volví a darle vino y puse la calefacción al máximo de potencia. Corté con la navaja las perneras de sus pantalones mojados y le hice friegas en los pies con la cuerda de ropa que había improvisado. Después le hice un masaje en el pecho con vino. Parecía

que había pasado un siglo cuando por fin recobró el color. Abrió los ojos un momento y los volvió a cerrar.

–José, José... –lo llamé dándole golpecitos en la cara.

Hasta media hora más tarde no se recuperó por completo. Entonces abrió los ojos como platos, observándome como si estuviera delante de un fantasma.

–Tú, tú... –tartamudeaba.

–Yo, ¿qué?

Me sobresalté al ver su expresión.

–Tú... has sufrido mucho...

Entonces me abrazó y se echó a llorar.

–¿Pero de qué hablas? ¡No he sufrido nada!

Estaba tan aturdida que rechacé el abrazo.

–¿Han logrado atraparte aquellos hombres?

–¡Qué va! ¡Me he escapado hace rato!

–Y entonces ¿por qué vas desnuda? ¿Dónde está tu ropa?

Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que solo llevaba puestas las bragas y que tenía todo el cuerpo cubierto de barro. José estaba, como era de esperar, totalmente descolocado por la situación, pero no me explicaba cómo podía ser que hasta aquel momento no se hubiera dado cuenta de que iba desnuda.

De camino a casa José se tumbó a mi lado. Teníamos que ir al médico de inmediato para que le echaran un vistazo a las piernas, por si sufría alguna lesión. Ya era muy tarde cuando dejamos atrás las fantasmagóricas montañas laberínticas. Nos dirigimos hacia el norte siguiendo la Osa Menor.

–Sanmao, ¿aún tienes ganas de que vayamos a buscar fósiles? –me preguntó José con una especie de gemido.

–Sí, ¿y tú?

–Más que tú.

–¿Y cuándo quieres volver?

–Mañana por la tarde.

Misión imposible
天梯

Cuando echo la vista atrás, nunca me acuerdo de cómo aprendí a conducir. Durante muchos años cada vez que alguien me llevaba en coche yo prestaba especial atención a sus movimientos. Más adelante, cuando tuve la oportunidad, también empecé a tocar el volante. Y al cabo de un tiempo empecé a conducir con naturalidad.

Soy una mujer valiente, así que siempre que me subía en el coche de otra persona preguntaba con mucha educación:

–¿Me dejas conducir a mí? ¡Te prometo que iré con mucho cuidado!

La mayoría de las veces, como me veían tan prudente, aceptaban. Daba igual si tenía que enfrentarme a un coche grande o pequeño, nuevo o viejo, jamás traicioné la confianza de la persona que me lo había dejado. Siempre conduje con cuidado y nunca ocasioné ningún accidente.

Las personas que me prestaban el coche siempre se olvidaban de hacerme la pregunta clave y, si ellos no lo mencionaban, yo tampoco sacaba el tema. De modo que conducía su coche de aquí para allá en silencio.

Cuando José se compró el coche me enamoré de aquel corcel blanco de ensueño, y a menudo me lo llevaba a la ciudad para hacer recados. A veces también lo utilizaba para ir

a buscar a mi príncipe azul a la salida del trabajo. Como conducía con mucha soltura –y nunca nadie me preguntaba si tenía permiso de conducir– caí, sin saber cómo, en la trampa de engañarme a mí misma: estaba convencida de que lo tenía.

–¡Sacarse el carné de conducir aquí es misión imposible! La mujer de no sé quién lleva ya catorce intentos y todavía no ha aprobado el teórico, ¡y hay un saharaui que lleva dos años intentando aprobar el práctico! –comentaban muchas veces José y sus compañeros en casa.

Yo los oía hablar de aquel terrible asunto con la cabeza gacha y no decía nada. Sin embargo, seguía conduciendo a diario discretamente. En aquel momento no estaba motivada para tener que enfrentarme a misiones imposibles.

Un día me llegó una carta de mi padre en que me decía: «Aprovecha ahora que estás en el desierto y tienes tiempo libre para sacarte el carné. No lo retrases más». Cuando José veía que me habían escrito de casa siempre me preguntaba qué se contaban mis padres. Aquel día me pilló desprevenida.

–Mi padre me aconseja que no alargue tanto lo del permiso de conducir... –se me escapó sin querer.

–Pues a ver si ahora que es tu padre quien te lo ordena, le haces más caso que a mí. Vamos a ver cómo sales de esta... –me picó José con una risita altanera.

Lo pensé un momento. Yo no veía ningún problema en seguir engañándome a mí misma, porque eso no hacía daño a nadie. No obstante, si eso de conducir sin carné significaba estar engañando también a mi padre, la cosa cambiaba. Como hasta entonces nunca me había preguntado si conducía, no se podía considerar que le hubiese mentido.

Para sacarse el permiso de conducir en España era imprescindible ir a la autoescuela, ya que solo se podía hacer el examen a través de ellos. De modo que, aunque yo ya sabía conducir, no me libré de tener que pagar las clases correspondientes. Pese a estar en África, vivíamos en una colonia española, y por lo tanto las leyes que se aplicaban en aquel lugar eran las de España. Al segundo día de haber aceptado ir a la autoescuela, José pidió prestados a sus compañeros de trabajo un montón de modelos de examen –todos de escuelas diferentes– y me recomendó que empezara revisando el código de circulación.

–No me gusta leer –afirmé, pues estaba de veras muy disgustada.

–¿Pero no eres tú la que se pasa el día devorando papel como las cabras? ¿Cómo puedes decir que no te gusta leer? –dijo extrañado, señalando la estantería–. ¡Pero si tienes libros de todo tipo! De astronomía, geografía, ciencias ocultas, novelas policíacas y románticas, animales, filosofía, jardinería, idiomas, cocina, dibujo, cine, costura... Incluso tienes libros sobre recetas de medicina china, magia, hipnotismo, ¡y hasta de cómo teñir ropa...! ¿Me vas a decir ahora que unas cuantas normas de tráfico van a poder contigo?

Suspiré y cogí los manuales que José me ofrecía. Yo lo tenía muy claro, y es que aquello no era lo mismo. Lo que no me gustaba era leer por obligación.

Pasados unos días cogí dinero y fui en coche a la autoescuela para matricularme en las clases de conducir. Saltaba a la vista que el dueño de aquella autoescuela saharaui se gustaba mucho a sí mismo, pues había colgado en la oficina más de diez fotos suyas ampliadas y en color –en todas ellas vistiendo ropa diferente– en las que aparecía como una estrella. Tenía la sensación de estar en el cine.

Por lo visto, en el desierto, eso de aprender a conducir estaba de moda. Delante del mostrador había un montón de saharauis, de manera que el negocio parecía ir viento en popa. ¡Había tantas tiendas que se veían destartaladas por fuera, pero que tenían un coche aparcado en la puerta! Tampoco faltaban los padres que vendían a sus hijas a cambio de un

coche. El único símbolo visible de avance hacia el mundo civilizado que entendían los saharauis era estar sentados en sus coches. Que apestaran o no era lo de menos. Me costó mucho hacerme un hueco en medio de tanta gente. En cuanto dije que me quería matricular, me di cuenta, para mi sorpresa, de que a mi derecha, donde antes tenía un saharaui, ahora había dos guardias civiles de tráfico. Sobresaltada, me hice un hueco para salir y me dirigí a la oficina para contemplar de nuevo las fotografías del dueño. De repente, en uno de los marcos de cristal de una fotografía, vi reflejada la imagen de uno de los guardias civiles, que venía hacia mí a paso ligero. Yo me quedé muy quieta, manteniendo la calma, concentrada en contar los botones de la camisa que llevaba el dueño de la autoescuela en una de las fotos. Aquel policía se quedó quieto a mi lado, observándome de arriba abajo, hasta que finalmente dijo:

–Señorita, ¡creo que la conozco!

Entonces no tuve más remedio que darme la vuelta.

–¡Cómo lo siento! Yo no tengo el placer, de veras.

–Me ha parecido extraño que quiera usted matricularse para aprender a conducir... Yo la he visto un montón de veces con un coche por la ciudad. ¿Es que acaso no tiene permiso de conducir?

Al ver que estaba acorralada, opté por otra opción.

–Perdón, pero no hablo español. ¿Qué dice? –le pregunté en inglés.

Cuando escuchó que le decía que no hablaba su idioma, se quedó estupefacto.

–¡El permiso de conducir! ¡El permiso de conducir! –me gritó en español.

–Perdone... No le entiendo... –le mentí haciendo un gesto de resignación.

El guardia se fue a llamar a su compañero.

–Esta mañana he visto a esta mujer con mis propios ojos

conduciendo hasta la oficina de correos. ¡Estoy seguro de que era ella! Y ahora resulta que quiere sacarse el permiso de conducir. Tendríamos que multarla, ¿no?

–Pero es que ahora no está conduciendo... ¿Por qué no la detuviste cuando te la encontraste?

–Pues precisamente porque la he visto todo el santo día conduciendo y daba por sentado que tenía carné. Ni se me pasó por la cabeza pararla y pedírselo.

Se pusieron a discutir entre ellos y se olvidaron de mí. De manera que di media vuelta rápidamente y volví a camuflarme entre aquella masaña de túnicas saharauis. Hice los trámites en un abrir y cerrar de ojos, pagué la matrícula y le pedí a la secretaria que me tramitara al mismo tiempo los papeles para presentarme al examen en un par de semanas. Al acabar las gestiones salí de allí la mar de tranquila con varios manuales de conducción en la mano –y otras cosas por el estilo– que la autoescuela me había entregado.

Abrí el coche, me subí, lo puse en marcha y, justo cuando me disponía a marcharme, vi por el retrovisor a los dos guardias que me esperaban escondidos detrás de la esquina. Estaban atentos a que hiciera cualquier movimiento para detenerme. Me dio un vuelco el corazón y me bajé del coche de un salto. Y me alejé de allí a paso ligero: ya le pediría a José que fuera a rescatar el corcel blanco cuando regresara del trabajo.

Me programaron las clases prácticas a las doce y media del mediodía. Las instalaciones de la autoescuela consistían en unos cuantos tramos de carretera asfaltada que habían instalado fuera de la ciudad, en unas dunas muy remotas. Mi instructor y yo nos apretujábamos en el diminuto coche y nos poníamos a dar vueltas y vueltas, como si fuéramos hámsters. La temperatura en el desierto al mediodía superaba los cincuenta grados. El cuerpo se me quedaba empapado de sudor, las gotas me resbalaban hasta los ojos, y la arena me

golpeaba la cara como si alguien me estuviera dando puñetazos. Cuando no llevaba ni quince minutos de prácticas, aquella temperatura insoportable y una sed descomunal se apoderaban de mí como un perro rabioso.

Como el instructor no aguantaba el calor, se quitaba –sin pedirme permiso– la parte de arriba de la ropa y se quedaba con el torso descubierto. Al tercer día de clase, decidí que no podía soportarlo más y le pedí al instructor que me cambiara el horario.

–¡Pero si tienes un horario cojonudo! Hay otra señora a quien le han puesto las clases a las once de la noche. No va a aprender nada de noche y con tanto frío. ¡Y tú quieres cambiarte un horario de puta madre...!

Al acabar de hablar le dio un golpe al techo, que estaba ardiendo, y se desprendió un trozo a causa del impacto. Aquel instructor no era una mala persona, pero no me hacía ninguna gracia la perspectiva de pasar quince clases más metida en aquel horno móvil, con aquel hombre que se sentaba medio desnudo a mi lado. Además, iba recitándome todo el rato el *San Zi Jing*,[1] que yo ya me sabía de pe a pa, y que no tenía ningunas ganas de oír.

Entonces me quedé un momento pensativa hasta que se me ocurrió algo.

–Mira, te propongo una cosa, a ver qué te parece: te firmo todas las horas de clase que tenías que hacer conmigo pero yo dejo de asistir a ellas. Asumo las consecuencias de cara al examen, claro está.

1. *San Zi Jing* o *El clásico de los tres caracteres* es un libro atribuido a Wang Yinglin a finales de la dinastía Song. Se trata de un manual de enseñanza básica para los niños que comenzaban el aprendizaje de la escritura y las normas morales. Debe su nombre a que cada frase está dividida en tres caracteres chinos, de forma que al recitarlos producían un efecto rítmico que servía de ayuda para que los niños los memorizaran.

–¡Por mí, de puta madre! Ponemos fin a las clases prácticas y te doy vacaciones. ¡Nos vemos en el examen! –accedió, pues él también salía ganando con el trato.

Antes de despedirnos me invitó a un refresco bien frío, para celebrar que mi período de instrucción había acabado.

José puso el grito en el cielo al saber lo que le había propuesto al instructor y también que yo no quería volver más. De manera que me obligó a ir a las clases teóricas nocturnas porque, según me dijo, aquellas clases costaban un ojo de la cara y teníamos que amortizar la inversión.

Así que me fui a mi primera clase teórica nocturna. En la clase de los saharauis que tenía al lado se estaba produciendo un fenómeno realmente extraño: todo el mundo leía el libro en voz alta, memorizando las normas de tráfico una a una, como si estuvieran locos. Nunca había visto a tantos saharauis tan aplicados. Nuestra clase se impartía en español y éramos cuatro gatos. De hecho, había muchos estudiantes apuntados que no venían a clase. Mi profesor era un hombre de mediana edad, alto, delgado, con bigote, culto, ¡y que gracias a Dios no me recitaba el *San Zi Jing*! ¡Mis dos instructores de teoría y práctica eran como el día y la noche!

Cuando tomé asiento, el profesor se me acercó y me pidió con mucha educación que le enseñara cosas de mi cultura. Así que yo dediqué toda la clase a explicarle en qué consistían muchos de los pictogramas de la escritura china. Al día siguiente, en cuanto entré en el aula, aquel profesor abrió un libro de ejercicios que había llenado con los pictogramas chinos que le había enseñado: 人人人天天天...[2]

–¿Crees que los he escrito bien? ¿Se podrían dar por buenos? –me preguntó con humildad.

–¡Pero si los has escrito mejor que yo!

2. Sinogramas que significan 'persona' y 'cielo', respectivamente.

El profesor se puso muy contento y me acribilló a preguntas sobre Confucio, Laozi y casualmente también se interesó por mi profesión. Yo le contestaba a todo siguiendo un orden y una lógica. Le pregunté si conocía a Zhuangzi.

–¿Pero Zhuangzi no es una mariposa?[3]

La hora de clase se nos pasó volando. Yo quería que me explicara el tema de los semáforos, pero él se extrañó.

–¿Es que acaso eres daltónica?

Cuando el profesor de teórica me dejó salir de aquel túnel del tiempo de cinco mil años, ya había oscurecido y refrescaba.

Al llegar a casa me puse rápidamente a hacerle la cena a José, que estaba harto de esperarme.

–Sanmao, ¿tienes ya claro qué significan las diferentes luces posteriores de un camión?

–¡Pronto lo sabré! ¡Mi profesor lo explica todo muy bien!

Durante el día, José se iba a trabajar y yo me quedaba haciendo la colada, planchando, haciendo la cama, barriendo, limpiando el polvo, cocinando y tejiendo. Sin embargo, no me atrevía a alejarme demasiado del código de circulación y me pasaba todo el día recitándolo. Había memorizado cada capítulo y cada sección a la perfección, como cuando de pequeña tuve que aprenderme en la catequesis algunas frases clave de la Biblia.

Por aquella época todos mis vecinos sabían que me tenía que examinar del permiso de conducir. Yo cerré la puerta a cal y canto y no le abría a nadie, cosa que despertó el resentimiento de mis vecinas, que me lo recriminaban cada día.

–¿Y se puede saber cuándo te vas a examinar? ¡No nos gusta que no nos abras la puerta!

No obstante, yo me mantuve firme en mi posición y no les hice ningún caso.

El día del examen estaba cada vez más cerca. No me asustaba la parte práctica, pero de cara al examen teórico no tenía claro qué pasaría. Había estudiado las normas de tráfico junto con las verduras, los huevos, la lana, Confucio y Zhuangzi. Y, como no podía ser de otro modo, tenía los conceptos un poco desordenados...

La noche del viernes, José cogió el manual de la autoescuela para preguntarme.

–En tres días tienes el examen teórico. Si no lo apruebas no te dejarán examinarte del práctico. Déjame que te pregunte...

José siempre me había visto como una persona talentosa y tonta a la vez. Me iba preguntando de forma muy caótica, primero esto, luego aquello... con un tono intimidatorio y con una expresión seria y severa. ¡Con aquella actitud era imposible que me entrara nada!

–¡Un poco más despacio! ¡No sé de qué me estás hablando!

Me hizo muchas preguntas, pero yo seguía sin poder contestar.

Entonces dejó el libro y se enfadó mucho.

–¡Tantas clases y aún no te lo sabes! ¡Pero mira que eres dura de mollera! –me regañó mirándome fijamente.

Yo también me enfadé y me fui corriendo a la cocina para beberme un gran trago de vino para cocinar. Cuando me serené y se me despejaron las ideas, le pasé las normas de circulación a José y empecé a recitárselas poco a poco y palabra por palabra. El manual tenía unas cien páginas y yo, sorprendentemente, las había memorizado todas. José se quedó estupefacto.

3. Zhuangzi fue un famoso filósofo de la antigua China que vivió alrededor del siglo IV a. C., durante el período de los Reinos Combatientes. En una de sus reflexiones filosóficas más famosas cuenta que una vez soñó que era una mariposa sin ser consciente de que en realidad era él mismo. Cuando se despertó del sueño le asaltó la duda de si realmente había estado soñando que era una mariposa o si era una mariposa que soñaba ser él. Con este comentario, el instructor de Sanmao demuestra que sabe a la perfección quién es Zhuangzi.

–Bueno, ¿qué te parece? He memorizado el dichoso libro, como un loro. ¡Aprendí a estudiar así con mi profesora de primaria! –le dije muy orgullosa.

Pero José seguía sin verlo claro y me preguntó:

–Si el lunes te pones nerviosa y no entiendes los enunciados de las preguntas, ¿no sentirás que no habrá valido la pena memorizar todo esto?

Aquella pregunta me tuvo toda la noche sin dormir.

Era verdad que tenía aquel defecto: si me ponía nerviosa entregaría el examen en blanco. Pasado el momento crítico, lo entendía todo, pero en el momento decisivo me bloqueaba. Ese sentimiento me recordaba a los versos de un poema chino clásico que decía: «Los hechos del pasado que nos hicieron sentir vacíos y frustrados con el tiempo mudan por completo de color».[4]

Después de pasar la noche en vela hasta el amanecer, vi que José seguía durmiendo como un tronco. Como estaba muy cansado de trabajar durante la semana, no se despertaba con facilidad, así que me vestí y abrí la puerta con cuidado. Puse en marcha el coche y me dirigí a la Dirección General de Tráfico, que estaba muy lejos de la ciudad. Aunque no tenía carné, me atrevía a ir conduciendo. Aquello era realmente meterse en la boca del lobo, pero es que si iba a pie llegaría con pelos de bruja y no causaría una buena impresión, con lo cual era muy probable que no lograra mi objetivo.

Me dirigí directamente a la entrada de la oficina y, como era natural, nadie me paró para pedirme el permiso de conducir. En ese instante pensé que no había en el mundo nadie

4. Verso procedente de un poema escrito por Li Shangyin, poeta de la dinastía Tang. El poema es conocido como «Jin Se», pues son los dos primeros caracteres del primer verso, pero, de hecho, forma parte de la colección de poemas sin título de este autor.

tan tonto como yo, pero tampoco más valiente. Justo cuando entraba caminando por la puerta, oí que un hombre me llamaba:

–¡Sanmao!

Me quedé desconcertada y le pregunté:

–Disculpe, ¿de qué nos conocemos?

–Tengo aquí una solicitud de examen con tu foto. ¡Te examinas el lunes!

–Pues precisamente vengo por eso –me apresuré a decir–. Me gustaría ver al supervisor del examen.

–¿Y para qué? El supervisor es el jefe de nuestro cuerpo.

–¿Puede decírselo, por favor?

Al ver mi expresión tan misteriosa entró enseguida y salió al cabo de un rato.

–Por aquí, por favor.

Me sorprendió que el jefe de la oficina fuera un oficial de pelo blanco con muy buena presencia. Con todo el tiempo que yo llevaba en el desierto, aquella era la primera vez que veía a una persona tan elegante, y de pronto me acordé de mi padre. Durante un instante me quedé abstraída por la sorpresa. El oficial se levantó y se me acercó para estrecharme la mano. Luego apartó la silla y me invitó a sentarme, y también pidió que nos trajeran un café.

–Usted dirá. Perdone, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

–Soy la señora Quero.

Entonces le pedí que pusiera remedio a aquellos problemas que no me habían dejado pegar ojo en toda la noche y cuya solución solo estaba en su mano.

–Entiendo, o sea que lo que quiere es un examen oral. Usted recita las normas de tráfico y yo la escucho. ¿Es correcto?

–Así es. Exactamente eso.

–La idea es muy buena, pero no hay precedentes. Además... veo que su español es muy bueno. ¡Seguro que no tiene ningún problema con el examen escrito!

–Hágame caso, de verdad. ¿No podría ser yo quien sentara ese precedente...?

El oficial se me quedó mirando sin decir nada.

–He oído decir que los saharauis tienen la opción de hacer un examen oral. ¿Por qué yo no?

–Si lo único que quiere es un papel que diga que puede conducir en el Sáhara entonces haga el examen oral.

–Lo que quiero es poder utilizarlo en todas partes...

–Pues entonces no le queda otra que hacer el examen escrito... Las preguntas son tipo test, solo tiene que hacer una señal, no tiene que escribir.

–El problema es que los enunciados son ambiguos. Y cuando me pongo nerviosa, no acierto ni una. Soy extranjera...

Entonces se quedó un momento pensativo y al final resolvió:

–No es posible. Estamos obligados a archivar las hojas de los exámenes, y si usted lo hace oral no quedaría constancia de su examen. Lo siento, no hay solución.

–¿Cómo no va a haber solución? El examen oral también se puede grabar. Por favor, señor director, le ruego que lo piense un poco más... –insistí desplegando mi talento natural para el debate.

–Mire, venga el lunes tranquilamente a hacer el examen escrito. Y no se ponga nerviosa porque estoy seguro de que lo aprobará –me aconsejó mirándome con simpatía.

Al ver que de veras no daba su brazo a torcer y que no estaba bien obligarle a hacer algo que no podía, le di las gracias y me marché tan tranquila.

Cuando ya estaba en la puerta, el director me llamó.

–Espere, que llamo a dos niños para que la lleven a casa. ¡Este lugar queda muy apartado!

¡Me hizo mucha gracia que llamara «niños» a sus subordinados!

Volví a darle las gracias al director y al salir vi a los dos

«niños» que me habían asignado junto al coche –rectos como dos velas–, esperándome. Al reconocernos nos llevamos una gran sorpresa: daba la casualidad de que eran los dos guardias civiles que habían querido detenerme aquel día en la autoescuela por conducir sin carné.

–De veras que no quiero molestaros. Si hacéis la vista gorda y me dejáis ir esta vez volveré sola... –les sugerí con mucha educación, pues estaba convencida de que en aquella ocasión no me detendrían.

Y así es como volví a casa en coche y al llegar vi que José aún dormía.

Me pasé el domingo entero recitando el manual de memoria. Aquel día solo comimos pan con mantequilla y azúcar.

El lunes a primera hora, José no quiso ir a trabajar. Dijo que había pedido el día libre y que recuperaría las horas el sábado. Quería acompañarme al examen, a pesar de que a mí no me hacía ninguna gracia. Al llegar al lugar de la prueba vimos que fuera había un gentío considerable. Debía haber unas doscientas personas por lo menos, saharauis en su gran mayoría.

El examen teórico y el práctico se hacían en el mismo lugar, y justo enfrente estaba la prisión del desierto. En aquella prisión no tenían encerrados a los criminales más peligrosos –a esos los encerraban en los calabozos de las comisarías–. Allí había sobre todo hombres que habían cometido delitos por celos bajo los efectos del alcohol, por borracheras o en peleas multitudinarias entre trabajadores canarios y saharauis.

La verdadera chusma de la sociedad –rufianes y gamberros– no estaba en el desierto. Seguramente aquel lugar era demasiado remoto y desolado. Y es que, aunque aquel tipo de gente lograra venir, difícilmente se las apañaría allí. Mientras esperábamos para entrar, los prisioneros nos miraban desde la azotea de enfrente. Cada vez que aparecía una mujer

española que venía sola para examinarse, aquellos hombres ordinarios se ponían a aplaudir y pegar berridos.

–¡Eh! ¡Preciosidad! ¡Tía buena! ¡Que te salga el examen de puta madre! ¡No tengas miedo porque estos mendas están aquí para lo que necesites! –gritaban chasqueando la lengua–. ¡Vaya chica más sexy!

No pude evitar reírme al oír a aquellos hombres echando todos aquellos piropos a voz en grito y armando tanto revuelo.

–¡Y tú querías venir sola! ¡Si no fuera por mí, no te habrías librado de alguno de esos piropos!

De hecho, me estaba divirtiendo mucho con aquellos inconscientes. Al fin y al cabo, nunca había visto a tantos delincuentes juntos, tan excitados y de tan buen humor. ¡Era algo que no se veía cada día!

Aquel día se presentaron al examen más de doscientas personas. Había quien venía por primera vez y quien repetía. Cuando el director, que iba acompañado de otro señor, abrió la puerta del recinto, empecé a tener palpitaciones, me sentí mareada y me entraron ganas de vomitar, se me pusieron los dedos tan fríos que no los podía doblar.

José me cogía de la mano con fuerza para que no me echara atrás.

A medida que llamaban a los candidatos por su nombre, la gente iba entrando obedientemente en aquel gran agujero oscuro e inquietante, como las cabras entran en el matadero.

Cuando el director leyó mi nombre, José me dio un ligero empujón, lo que me obligó a dar un paso adelante.

–¡Buenos días! –lo saludé, casi a punto de echarme a llorar.

–Siéntese en la primera fila, en el primer asiento a la derecha –me indicó, mirándome con mucha atención.

¡Pero si a los demás no les había asignado el asiento! ¿Por qué a mí, en cambio, me tenía manía? Seguro que era porque no se fiaba de mí...

En la sala había un silencio sepulcral. Habían puesto el examen debajo de cada una de las sillas y como cada uno era diferente, no servía de nada mirar lo que escribía el de al lado para copiar sus resultados.

–Empiecen, por favor. En quince minutos deben entregar el examen.

Me apresuré a sacar las hojas de debajo de la silla. Las palabras en español parecían hormigas dispersas por todo el papel. No entendía nada. Hice todo lo que pude para calmarme, sin éxito: aquellas hormigas hablaban una lengua incomprensible. Así que me limité a dejar el papel y el lápiz y entrelacé las manos, me quedé sentada con la idea de intentarlo de nuevo al cabo de un rato.

Cuando José, que me observaba desde fuera de la ventana, vio que estaba sentada en aquel estado zen, se puso muy nervioso y casi se abalanza sobre mí con un garrote para hacerme reaccionar. Después de aquel momento de calma, volví a mirar el examen y lo entendí todo. La razón por la cual me habían asignado aquel lugar era porque el examen se resolvía solo.

Los enunciados del examen eran los siguientes: Si al conducir te encuentras un semáforo debes: (a) saltártelo, (b) pararte, (c) tocar el claxon con todas tus fuerzas. Si ves que en un paso de cebra hay peatones has de: (a) decirles que se aparten agitando la mano, (b) atropellarlos, (c) pararte.

El examen consistía en dos folios, y todas las preguntas eran tan ridículas como estas. A medida que iba leyendo el test, tenía que ir aguantándome la risa, tanto que casi me ahogo. La cuestión es que contesté a todo en un santiamén.

La última pregunta planteaba: si conduciendo te encuentras con una procesión católica en honor a la Virgen María tienes que: (a) aplaudir, (b) pararte, (c) arrodillarte. Yo escogí la opción «b», pero pensé que como el examen lo había diseñado un país católico, si contestaba la «c» se pondrían aún más contentos.

Acabé el examen en solo ocho minutos. Al entregarlo, el director me sonrió discretamente y me dirigió una mirada de complicidad.

–¡Muchas gracias! ¡Que tenga un buen día! –me despedí.

Todo el mundo estaba muy concentrado en el examen, mordiendo el lápiz, borrando, temblando, con las cejas fruncidas... Yo crucé la sala, abrí la puerta con cuidado de no hacer ruido y salí.

Mientras los saharauis iban entrando para hacer el examen oral, José intentaba consolarme:

–No te preocupes. Tampoco es para tanto. Si no apruebas, la semana que viene lo vuelves a intentar. Tienes que relajarte...

Yo no contesté. Quería hacerle sufrir un poco.

Justo a las diez en punto salió un señor con la lista de los aprobados y empezó a cantar los nombres en voz alta, pero no decía el mío. Sin darse cuenta, José había puesto su mano en mi hombro, pero yo no estaba en absoluto preocupada. Cuando oí que decía bien alto el nombre de Sanmao, miré a José como si le hubiera gastado una broma pesada. Él no daba crédito a la noticia y me abrazó tan fuerte que casi me rompe las costillas.

Al ver aquella escena, los presos también nos lanzaron gritos de aclamación desde la azotea. Hice el signo de la victoria y lo acompañé de una expresión parecida a la que hacía el presidente Nixon cuando estaba en el poder, ya que aquel examen se podía considerar un buen Watergate.

A continuación tenía el examen práctico. Habían traído todos los camiones y los coches de la autoescuela y los habían aparcado en fila. Había mucho alboroto, y los presos gritaban con más energía que si estuvieran apostando en una carrera de caballos. De las más de doscientas personas que se habían presentado al examen escrito solo quedábamos ochenta y pico, pero había mucha gente que no quería perderse ni un

detalle de aquel espectáculo. Mi instructor de prácticas no se presentó en aquella ocasión con el torso descubierto; de hecho, iba muy arreglado.

–No te subas bajo ningún concepto en los tres primeros coches. Espérate a que los demás les calienten el motor y luego te subes tú. Así no se te calará –me repetía una y otra vez.

Asentí con la cabeza. Estaba segura de que aquello iba a ir bien, no era necesario ponerse nerviosa.

–No quiero esperar más, voy a examinarme ahora... –dije decidida cuando la segunda persona acabó el examen.

Cuando el semáforo del circuito se puso en verde, mi coche se lanzó hacia delante como un caballo salvaje. Cambié de marcha, volví a reducir y detuve el coche. Arranqué de nuevo, giré, hice diversas maniobras marcha atrás para aparcar el coche en semibatería entre dos vehículos, como si fuera el relleno de un bocadillo. Luego frené el coche, me volví a poner en marcha, bajé por una pendiente, cambié de marcha... Iba con mucho cuidado, haciéndolo todo metódicamente y sin cometer el más mínimo fallo. Ya me acercaba al final del circuito de examen, cuando oí los aplausos de todo el mundo.

–¡Vaya con la china! ¡Qué hacha! –me gritaban incluso los saharauis.

¡Estaba muy contenta! De repente perdí la concentración y me volví para mirar al examinador, que estaba sentado en la torre de control. En aquel abrir y cerrar de ojos, el coche se salió de la carretera y nos adentramos en un mar de arena ondulada y cristalina. Me puse tan nerviosa que el coche se me caló y se quedó muerto allí mismo.

Los aplausos se convirtieron en gritos de alarma, a los que siguieron grandes risotadas. El primero que se reía a carcajada viva era José. Yo tampoco pude evitar echarme a reír. Salí del coche, ya que era mejor morirse de risa, como los dioses griegos.

Durante aquella semana, analizando a fondo lo que había pasado, aprendí la lección. Un descuido me había pasado factura, de manera que la próxima vez tenía que ir con más cuidado.

Al lunes siguiente fui a examinarme sola y no estaba nada nerviosa. Esperé con paciencia a que cuarenta personas hicieran el examen, hasta que me decidí a intentarlo yo misma. Lo que en principio tenía que llevarme cuatro minutos lo hice en solo dos minutos y treinta y cinco segundos, y sin cometer ningún fallo. Cuando cantaron la lista de los nombres de los dieciséis aprobados me di cuenta de que era la única mujer que lo había logrado.

–¡Sanmao conduce tan rápido como un misil! ¡En el futuro te pediremos que seas la eficiente ayudante de la policía! –bromeó conmigo el director.

Cuando justo me disponía a volver a casa a pie vi que José me había venido a buscar. Estaba radiante de felicidad. Él trabajaba a unos pocos kilómetros de allí y había aprovechado la pausa del mediodía para acercarse en un momento.

–¡Enhorabuena! –me felicitó.

–¿Y se puede saber cómo te has enterado?

–Me lo acaban de decir los presos de la azotea.

Pensé francamente que aquellos presos no tenían por qué ser peores que las personas que andábamos sueltas. Las personas realmente malvadas de este mundo son tal y como imaginamos los chinos a los dragones: pueden ser grandes o pequeños, pueden estar escondidos o dejarse ver, pero nunca se dejan atrapar ni encerrar.

Le pedí a José que, mientras yo preparaba la comida, él volviese a la prisión para regalarles a los presos dos cajas grandes de refrescos de cola y dos cartones de tabaco. Al menos, mientras me examinaba, me habían animado mucho, ¡habían sido mi equipo de animadoras! Yo no los despreciaba, pues no me creía más íntegra que ellos.

Al mediodía hice un trayecto muy largo en coche para llevar a José de vuelta al trabajo y al regresar pasé por la ciudad. Después de aparcar el coche en un lugar bien escondido, me fui a hacer la última prueba que consistía en conducir por la ciudad. Aquella misión imposible se ponía cada vez más interesante y, para mi sorpresa, empecé a cogerle el gusto a aquellos exámenes.

A mediodía, la temperatura era de más de cincuenta grados, y la fila de edificios solo proyectaba una pequeña sombra en las calles desiertas. La ciudad parecía un cementerio, como si el tiempo se hubiera congelado en aquel lugar. Aquella escena conmovedora era la recreación de un cuadro surrealista. Si hubiera habido una niña por allí, jugando con un aro, aún habría resultado una imagen más impactante de lo vacío que estaba todo.

El examen práctico por la calle empezaba allí. Aunque sabía que en aquel momento era imposible atropellar ni a un perro y que fuera de la ciudad no se podía chocar contra ningún árbol, tampoco quería pecar de exceso de confianza.

Antes de arrancar tenía que poner los intermitentes, mirar hacia atrás para asegurarme de que no venía nadie y, una vez en marcha, circular por la derecha. No podía pisar las líneas amarillas, tenía que detenerme en los cruces y reducir la velocidad al llegar a un paso de cebra. Y como no había un solo semáforo en la ciudad, eso que nos ahorrábamos. Las dieciséis personas que nos examinábamos acabamos el examen en un santiamén y el director nos invitó al centro de bienestar social de tráfico a tomar un refresco. Éramos ocho españoles, siete saharauis y yo. El director repartió los permisos provisionales a los aprobados, porque el permiso oficial nos lo tenían que expedir desde España.

Una semana antes me repetía a mí misma, una y otra vez, que antes de que el rey Hassan de Marruecos fuera in-

vitado al Sáhara español yo tenía que haber completado mi misión imposible. En aquel momento ya lo había conseguido, ¡y el rey de Marruecos todavía no había puesto un pie en aquellas tierras!

El director repartió en total siete permisos de conducir y a mí me tocó uno. Después de aquello mi estado de ánimo y mi expresión cambiaron mucho. Sin duda había un antes y un después de obtener el permiso de conducir.

Un día, cuando ya había aparcado el coche en la calle y me disponía a irme, aparecieron por sorpresa los dos guardias civiles.

–¡Esta vez ya no te escapas! –me gritaron.

Saqué con parsimonia el permiso de conducir y se lo planté ante sus ojos, pero no le hicieron ni caso. Por el contrario, me entregaron una multa.

–Son doscientas cincuenta pesetas de multa.

–¿Cómo? –dije sin creer lo que veían mis ojos.

–¡Has estacionado delante de una parada de autobús! ¡Eso está penalizado por el código de circulación!

–¡Pero si no hay autobuses en el desierto! ¡Nunca los ha habido! –grité indignada.

–Pero en el futuro los habrá y ya han puesto la señal.

–¡No podéis multarme así! ¡Esta multa es injusta y me niego a pagarla!

–Si esa señal está ahí, no puedes estacionar. Da igual si hay autobuses o no.

Cuando me enfado mi cabeza puede pensar con mucha lucidez, por eso repasaba mentalmente, página a página, el manual de las normas de tráfico.

Entonces aparté a los policías, me subí de un salto al coche, me alejé varios metros de la señal y volví a estacionar. Después bajé del coche y les devolví el papel de la multa.

–De acuerdo con el código de circulación, parar en un lugar menos de dos minutos no se considera estacionar.

Como no he estado ni dos minutos, y ya me he ido, no he infringido ninguna norma de tráfico.

En nuestro juego de policías y ladrones, ellos dos habían vuelto a perder. Así que yo les devolví la multa para que se la comieran con patatas. Me eché a reír a carcajadas y me fui al centro de bienestar social del ejército con la cesta de la compra. A ver si aquel día tenía suerte y podía comprar un poco de fruta y verdura frescas.

Los días pasaban y yo –la oveja negra que no había nacido ni crecido en el desierto– luchaba por sobrevivir de la mejor manera posible durante aquellos largos y penosos años.

«Refresca: el otoño ya ha llegado».[5]

5. Último verso perteneciente al poema *Chou nü'er* escrito por Xin Qiji, poeta de la dinastía Song. En este poema, Xin Qiji habla de que, puesto que en la vida hay tantísimos problemas y frustraciones es imposible enumerarlos, por eso no los menciona y se limita a anunciar que «el tiempo ha refrescado: el otoño ya ha llegado».

Tierra solitaria
寂地

En total éramos ocho personas, dos coches y tres tiendas, que ya habíamos montado. Los últimos rayos del sol poniente habían desaparecido y, aunque en el cielo las tonalidades del atardecer ya se habían disipado, todavía se veía la luz crepuscular de color gris. En el páramo desolado empezó a soplar un viento frío que calaba hasta los huesos. La noche fue cayendo sin prisa, pero ya no se podía distinguir aquel pequeño bosque que teníamos detrás de nosotros. Como todo el mundo estaba ocupado montando las tiendas y trajinando con los utensilios de cocina, nadie contemplaba aquella imagen crepuscular y borrosa del desierto. Aquel día, como habíamos ido acompañados de mujeres y niños, se nos había hecho muy tarde.

Pedro estaba sentado a un lado con las piernas dobladas y cruzadas, en posición de meditación. Era un hombre alto, se había dejado crecer una barba amarillenta que le llegaba hasta el pecho y vestía una camisa vieja de color blanco y un pantalón corto que le llegaba a las rodillas. Iba descalzo y en la cabeza llevaba un casquete parecido a la kipá que se ponen los judíos cuando van a rezar a la sinagoga. Su mirada era intensa como el fuego, pero en aquel momento, sentado con las piernas cruzadas, el cuerpo colgando hacia

delante y las manos apoyadas en el suelo, parecía un monje asceta.

Miguel se había puesto una camisa a cuadros y unos vaqueros impecables que se habían quedado casi blancos de tanto lavarlos. Tenía los ojos grandes, las cejas espesas y la nariz huesuda, pero los labios eran muy sensuales. Era de mediana estatura, y tenía unas manos preciosas con las que no dejaba de juguetear con su cámara, que era muy buena y muy cara. Por mucho que lo intentara, a Miguel no le podía encontrar ningún defecto: era tan perfecto como un anuncio en color de Kodak, pero desentonaba en aquel paisaje que nos rodeaba. Era un buen muchacho y tenía una personalidad sociable, alegre y abierta, aunque no tenía ningún rasgo que lo hiciese especial. Era muy hablador, pero sin hacerse pesado y también era imposible discutir con él; sin embargo, le faltaba algo.

Por su parte, Javier se había mostrado vergonzoso desde el primer día. Aquel joven canario robusto, hijo de pescadores, era tan inocente como una hoja de papel en blanco. Era muy reservado y nunca se había atrevido a dirigirme la palabra directamente. En la empresa se había ganado la fama de persona callada y honesta, y justo se había casado con una mujer, asustadiza como un cervatillo, que se llamaba Tania. Aquella mujer, que había trabajado en una peluquería haciendo permanentes y que se vio obligada a trasladarse al desierto con él después de casarse, intercambiaba muy pocas palabras con el resto de hombres del grupo. En aquel preciso momento estaban encerrados en su tienda nueva, de la que salía la vocecita de su bebé.

José también llevaba unos pantalones cortos de color verde, combinados con una camisa de cachemir caqui. Se había calzado unas deportivas de baloncesto de caña alta y se había puesto una boina de lana. Yo lo observaba mientras se agachaba para recoger leña y me recordaba mucho a aquellos

campesinos de las novelas de la antigua Rusia que llevaban una vida muy dura. Parecía un extranjero de la Europa del este, no tenía pinta de español. Y por su manera de ser, siempre era el que más colaboraba de todos.

Idris fumaba tranquilamente, sentado en lo alto de una gran roca. Tenía los ojos pequeños, llenos de energía, y la piel de su cara, que era muy huesuda, emitía un extraño color amarillo metálico a la luz del crepúsculo. Tenía una expresión cínica, como si todo le importase un rábano. En la empresa no había hecho buenas migas con los europeos, pero tampoco era especialmente paciente con los de su etnia. Sin embargo, con José se llevaba de maravilla. Vestía una chilaba larga de color azul que le llegaba hasta los pies, y que aleteaba a merced del viento. Si lo mirabas con detenimiento, no parecía saharaui, sino tibetano, un habitante del Himalaya, siempre envuelto en un halo de misterio.

Yo había salido al mediodía con el bañador puesto, pero en aquel momento me abrigué con una chaqueta de José y con un par de calcetines blancos de lana que me llegaban hasta la rodilla. Ya me había deshecho la trenza y estaba batiendo unos huevos con toda la calma del mundo. Tania no salía de la tienda, porque tenía miedo de todo lo imaginable que pudiese haber en el desierto, incluido Idris. Si en aquella ocasión nos había acompañado era porque su madre había regresado a las Canarias. Como Javier se había querido apuntar a nuestra salida, y quedarse sola en casa también le daba miedo, acabó viniendo con su bebé de tres meses en brazos. Daba mucha pena: la vida del desierto no estaba hecha para ella.

Cuando José logró encender una hoguera, dejé el plato y me dirigí al bosque que estaba a lo lejos.

–¿Adónde vas? –me gritó Idris, que no solía hablar mucho.

–¡A coger ramas de pino! –le respondí sin volver la cabeza.

–¡No te metas en el bosque!

–¡No te preocupes! –le grité echando a correr.

Al adentrarme en la arboleda, volví la cabeza para observar desde lejos a la gente del grupo: ¿cómo era posible que aquellas personas con las que había venido se vieran tan pequeñas como piezas de ajedrez dispersas por la arena? Pero lo más raro era que cuando estaba allí, con ellos, el sonido del viento sobre las copas de los árboles se oía tan fuerte por detrás de las tiendas como si estuviésemos en el bosque. En realidad nos encontrábamos muy lejos.

En el bosque se erguían árboles que crecían desordenados. Esperé un rato hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y descubrí que los árboles que me rodeaban eran casuarinas, no pinos. Entonces me fui adentrando entre ellos hasta que quedé envuelta en la penumbra. A pesar de estar rodeada de árboles y de haber poca luz, no sentía que tuviese que estar en guardia. De pronto algo inesperado apareció ante mis ojos: se trataba de una cabaña blanca de piedra, con el tejado en forma de cúpula. No tenía ventanas y la puerta parecía la entrada de un pozo negro. En aquel lugar se respiraba una tranquilidad que resultaba extraña, incluso misteriosa, pero sentía un potente aliento de vida en el interior de la cabaña, como si hubiera una bestia escondida.

Me llegaron ráfagas de un viento silencioso. Estaba rodeada de las sombras de los árboles y el ambiente resultaba opresivo. Casi no podía tragarme la saliva y fui retrocediendo poco a poco sin apartar los ojos de la cabaña. Cuando llegué al límite del bosque, arranqué de cualquier manera una rama que tenía a mano, partiéndola y tirando de ella con fuerza. Me di la vuelta de nuevo para echar un vistazo a aquel lugar misterioso, y pensé que me resultaba familiar porque ya lo había visto en sueños. Me quedé quieta y me pareció oír que de entre los árboles me llegaba la voz de alguien que suspiraba sutilmente en una especie de lamento. Se me pusieron los pelos de punta y eché a correr arrastrando la rama. Tenía

la sensación de que alguien me perseguía y un escalofrío me recorrió la espalda.

Después de unos cuantos pasos, vi como la hoguera que José estaba encendiendo se avivaba con un gran estrépito, como si estuviera compitiendo con el sol que se acababa de poner.

–¡Te dije que no echaras más gasolina, pero tú te has empeñado!

Cuando llegué casi sin aliento, el fuego llegaba al cielo.

–No eches todavía las ramas de pino. Espérate a que bajen las llamas.

–No son ramas de pino, son de casuarina –le corregí sin haber recuperado aún el aliento.

–¿Y solo has cogido una?

–Es que allí dentro hay algo raro... Ve tú a echar un vistazo, si tienes narices... –le grité.

–Dame el cuchillo, ya voy yo... –se envalentonó Pedro aparcando el yoga y cogiendo el cuchillo.

–¡No vayas! –le pidió Idris perezosamente.

–Ahí dentro hay una cabaña que pone los pelos de punta. ¡Ve a echar un vistazo!

Pedro se dirigió hacia el bosque y al poco rato regresó arrastrando una gran montaña de ramas.

–Oye, pues sí que hay algo raro ahí dentro... –reconoció.

–Los cardos silvestres también nos valen... ¡No hace falta volver allí! –dijo José sin darle importancia.

Levanté la cabeza para mirar a Pedro, que en aquel momento se secaba el sudor en silencio. ¡Con el frío que hacía a aquella hora!

–Miguel, ayúdame a preparar las brochetas de carne.

Me agaché y empecé a poner en fila las brochetas para pinchar la carne. Al volver la cabeza para mirar la tienda de Javier, vi que ya habían encendido la lámpara de gas, pero no se oía ni una mosca. Al cabo de un rato, cuando ya habíamos

acabado de preparar la cena, cogí el plato en el que había batido los huevos y me dirigí a la parte posterior de la tienda de Javier para dar una vuelta y estirar las piernas.

–¡Que viene el *yinn*! –grité mientras golpeaba el plato de esmalte con el tenedor, armando un gran revuelo.

–¡Sanmao, no nos asustes! –vociferó Tania desde el interior.

–¡Venga! ¡Salid! ¡La cena ya está lista!

Cuando abrí la tienda me encontré a Tania agachada con un abrigo grande sobre los hombros, al bebé tumbado en el suelo y a Javier preparando un biberón.

–¡No pienso salir! –dijo Tania negando con la cabeza.

–¡Pero si ya es muy tarde! ¡No se ve nada! ¿De qué vas a tener miedo si no ves nada...? ¡Piensa que no estás en el desierto! ¡Venga! ¡Sal!

Ella seguía sin verlo claro, por eso insistí.

–¿Quieres cenar o no? Si quieres cenar tendrás que salir...

Tania echó un vistazo al exterior a regañadientes con los ojos muy abiertos.

–Hemos hecho una hoguera, ¡no tengas miedo! –informó Miguel.

–Javier... –llamó Tania a su marido dándose la vuelta.

–No tengas miedo. ¡Vamos a salir! –la animó mientras cogía al bebé.

En cuanto se sentó, Tania gritó de nuevo.

–¿Se puede saber qué es esto tan negro que has asado? ¿A que es carne de camello? ¡Ay, Dios mío!

Todo el mundo se echó a reír, excepto Idris, que dejó escapar una ligera expresión de impaciencia.

–Es ternera con salsa de soja. ¿De qué tienes miedo? Mira, la primera brocheta es para ti... –le ofrecí pasándole una que cogió su marido.

José avivó el fuego, pero era necesario separar las ramitas incandescentes para asar la carne porque, si no, nos

quemaríamos hasta las cejas. A nuestro alrededor todo estaba en calma, solo se escuchaba el crepitar de la carne en el fuego.

–¡Buen provecho! ¡También tenemos tortilla a la francesa! –anuncié batiendo los huevos.

–Es que Sanmao es así: una gran escritora que, cada vez que cocina, parece que lo haga para un regimiento. ¿Quieres que reventemos o qué? –comentó José.

–¡No me gusta que paséis hambre!

–¿Te gusta la cebolla? –le pregunté a Tania, y ella negó con la cabeza al momento.

–Vale, pues haré una ensalada con cebolla y otra sin cebolla.

–Sí que te tomas molestias... –se quejaba Miguel entre suspiros.

–A medianoche, cuando el fuego esté a punto de consumirse, podemos asar unos cuantos boniatos en las brasas. ¡Siempre que vamos de acampada lo hacemos!

–¿Es que no dormís? –preguntó Tania.

–Quien quiera dormir que duerma, y quien no, pues que se quede en vela. ¡Cada uno es libre de hacer lo que le plazca! Dormir, levantarse, dormir y no levantarse... ¡Se trata de que todo el mundo sea feliz! –le expliqué con una sonrisa, acercándole otra brocheta de carne.

–Es que nosotros queremos dormir –se excusó Tania, como disculpándose.

Nadie respondió, ¡que cada uno hiciera lo que le viniera en gana!

Después de cenar, cuando todavía estábamos recogiendo los cacharros, Tania obligó a su marido a darnos las buenas noches, se levantaron y se marcharon. Cuando estaban a punto de salir del círculo de la hoguera, de pronto me dio un arranque y grité:

–¡Eh! ¡Hay un par de ojos clavados detrás de vosotros!

Al oír mis gritos, Tania se pegó un susto de muerte y se agachó olvidándose de su marido y de su hija.

–Va, Sanmao, compórtate... –me pidió Pedro fulminándome con la mirada.

–Perdón, perdón, ¡ha sido una broma! –reconocí abrazándome las rodillas sin poder parar de reír.

Ya refrescaba, pero el fuego no dejaba de crepitar. José y yo nos quedamos allí sentados un rato, y después también entramos en nuestra pequeña tienda. Cada uno se metió en su saco de dormir, con la cabeza fuera, y nos pusimos a charlar mirando el techo.

–¿Cómo dices que se llama este sitio? –le pregunté.

–Pues es que Idris no lo ha dicho claro...

–¿Y es cierto que aquí hay minerales cristalizados?

–Aquel que nos dieron lo habían cogido en esta zona, según nos dijeron, o sea que tendría que haber.

Nos quedamos un rato en silencio, y José se dio la vuelta.

–¿Ya estás dormido?

–¡Sí!

–Despiértame mañana por la mañana. ¡No te olvides, eh!

Me di media vuelta, nos quedamos de espaldas y cerré los ojos. Al cabo de un buen rato pensé que José ya se habría dormido porque no hacía ningún ruido. Entreabrí la tienda para echar un vistazo: alrededor de la hoguera quedaban todavía tres personas y vi como Miguel cuchicheaba con Idris.

Me volví a tumbar un rato más y sentí como si el viento del desierto aullara mientras volaba extendiendo sus alas. Las piquetas y los palos de la tienda se aflojaron y la lona se nos cayó encima. ¡Qué claustrofobia! De manera que simplemente salí del saco, me levanté, me puse unos pantalones largos y una chaqueta gruesa y pasé por encima de José gateando. Después abrí sigilosamente la tienda y salí con el saco a rastras.

–¿A dónde vas? –me preguntó José en voz baja.

–Afuera... –le respondí con el mismo tono de voz.

–¿Aún queda alguien?

–¡Hay tres que todavía no duermen!

–Sanmao....

–¿Sí?

–No vayas a asustar a Tania.

–No te preocupes, tú duerme.

Salí descalza, abrazada al saco de dormir, y me acerqué sigilosamente a la hoguera. Lo extendí y me metí dentro. Aquellos tres hombres seguían haciéndose confidencias en voz baja.

En el firmamento no se veían ni la luna ni las estrellas. La noche estaba tan oscura que parecía congelada y el viento soplaba sin ningún obstáculo. Solo se oía el crujir de los árboles que tenía tras de mí.

–Pero si siempre fuma maría... ¡No puedes confiar en lo que dice! –le susurraba Miguel a Idris siguiendo una conversación que yo desconocía.

–Antes no fumaba, pero luego se enganchó y ya no ha vuelto a ser el mismo. ¡Fíjate en cómo tiene la tienda! ¡Está hecha un desastre!

Abrí el saco de dormir, que me tapaba los ojos, y los observé de reojo. La cara de color bronce de Idris no tenía una expresión hierática a la luz del fuego.

–¿Habláis del viejo Hanna? –pregunté discretamente.

–¿Tú también lo conoces? –se sorprendió Miguel.

–¡Cómo no lo voy a conocer! He ido a pedirle ayuda muchas veces, pero no me hace ni caso. Parece un pajarraco obnubilado, embobado encima del mostrador. Nunca tiene la cabeza en su sitio y tira el cambio por los suelos... Le he ayudado en un par de ocasiones a hacer alguna venta porque no está pendiente de los clientes. Siempre está en otro mundo...

–¿En otro mundo? –se extrañó Miguel de nuevo.

–Sanmao quiere decir que va colocado... –intervino Pedro.

–Una vez le dije: «Oye, Hanna, dibújame el camino para ir a buscar al *yinn*». Aquel día estaba centrado, pero mi pregunta le hizo llorar... –les conté en voz baja desde el saco de dormir.

–¿Y por qué le pides ayuda justamente a Hanna? –inquirió Idris con desaprobación.

–¿No sabías que de joven era vigilante de tumbas para el *yinn*? –le repliqué con los ojos muy abiertos.

–Todo el mundo en esta zona conoce el camino...

–Sí, pero los demás no se atreven a llevarme... Idris, tú, por ejemplo, ¿me llevarías? –quise saber con un hilillo de voz.

Él esbozó una sonrisa ambigua.

–Oye, ¿pero de verdad crees que existe ese espíritu? –le preguntó Miguel a Idris en voz baja.

–Pues hay quien cree que sí y hay quien cree que no.

–¿Y tú qué opinas? –pregunté alzando la cabeza.

–¿Yo? Yo no creo demasiado en esas cosas...

–¿Pero sí o no? Mójate.

–Mira, ¿sabes qué...? –empezó a decir volviendo a esbozar la misma sonrisa ambigua.

–Pero si tú comes cerdo... –le piqué.

–Pues entonces ya sabes lo que pienso... –sentenció mostrando las palmas de las manos.

–Y aquello que decías de que en aquella ocasión Hanna se echó a llorar... –continuó Pedro retomando la frase que yo había dejado a medias.

–En cuanto oyó que yo le pedía que me llevara, se puso a hacer aspavientos con los brazos y me dijo: «Señora, está prohibido ir, los extranjeros no pueden ir allí. Hace dos años llevé a un periodista para que hiciera algunas fotos y al volver mi mujer murió de repente. ¡El *yinn* me castigó! Sacrifiqué la vida de mi mujer por un puñado de monedas...». Y tras decir aquello de pronto empezó a llorar amargamente, dando patadas y puñetazos. Yo juraría que aquel día no había fumado maría...

–He oído decir que cuando la mujer de Hanna murió, el cuerpo entero se le volvió negro, ¡y le empezaron a salir gusanos de la nariz! –apuntó Miguel.

–Echa un poco más de leña al fuego...

Me acurruqué dentro del saco de dormir y no dije nada más. Los cuatro estábamos alrededor de la hoguera y fuera de ella no se distinguía dónde empezaba el cielo y dónde acababa el suelo. Entonces se levantó un viento frío que aullaba como un fantasma.

–Lo que está claro es que la tierra realmente se abre, cada vez se van formando más grietas... –dijo Idris al cabo de un rato.

–¿Tú lo has visto alguna vez?

Idris asintió con la cabeza. Tenía la mirada perdida en la lejanía y el gesto melancólico.

–Antes siempre era Hanna quien caminaba varios días con sus noches, y luego regresaba a la ciudad para informarnos. Antes de llegar a la ciudad, ya gritaba desde lejos: «¡Se ha vuelto a abrir! ¡Hay más grietas!». Era terrorífico, y la gente del clan vivía con el miedo en el cuerpo porque a los pocos días siempre moría alguien. A veces, incluso más de una persona...

–¿Siempre moría alguien? ¿Sin excepción?

–Sin excepción. En cambio, ahora ya nadie se atreve a vigilar las tumbas y todos vivimos más tranquilos...

–¿Pero el suelo sigue abriéndose? –preguntó Pedro.

–¡Pues claro! Cuando alguien se muere y lo llevan hasta allí ya se encuentran una gran fosa esperando...

–Eso debe ser por casualidad, ¡el terreno está muy seco! –intenté justificar sin estar muy convencida de mis propias palabras.

–¡Pero si el suelo es de cemento y está muy bien asentado! ¿Tú crees que el terreno se agrieta solo, sin que haya un terremoto?

–¡Eh! Acabas de decir que no crees demasiado en estas cosas... Para ser tan incrédulo no dejas de insistir en el tema...

–Lo he visto con mis propios ojos muchas veces –se limitó a responder lentamente Idris.

–¡Dios mío! ¿Y a qué funeral asistió el *yinn*? –le pregunté.

–Al de mi mujer, que también está enterrada allí... Tenía catorce años y cuando la enterramos estaba embarazada... –comentó Idris como si aquello no tuviera nada que ver con él.

Nos quedamos todos estupefactos, mirándolo sin saber qué decir.

–¿De qué habláis? –nos preguntó José mientras salía de la tienda intentando no hacer ruido, aunque tropezó sin querer con un trozo de madera.

–Estamos hablando del *yinn*.

–Ah, de eso... Miguel, pásame un poco de té...

Se volvió a hacer el silencio alrededor de la hoguera.

–Idris... –lo llamé en cuclillas desde dentro del saco.

–Dime.

–¿Por qué el cementerio se llama *yinn*? ¿Qué explicación hay?

–Antes había muchos *yinns*.... Es un espíritu que habita en el desierto. En el dialecto árabe hasanía esta palabra también se puede entender como «alma». Se instalaban en los bosques que había en los oasis, pero estos bosques fueron desapareciendo y los *yinns* se fueron trasladando hacia el sur. En las últimas décadas he oído decir que solo queda uno en el Sáhara español, que vive en el cementerio del clan de los Mude. La gente empezó a llamarlo *yinn* y al final el camposanto y la criatura se llaman igual.

–¿Tú no eres del clan Mude también? –cayó en la cuenta José.

–¿No lo has oído? Lo acaba de contar. Su mujer está enterrada allí... –le susurré.

–¿Y por qué los Mude escogieron aquella tierra para enterrar a sus muertos?

–Pues no se sabe bien por qué. Cuando se dieron cuenta ya tenían a siete enterrados allí... No se enteraron hasta más tarde de que en ese lugar vivía un *yinn*. Y desde que empezó a pasar lo de las grietas del suelo, que anuncian la muerte inminente de alguien de la familia, ya nadie se atreve a irse de allí. ¡Y cada año le ofrecen sacrificios!

–He visto fotografías... –admití en voz baja.

–¿Hay fotos de eso? –preguntó Miguel estupefacto.

–Bueno, son las fotos que sacó ese periodista. No son de un espíritu, sino del cementerio. No fotografió el exterior, pero sí hizo muchas fotos en el interior. Era un lugar pequeño, hecho con cemento, y cubierto por unas telas de aspecto tosco de rayas negras y rojas, que no acababa de verse para qué servían. No había grietas en el suelo, y las paredes estaban grabadas con nombres por todas partes.

–¿Cómo va a estar el cementerio en una habitación? –se intrigó José.

–Al principio no era una habitación, el cementerio estaba tan solo delimitado con piedras, pero como la superficie siempre se abría por el lugar donde en teoría ya había alguien enterrado y los descendientes se dieron cuenta de que los huesos habían desaparecido, continuaron enterrando a los muertos en los mismos agujeros. La cuestión es que ya han pasado casi cien años, y ese pequeño lugar nunca se acaba de llenar. Mirad, os pongo un ejemplo: el cementerio no es más grande que el saco de dormir de Sanmao, y ya ha dado sepultura a los cuerpos de varias generaciones de la familia de los Mude durante todos estos años.

Me incomodó que Idris usara mi saco de dormir para ilustrar su explicación y me quedé con la espalda pegada al suelo. No me atrevía ni a moverme..

–¡Pues eso es que no han buscado bien! ¡Dicen que la

mayoría de los cadáveres no se descomponen en el desierto! –comentó Miguel.

–Para enterrar a alguien hay que cavar hondo, ¡y allí nunca han encontrado a nadie!

–Pedro! ¡Aviva un poco el fuego! –le chillé.

–Luego construisteis aquella sala y cubristeis el suelo con cemento pensando que así evitaríais que el suelo se agrietara, ¿verdad?

José se puso a reír a carcajada viva y echó el té en el fuego. Se oyó un estallido violento. ¡Qué miedo!

–¿No te lo crees? –preguntó Pedro en voz baja.

–Mira, todos nos tenemos que morir, se agriete el suelo o no. Además no olvidemos que los Mude son un clan muy numeroso.

–Solo vuestro clan padece este fenómeno tan extraño... Sanmao vive en una zona de cementerios y allí no hay ni espíritus ni leches –comentó Miguel.

–Oye, ¡no llames al mal tiempo! Que por ahora estamos muy tranquilos... –me inquieté.

–¡Silencio! ¡Baja el tono de voz! –me ordenó José con un golpecito, y me volvió a poner el brazo que había alargado en el saco de dormir.

–¡También es curioso que la gente de la ciudad no se mezcle con vosotros!

–Pero si no son Mude el *yinn* no les permite ser enterrados en aquella zona, porque ellos son los únicos que ofrecen sacrificios en su honor. Por eso el *yinn* solo los reconoce a ellos.

–Y tanto es así que, mira, una vez, un padre de otro clan estaba de viaje con sus hijos y murió a medio camino a causa de una enfermedad. Los hijos estaban justamente cerca de la zona del *yinn* y enterraron a su padre con los Mude. En aquella época todavía no habían puesto el cemento, solo tapaban las tumbas con grandes rocas. Cuando los dos hijos

regresaron a donde habían atado a los camellos, justo en aquel lugar apareció una tumba en la que antes no se habían fijado. No se veía a nadie por ahí y los dos hijos no creían tampoco en espíritus, pero cuando cavaron en la tumba para echar un vistazo se encontraron con su padre, al que acababan de enterrar a doscientos cincuenta metros. Al regresar a toda prisa al *yinn* vieron que la tumba de su padre estaba vacía, que no había nada...

–Deja que siga yo –le pidió Miguel–. Los hijos volvieron a llevar el cuerpo del padre al cementerio de los Mude y lo enterraron de nuevo, pero al regresar se encontraron otra vez con una nueva tumba que les obstaculizaba el paso. Al abrirla, se encontraron con su padre...

–¿Cómo lo sabes? –le interrumpí.

–Es que ya había escuchado esta historia... Se trata de un antepasado de Radi, el conductor de la empresa. Le gusta contárselo a todo el mundo y no se calla hasta que a su público le entra dolor de barriga.

–Oye, vamos a preparar los boniatos, ¿vale? –sugerí asomando la cabeza.

–¿Dónde están? –preguntó José.

–En el cubo. Hay varios kilos... Vamos a hacerles sitio entre las brasas.

–No los encuentro –confesó revolviendo cosas a lo lejos.

–En el rojo no, en el azul.

–Levántate a buscarlos, ¿No los has guardado tú? –me gritó sin levantar demasiado la voz.

–No me puedo levantar.

Más allá de la zona iluminada por el fuego me pareció ver miles de ojos parpadeando.

–¿Cuántos quieres asar? –me volvió a preguntar con el mismo tono de voz.

–Todos. Si no nos los acabamos, mañana también los podemos comer para desayunar.

Los hombres se pusieron a enterrar los boniatos en las brasas. Yo me acurruqué en el saco e imaginé que lo que enterraban eran siete cadáveres del clan de los Mude.

–Hablando de la gente de la empresa, aquel ingeniero también es uno de ellos... –añadió Miguel.

–¿Quién?

–El hijo mayor del jefe de la comisaría.

–No tiene nada que ver, Miguel –le dije.

–Yo estoy aquí desde antes que tú, y sí tiene que ver, solo que tú no lo has oído.

–Hubo dos que fueron a buscar las grandes dunas llamadas Santiago, pero se perdieron y no regresaron. El padre de uno de ellos los fue a buscar con la policía y dos días más tarde los encontraron en un bosque. No se habían muerto de sed, ni tampoco del calor. Se habían quedado sin gasolina y estaban allí tirados con el coche. Uno de ellos estaba bien, pero el otro ya había perdido el juicio cuando los hallaron.

–Bueno, según tengo entendido, aquel hijo nunca había sido del todo normal...

–¿Qué dices? Cuando lo conocí estaba perfectamente, pero al traerlo de vuelta se había vuelto loco de remate. Siempre corría arriba y abajo, y le salía espuma por la boca. Decía que le perseguía un demonio. Lo dormían a base de inyectarle somníferos a la fuerza y, si no lo vigilaban bien mientras estaba sedado, volvía a ponerse a correr como un poseso con los ojos inyectados en sangre. Así pasó varios días hasta que estuvo a punto de morir de tanto correr. La gente ya no sabía qué hacer con él; les daba tanta pena que lo llevaron a ver al *shandong*, y este le mandó rezar en dirección a La Meca, pero como su madre era católica dijo que de eso nada y entonces lo llevó a ver al sacerdote de la ciudad. El cura le dijo que padecía una enfermedad mental y le recomendó que rezara. De hecho le dijo que si rezando de cara a La Meca se curaba, quería decir que aquello era voluntad de Dios.

–¿Cómo quieres que le dijera eso un sacerdote católico? El cura de la ciudad y el *shandong* son prácticamente enemigos...

–Sanmao, no te desvíes del tema... –me cortó Miguel disgustado.

–¿Y qué pasó después?

–Después se puso a rezar en dirección a La Meca una y otra vez, y el *yinn* dejó de perseguirlo y se marchó. ¡No le molestó más!

–Tratar las enfermedades mentales rezando en dirección a La Meca solo lo puede recomendar el islam. Las otras religiones ni lo mencionan... –se burló José incrédulo echándose a reír de nuevo.

Miguel no le hizo ni caso y continuó:

–La cosa es que se curó, pero se había quedado en los huesos y se pasaba el día deprimido. Murió en menos de un año.

–Se tragó un tiro en la residencia. Justo aquel día uno de sus hermanos pequeños se casaba en España y sus padres habían ido a la boda, ¿no? –pregunté en voz baja.

–¿Se tragó un tiro? –preguntó Miguel mirándome desconcertado.

–Bueno, he traducido la expresión literalmente del chino. Quería decir que se mató disparándose un tiro en la boca. ¿Acaso no equivale eso a tragarse un tiro? –le respondí.

–Pues yo escuché que había sido por un desengaño amoroso. Se ve que la chica que le gustaba se casó con su hermano... Y por eso ya no está vivo. No tiene nada que ver con el *yinn* –sentenció José.

–¿Y eso quién lo dice? –le cuestioné.

–Yo.

–Ay... –dije con un suspiro–, incluso los hombres de la Legión hablan de los *yinns*, y cuando lo hacen no dejan de escupir como si hablar de ellos pudiera traerles mala suerte.

–Hace muchos años, oí decir que la Legión había atrapado a un grupo de camellos que vagaban solos sin dueño, y llegaron a la conclusión de que era el regalo que un yinn le había hecho a otro.

–¡Eso no da miedo! Al fin y al cabo no deja de ser un acto con un trasfondo humano... –dejé ir entre risotadas.

–Idris... –lo llamó de pronto Pedro, que llevaba un rato callado.

–¿Quieres fumar?

–¿Dónde está ese yinn? –preguntó con voz profunda como dudando.

–¿Y yo qué sé? El desierto es todo igual... –contestó Idris de forma ambigua.

–Los boniatos pequeños ya están asados. ¿Quién quiere? –preguntó José en voz baja desde el fuego.

–Pásame uno –le pedí.

Lo recibí medio incorporada. Como estaba ardiendo, se lo pasé a Miguel y este, al notar cómo quemaba, a Idris.

–¡Cómo quema! ¡Nadie se lo quiere quedar! –bromeé riendo.

De golpe el boniato volvió a caer en mis manos y al cogerlo lo apoyé contra la arena para enfriarlo. En medio de aquel alboroto, el clima de terror se disipó. José volvió a poner cardos secos en el fuego y las llamas se avivaron de nuevo. En aquel momento en la tienda de Javier se oyó como si algo se hubiera caído, y a continuación el bebé rompió a llorar.

–Javier, ¿va todo bien? –se interesó José.

–¡Sanmao se ha acercado a la tienda por detrás y ha despertado al bebé! –chilló Tania con voz llorosa, y encendió la lámpara de gas.

–Yo no he sido. ¡No me he movido de aquí!

Al ser acusada empecé a temblar sin parar. Todos se dirigieron a la tienda para ver qué había pasado, solo yo me quedé medio tumbada junto a la hoguera.

–Estábamos durmiendo plácidamente cuando se ha oído un ruido extraño en aquella parte de la tienda que da al bosque... –explicaba Javier.

Miguel tomó una linterna grande e iluminó la zona.

–Sí, aquí hay marcas de huellas de un animal... Ha dejado un rastro claro. ¡Venid a verlo!

Al oír aquello me senté y llamé a Tania, mientras los hombres se adentraban en la oscuridad.

–¡Acércate a la hoguera! ¡Ven a sentarte al fuego!

Tania apareció tambaleándose, completamente pálida y con el bebé en brazos, que dejó de llorar enseguida.

–¿Ha sido un lobo? ¿Tú crees que hay coyotes? –preguntó sentándose muy cerca de mí y temblando como una hoja.

–¡Qué va, mujer! Nunca los ha habido. ¡No temas! Si justamente a lo que no hay que temer aquí es a los lobos... –dije lentamente, fijándome en que los hombres ya habían dado media vuelta y regresaban.

–Sanmao, ¿qué hora es?

–No sé, pregúntaselo a José cuando vuelva...

–Las cuatro y media –respondió Idris en voz baja, apareciendo de la nada.

–¡Oye, tú! ¡No nos des estos sustos! ¿No habíais ido a ver de dónde salían esas huellas? ¿Cómo es que apareces por detrás? –le chillé dándome la vuelta, muy sobresaltada.

Si Tania ya temía a los saharauis, aquella vez aún les cogió más miedo.

–Es que yo... No he ido...

Parecía que a Idris le ocurría algo.

En aquel momento regresaron los tres hombres.

–¡Un perro salvaje! –nos informó José.

–¿Y de dónde ha salido? –me extrañé.

–¿Y yo qué sé?

Por el tono de voz que empleaba José se notaba que algo

no iba bien. Se había puesto nervioso. Le miré extrañada, pero no le di más importancia.

A nuestro alrededor reinaba un silencio sepulcral. Javier regresó a la tienda para coger tres mantas, y extendió una en el suelo. Tania y la niña se tumbaron sobre ella y Javier las tapó con las otras dos, mientras le acariciaba el pelo a su esposa.

–¡Duerme! –le susurró.

Tania cerró los ojos.

Pelamos los boniatos pequeños en silencio. Para poder sacarlos del fuego habíamos desparramado las cenizas y estas se amontonaban ligeras por el suelo.

–¡Echa más leña! –le pedí a Miguel, que estaba sentado al lado de los troncos.

Todo quedó en silencio de nuevo. Mientras Miguel estaba concentrado reavivando el fuego, yo estaba boca abajo aguantándome la barbilla con las manos y observando el movimiento de las llamas. Idris también se había tumbado y Pedro estaba sentado con las piernas cruzadas.

–Idris, ¿no te atreves a guiarme hasta el *yinn*? –volvió a las andadas Pedro.

Idris guardó silencio.

–Bueno, pues si tú no nos llevas, ¡seguro que aquella mujer de la ciudad a la que llaman Ojos de Bruja sí que accederá! –le pinchó Miguel.

–Hanna llevó una vez a un extranjero y su mujer murió. ¡Nadie se atreve a repetir su heroicidad! –musité.

–¡No digáis tonterías! Hanna no murió, ni tampoco el periodista... ¡De hecho quien la palmó fue su anciana esposa, que no había puesto un pie allí! –nos recordó José.

–El periodista también murió... –reveló Pedro en voz baja.

Como ninguno de nosotros estaba al corriente de aquel dato, nos sobresaltamos.

–En un accidente de tráfico... Pronto hará un año.

–¿Cómo lo sabes?

–Vi por casualidad que la revista donde trabajaba publicó una pequeña esquela en la que le hacían un homenaje.

–¿Habláis del *yinn*? –preguntó Javier a Idris, mientras nos hacía gestos con la mano para que dejáramos de hablar de ese tema, pues Tania todavía no estaba dormida, abría y cerraba los ojos de vez en cuando.

Volvimos a quedarnos en silencio, como era habitual cuando salíamos de excursión: charlábamos y guardábamos silencio a ratos.

La salida del sol siempre era bastante tardía en el lugar donde nos encontrábamos y hasta las siete o las ocho de la mañana no clareaba.

–Y esta Ojos de Bruja, ¿qué ve realmente? –preguntó Miguel en voz baja a Idris.

–Ella puede ver lo que para los demás es invisible. Al principio no lo sabía ni ella, hasta que en una ocasión acudió a un entierro... Era de día, y de pronto se sintió aturdida y le preguntó a alguien que tenía cerca que de dónde habían salido tantos corderos y tantas tiendas. Señalaba con el dedo el desierto vacío mientras decía: «Mira, aquella familia está recogiendo el campamento y se va... ¡Incluso se llevan los camellos!».

–¡Bobadas! ¡No me lo trago!

–Te parecerán bobadas, pero es la verdad. Mira, una persona muerta que ella no conocía le pidió que llevase un mensaje a sus familiares. Cuando habló con su familia, le confirmaron que aquella persona que quería saber con quién se había casado su hija había muerto hacía algunos años...

–En China también tenemos este tipo de personas, ¡los llamamos estafadores!

–Ojos de Bruja no cobra, ¡no le hace ninguna falta!

–¿Ha visto al *yinn*?

–Dice que el yinn estaba sentado sobre una rama y se columpiaba mientras observaba como enterraban cadáveres. Saludó con la mano a Ojos de Bruja, que se asustó muchísimo. Más tarde ella fue a comprar un camello para sacrificarlo en su honor...

–Así es, y también hay quien dice que el altar de los sacrificios no se llenaba nunca... –apostilló Miguel.

–El altar también es extraño... Es una simple losa más pequeña que una mesa, sobre la que no cabe un camello. En cambio, por más camellos sacrificados que dejen allí nunca se llena.

–¡Vaya con el yinn! ¡Qué avaricioso! –comenté discretamente.

De pronto nos llegó una extraña y violenta ráfaga de viento, que avivó el fuego, que estaba casi extinguido, y una llamarada súbita vino hacia mí. Rodé por el suelo sin apartar la vista del fuego, que retrocedió. Un escalofrío me recorrió la espalda.

–¡Os lo ruego! ¡Cambiad de tema! –nos suplicó lastimera Tania tapándose los ojos.

Aquel extraño y súbito movimiento del fuego nos dejó petrificados.

El ambiente era cada vez más angustioso, y la hoguera a ratos ardía con fuerza y a ratos perdía vigor. Todos mirábamos el fuego, pero nadie abría la boca. Al cabo de un rato, Miguel buscó tema de conversación:

–¿Habéis visto en la ciudad la obra *El león en invierno*?

–Dos veces.

–¿Y qué tal?

–Depende de los gustos: a mí me gustó, pero a José no demasiado.

–Muy exagerado... Era poco verosímil –se explicó.

Al hablar de la obra, nos llegó un sonido como el de una ola desde el bosque que teníamos detrás.

–¡No hables más de este tema! –le prohibí.

–¡Otro tema que censuramos! –se disgustó Miguel observándome.

–Macbeth... –dije señalando el bosque que tenía a mis espaldas.

–En vista de que te gusta tanto relacionar ideas... ¿Hay algo que no te dé miedo en este mundo? –me preguntó Miguel sorprendido mientras se echaba a reír.

–¡Es que, de verdad, aquello de allí es rarísimo! Pregúntale a Pedro, ¡él también se ha adentrado en el bosque hace un rato!

Pedro ni confirmaba ni desmentía.

–Parecía como si se fuera a mover... –insistí.

–¿Qué concretamente?

–¡El bosque!

–¡Qué imaginación! ¡Estás loca!

Me di la vuelta y el fuego que antes crepitaba con fuerza ahora se había apagado un poco. Nos invadió un sentimiento de miedo atroz y de pronto sentimos más frío.

–¡Voy a por más leña! –anunció José poniéndose en pie.

–¡Coge la lámpara de gas! –sugirió Idris.

Se le veía intranquilo y no dejaba de mirar hacia la zona que quedaba fuera del halo de luz que desprendía el fuego. Nos volvimos a quedar en silencio y el fuego por fin se convirtió en una pequeña montaña de cenizas oscuras. La lámpara iluminaba con su luz blanca nuestras caras y nos fuimos acercando unos a otros.

–Idris, ¿de veras que aquí hay minerales cristalizados?

Javier, que abrazaba a Tania, se esforzaba en llevar la conversación por otros derroteros.

–Aquel tan grande que os enseñé la última vez lo encontré aquí... ¡Sanmao se lo quedó!

–¿La última vez que viniste aquí fue para buscar minerales? –le pregunté llena de dudas, pues sospechaba alguna otra cosa.

De pronto noté como si una garra me hubiera arañado por dentro. Sentí tanto miedo que casi no podía respirar... En aquel instante lo entendí todo: comprendí dónde estábamos acampados aquella noche. ¡Fue como una revelación!

Al ver mi expresión, Idris supo que lo había descubierto y me evitó con la mirada.

–Antes había venido para otras cosas... –confesó.

–Tú...

Finalmente había constatado la realidad que menos quería constatar. La cabeza me iba a estallar de los nervios. Me quedé mirando a Pedro con la boca abierta y cogí aire con fuerza. ¡Nosotros dos éramos los únicos que nos habíamos adentrado en el bosque! Estaba tan sobresaltada que quería ponerme a gritar como una posesa.

Pedro tenía una expresión inescrutable, de manera que yo me mordí el labio inferior. ¡Él también había descubierto desde hacía un rato que nos encontrábamos en un lugar encantado! Pero Miguel no se había dado cuenta del susto que yo me acababa de llevar en ese instante, y seguía hablando tan tranquilo:

–Una vez murió una persona y la tierra no se había agrietado. Todos se extrañaron mucho, pero fueron a enterrar al muerto. Cuando regresaron se dieron cuenta de que Ojos de Bruja, que no se había movido de casa, parecía una loca. Estaba comiendo tierra, rodaba por el suelo, e insistía en que la persona a la que habían enterrado no estaba muerta y que el *yinn* les rogaba que la desenterraran. Nadie la tomó en serio, y ella siguió armando alboroto. Estuvo así un día y una noche. Al final la gente no pudo soportarlo más y fueron a comprobarlo. Al cavar se dieron cuenta de que el cuerpo que habían enterrado boca arriba, sorprendentemente estaba boca abajo. La mortaja estaba hecha jirones y la tela que le cubría la cabeza, que en un principio estaba seca, en aquel momento estaba húmeda

por la parte de la comisura de los labios. ¡Lo habían enterrado vivo!

–¡Por todos los santos! ¡Haznos un favor y cállate! –le grité.

Mis gritos sobresaltaron al bebé, que se puso a llorar y patalear. El viento volvió a soplar, y con él nos llegaron unos sonidos lejanos que parecían gemidos pero ni él mismo podía llevarse aquellas voces cavernosas. Alcé la vista y vi que la luna había salido un poco y que en el bosque que teníamos detrás había aparecido una sombra negra que se nos iba acercando, acompañada del sonido del roce de sus pasos.

–¿Te has vuelto loca? ¿Por qué gritas? –me recriminó José, que se levantó para irse.

–¿Adónde vas?...

–Me voy a dormir. ¿Podéis dar carpetazo al asunto?

–Vuelve, ¡te lo suplico!

Oí como José se echó a reír con fuerza en medio de la oscuridad. Aquella mezcla de sonidos enrareció aún más el ambiente. Parecía que fuera un fantasma el que reía, pero no, era mi marido.

Me acerqué a Idris, le clavé las uñas con fuerza en el hombro, y musité:

–¡Desgraciado! ¡Cómo has podido traernos a este santuario de muerte!

–Simplemente he cumplido con tus deseos –comentó mirándome de reojo.

–¡Ni se te ocurra decirlo! ¡Tania se moriría del susto si lo descubriera! –le amenacé mientras le volvía a clavar las uñas.

–¿Qué decís...? ¿Qué ocurre...? –se preocupó Tania, que no era capaz de acabar una sola frase del terror que sentía.

Se escucharon unos gemidos que me aterrorizaron de tal manera que perdí la capacidad de analizar racionalmente la situación. Cogí un boniato y lo lancé en dirección al bosque gritando:

–¡Cállate, espíritu! ¡Aquí nadie te tiene miedo!

–Sanmao, tienes alucinaciones... –me acusó Miguel, que, como no estaba al corriente de lo que ocurría, seguía sonriendo tranquilamente.

–¡A dormir! –dijo Idris levantándose, y se dirigió hacia su tienda.

–José... –lo llamé–. José...

Del interior de la tienda salía un haz de luz proveniente de la linterna.

–Ilumina bien el camino, ¿eh? ¡Que voy! –grité mientras corría llevando a rastras el saco de dormir.

Entré en la tienda bruscamente arrastrando el saco de dormir. En un momento, todo el mundo se había metido en su tienda y no quedaba nadie fuera. Me arrimé a José temblando y me cogí a él.

–¡José! ¡José! ¡Nos han traído al lugar donde habita el *yinn*! Tú... Yo...

–Ya lo sabía.

–¿Desde cuándo?

–Me he enterado al mismo tiempo que tú.

–¡Pero si yo no he dicho nada! ¡El *yinn* te ha dado el don de la telepatía!

–Sanmao, los *yinn* no existen...

–¡Claro que existen...! ¡Y se dedican a asustar a la gente con sus gemidos!

–Hazme caso, no existen.

–Sí existen, sí existen... Tú no has entrado en el bosque, así que no lo puedes saber. Para mí sí que existen, ¡yo sí me he adentrado en el bosque!

José lanzó un suspiro y me abrazó. Aquel gesto me tranquilizó.

–¡A dormir! –dijo José en voz baja.

–Mira, escucha....

–¡A dormir, he dicho!

Estaba tumbada sin moverme cuando de pronto el cansancio se apoderó de mí. No sé cuándo, pero caí en un profundo sueño. Al despertarme José no estaba a mi lado y había dejado su saco perfectamente doblado a mis pies. El sol ya había salido, pero todavía hacía frío. El aire estaba impregnado de la humedad de la mañana.

Todos los seres vivos de la zona empezaban a despertarse. Los rayos de sol granates tiñeron el desierto con su calidez; en los cardos silvestres habían brotado bayas, que parecían judías rojas; y escuchaba el aleteo de los pájaros silvestres que volaban a poca altura.

Salí de la tienda gateando y toda despeinada y me puse a observar el bosque en esa posición. Bajo la luz del sol, aquel lugar no era más que una arboleda pequeña cubierta de polvo y que pasaba desapercibida. Pensaba que se la veía descuidada, pero había perdido todo el misterio.

–¡Eh! –llamé a José y a Idris, que estaban desenterrando los boniatos.

Idris me observaba con la cara sembrada de dudas y recelos.

–No os comáis todos los boniatos, dejad uno para Tania. ¡Así la convenceremos para que vuelva la próxima vez! –les pedí con una voz clara y melodiosa.

–¿Y tú?

–Yo tomaré té.

Y le regalé una gran sonrisa a Idris, en señal de mi agradecimiento.

Pescadores de domingo
素人漁夫

Un domingo, José tuvo que hacer horas extras y estuvo fuera de casa todo el día. Para matar el tiempo me puse a contar minuciosamente todo el dinero que había ganado desde el mes de marzo de aquel año y anoté mis cálculos en una hoja de papel blanco mientras esperaba a que regresara. Cuando volvió a casa por la noche le coloqué el folio delante de sus narices.

–¡Mira el dinero que ha entrado en casa en los últimos seis meses!

Echó un vistazo a los números y quedó gratamente sorprendido.

–¡No sabía que había ganado tanto dinero! ¡Parece que soportar la dura vida del desierto sale a cuenta! Venga, vayamos hoy a cenar fuera para celebrarlo, que nos lo podemos permitir... –sugirió muy contento.

Sabía que me quería llevar al Hotel Nacional, y eso no pasaba cada día, así que me fui a cambiar de ropa en un abrir y cerrar de ojos y salimos juntos.

–Queremos un buen vino tinto y sopa de marisco. Para mí un bistec, y para mi mujer una ración para cuatro personas de langostinos. De postre tarta helada, también para cuatro –le pidió José al camarero.

–¡Suerte que hoy no he comido nada en todo el día! Ahora me podré poner las botas... –le confesé a José en voz baja.

El Hotel Nacional era de titularidad estatal. El restaurante estaba decorado como un palacio árabe, con el toque característico de la zona. La luz creaba un ambiente agradable y no solía estar muy concurrido. El aire era limpio, sin rastro de polvo. Los cubiertos relucientes y los manteles, impecables. Se oía una música de fondo suave, que fluía imperceptiblemente como un riachuelo. Cuando íbamos al restaurante del Hotel Nacional me olvidaba de que vivíamos en el desierto y aquel ambiente me transportaba a la buena vida que había dejado atrás.

Pasado un rato nos empezaron a servir los platos y nos llenaron las copas de vino. En una bandeja de plata preciosa había una larga fila de langostinos fritos que descansaban sobre una hoja de lechuga verde oscuro.

–¡Oh! ¡Ya tenemos aquí a los pájaros azules de la felicidad![1] –exclamé con un suspiro de emoción al ver aquel plato.

–¡Como veo que te gusta mucho, te traeré más a menudo!

Aquella noche, José estaba muy generoso, parecía un gran magnate. Tanto tiempo en el desierto servía para aprender una cosa: cualquier pequeño placer conllevaba una gran satisfacción espiritual. En otras palabras, ¡que preferíamos llenarnos el buche antes que cultivar nuestra mente!

Cuando acabamos de cenar pagamos con dos billetes de mil pesetas y volvimos a casa dando un paseo, encantados de la vida. Aquella noche me sentía la mujer más feliz del mundo. Al día siguiente comimos en casa, por supuesto. En la mesa teníamos una tortilla de patatas bien redonda, pan blanco y una botella de agua.

1. Hace referencia a los tres pájaros fantásticos que, según la mitología china, enviaba la Reina Madre del Oeste para avisar de su llegada y que se interpretaban como una señal de buen augurio.

–Ya la corto yo. Mira, dos tercios de la tortilla para ti y para mí el otro tercio.

Y mientras repartía las raciones, le puse todo el pan en su plato para que lo viera más lleno.

–Está riquísima, le he puesto cebolla... –le expliqué tomando la iniciativa.

José se zampó la tortilla en un periquete y se puso de pie para ir a la cocina.

–No hay nada más, José, hoy solo he hecho esto... –le advertí al momento.

–¿Y se puede saber por qué? –se extrañó mientras me observaba.

–¡Míralo tú mismo! –le dije entregándole una lista de gastos–. Este es el dinero que hemos gastado en medio año. Lo que calculé ayer eran los ingresos, y hoy he hecho las cuentas de lo que nos hemos gastado –le aclaré con la cabeza apoyada en su hombro.

–¿Hemos gastado tanto? ¡Pero si no nos queda nada! –me chilló.

–Así es... Los números no mienten –respondí asintiendo con la cabeza.

José me arrebató la lista de las manos para repasar las cuentas.

–Tomates, sesenta pesetas el kilo; una sandía, doscientas veinte; medio kilo de carne de cerdo, trescientas... –leyó José. Y luego murmuró–: ¿Y por qué compras cosas tan caras? ¡Ya podrías ahorrar un poco!

Al llegar a la parte en la que había escrito que la reparación del coche nos había costado quince mil pesetas y que en seis meses habíamos gastado veinticuatro mil pesetas en gasolina fue elevando el tono de voz y se puso en pie.

–¡Pero no te pongas así, hombre! Mira, si tenemos en cuenta que en medio año hemos recorrido ocho mil kilómetros, no es tanto dinero...

En menos de una hora mi cubo estaba a rebosar de mejillones y orejas de mar, y también había atrapado dieciséis cangrejos rojos, tan grandes como cuencos. Como no me cabían en el cubo, les hice una especie de prisión temporal con algunas rocas y los dejé allí para que no pudieran escapar. También reuní una gran cantidad de algas.

Cuando José salió a la superficie, vi que le colgaban de la cintura unos diez peces de color rosado.

–¡No he tenido tiempo de cogerlos todos! ¡Hay demasiados!

En aquel momento comprendí lo que sentían las personas avariciosas.

Cuando José vio mis cangrejos, fue a buscar más y atrapó otros veinte, aunque los suyos eran más pequeños y de color gris oscuro.

–Esto son nécoras, y están más ricas que los grandes.

La marea iba subiendo poco a poco, y regresamos al pie del precipicio, donde raspamos las escamas a los pescados y les quitamos las tripas. Llenamos una bolsa hasta los topes. Me quité los pantalones largos y anudé las perneras, y a continuación eché los cangrejos dentro. Luego atamos el cubo a la cuerda y lo subimos por el acantilado. Aquella primera incursión de fin de semana a la costa había resultado muy provechosa.

–Anda, vamos a invitar a comer a tus compañeros solteros de la residencia –le dije con insistencia de camino a casa.

–¿No querías hacer el pescado en salazón?

–Es igual... Es la primera vez. ¡Vamos a darles el gusto! Además, esta gente no suele comer bien...

Al oírlo José se puso muy contento, y antes de regresar a casa compró una caja de cervezas y seis botellas de vino. A partir de entonces, algunos fines de semana sus compañeros del trabajo nos acompañaban a pescar. Estábamos encantados, y comprábamos cinco kilos de carne de ternera, cinco coles chinas, hacíamos un montón de tortillas y nos llevábamos una nevera portátil. Tampoco nos olvidábamos de coger

un pequeño fogón, cinco cubos grandes y seis pares de guantes. Y además comprábamos una caja de refrescos de cola y otra de leche. Íbamos en varios coches, conduciendo con decisión y de forma desordenada a lo largo de la costa. Por la noche acampábamos, asábamos la carne y charlábamos. ¡Lo pasábamos de maravilla!

Con toda aquella diversión nos olvidamos sin querer del asunto del ahorro, y es que en nuestro hogar nadie se preocupaba mucho por el dinero. Lo guardábamos en el bolsillo de una chaqueta china y cuando alguno de los dos lo necesitaba, simplemente iba y cogía un billete. Si me acordaba de anotar los gastos, los escribía sobre cualquier pedazo de papel que tuviera a mano, y lo guardaba en un bote de caramelos. Después de unos cuantos viajes a la costa, el bolsillo se quedó vació y el bote, lleno de papelitos.

–¡Nos hemos vuelto a quedar sin nada! ¡Ha sido un visto y no visto! –murmuré para mis adentros con la chaqueta entre los brazos.

–¿No habíamos quedado en que iríamos a la costa para hacer pescado en salazón y así ahorrar en comida? ¿Cómo es que hemos tenido tantos gastos? –se preguntaba José mientras se rascaba la cabeza desconcertado.

–La amistad no tiene precio... –intenté consolarlo.

–La semana que viene venderemos lo que pesquemos –decidió José.

–¡Qué buena idea! El pescado se puede comer, pero también lo podemos vender. ¡Qué listo! ¡A mí no se me hubiera ocurrido! –le dije saltando y dándole un golpe cariñoso en la cabeza.

–Si yo, con que recuperemos el dinero que nos hemos gastado, ya me doy por satisfecho...

José no era para nada avaricioso.

–Vale, pues la semana que viene venderemos el pescado –aprobé gustosa, porque yo sí que era una mujer ambiciosa y esperaba sacar una buena tajada de todo aquello.

Dicho y hecho: aquel sábado nos subimos al coche a las cuatro y media de la madrugada. Hacía tanto frío que nos castañeaban los dientes, pero como éramos valientes y conocíamos el camino, nos obligamos a salir y a conducir por el desierto. Pasadas las ocho, cuando el sol todavía no hacía mucho que había salido, llegamos al acantilado y nos bajamos del coche. Detrás de nosotros teníamos el inmenso y misterioso desierto, mientras que delante de nuestros ojos se extendía el océano, con las olas que venían a romper en las rocas. En el cielo de color azul oscuro no había ni rastro de nubes. Una bandada de gaviotas volaba de aquí para allá, emitiendo de vez en cuando algún graznido, lo que hacía aún más grande la sensación de vacío.

Me levanté el cuello de la chaqueta y puse los brazos en cruz. Alcé la cabeza para sentir el viento en la cara y me quedé inmóvil en aquella posición.

–¿En qué piensas? –quiso saber José.

–¿Y tú?

–Estoy pensando en los estados espirituales que se describen en el libro *Juan Salvador Gaviota*.[2]

José era una persona muy lúcida, por lo que no me extrañó que en aquel momento le viniera a la cabeza precisamente aquel libro, no podía ser otro.

–¿Y tú? –insistió.

–Me estoy acordando de que una vez me enamoré locamente de un oficial muy guapo que era cojo. Fuimos a pasear por un altiplano, que estaba cubierto de fotinias floridas; el viento soplaba y me despeinaba, mientras él me

2. *Juan Salvador Gaviota*, la obra más célebre de Richard Bach, es un clásico de la literatura moderna que ha sido llevado a la gran pantalla y que ha inspirado obras musicales. La protagonista es una gaviota que busca ser diferente del resto y por ello sufre el menosprecio de sus compañeras, aunque no por eso deja de intentar superar sus limitaciones.

observaba con una mirada apasionada.... –me lamenté con un suspiro.

Cerré los ojos, me abracé a mí misma y exhalé el aire que tenía en los pulmones con satisfacción.

–¿Qué pasa? ¿Te han entrado ganas de interpretar *La hija de Ryan*[3] o qué?

–¡Bingo! Bueno, va, ¡vamos a ponernos manos a la obra!

Di una palmadita con las manos y fui a extender la cuerda dispuesta a bajar por el acantilado. Hacer volar la imaginación me había dado ánimos: era la forma que tenía de estimularme un poco en aquella vida aburrida que llevaba.

–Sanmao, hoy hay que ponerle ganas... ¡Tienes que echarme una mano! –me pidió mi marido con expresión seria.

Estábamos los dos en las rocas y José se sumergió en el agua. Cada vez que pescaba un pez, me lo tiraba a la superficie y yo me apresuraba a recogerlo. Entonces me arrodillaba en las rocas, le raspaba las escamas, le quitaba las tripas, lo lavaba y lo introducía, ya limpio, en una bolsa de plástico.

Después de raspar las escamas de dos o tres peces, me pinché en una mano y empecé a sangrar. Metí la mano en el agua para aclarármela: ¡me escocía mucho! José se sumergía continuamente y volvía a salir a la superficie para lanzarme más peces. Yo trabajaba tan rápido como podía e iba dejando los peces bien ordenados por filas dentro de la bolsa.

–¡Cómo cuesta ganar dinero! –murmuré para mí misma sacudiendo la cabeza.

Tenía las rodillas rojas e hinchadas de estar tanto tiempo arrodillada sobre las rocas.

3. *Ryan's Daughter*, David Lean, 1970. Película británica ambientada en la Primera Guerra Mundial. La protagonista es Rosy Ryan, una joven irlandesa casada que se enamora de un joven militar británico herido de guerra.

Después de una eternidad, José salió del agua y yo me apresuré a darle un vaso de leche. El pobre estaba muy pálido y se tumbó sobre una roca con los ojos cerrados.

–¿Cuántos llevamos?

–Más de treinta, ¡y son bien hermosos! Debemos tener unos sesenta o setenta kilos de pescado.

–Pues ya está bien por hoy. Estoy muerto de cansancio –reconoció mientras cerraba los ojos de nuevo.

–Se podría decir que somos unos pescadores domingueros –le dije mientras le servía más leche.

–Sanmao, ¡los domingueros disfrutan del domingo, y míranos a nosotros!

–No me refiero a eso. En París había un colectivo que entre semana iba a trabajar y los domingos se dedicaba a pintar. Se hacían llamar los «pintores de domingo». Como nosotros vamos a pescar los domingos, se puede decir que somos «pescadores de domingo». Es un nombre acertado, ¿no?

–¡Pero qué cosas tienes! ¡Cogemos cuatro peces y ya nos has bautizado! –exclamó José, quitándole importancia.

Después de descansar un poco subimos en tres tandas por el acantilado toda aquella montaña de pescado. Lo pusimos en el maletero y lo cubrimos con hielo picado de la nevera. Entonces eché un vistazo al desierto, que se extendía bajo el sol abrasador. Más de cien kilómetros de vuelta resultaban muy cansados. Y aquella vez no había sido tan divertida como las anteriores, estábamos hechos polvo.

–Por favor, José, déjame dormir un poco antes de ir a vender el pescado. ¡Te lo pido por favor! ¡No puedo con mi alma! –le imploré en voz baja al llegar a la ciudad.

–Imposible, el pescado se estropeará. Ve a casa y descansa, ya me encargo yo de venderlo –me tranquilizó.

–No, hombre, no... Esto tenemos que hacerlo juntos. Aguanto un poco más y ya está –logré decir.

Cuando el coche pasó por la muralla que rodeaba el Hotel Nacional como si fuera un castillo, me vino de repente la inspiración.

–¡Para el coche! –grité.

José frenó y me bajé descalza. Estiré el cuello para lanzar una mirada furtiva hacia el interior del hotel.

–¡Eh! ¡Eh! ¡Pss, pss! –llamé en voz baja a Antonio, que estaba detrás del mostrador.

–¡Ah! ¡Hola, Sanmao! –me saludó.

–¡No grites! ¿Dónde está la puerta trasera? –le pregunté en voz baja.

–¿La puerta trasera? ¿Y para qué la quieres?

Antes de que me diera tiempo de explicárselo, apareció el gerente. Su presencia me sobresaltó y me escondí tras una columna. Él se estiró para ver quién era, pero yo ya me había esfumado y había regresado al coche.

–¡No puedo hacerlo, José! ¡No sé vender! Me da mucha vergüenza... –reconocí enfadada tapándome la cara con las manos.

–Ya lo haré yo...

José bajó del coche, cerró de un portazo y se dirigió al hotel con pasos decididos. ¡Qué gran hombre! ¡Él sí que era valiente!

–Perdone, ¿es usted el gerente? Hola, buenos días.

Le hizo un gesto con la mano y el gerente se acercó. Yo estaba escondida detrás de mi marido.

–Traemos pescado fresco, ¿les podría interesar?

José lo preguntó con toda la naturalidad del mundo y sin ponerse colorado. Era evidente que sabía disimular muy bien.

–¿Cómo dices? ¿Que nos queréis vender pescado? –contestó ofendido mientras observaba nuestros pantalones rotos–. El responsable de cocina es quien se encarga de estas cosas. ¡Id por la puerta trasera y habladlo con él! –nos ordenó con un tono insultante señalando una puerta lateral.

Yo me encogí mientras empujaba a José hacia fuera.

–¿Pero has visto el menosprecio con el que nos ha hablado? ¡Vamos a venderlo a otro sitio! Piensa que si más adelante hacen alguna fiesta nos vamos a encontrar otra vez a este gerente...

–¡Este hombre es un imbécil! Tú ni caso. Vamos a acercarnos a la cocina.

Los trabajadores de la cocina nos rodearon para mirarnos, estaba claro que éramos la novedad.

–¿A cuánto vendéis el kilo? –se interesó el encargado.

Nos miramos sin saber qué decir hasta que José tomó la iniciativa.

–A cincuenta pesetas.

–¡Eso! ¡Exacto! A cincuenta el kilo –me apresuré a reafirmar.

–Muy bien, pues escogedme diez y los pesaremos ahora mismo... –nos pidió con amabilidad.

Estábamos muy contentos y regresamos rápidamente al coche para escoger diez peces bien hermosos.

–A partir del día quince podéis pasar por la oficina del contable para cobrar esta factura.

–¿No pagáis al contado? –preguntamos los dos a la vez.

–Lo siento, pero como el hotel es un organismo público... –se disculpó el encargado mientras nos estrechaba la mano.

Cogimos la factura de las primeras mil y pico pesetas que habíamos ganado con el pescado y la inspeccionamos por delante y por detrás. Al final me la guardé en el bolsillo del pantalón con mucho cuidado.

–Muy bien, pues ahora podríamos ir al hotel de las putas –sugirió José.

El hotel de las putas era muy conocido en el Sáhara. Ofrecían menús pensados para los trabajadores y por la noche vendían alcohol. Las habitaciones del piso superior se podían alquilar. La fachada estaba pintada de color rosa, ponían can-

ciones de moda a todas horas y la iluminación era verdosa. Siempre había un grupo de mujeres blancas que hacían su negocio e iban muy arregladas... A los obreros españoles que se dedicaban a la construcción de carreteras, en cuanto cobraban, les faltaba tiempo para ir y emborracharse hasta que los echaban. El sueldo que tanto esfuerzo les costaba ganar en un mes se lo embolsaban, en buena parte, aquellas mujerzuelas.

–Entra tú. Yo te espero aquí fuera... –le indiqué a José en la entrada del hotel.

Después de esperar casi veinte minutos, no había ni rastro de él. Cogí un pez por la cola y entré. Justo en aquel instante pillé a una puta acariciando la cara de mi marido desde detrás de la barra. José estaba como atontado y se dejaba hacer, así que me acerqué con paso firme y cara de pocos amigos.

–¿Queréis pescado o no? Va a quinientas pesetas el kilo –le dije de muy malas maneras.

Dejé el pez sobre la barra con tanta fuerza que resonó en todo el local.

–¿Y a qué viene eso de inflar el precio de esta manera? Tu marido me acaba de decir que lo vendéis a cincuenta el kilo...

Me quedé mirándola fijamente mientras pensaba «y si te atreves a volver a tocarle un pelo a mi marido, ¡no te lo venderé por menos de cinco mil!». José tiró de mí para sacarme del hotel.

–¿Pero se puede saber qué haces? ¡Me acabas de estropear el negocio! ¡Estaba a punto de venderle todo el pescado que nos quedaba! –me recriminó en voz baja.

–¡Me importa un rábano si nos lo compra o no! ¿Tú qué vendes: pescado o sonrisas? ¿Qué es esto de dejarte acariciar por esa mujer?

Levanté la mano para darle un buen golpe. Como José era consciente de que se había equivocado, se cubrió la ca-

beza con los brazos para protegerse del impacto. Bajo los efectos de aquel arrebato corrí hacia el hotel de nuevo para recuperar el enorme pez que había dejado sobre la barra.

Hacía un sol abrasador. Teníamos calor, hambre, sed, cansancio y, encima, estábamos enfadados el uno con el otro. Tenía ganas de tirar todo el pescado y olvidarme del tema, pero no me atreví a verbalizarlo.

–¿Te acuerdas de Baxi, el cocinero del ejército destacado en el desierto? –le pregunté a José.

–¿Quieres que les vendamos el pescado a los militares?

–¿Y por qué no?

José se dirigió hacia el campamento militar conduciendo en silencio. Justo antes de llegar, nos encontramos con Baxi por la calle.

–¡Baxi! –lo llamé–. ¿Queréis pescado fresco?

–¿Y dónde está el pescado? –preguntó con curiosidad.

–¡En el maletero! ¡Tenemos veinte peces!

Baxi se me quedó mirando y negó con la cabeza.

–Sanmao, ¿no ves que somos un destacamento de tres mil hombres, y que con veinte peces no tenemos ni para empezar?

–¿Y eso cómo lo sabes? ¡Te los tendrías que llevar y cocinarlos! Fíjate en Jesucristo, que con cinco panes y dos peces dio de comer a más de cinco mil personas. ¿Qué me dices de eso?

–Yo de vosotros iría a correos y me instalaría en la puerta. Allí hay mucho movimiento... –nos sugirió indicándonos el camino que teníamos que seguir para llegar.

Teníamos claro que nuestros clientes tenían que ser europeos, pues los saharauis no comían pescado. Fuimos a una papelería y compramos una pizarra pequeña y algunas tizas. También pedimos prestada una balanza a unos conocidos que tenían una tienda de comestibles.

En la pizarra dibujamos un pez rojo saltando y escribimos: «Pescado fresco a cincuenta pesetas el kilo». Cuando

llegamos a la oficina de correos eran las cinco en punto de la tarde. Había mucho ambiente porque los paquetes y las cartas que venían por avión ya habían llegado, y había mucha gente comprobando sus apartados de correos. Aparcamos, pusimos la pizarra delante de la ventanilla y dejamos el maletero abierto. Con solo aquellos preparativos ya nos pusimos colorados, así que cruzamos la calle por el paso de cebra y nos sentamos en la acera de enfrente sin atrevernos siquiera a mirar a los peatones.

El gentío iba pasando, pero nadie se detenía a comprarnos el pescado.

–Sanmao, ¿no habías dicho que éramos unos pescadores domingueros? ¡Pues precisamente no trabajamos los domingos! –ironizó José cuando ya hacía un rato que estábamos allí.

–¿Quieres que volvamos a casa?

De hecho, yo tampoco estaba de humor para seguir vendiendo.

En aquel momento pasó un compañero del trabajo de José. Cuando nos vio se acercó para saludarnos.

–¡Hola! ¿Estáis tomando el aire?

–No... –respondió José sin saber dónde esconderse.

–Estamos vendiendo pescado –le informé señalando el coche que estaba al otro lado de la calle.

Era un hombre de aspecto rudo. Cruzó la calle para leer qué ponía en la pizarra y luego inspeccionó el interior del maletero. Captó enseguida lo que estaba pasando, así que volvió hacia nosotros y nos hizo cruzar la calle de nuevo para acercarnos al pescado.

–¡No venderéis nada si no hacéis algo para llamar más la atención! ¿De qué tenéis vergüenza? Va, venga, que os echo una mano... –se ofreció, cogiendo un pez por la cola.

–¡Atención, señoras y señores! ¡Tenemos pescado fresco! ¡A setenta y cinco pesetas el kilo! ¡No dejen escapar esta oportunidad! ¡Nos lo quitan de las manos! –vociferaba.

¡Encima se había tomado la libertad de subir el precio! Sus gritos atrajeron a los peatones, que nos rodearon al momento. Nos llevamos una grata sorpresa al ver que los más de veinte peces habían volado en un abrir y cerrar de ojos. Después nos sentamos en el suelo para contar el dinero: ¡había más de tres mil pesetas! Cuando nos disponíamos a darle las gracias al compañero de José, nos dimos cuenta de que ya se alejaba sonriendo disimuladamente.

–José, nos tenemos que acordar de darle las gracias.

Cuando llegamos a casa estábamos exhaustos. Después de ducharme, me puse un albornoz y me fui a la cocina para poner una cazuela con agua al fuego. Cuando rompió a hervir puse dentro un paquete de espaguetis.

–¿Esto es todo lo que hay para comer? –se quejó José.

–Es que estoy agotada... Comeremos cualquier cosa y listos...

De hecho, no tenía ni hambre.

–Hemos estado deslomándonos desde antes de salir el sol y ahora tú solo me pones unos espaguetis... ¡Pues métetelos por donde te quepan!

José se vistió enfadado y se dirigió hacia la puerta.

–¿Y dónde se supone que vas ahora? –lo regañé.

–¡Me voy a cenar fuera!

¡Estaba claro que mi marido era un burro y tenía la cabeza más dura que una piedra! No tuve más remedio que vestirme e ir tras él. Cenar fuera significaba, evidentemente, ir al restaurante del Hotel Nacional.

–No hay nadie más estúpido que tú sobre la faz de la Tierra... Haz el favor de pedir lo más barato de la carta, ¿me oyes? –le recriminé susurrando.

En aquel preciso momento, uno de los jefes de José se nos acercó saludándonos con la mano.

–¡Hombre! ¡Pero qué casualidad! Ahora mismo estaba buscando a alguien con quien compartir la cena... No os importa que me siente con vosotros, ¿verdad? –se invitó él solito, y se sentó con nosotros–. Me han dicho que hoy tienen pescado fresco. ¿Qué os parece si lo probamos? ¡Esto de comer pescado fresco en el desierto no pasa cada día!

Aquel hombre no necesitaba que los demás participaran de su conversación. Los que están acostumbrados a mandar se olvidan de ponerse en la piel de los demás.

–Mira, de momento nos traes una ensalada, tres raciones de pescado y vino. Luego ya te pediremos el postre –le dijo al camarero sin consultarnos.

El maître encargado en aquel momento era justamente el hombre que nos había comprado el pescado en la cocina al mediodía. Se acercó a nuestra mesa sin darse cuenta de ello, pero cuando vio que se trataba de nosotros y que habíamos pedido el pescado que les habíamos vendido –y por el que ahora pagaríamos doce veces más–, se quedó sin palabras y con la boca abierta, como si estuviera ante dos chiflados perdidos.

A la hora de pagar nos tuvimos que pelear con su jefe para ver quién pagaba la cuenta. José se coronó como vencedor y acabó pagando con el dinero que habíamos ganado aquella tarde vendiendo el pescado en la oficina de correos. Solo nos sobró calderilla. En aquel momento me di cuenta de que daba igual si eran cincuenta o setenta y cinco pesetas, porque, en cualquier caso, ¡habíamos vendido el pescado demasiado barato! Al fin y al cabo estábamos en el desierto...

Al día siguiente nos despertamos muy tarde. Al levantarme, preparé café y puse la lavadora.

–¡Menos mal que todavía podemos contar con el dinero que hemos de ir a cobrar al Hotel Nacional! Si no, la salida de ayer hubiera sido un fracaso absoluto... También tenemos que descontar la gasolina... ¡Y la paliza que nos dimos! –comentaba José estirado en la cama.

–Hablando del hotel... ¡Ostras! ¡La factura! –exclamé.

Fui como un rayo al lavabo y apagué la lavadora. Saqué mis pantalones de entre las burbujas de jabón y metí la mano en el bolsillo... El jabón había desintegrado la factura y solo quedaba un montón de pedacitos de papel blanco mojados que eran imposibles de reconstruir.

–¡José! ¡El último pescado se nos ha resbalado de las manos! ¡Tenemos que volver a la tortilla de patatas!

Me senté en el escalón de piedra que había a la entrada del lavabo y me eché a reír y a llorar a la vez.

•••

Querida suegra
親愛的婆婆大人

Aunque mi historia de amor con José no era exactamente igual a aquellas en las que los amantes se fugan para casarse en secreto, tampoco era tan diferente, pues el día de la boda fuimos a pie al juzgado sin que ninguna de las dos familias pudiera hacer acto de presencia. Y así nos casamos.

Como en mi casa mis padres habían sido abiertos y comprensivos con sus hijos y me habían dado la libertad de poder hablar de cualquier cosa con ellos, les pedí su aprobación para la boda, y un día les notifiqué la fecha por telegrama. Pese a que las formas no fueron las mejores ni las más respetuosas, mis padres me querían con locura, y si yo había escogido al hombre ideal, aunque fuese en la otra punta del mundo, ellos no podían más que aceptarlo con una mezcla de alegría y tristeza.

–Este es también mi hijo y a partir de hoy debes obedecerle –me insistía mi padre sin parar, como si se tratara de Dios dirigiéndose a los hombres.

Yo, en cambio, no había tenido la misma suerte con los padres de José.

Sorprendentemente, cuatro de las hijas y un hijo no habían comentado con los padres sus planes de boda, pero aún tenían dos hijos y una hija solteros, así que todavía guardaban alguna esperanza.

Entre esas perlas de hijos, hubo uno que les dijo que se casaba el día antes de la boda (José); otra que les había escrito una carta cuando ya se había casado (la hermana mayor, que vivía en Estados Unidos), e incluso hubo otra que, mientras estaba sentada junto a sus padres en Madrid, se estaba casando en una iglesia de Colombia por poderes y en secreto (la segunda hermana mayor).

Estaba claro que aquellos hermanos de José habían encontrado a su media naranja y estaban felizmente casados, pero pasaban por alto algo que debían hacer: avisar con antelación a sus padres. En casa no decían ni pío pero los ocho hermanos estaban compinchados y se cubrían unos a otros para distraer a sus padres. Si cuando se enteraban ponían el grito en el cielo, ya estaba todo hecho.

Aquella educación familiar pecaba probablemente de ser demasiado estricta y conservadora. Era una dictadura que había dado lugar a la tragicomedia que vivían en aquella casa. (Que el lector no crea que solo la cultura china habla de la educación familiar, ¡en el mundo occidental no son pocos los fenómenos extraños!).

Después de la boda, el apellido de mi marido se alzó como el vencedor en mi carné de identidad, por eso dejé de prestar atención a mi familia biológica (evidentemente esto último es una broma).

En lo que respecta a la familia política, sabía perfectamente que podía despreocuparme, porque estábamos lejos de su alcance. Al principio les podía ignorar, pero más tarde, con el fin de ayudar a José en sus obligaciones filiales, les escribía todas las semanas para saludarles y describirles nuestra vida diaria con detalle. En el fondo, mi objetivo era que me aceptasen, pero no le robé el corazón a mi suegra hasta pasado un tiempo.

Por lo general, los hombres parecen personas serias y ariscas, pero en realidad no tienen malicia. Tienen un corazón que no les cabe en el pecho y son débiles de voluntad. Una se los puede ganar con solo unos pequeños gestos.

Y así fue: mi suegro no tardó en empezar a cartearse conmigo. Me quería tanto como a su propio hijo. Con mi suegra fue distinto: como la que escribía las cartas era una mujer y la que las recibía también, yo conocía a mi adversaria tanto como a mí misma, y con un pequeño detalle podía deducir muchas cosas. Yo me consideraba un poco mezquina y no esperaba que ella fuera mucho mejor. A no ser que mis técnicas de adivinación me hubieran fallado y contra todo pronóstico se tratara de una Guanying (que no estaba claro si era hombre o mujer)[1] o de una Virgen María (que sí había existido, y además era virgen), era imposible que yo le cayera en gracia y que me ganara su cariño. Por desgracia, la madre de mi esposo no pertenecía a ninguna de esas dos clases de mujeres.

Al cabo de medio año de casados, yo seguía escribiéndole pacientemente, pero mi suegra no me devolvía ni una sola línea. A pesar de la falta de respuesta, yo no me desanimé en absoluto, pues estaba convencida de que quería ganarme su cariño, y para ello había que ir poco a poco. (Al empezar ya he reconocido que quería robarle el corazón, ¡no tengo nada de legal!).

A todas las lectoras casadas: si vuestro matrimonio está construido sobre la misma base que la unión entre Adán y Eva –os recuerdo que fue Eva quien incitó a su esposo a comerse el fruto prohibido–, estamos más o menos en la misma situación. Os recomiendo que a vuestra suegra la llevéis en bandeja.

1. Guanying, una figura importante en el budismo, es como se denomina en chino a la diosa de la misericordia y la compasión. Originalmente un hombre representa a China en forma femenina y maternal por influencia taoísta.

Si –y sigo haciendo referencia a Eva– es vuestra suegra quien os entrega a su hijo, del cual sois una simple costilla, no malgastéis vuestro valioso tiempo, porque no necesitáis seguir leyendo. (Ahora bien, como es mejor ser precavidos, si todavía no habéis olvidado la historia de «El pavo real vuela hacia el sudoeste»,[2] os pediré que sigáis leyendo mi relato, pues nunca se sabe si os podrá ser de utilidad en el futuro.)

Cuenta el Antiguo Testamento que Adán y Eva, tras comer el fruto prohibido, fueron conscientes de su error y corrieron a exiliarse al fin del mundo para convertirse en pastores. De este modo empezaron una vida como matrimonio, en la que tanto se podían tirar la caballería por encima como comerse a besos. Al fin y al cabo, en algo tenían que matar el tiempo.

Cuando contestaba las cartas de mis padres, les adjuntaba fotos en las que se me veía despeinada. En el reverso anotaba que aquellos pelos eran como la hierba fragante, que cuanto más lejos estaba de ellos, más crecía y más se enredaba.[3] En mis fotos también aparecía mi hogar, que se veía muy lúgubre, como una prisión, aunque para mí era el lugar donde hallaba la felicidad: era mi paraíso.

Estar lejos de los dominios de mi suegra me permitía hacer lo que me viniera en gana, hasta tal punto que me olvidaba de quién era: ¡una persona libre!

2. Se trata de una de las canciones populares más famosas durante la dinastía Han. Cuenta la historia de un joven que debe abandonar a su esposa porque a su madre no le gusta. La mujer repudiada es obligada a contraer matrimonio de nuevo y decide suicidarse. Poco tiempo después su exmarido opta por el mismo trágico final y se cuelga de un árbol.

3. La autora adapta unos versos de un poema de Li Yu (937-978), gobernante y poeta de la dinastía Tang del Sur durante el período de las Cinco Dinastías. La obra habla de la tristeza que produce la nostalgia de la separación en los siguientes términos: «el dolor que siento por nuestra separación es como la hierba primaveral, cuanto más lejos estás de mí, más crece».

Yo pensaba en las palabras que un tal señor Bai[4] había escrito en la antigüedad: «Cada año la hierba exuberante se marchita en el campo y crece de nuevo; ni siquiera el feroz fuego podrá arrasarla por completo nunca; y renacerá cuando sople el viento primaveral».

Con la llegada del invierno, el amo y señor de aquel campo verde, José, me anunció por sorpresa:

–Pronto será Navidad, y tendremos que volver a casa a ver a mamá.

Al oír aquello me puse muy nerviosa e incluso se me saltaron las lágrimas.

–¿De qué madre estamos hablando? ¿De la tuya o de la mía? –le pregunté impaciente.

–De la de los dos.

Aquellas palabras, por muy diplomáticas que quisieran ser, no fueron la mejor idea del mundo.

En aquel momento me di cuenta de que mi etapa como hierba exuberante había acabado y que ahora me tocaba marchitarme. (Es decir, ¡derramar suficientes lágrimas como para quedar totalmente deshidratada!)

Era inútil que a principios de diciembre me diera un ataque de apendicitis, me resintiera de una hernia, sufriera una hemorragia gástrica, tuviera una bronquitis, me quedara clavada por la ciática, que me rompiera una pierna o que recurriera a cualquier otra estratagema de aquel tipo. Lo había probado todo sin suerte porque llegados al 20 de diciembre tuve que coger la maleta y subir al avión con un cuchillo a la espalda (que empuñaba mi marido), como si fuera una heroína dispuesta a morir por una causa noble.

4. Versos que corresponden al poema «Fude gu yuancao songbie» («Adiós a los pastos»), compuesto por el célebre poeta de la dinastía Tang (618-907) Bai Juyi (772-846).

Como había crecido en el seno de una familia de juristas, estaba familiarizada con el mundo del derecho y había visto todas las conductas delictivas habidas y por haber. Además, mis padres eran gente de una gran nobleza y rectitud y a menudo me advertían de que, para gestionar las relaciones fuera de casa, antes era preciso fijarse en uno mismo y ser íntegro, ponerse en el lugar de los demás y tener en cuenta sus circunstancias. Solo así se podía ser un buen ciudadano del mundo. (Es el primer paso en los procesos legales de resolución de conflictos.) Por ello, después de casarme solía hacer examen de conciencia y me hacía autocrítica, analizando en detalle todo aquello en lo que me había equivocado como nuera de la familia Quero.

Cuando me puse a contar mis errores, me di cuenta de que mis crímenes monstruosos podían ser juzgados tanto por lo penal como por lo civil, pues todo eran faltas imperdonables a las que no se les podía aplicar eso de «sin demanda, no hay juicio», y por tanto no podían quedar impunes. Por ejemplo, según mi suegra, yo había cometido adulterio, robo, fraude, ocupación, abducción, maltrato, daños y obstrucción familiar, entre una larga lista de conductas ilícitas imperdonables. Aun así, yo me decía a mí misma que incluso los héroes tenían momentos de debilidad y me repetía: «No tengas miedo, solo tú sabes que te sientes culpable, no es preciso que la suegra lo sepa; por muchas maldades que hayas cometido, puedes echarle un poco de cara».

Cuantas más vueltas le daba, más claro lo veía, y en un momento se me hizo evidente que ella me odiaba desde lo más profundo de su corazón. No tenía que dudar de mi imaginación, podía confiar plenamente en ella porque no había lugar a dudas: seguro que me detestaba. Ocupaba la primera posición en mi lista de enemigos imaginarios. Durante aquel trayecto en avión hasta su casa, me tenía que construir una primera imagen mental y no pecar de inocente. Podía ser que perteneciera a la CIA y yo al FBI. Pero no podía bajar la guardia creyendo que las dos pertenecíamos al mismo bando porque siempre podía haber delatores o traidores en el cuerpo.

Aunque les habíamos avisado de la hora de llegada con antelación, al aterrizar en Madrid y bajar del avión no había nadie esperándonos para darnos una gran bienvenida. Era natural: ¿qué gran recibimiento le iban a hacer a una criminal como yo? (De hecho, era una gran suerte que no estuvieran esperándome agentes de paisano con esposas: ¡tenía que comprar lotería sin falta!)

Cuando llegamos al aeropuerto, con la excusa de que tenía sed, quise ir a una cafetería a sentarme un rato. Después de alargar tres refrescos tanto como pude, me subí al taxi a regañadientes. (¡Cómo lamentaba que en los refrescos no hubiera bacterias! ¡Cogía una gastroenteritis aguda y de cabeza al hospital! Me ahorraba la visita.)

Por fin llegamos a la entrada de la bonita casa de mi suegra. Me temblaban un poco las piernas. Dejé la maleta en el suelo y le dije a José muy nerviosa:

–¡Llama al timbre! ¡Llama al timbre! ¡Avísalos de que estoy aquí!

Como estaba en su casa, José no hizo caso de lo que decía una loca como yo. Sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta: ¡el hijo pródigo había vuelto!

Mi marido se adentró en la casa dando grandes zancadas por aquel pasillo interminable, gritando «¡Papá! ¡Mamá! ¡Ya estamos aquí!». En aquel momento, por muy valiente que yo fuera, no me atreví a cruzar el umbral de la puerta y me quedé fuera con una sonrisa forzada, contando los minutos y los segundos: siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno...

De pronto, vi como aparecía un grupo de gente en tropel al fondo del pasillo. Mi suegro iba en cabeza, seguido de mi

suegra. Mi cuñada gritaba apretujándose entre ellos, y mis dos cuñados –que se habían dejado unas barbas muy espesas– ya venían desde lejos con los brazos abiertos.

Yo sabía que el momento había llegado, que aquello era lo que me iba a curtir en la vida, así que me apresuré a entrar. Al principio pensé que primero buscaría el abrazo de mi suegro, pues era la opción más segura. Sin embargo, mi suegra se adelantó y me abrazó con fuerza mirándome de arriba abajo y sonriendo de oreja a oreja. Como era de esperar, mi enemiga imaginaria era dura de pelar y tenía tácticas sofisticadas. Tenía que protegerme de ella e ir con pies de plomo. Y así fue como la nueva nuera de los Quero entró por la puerta de su casa.

–¡Papá! ¡Mamá! ¡Qué mal lo he hecho! ¡Os debo una disculpa!

(Fijaos que usé la primera persona del singular porque el hijo había sido abducido y eso le eximía de toda responsabilidad.)

Si hubiera tenido una suegra china, tendría que haber actuado de forma más exagerada: nada más entrar por la puerta tendría que haberme arrodillado y tocado el suelo con la frente una y otra vez. Pero aquello tampoco era para tanto porque si la suegra era una buena persona te levantaba y no permitía que te quedaras a la intemperie, honrándola durante trescientos días hasta morir congelada.[5]

Tenía que dirigirme a mi enemiga imaginaria como «madre». No me iba a resultar fácil, pero no debía resistirme, al

5. Sanmao se refiere a una historia de la dinastía Song (960-1279) que narra cómo Yang Shi y You Zuo, dos estudiosos de los clásicos, fueron a visitar al maestro Cheng Yi para que les resolviera una duda filosófica en la que no se ponían de acuerdo, pero al llegar se lo encontraron meditando y se quedaron esperando pacientemente. Tras una larga espera, el maestro se percató de su presencia y los aceptó como discípulos, conmovido por su actitud de respeto.

fin y al cabo, todavía me quedaba la forma cariñosa «mamá», que era la forma reservada para nombrar a la mujer que realmente me quería. En fin, que el lenguaje diplomático no puede obviarse y en ningún caso podía llamarla «señora Quero». ¡Hubiera significado mi derrota en el primer asalto! ¡Y habría sido poco inteligente!

Una vez dentro, empecé a observarlo todo, y me di cuenta de que aquella casa estaba perfectamente limpia, ordenada e iluminada, y tenía las ventanas impolutas y las superficies sin una mota de polvo. El baño brillaba de lo limpio que estaba, las flores en la terraza se veían espléndidas, las camas de todas las habitaciones estaban hechas con mimo y esmero, los cubiertos en la cocina relucían, mi suegro jubilado vestía ropas limpísimas y elegantes, los pantalones de mis cuñados estaban muy bien planchados y mi cuñada era agradable y educada. Aquellos logros, que tan claramente veía ante mí, se los tuve que atribuir a mi suegra, que ascendió de nivel en sus artes de guerra. Respiré profundamente y me preparé para librar una batalla de pesos pesados, aunque mi cuerpo era más bien ligero.

«Tu suegra es tu enemiga, tendrás que trabajar mucho para poder triunfar. ¡No debes olvidarlo!», pensé para mis adentros.

En la casa de mi familia, es decir, en casa de «mamá», yo podía dormir hasta la una de la tarde; dar agua con salsa de soja a mi marido para comer; no hacer la colada en toda la semana; agarrar a mi esposo por el pelo; darle una patada en la pantorrilla; usar su talonario de cheques a placer, y un largo etcétera de maldades, sin miedo a ser castigada. Pero ahora tenía la mala pata de que me habían obligado a pasar unos días en territorio enemigo. (Ella me la tenía jurada, aunque no me lo dijera abiertamente, así que debía confiar en mi instinto y buscar pruebas que sustentaran mi hipótesis.)

Si tú eres el primero en atacar a alguien, quien es atacado no tiene por qué tener muchos miramientos a la hora de defenderse y puede recurrir a todo tipo de estratagemas para hacerte caer en la trampa.

Si mi enemiga imaginaria hubiera sido poco inteligente, me hubiera tirado un jarrón a la cabeza y me hubiera propinado una paliza de campeonato nada más cruzar el umbral de la puerta. Me hubiera hecho un favor porque aquella reacción era la que necesitaba como excusa para poder coger la puerta al momento y desaparecer, para más adelante vengarme (la venganza es un plato que se sirve frío). Sin embargo, en mi caso era yo la que había cometido la falta en primer lugar y, como además tenía buen corazón, no me veía acudiendo al hospital para que me examinaran y así poder entregar un parte de lesiones junto con la denuncia pertinente. ¡Aquello hubiera demostrado mi poca experiencia!

Dicho de otro modo: mi enemiga imaginaria era diferente. Tenía un estilo más elevado, no pegaba ni insultaba, y eso la hacía aún más temible. Me di cuenta de que me daba mil vueltas. Tenía que recordar con detalle lo que algunas de las novelas clásicas chinas me habían enseñado –*El arte de la guerra*, *El romance de los tres reinos*, *A la orilla del agua*, *Sueño en el Pabellón Rojo*, *Viaje al Oeste*–, pues aquellos libros me podían dar ideas. *El clásico de la mujer piadosa* y las *Enseñanzas del maestro Zhu Xi*[6] tenían un efecto contrario porque hablaban de cómo ser un buen hijo, así que en caso de ser necesarias podían consultarse. Todos aquellos libros contenían precedentes sobre cómo lidiar con la suegra.

Durante los días que pasé en casa de la familia de mi marido, en ningún momento me permití olvidar que me enfrentaba a una persona que me odiaba. No podía relajarme: era preciso tenerlo presente en todo momento.

Yo no podía ser como una ciudad sin muralla, durante aquella visita en casa de mi suegra. Aunque era una invitada, no podía olvidarme de que también era la nuera.

Cuando a primera hora de la mañana oía que mi suegra ya se había levantado y entraba en el baño, saltaba de la cama a toda prisa, y después de vestirme, asearme y arreglarme, no esperaba a que mi enemiga se hiciera con el trapo o la escoba: los cogía yo. Tenía que esmerarme al máximo en las tareas domésticas para que rozasen la perfección, ¡no podía darle motivos para criticarme!

Yo intentaba ser especialmente afectuosa con mis suegros y cuñadas, pero con José era la de siempre. Cuando estaba sola en el baño, me decía a mí misma que no podía regañar a José, porque en aquel momento pertenecía a su madre, y si yo lo criticaba en público, mi suegra saldría a defenderlo y me pegaría. Era una lógica que hasta los niños podían entender, no era ningún secreto.

Es posible que el hecho de que diga que no tenía que criticar a mi marido delante de mi suegra para evitar recibir una tunda de palos os parezca demasiado sincero y penséis: «Ah, si tenías que ser dulce con él y en el fondo le querías, no hay mal que por bien no venga, es decir, tener aquella enemiga imaginaria os podía servir para acercaros». Lo que pasa es que yo era producto de mi época, así que ¿me podéis decir cómo demostráis vosotros el cariño? ¿Habéis pensado que ver la televisión recostada sobre vuestro marido puede ser, a los ojos de vuestra suegra, una falta de decencia? Y ahí va otra pregunta: ¿habéis visto alguna vez a vuestra suegra comiendo tarta sentada sobre las rodillas de su marido? No, ¿verdad? Por tanto, delante de mi suegra no debía sentarme sobre las rodillas de José, ni tampoco podía recostarme en él para que me hiciera de cojín, ni mucho menos besarlo, ¡eso era pecado capital!

6. Obras escritas por Zhu Xi (1130-1200), erudito chino confuciano del tiempo de la dinastía Song del Sur (1127-1279).

Por no poder, no podía ni ver la televisión. Cuando echaban la serie de la tarde, yo estaba precisamente en la cocina limpiando una gran montaña de platos, cacharros, cubiertos y vasos grasientos. ¡Vamos, mejor no podía estar! En caso de que saliera de la cocina después de una eternidad, me encontraba a mi suegro echando una siesta, a mis cuñados fuera de casa y a mi suegra charlando con su querido hijo en la sala del televisor. Yo entraba intentando pasar desapercibida y me sentaba con sigilo ante la indiferencia absoluta de mi suegra, que no se dignaba ni a mirarme. Si me ponía al lado de mi marido para poder participar en la conversación, José parecía sentirse molesto por mi presencia y entonces yo salía de allí con disimulo. ¡Si tenías un poco de vista podías darte cuenta de que era porque habías contraído la lepra de repente!

No podía ofenderme porque sabía que si ponía a mi querido marido entre la espada y la pared, le haría pasar un mal rato. Por muy mala persona que yo fuera a veces, tenía que ser razonable, y en aquel momento lo que debía hacer era irme. (Si era una cosa puntual, ¡tampoco era para tanto!)

Como no tenía a nadie con quien hablar, tenía que ir con cuidado. Si me levantaba a las siete de la mañana, siguiendo los pasos de mi enemiga, para fregar, hacer las camas, ir a la compra, limpiar la cocina, cocinar, servir la mesa y limpiar la montaña de platos y vasos, podía acabar creyéndome que era como una hija y, al sentirme cansada, tener la tentación de echarme una siesta siguiendo el ejemplo de mi suegro. Pero plantearme la idea de cerrar los ojos era demasiado arriesgado y me exponía en exceso, ya que mi enemiga me observaba con los ojos bien abiertos. ¿Acaso no hubiera corrido peligro? Me advertía a mí misma que no debía luchar por pequeñas victorias perdiendo así logros mayores, así que me iba a la terraza trasera y recogía la ropa que ya estaba seca. Luego me ponía a planchar en la cocina los vaqueros de mi bonita cuñada, que, aparte de estudiar,

empleaba el tiempo en buscar novio. ¡No debía cargarla con más trabajo!

Mi enemiga imaginaria era la persona más peligrosa para mi matrimonio, pues de ella dependía que tuviera un final trágico o feliz. Tenía un gran control de la situación. (¿Existen hijos que no quieran a sus madres?)

Mi suegra padecía el complejo de Yocasta, y mi marido, como todos los hombres, el de Edipo. Era algo natural, pasaba incluso en las mejores familias. Si una se empecina en no entenderlo y lucha por ir en contra de las fuerzas de la naturaleza es preciso que vaya a consultar al maestro Freud, pues las consecuencias pueden ser catastróficas. Aunque había aprendido algunas técnicas hipnóticas, aún estaba lejos de poder curar aquella enfermedad.

Al acabar de planchar, la ciudad ya estaba salpicada de las luces de la noche. Había vivido mucho tiempo en el desierto, y lo que realmente me apetecía era perderme en el tráfico intenso y unirme a los jóvenes que salían a divertirse. Quería ver las luces de neón y volver a experimentar la vida civilizada, con sus cosas buenas y malas.

Podría haber preguntado «¿Puedo salir con José a pasear?», pero me exponía a que mi suegra contestase «¿Pero no has salido por la mañana? ¿Por qué quieres volver a salir?». No era necesario entrar en una guerra dialéctica, replicándole «Es que por la mañana he salido a comprar con usted, y no es exactamente lo mismo». Y aún menos podía perder los estribos y ponerme el abrigo para salir a la calle sin permiso. La primera norma esencial para no ser abatido era respetar al enemigo y evitar el enfrentamiento directo a toda costa. Al fin y al cabo, yo no era más que una brizna de hierba perteneciente a la categoría del peso pluma.

Por fin llegó la Navidad y tres días antes mi suegra se puso a contar cuántos nos íbamos a reunir en su casa: ella y su marido, sus cinco hijas, sus tres hijos, cuatro yernos, una

nuera, dos tías, un tío, la mujer de un tío, primos, la novia extranjera del hijo mayor, el profesor de francés de la hija pequeña, catorce nietos muy revoltosos... En resumidas cuentas, seríamos treinta y siete.

–Este año la comida de Navidad te toca hacerla a ti, que eres la recién llegada. ¡Queremos comer cerdo agridulce, chop suey, pollo con salsa de soja...!

La familia se iba a reunir al completo e iban a armar mucho barullo. El corazón estaba a punto de salírseme por la boca, pero cuando busqué a José con la mirada lo vi enfrascado en su novela de misterio, como si tuviera los oídos taponados y se hubiera quedado ciego. En aquel momento me di cuenta de que antes de que el gallo cantara, mi querido esposo, al igual que Pedro, el discípulo de Jesús, me negaría tres veces. Y aquella era la primera.

El día 23 me levanté por la mañana y cogí tres cestas grandes y un carrito de la compra dispuesta a irme a buscar los comestibles que necesitaba para alimentar a un regimiento.

Alargué el cuello para mirar a mi suegra, que en aquel momento estaba arrodillada en el suelo limpiando una gran cantidad de cubiertos. Me di la vuelta para buscar a mi cuñada pequeña, pero no estaba. No me extrañó, pues se iba a estudiar el arte del amor desde primera hora de la mañana hasta la tarde y no se le veía el pelo.

Volví a entrar en la habitación sin hacer ruido y simulé cambiarme de botas, mientras le echaba un vistazo a mi querido marido, que estaba todavía acurrucado en la cama.

–¿Me podrías ayudar con las cestas de la compra, por favor?

Justo dio la casualidad de que en aquel momento entró mi suegra, y mi marido se convirtió en Pedro.

–Ve tú, los hombres no vamos a la compra –me espetó en voz alta.

Aquella fue la segunda vez que Pedro me negó.

Pero yo no debía odiarlo, ¿cómo iba a hacerme de esclavo delante de su madre?

Me marché sola a grandes zancadas hacia el mercado sin poder ponerme las manos en los bolsillos como solía hacer. Además, no paraba de tropezarme con las cestas mientras iba andando. Aquello era muy poco práctico. Sin embargo, me repetía a mí misma que pese a estar en una situación un poco difícil, debía mantener la cabeza alta y el pecho erguido, de forma que aquel líquido cálido y salado que luchaba por salir, y que estaba a punto de derramarse por mis ojos, diese media vuelta y fuese a parar al estómago, y así evitaría estropear el maquillaje que me había puesto en los ojos.

En definitiva, aunque aparentemente había sido derrotada, aquella batalla todavía no había acabado: hasta que no llegásemos al final, no se podía distinguir al vencedor. ¡Era muy importante no perder la esperanza!

El día de Nochebuena, cuando me levanté, mi suegra ya se había ido a la peluquería. Mi suegro se había ido a pasear como de costumbre, la hermana pequeña de José estaba con sus amoríos, el hermano mayor se había ido a esquiar y no tenía ni idea de dónde estaba mi otro cuñado. José había quedado con unos antiguos compañeros de clase, así que la casa estaba totalmente vacía. El resto de héroes vendrían por la noche con sus familias a rastras para que les diésemos de comer.

¡Ostras! ¡Aquella era una gran ocasión! Si no aprovechaba aquel momento para salir, ¿cuándo lo iba a hacer? Me apetecía ir a los grandes almacenes y darme el gusto de comprarme ropa nueva. Pero no debía huir, no podía olvidar que yo era el pilar fundamental de aquella noche. La cena de Nochebuena de aquellos treinta y siete comensales dependía de cómo yo manejase dos grandes sartenes. Aquel pensamiento hizo que me echara a reír a carcajadas: ¿cuándo volvería a tener otra oportunidad como aquella para desplegar todas mis artes delante de mi enemiga y demos-

trarle que no era una rival fácil? Si aprovechaba aquella ocasión podía borrar la arrogancia de mi suegra de un plumazo y aumentar mi estatus. ¡Era el momento de atacar! ¿A qué esperaba?

Hacía esfuerzos para no pensar que me fallarían las fuerzas y que no sería capaz de cortar aquella montaña de carne, y que aquel tobillo que me había torcido cuatro meses antes no me sostendría. Me decía a mí misma, recurriendo a toda la sabiduría de la que era capaz: «La debilidad física es temporal, mientras que la victoria mental es eterna». Otra cita que podría ilustrar aquella situación era: «Mi fuerza física es como "las hojas de los árboles cayendo sin fin arrastradas por el viento", mientras que mi voluntad es "el interminable río Yangzi fluyendo sin parar"».[7]

Sí, pese a todo, me atormentaba, preguntándome con insistencia: «Pero ¿para qué? ¿Todo esto para qué sirve?», es que no era un espantapájaros, sino una cabeza de melón.[8] Que ¿para qué? ¡Pues para mí misma! (No es que quisiera comer tanta carne). Me decía a mí misma que si me encargaba de preparar aquella cena, que era incapaz de comerme sola, era porque a la larga sacaría provecho.

Las personas nos debemos preocupar de nosotras mismas. La Navidad solo se celebra una vez al año, y cuando volviese al desierto, a mi casa, ya tendría tiempo de recuperar mi vida anterior, incluso a aquel marido que solo tenía ojos para mí. ¡Entonces todo aquello me salía a cuenta! (Si tomáis como referencia la obra *Sueño en el Pabellón Rojo*, ¿quién se casa con Jia Baoyu? ¡No os fijéis en la señorita Lin! Sí, será

7. Se trata de dos versos del poema «Deng Gao», de Du Fu (712-770), poeta de la dinastía Tang (618-907).

8. A lo largo de su vida, Sanmao se compara con un espantapájaros. Para ella simboliza el individuo que vive libre y a su manera, aunque los demás no lo entiendan.

muy adorable y todo lo que queráis, ¡pero esa candidez al final la conduce a la tragedia!)

Noche de paz, noche de amor... Por fin serví mis platos en la mesa, uno tras otro, para treinta y seis personas, que comieron encantadas. Y como yo era la recién llegada, evidentemente, se olvidaron de mí. ¿De qué me quejaba? Era la primera vez que mi enemiga imaginaria no me hacía un marcaje individual, así que no tenía tanta presión encima, podía relajarme un poco. Pude echarle a la comida tanto azúcar, ajo y salsa de soja como quise. ¿Por qué no recuperar un poco aquella sensación de estar «en mi casa», donde podía hacer lo que me viniera en gana?

Cuando abrimos el champán en el comedor, por fin pude integrarme en el grupo. Me limpié las manos, que tenía grasientas, me senté al lado de mi marido y bebí un gran sorbo de su copa, pero él ni se dio cuenta de mi presencia. No debía ofenderme, porque en la Biblia se relata cómo Pedro negó a Jesús tres veces y, después de que el gallo cantara, se dio cuenta de su error y salió llorando amargamente, cubriéndose la cara con las manos. En aquel instante, Jesucristo le miró con amor y no le reprochó nada, así que yo debía hacer lo mismo con José, porque llegaría el momento en que él se daría cuenta de su error y también saldría a llorar. No es que no quisiera enfadarme, pero todavía no había llegado el momento...

El bueno de mi suegro me buscó con la mirada y rescató de un rincón a su recién estrenada nuera. Entonces me abrazó, me besó y gritó delante de todos: «¡Que viva la cocinera! ¡Viva! ¡Viva!». Yo no debía perder las formas, llevada por la euforia, no podía unirme a sus vítores. Mi suegra había luchado toda la vida por su familia, y mi suegro seguro que nunca la había alabado. Aquellas palabras de reconocimiento lo hacían más humano, pero al mismo tiempo no dejaban de responder a un gesto diplomático: así que lo mejor era que emprendiera una retirada discreta y que recogiera los platos para

desaparecer en la cocina. Mi suegra empezó a recoger la mesa y a ordenar las sillas. Ella también debía estar cansada. Y yo ni me planteé seguirlos hasta el salón para bailar. Debía contenerme porque no le podía permitir que me robara todo el mérito que me había ganado a pulso aquella noche. (No podía olvidar que yo había nacido bajo el signo de Aries y que era una depredadora por naturaleza.)

Para enfrentarme a mi suegra, que era un peso pesado, debía ser suave y delicada, no podía golpear una piedra con un huevo.

¡Nochebuena: concédeme un sueño reparador! Los haces de paja de aquel espantapájaros que era yo se iban desmembrando por momentos. Estaba completamente destrozada... Me puse a contar ovejas con los ojos cerrados mientras lavaba los platos bajo el agua fría del grifo. ¡Ay, mi querido y adorable desierto! ¡Cómo deseaba volver a verlo!

En cuanto terminó la música, la gente se dispersó. Entonces me sequé las manos y salí para despedirme de las hermanas casadas.

–Tenéis que venir a ver nuestra nueva piscina. José ha dicho que mañana iréis con papá y mamá –propuso el marido de una de las hermanas mayores.

Yo me preguntaba qué sentido tenía ir a ver una piscina en pleno invierno.

–¿Mañana? He quedado con unas amigas... Con mis antiguas compañeras de piso. Me gustaría verlas... –intenté excusarme algo nerviosa.

–Ni hablar, ¿es que no quieres ir con la familia a casa de tu hermana? Llama a tus amigas y cancela la cita –intervino la segunda hermana mayor.

–Bueno, ¡basta de cháchara! ¡Hay Sanmao para todos! Tiene cuatro cuñadas, dos tías maternas y tíos y tías por parte de padre. ¡Que vaya cada día a una casa diferente! ¡Tenemos que aprender a cocinar platos chinos!

–Pero, José, ¿no volvemos al desierto el día 26?

–¡Ja! Tu cuñado hace tiempo que os tiene preparada una sorpresa. Ha conseguido un certificado médico que dice que José ha pillado un resfriado monumental. ¡Sois libres hasta el 6 de enero!

Las normas sociales requerían mantener las distancias con la familia política. No podía esperar que mi cuñado moviera un solo dedo para salvarme, ni siquiera si me caía al agua, por eso miré a José intentando pedir auxilio con la mirada: «¡Socorro!».[9]

Aquella doble personalidad suya me tenía aterrorizada porque Pedro ni siquiera me miró. (El gallo estaba a punto de cantar y ya me había negado tres veces. ¿Cómo podía ser que no saliera llorando amargamente? ¡Pedro! ¡Pedro!)

Por su parte, mi enemiga imaginaria me miraba riéndose, estaba la mar de contenta. No podía salir a la carrera llorando en lugar de Pedro, lo que tenía que hacerle era devolverle el gesto con una sonrisa igual o aún más grande.

A veces se podía negociar, y otras había que llegar a las manos. Cuando la violencia no solucionaba nada tenía que pasarme rápidamente a los pactos pacíficos, lo que no podía hacer era darme golpes contra la pared.

El establo de aquella casa contaba con once caballos modernos de diferentes colores, pero a la hora de ir a visitar los familiares, tuvimos que entrar y salir de la boca del metro o subir a los autobuses como si fuéramos ratas de alcantarilla. Además, cada día tenía que hacer la competencia desleal a mis conciudadanos y mi libro de recetas quedó prácticamente inservible de tanto pasar las páginas.

9. La autora adapta la siguiente cita del filósofo confuciano Mencio (372-289 a. C): «Nan nü shou shou bu qin», que recomienda por etiqueta social evitar cualquier contacto directo entre personas de diferente sexo.

Alguna de aquellas noches gélidas, al volver a casa y ver cómo tenía de ásperas las manos, me entraron ganas de utilizarlas para estrangular a mi marido. Cuando me lancé sobre él rabiosa (¡antes tuve que cerrar la puerta de la habitación con llave!), mi marido fue más rápido que yo.

–Pero ¿qué haces?¿Te has vuelto loca?

–Así es, desde que puse un pie en tu casa no me reconozco ni te reconozco a ti. Ahora lo único que tengo es una panda de enemigos imaginarios con los que estoy bregando todo el santo día. Estoy tan cansada que he perdido la razón...

–¡Pero si ellos te adoran! ¡Nunca habría imaginado que te quisieran tanto! ¡Y todavía te quejas! Míralos, cada día se comen esos mejunjes que les haces... ¡Y nunca se quejan! ¿Y tú cómo se lo pagas? ¡Con odio y deseos de venganza! ¡No tienes corazón!

Bueno, visto lo visto, había llegado el momento de dejar de actuar como la protagonista de aquella película en que una mujer llevaba dieciocho años loca.[10] Apagué la luz, me tomé un tranquilizante, puse el despertador y me tapé. Era mejor ponerse a dormir, así las lágrimas me permitirían, en mis sueños, volver flotando al desierto.

Pedro, Pedro... ¡No olvides que más adelante acabarás muriendo crucificado boca abajo!

Poco después de la Navidad, mi enemiga imaginaria fue a comprarme un regalo. Pero yo no estaba dispuesta a perder, y encima de su cama extendí un edredón multicolor del desierto que le había traído. Yo había tenido el detalle antes que ella, y quien lo hace primero ataca más fuerte.

Mi regalo de Navidad fue un libro grueso: *El gran libro de la cocina española de temporada*. No podía olvidar lo que manda el decoro español, así que abrí el regalo ante la persona que me lo ofrecía y le di las gracias con grandes cumplidos.

–Ven a darle un beso a tu madre –me pidió mi suegra con una sonrisa.

No debía dudar, de manera que me acerqué y le di un sonoro beso en la mejilla. Por suerte no llevaba los labios pintados, así no le dejaría marcas de sangre.

–También tienes que aprender a hacer platos españoles... José está en los huesos, ¡tienes que prepararle los platos típicos de su tierra!

Lo que ella no sabía es que los platos de nuestra tierra se limitaban a la carne de camello.

El primer domingo después de año nuevo era el esperado 6 de enero. Pero yo no podía pasarme de ingenua: «No hay que vender la piel del oso antes de haberlo cazado» porque, siguiendo con los refranes, podría ser que mi gozo acabara en un pozo. Mi enemiga imaginaria ni chocheaba ni era sorda.

Me di cuenta de que mi suegra se iba poniendo más triste a medida que pasaban los días. Hubiese dado lo que fuese por convertirme en la mujer invisible, y así habría evitado que pasara cuentas conmigo sobre el hecho de que me llevara a su retoño tan lejos, un delito flagrante de abducción del cual yo era la principal responsable. Su querido hijo no tenía la necesidad de haber volado tan pronto del nido, pero aquella Juan Salvador Gaviota que yo personificaba se lo había llevado a los confines del mundo, a un lugar que estaba a un siglo de distancia, y con ello había herido de muerte a su madre, y por lo tanto yo era la portadora del pecado original. Era comprensible que me odiara.

Una noche, cuando ya era muy tarde, me levanté sigilosamente y abrí el monedero para contar mis ahorros a escondidas: aún teníamos más de diez mil pesetas.

Al día siguiente, al despertarme por la mañana, vi que mi suegra sacaba ternera del congelador para comer.

10. Sanmao alude a la película taiwanesa *Fengnü shiba nian*, Tien-Yung Hsu, 1979, que narra la historia de una mujer que enloquece cuando su marido la abandona y es encerrada en un templo budista durante dieciocho años.

–Madre, desde que estamos aquí no has parado de trabajar, ¿por qué no dejas que hoy tu hijo os lleve a comer marisco? ¿Te gustaría que fuésemos todos juntos? –le sugerí, abrazándola por la cintura.

Yo no podía permitir que mis palabras dejaran entrever ni una brizna de hipocresía, porque mi enemiga imaginaria era muy inteligente y no pasaba nada por alto. Mi tono de voz y mi expresión me podían delatar.

La manera de hacerlo es muy sencilla. ¿Verdad que tenía una imaginación desbordante? Si no usaba en aquel momento todo mi talento natural, ¿cuándo lo iba hacer? Cerré los ojos y tomé la siguiente decisión: imaginé que mi suegra era mi madre. Tenía que concentrarme muy bien para llegar a ese grado de fantasía, pero si conseguía interiorizarlo me ablandaría y acabaría viéndola con otros ojos, más amorosos, y así le podría hablar desde el corazón. Mi verdadera madre, la que realmente me tiene robado el corazón, la tuve que encerrar por un tiempo en otro rincón de mi alma para que no se escapase. Y con este pequeño truco pude tener controlada a mi enemiga imaginaria.

La situación económica de mis suegros no era muy boyante, pero en Andalucía tenían unos cuantos olivos. No eran pobres, pero eran de naturaleza ahorradora, y salían muy poco a comer a un restaurante. Sus hijos raras veces los invitaban a comer fuera, así que aceptaron muy gustosos.

Mi cuñada pequeña y dos de mis cuñados fueron directamente al restaurante, y nosotros acompañamos a mis suegros. José llevaba de la mano a su madre, y yo iba cogida del brazo de su padre. Éramos el vivo retrato de una familia feliz.

Mi suegra se movía de forma grácil y elegante, mi suegro tenía un aire caballeroso y José estaba muy guapo. La nuera era la única que, después de preparar aquella cena para treinta y seis personas, se había quedado con el cutis apagado. No conseguía recuperar mi piel de antes, bonita como una rosa.

Les invitamos a comer langosta, cangrejo, gambas, almejas y salmón. ¡Y comieron todo lo que quisieron! No estábamos en uno de los mercados nocturnos de Taipéi,[11] sino en Madrid, en una famosísima marisquería de una calle muy animada.

Mis defectos naturales afloraron, y con ellos mi vanidad. Pensé en secreto, echando cuentas, que en el desierto había soñado con comprarme ropa nueva, y que en aquel momento todo el dinero que tenía estaba encima de aquella mesa. Mi familia política se estaba comiendo mi ropa, con sus botones, sus cremalleras, un trozo de tela roja y una manga. En aquel momento se estaban comiendo un cinturón.

Pero yo no debía entristecerme, ni tampoco inquietarme. ¿Acaso la aritmética no era cosa de estudiantes de primaria?

Lo más importante era que mi suegra había estado llevando durante nueve meses en su vientre al gran marido que tenía, y que le había dado vida. En aquellos más de veinte años ella lo había criado con mucho sacrificio para ofrecerle una educación, ayudarlo a aprender a leer, dar la cara cuando hacía travesuras, cuidarlo cuando estaba enfermo, vestirlo, alimentarlo, llevarlo de paseo o al barbero. ¿Cuánto dinero debía de haber invertido de sus ahorros? ¿Cuántas olivas había tenido que vender mi suegro para costearlo todo?

Le lancé una mirada a José, a aquel pedazo de hombre que tenía. Yo me había gastado los ahorros en aquella mesa para que José fuese mío. ¿El negocio me había salido redondo o había sido una ruina?

11. Los mercados nocturnos son unos espacios comerciales muy típicos de Taiwán, en los que se concentra una gran cantidad de tiendas con oferta de comida rápida a precios populares y están abiertos desde que cae la tarde hasta bien entrada la madrugada.

Me puse a pensar en mis padres biológicos y en cómo me habían criado. Yo era la niña de sus ojos, me habían tenido entre algodones. Y entonces me dije: ¿acaso los otros padres no hacen lo mismo con sus hijos?

Aquellos pensamientos estuvieron a punto de hacerme llorar. Yo no podía devolver a mis padres todo lo que ellos habían hecho por mí, y entonces lo que hice fue poner unas cuantas gambas en el plato de los padres de José. ¿Acaso no era eso también una forma de compensarlos? (De hecho, no era justo, pero no podía seguir dándole vueltas a aquello porque entonces se me quitaban las ganas de seguir poniendo gambas en su plato.)

¡Ojalá José hubiera entendido cómo me sentía! Si le hubiera pedido que hiciera lo que yo quería, tendríamos que haber sacrificado nuestras vidas para devolver a nuestros padres todo el amor que nos habían entregado, ¡y aun así no hubiera sido suficiente! (En este mundo hay hombres que sacrifican su vida por las mujeres, y viceversa, pero para encontrar hijos tan piadosos que se sacrifiquen por sus padres haría falta buscar con lupa. Y, desengañaos, ¡no encontraríais ni uno!)

Antes de irnos me puse a hacer las maletas con mi cuñada al lado, a la que le costaba mucho hacerse a la idea de que nos teníamos que marchar. La quería como si fuera mi hermana, así que pensé en regalarle algunas de mis prendas de ropa más bonitas. Y así lo hice. Pobre niña: acababa de entrar en la edad en la que entendía del amor, y como mis suegros eran muy estrictos casi no tenía ropa bonita que ponerse. Por eso, en lugar de cambiarse de ropa, no le quedaba más remedio que ir cambiando de novio.

De hecho, no solo lo hacía porque sintiera un gran afecto por ella, sino porque así me daba más oportunidades para el futuro. Quién sabe si algún día yo moriría y dejaría huérfano de madre a algún niño y tendría que pedirle a mi bonita

cuñada que se hiciese cargo de él. Así también podría ayudar a José a rehacer su vida. Aquello lo tenía que preparar con antelación, no podía esperar a que llegara el momento y tener que idear algo con prisas.

Finalmente llegó el momento de despedirse. Mis pulsaciones habían llegado ya a ciento cincuenta por minuto. De mi suegro no pudimos despedirnos, no dio importancia al hecho de que nos fuéramos y había salido a pasear como de costumbre, pese a las inclemencias del tiempo.

La expresión de mi suegra era fría como el hielo. Y yo, aquella criminal que había entrado en casa de los Quero esperando recibir mi castigo, salía de ella con la misma sensación. Sentía contradicción, culpa, remordimiento, y no me atrevía a levantar la cabeza. Me agaché para ponerme las botas y tuve la sensación de estar arrodillándome ante mi enemiga. Mi cuñada salió a llamar un taxi porque llovía (todos los familiares que tenían coche se habían ido a trabajar y nadie nos podía acompañar al aeropuerto). Al final subió las escaleras gritando: «¡Venga! ¡Que ya está el taxi!». En aquel momento me puse tan nerviosa que quise salir escopeteada por la puerta para evitar que mi enemiga se agitara y de pronto le diera por descargar contra mí toda su ira.

Al oír que el taxi ya estaba esperando, mi suegra no pudo evitar salir como una flecha hacia mí. Yo me quedé quieta, inmóvil, preparada para recibir una buena bofetada. (Le ofrecería la mejilla izquierda, y luego la derecha. Ya había decidido que en ningún caso le iba a devolver los golpes. Si lo hubiera hecho ya no sería una heroína.)

Cerré los ojos y apreté los dientes, esperando el impacto. Lo que no me esperaba era que mi suegra me abrazase con fuerza y se echase a llorar.

–Niña, ¡vuelve pronto! El desierto es muy duro, y aquí tienes tu casa. Me había equivocado contigo, pero ahora mamá te quiere –me dijo temblando.

(Por favor, quiero que os fijéis en que dijo «mamá» y no «madre» para referirse a ella misma.)

Pese a que mi enemiga se puso a llorar, yo seguía en posición de defensa. ¡Pero si no la había atacado! ¿Por qué lloraba?

Mi cuñada y José se acercaron para separar a su madre de mí.

–Va, mamá, no montes un escándalo. El taxi lleva ya rato esperando. ¡Déjala ya!

Y solo entonces mi suegra me liberó de su abrazo.

Tenía la cabeza muy alta y la espalda recta. Sin embargo, las lágrimas que creía que me tendría que tragar no asomaron. ¡Qué extraño!

Aquel día hacía una temperatura de otoño y caía una lluvia cálida de primavera, que poco a poco me mojó la cara.

Volviendo a los versos del señor Bai (que no había acabado de recitar), el poeta parecía hablar en boca de la suegra cuando decía: «Una fragancia lejana inunda viejos caminos; el verde se extiende hasta los límites de una ciudad en ruinas; me despido de nuevo de un noble; el verde se impregna de la emoción del momento...».

Por fin había matado a mi enemiga imaginaria y mi querida suegra, como si fuera una Venus, empezaba a nacer acompañada del sonido del claxon del taxi.

El esclavo mudo
哑奴

La primera vez que me invitaron a cenar en casa de un saharaui muy rico que vivía en la ciudad, no tenía ni idea de quién era el anfitrión. Según lo que nos había contado Alí –que era el hermano pequeño de la mujer del primo del millonario– no era habitual que este último invitara a gente a su casa. Sin embargo, como nosotros éramos amigos de Alí, tuvimos la oportunidad de probar, junto a otros tres matrimonios españoles, las brochetas de joroba y de hígado de camello.

Tras entrar en la laberíntica mansión blanca de nuestro anfitrión, me comporté de forma muy distinta a la del resto de los invitados. Ellos se sentaron tranquilamente sobre una bella alfombra árabe y se quedaron esperando los manjares que, casi con toda seguridad, les resultarían vomitivos.

El anfitrión –un astuto saharaui de edad avanzada– dejó la velada en manos de Alí y solo compartió un rato con nosotros antes de regresar a sus aposentos. Fumaba tabaco de narguile y hablaba francés y español con fluidez y elegancia. Se mostraba seguro de sí mismo y transmitía un cierto orgullo difícil de describir.

Después de mirar las hermosas portadas de los libros de la familia, le pregunté a Alí con mucha educación si me per-

mitirían ir a las habitaciones interiores para visitar a las bellas esposas de nuestro anfitrión.

–Sí, entra, por favor. Ellas también tienen ganas de conocerte, pero es que les da vergüenza salir...

Me fui sola a dar un paseo por las estancias posteriores y fui viendo los majestuosos dormitorios, los grandes espejos que llegaban hasta el suelo, mujeres hermosas, una gran cama con un colchón de muelles y mucha ropa bordada con oro y plata que rara vez se veía en el desierto. Me hubiera gustado que José hubiera visto a las cuatro jóvenes bellezas que mi anfitrión tenía por esposas. Era una lástima que fueran tan tímidas y no quisieran salir a saludar a los invitados.

Cuando volví al salón, vestida con la ropa de color fucsia que me había prestado una de las esposas del anfitrión, y con la cara tapada, los hombres dieron un salto en sus asientos, pues creían que yo era la quinta esposa. Como parecía que me había vestido muy acorde con el estilo de la sala, decidí dejarme puesta aquella ropa. Solo me retiré el velo de la cara para poder probar las delicias del desierto.

Al poco rato, entró un chiquillo con un fogón de carbón al rojo vivo. No debía tener más de ocho o nueve años, ya que no llegaba ni a la altura de un taburete y en su cara tenía dibujada una sonrisa humilde. El niño dejó con cuidado el fogón en una esquina y volvió a salir. Pasado un rato, entró de nuevo balanceándose con una gran bandeja de plata en las manos, que puso sobre una inmensa alfombra roja de un diseño multicolor. En la bandeja había una tetera, un azucarero y una botella de agua perfumada –todos de plata–, hojas frescas de menta de un color verde oscuro y un fogón de carbón muy pequeño, en el que se calentaba el té.

Suspiré llena de admiración: me sentía cautivada por aquel juego de té tan magnífico y refinado.

El muchacho nos hizo una leve genuflexión y a continuación cogió la botella plateada y nos roció ligeramente la

cabeza con el agua perfumada. Se trataba de un rito de gran solemnidad en el desierto. Bajé la cabeza para que el muchacho me echase el agua y no se detuvo hasta que el pelo se me empapó por completo. En un instante el aroma impregnó aquel palacio árabe, creando un ambiente ceremonioso y conmovedor que contribuyó a hacer desaparecer el potente y desagradable olor corporal de los saharauis.

Más tarde, el chico volvió a entrar sigilosamente con un gran cuenco de carne de camello cruda, y puso una parrilla sobre el fogón. Todos hablaban en voz muy alta y dos de las españolas comentaban aparte sus respectivos partos. Solo yo observaba en silencio cada uno de los movimientos del chiquillo.

Hacía las cosas metódicamente. Primero preparó las brochetas y, mientras las asaba, atendía el agua para el té del otro fogón. Cuando rompió a hervir añadió las hojas de menta, las de té y los terrones de azúcar. A la hora de servir el té, alzó la tetera por encima de su cabeza y la inclinó ligeramente. La bebida caía en las tacitas de forma perfecta, con mucha gracia. Al acabar de servirlo, volvió a arrodillarse ante nosotros y nos entregó los vasos con las dos manos. Aquel té era una verdadera delicia.

Cuando las brochetas estuvieron listas, el muchacho trajo la primera ración en un gran plato. La joroba de camello era básicamente grasa, pero el hígado y la carne se podían comer, poniendo buena voluntad. Los hombres y yo cogimos una brocheta y empezamos a comer. Aquel muchacho me observaba con atención, y yo le sonreí y le guiñé el ojo para que viera que me gustaba. Mientras me comía la segunda brocheta, aquellas dos mujeres españolas, que parecían unas pueblerinas, empezaron a gritar fuera de tono.

–¡Dios mío! ¡Esto no hay quien se lo coma! ¡Voy a vomitar! ¡Rápido, que alguien traiga un refresco!

Sentía vergüenza ajena ante su falta de educación.

Para mis adentros, pensaba que con toda aquella comida que nos habían preparado, yo era la única mujer que la estaba probando. Y para colmo, habían enviado a un chiquillo para que nos sirviera mientras nosotros estábamos sentados, comiendo como unos inútiles. Me resultaba patético. De manera que opté por sentarme junto a él y ayudarle a preparar las brochetas. Yo misma me las asaba y me las comía, y me di cuenta de que si les ponía un poco más de sal tampoco estaban tan mal.

Aquel muchacho iba trabajando en silencio, con la cabeza baja y una sonrisa permanente en los labios. Parecía muy listo.

–¿Es posible poner primero en la brocheta este trozo de carne, luego un pedazo de la joroba, después un poco de hígado y al final la sal?

–*Haka!* –me confirmó en voz baja en el dialecto del árabe hasanía.

Era un crío muy capaz y yo le hacía caso en todo. Antes de avivar el fuego o de darle la vuelta a la carne se lo consultaba a él. Vi cómo su cara se ponía roja. Debía de estar halagado y contento, seguro que no le hacían sentirse así muy a menudo.

Los demás comensales, que estaban sentados junto al fuego, no se veían nada animados. Alí nos había invitado a una comida típica del desierto, pero aquellas dos odiosas mujeres no dejaban de hacer comentarios de desprecio: no querían beber té, querían tomar refrescos; no querían sentarse en el suelo, querían una silla... Alí dio órdenes al chiquillo para que las complaciera, y el pobre –que tenía que ocuparse del fuego– no tuvo más remedio que salir disparado a comprar refrescos, y, al regresar, trajo las sillas sobre los hombros. En cuanto las dejó en el suelo se apresuró a asar la carne. Estaba tan ocupado que llevaba el agobio dibujado en la cara.

–Alí, ¡ni tú ni esas mujeres movéis un dedo! Todo se lo mandas hacer al más pequeño, que está desbordado. No es muy justo, ¿verdad?

–Uy, ¡pero si esto no es nada! ¡Hoy se puede decir que es su día de suerte!–dijo cogiendo un pedazo de carne y señalando al muchacho con la brocheta.

–¿Quién es este niño? ¿Por qué tiene que ocuparse de todo?

José cambió de tema al momento.

–¿Quién es? ¡Dímelo, Alí! –insistí alejándome del fuego cuando José acabó de hablar.

–No es de la familia –respondió Alí, apurado.

–Y si no es de la familia, ¿por qué está aquí? ¿Es el hijo del vecino?

–No...

Todos los presentes guardaron silencio súbitamente. Como no hacía mucho que vivía en el desierto, era natural que no entendiera por qué se sentían incómodos. Incluso José se quedó callado.

–¿Pero se puede saber quién es?

Yo tampoco tenía paciencia. ¿Por qué evitaban hablar del tema?

–Sanmao, acércate –me llamó José levantando la mano.

Dejé la brocheta y me acerqué.

–Es un esclavo –susurró por miedo a que nos pudiera oír aquel chiquillo.

Me tapé la boca con la mano y clavé mis ojos en Alí. Luego miré en silencio al muchacho, que tenía la cabeza gacha, y no dije nada más.

–¿Y cómo se convirtió en esclavo? –pregunté a Alí con la cara descompuesta.

–Ya nació esclavo. Los miembros de su familia lo han sido durante generaciones.

–¿Acaso el primer negro que nació llevaba escrito en la frente «soy esclavo»? –lo piqué observando su tez oscura.

–¡Claro que no! ¡Fue capturado! Cuando vemos a negros por el desierto los capturamos y les propinamos una brutal paliza hasta dejarlos casi sin conocimiento. Luego los deja-

mos atados con una cuerda y al mes ya se les han pasado las ganas de escaparse... ¡Y si capturamos a su familia aún tienen menos motivos para huir! De esta forma se convierten en nuestra propiedad generación tras generación... ¡Ahora también se puede comerciar con ellos!

Al ver mi expresión de indignación, se apresuró a añadir:

–¡No los maltratamos! Este muchacho, por ejemplo, vive con sus padres en una tienda fuera de la ciudad y por las noches vuelve con ellos. Tiene mucha suerte, cada día puede volver con su familia.

–¿Cuántos esclavos tiene el amo de esta casa?

–Más de doscientos, y todos construyen carreteras para el gobierno español. A principios de cada mes el amo cobra por ellos, y así es como ha amasado su fortuna.

–¿Qué comen los esclavos?

–El órgano español encargado de su contratación se ocupa de eso.

–O sea, que os forráis a su costa y encima no los tenéis que alimentar... –le reproché entornando los ojos.

–Oye, ¡tenemos que conseguir nosotros también unos cuantos! –le susurró una mujer a su marido.

–¡Cierra la boca! –oí que le dijo su marido.

Al despedirme del anfitrión, me quité las ropas locales y se las devolví a sus esposas. Él nos acompañó hasta la puerta y le di las gracias, pero esta vez no quise estrecharle la mano: no quería volver a verlo nunca más.

Cuando ya habíamos llegado al final de la calle me di cuenta de que el esclavo nos había seguido. Me miraba con sus grandes y vivarachos ojos escondido tras una esquina. Era tan tierno como un cervatillo. Me separé del grupo y me acerqué con cuidado. Saqué doscientas pesetas del monedero, le cogí la mano y le puse el dinero en ella.

–¡Gracias! –le dije, y di media vuelta.

A pesar de todo, me sentía muy avergonzada. ¿Qué re-

presentaba el dinero? ¿Le había transmitido lo que yo quería expresar con aquel gesto? No se me había ocurrido nada más, pero aquella era una forma realmente vulgar de expresarle mis buenas intenciones.

Al día siguiente me dirigí a la oficina de correos para recoger la correspondencia y, como me vino a la cabeza el asunto de los esclavos, aproveché el viaje para subir al juzgado y hacer una visita al anciano secretario.

–¡Dichosos los ojos, Sanmao! ¡Cuánto tiempo! Por fin te acuerdas de mí.

–Señor secretario, me he enterado de que en las colonias españolas se permite abiertamente la posesión de esclavos. ¡Podéis sentiros orgullosos!

El secretario dejó escapar un largo suspiro.

–¡Ni me lo menciones! Cada vez que los saharauis y los españoles se pelean, encerramos a los españoles para calmar a las masas, pero nunca tienen bastante. No nos atrevemos a interferir en sus asuntos por miedo incluso a morir...

–Cometen atrocidades con vuestra connivencia, ¡eso va más allá de no interferir! Utilizáis esclavos para construir vuestras carreteras y les entregáis los sueldos a sus amos, ¡es de risa!

–Oye, ¿y eso qué tiene que ver contigo? Los amos son los jefes de la tribu, hombres influyentes y representantes del pueblo saharaui en el Parlamento de Madrid... ¡Son todos hombres de poder! ¿Qué podemos hacer nosotros?

–¡Oh, España! ¡La gran nación católica, que no permite el divorcio pero sí la esclavitud! ¡Es inaudito, os felicito! Y esta es mi segunda patria, menudo negocio he hecho...

–Sanmao, ¡no te exaltes! Con el calor que hace...

–Bueno, ¡pues me voy! ¡Adiós!

Y me fui de allí dando grandes zancadas.

Aquella tarde llamaron tres veces con mucha educación y delicadeza a mi puerta, luego se produjo un silencio. Me

sentí desconcertada, pues no estaba acostumbrada a recibir visitas de personas tan civilizadas.

Cuando abrí la puerta me encontré con un hombre negro de mediana edad a quien no conocía de nada. Vestía con harapos, como si llevara jirones de tela. Como iba sin turbante, el pelo canoso se movía a merced del viento. Nada más verme se inclinó con humildad con las dos manos entrecruzadas en el pecho, como si me estuviera presentando sus respetos. ¡Sus gestos no tenían nada que ver con la rudeza de los saharauis!

–Y usted es... –pregunté y esperé a que hablara.

No podía hablar, de su boca solo salían sonidos roncos. Hizo un gesto con las manos, como indicando la altura de un niño pequeño y después se señaló a sí mismo, pero yo no comprendía lo que me quería decir.

–¿Qué? Perdone, pero no le entiendo –le dije con amabilidad.

Al ver que no le entendía, se apresuró a sacar doscientas pesetas, señaló repetidamente en dirección a la casa del millonario y volvió a hacer el gesto de la altura del niño pequeño. ¡Ya estaba claro! Se trataba del padre del chiquillo.

Insistió en devolverme el dinero, pero yo me negué. Le expliqué gesticulando que ese dinero se lo había regalado al muchacho por la carne que me había preparado. Era muy listo y lo captó de inmediato. Era evidente que aquel esclavo no era mudo de nacimiento, ya que podía emitir sonidos. Simplemente era sordo. Echó una rápida mirada al dinero, que debía parecerle una cantidad astronómica y se quedó pensativo. Intentó devolvérmelo de nuevo y estuvimos porfiando por ello durante mucho rato, hasta que volvió a inclinarse con las manos unidas y esbozó una sonrisa. Me dio las gracias una y otra vez y se marchó.

Aquella fue la primera vez que vi al esclavo mudo.

No había pasado ni una semana, cuando un día me levanté como de costumbre con las primeras luces del alba y

despedí a José, que tenía turno de mañana. Solía marcharse hacia las cinco y cuarto, cuando el cielo todavía seguía cubierto por un manto de estrellas. Vimos que en la entrada nos habían dejado una lechuga fresca, de un color verde oscuro y todavía húmeda. La recogí con cuidado y no cerré la puerta hasta que José se hubo alejado. Le busqué un jarrón de boca ancha y, como si de una flor se tratara, la coloqué en la sala de estar porque me daba pena comérmela.

Yo sabía quién nos la había dejado allí. Cada día les regalábamos una gran cantidad de cosas a los vecinos saharauis de esa región, pero el único que nos devolvía el detalle era un pobre esclavo al que no le pertenecía ni su cuerpo. Y aquello me resultaba más conmovedor que el relato bíblico de la viuda de las dos monedas.[1]

Deseaba saber más del esclavo mudo, pero él no volvió a aparecer.

Al cabo de un par de meses el vecino de atrás decidió levantar una habitación en el último piso. Los bloques de cemento se amontonaban en nuestra puerta y de ahí eran elevados hasta la azotea con una polea. Nuestra entrada estaba hecha un desastre y las paredes de yeso estaban arañadas y golpeadas por los ladrillos. Cuando José volvía del trabajo, no me atrevía a mencionarlo por miedo a que se enfadara y aquello afectara la relación con los vecinos. Yo esperaba que empezaran las obras lo antes posible para que pudiéramos volver a retomar nuestra vida tranquila.

Esperé durante mucho tiempo, pero no había signo de avance alguno. Un día, cuando fui a tender la ropa, me asomé

1. Pasaje del Evangelio según San Lucas (LUCAS, 21, 1-4) en el que se relata cómo Jesucristo se conmueve con el humilde donativo que hace una viuda necesitada al templo. Jesucristo encuentra sus dos monedas mucho más valiosas que las grandes cantidades de dinero que dan los ricos, que solo entregan lo que les sobra.

por el agujero de su techo y les pregunté por qué no habían empezado la obra todavía.

–Empezaremos enseguida, es que estamos intentando alquilar un esclavo. Vendrá cuando acabemos de negociar el precio. Su amo pide mucho dinero por él porque es el mejor albañil del desierto.

Unos días después, llegó el albañil a nuestra casa. Subí a la azotea para saber quién era y me encontré con el esclavo mudo, que estaba agachado preparando el mortero.

Me dirigí hacia él gratamente sorprendida, y cuando se dio cuenta de que una sombra se le acercaba levantó la cabeza. Al verme esbozó una sonrisa sincera y en su rostro pareció brotar una flor abierta. Me hizo una reverencia, pero yo le alargué la mano al instante y se la estreché. Luego le hice un gesto para agradecerle la lechuga que nos había regalado. Al saber que yo había adivinado de quién provenía el regalo se ruborizó, y luego gesticuló para preguntarme si nos había gustado. Asentí enérgicamente y le dije que ya nos la habíamos comido. Volvió a dibujar una sonrisa amable y me indicó que las encías de las personas como nosotros sangraban si no comíamos lechuga. Me quedé de piedra, ¿cómo era posible que un esclavo del desierto tuviera aquellos conocimientos?

Era fácil entender los gestos del esclavo. Aquel tipo de lenguaje universal era realmente práctico. El hombre era muy hábil gesticulando y era muy sencillo entender lo que quería decir.

En unos días, el muro ya nos llegaba a la cintura.

Estábamos en pleno agosto y al mediodía los rayos del sol sofocante parecían lava deslizándose por las laderas de un volcán. Cerré las puertas y ventanas de casa y sellé los marcos con papel para impedir que el calor inundara las habitaciones. También mojé las esteras con agua y me puse una toalla llena de hielo en la cabeza. Pero todo era en vano, pues rozábamos los cincuenta y cinco grados. Hacía un calor de

mil demonios. Cada vez que notaba los latigazos del calor enloquecedor, me echaba en la esterilla y contaba los minutos y segundos para que llegara el atardecer, ya que solo entonces soplaba un viento fresco que me permitía sentarme un rato en la entrada. Era mi momento de mayor felicidad y lo esperaba con muchas ganas.

Volví a acordarme del esclavo mudo, que seguía trabajando en la azotea, después de muchos días. ¿Cómo podía haberme olvidado de él? ¿Y qué debía de hacer él cuando el calor apretaba de esa forma?

Subí de inmediato a la azotea y, al abrir la puerta, me golpeó una ola de calor. Al instante empecé a sentir un fortísimo dolor de cabeza y me apresuré a buscarlo en aquel amplio espacio abierto, donde no había ni una sombra para cobijarse. Cuando lo encontré estaba medio recostado en la pared. Cubría su cuerpo con un pedazo de esterilla de paja casi destrozada que había cogido del redil del ganado. Estaba postrado como un perro viejo incapaz de defenderse.

Me acerqué corriendo para llamarlo y lo toqué. El sol me abrasaba la piel como si fuera hierro fundido. Al cabo de unos segundos empecé a dar tumbos, incapaz de soportar aquel calor infernal.

Extendí la esterilla y lo empujé. Entonces alzó la cabeza muy despacio y me miró como si estuviera a punto de llorar. Su expresión encogía el corazón.

Señalé en dirección a mi casa.

–¡Ven conmigo! ¡Corre!

Se levantó con mucha dificultad. En su cara pálida se dibujaba la expresión de la duda, como si no supiese qué hacer. Aquel calor me resultaba insoportable, así que lo empujé con fuerza, y entonces se inclinó muy avergonzado. Cruzó la marquesina que José había colocado y bajó por los peldaños de piedra poco a poco. Yo, que iba detrás, cerré la puerta que daba a la azotea y bajé a toda velocidad.

El esclavo se quedó bajo la marquesina, fuera de la cocina. Tenía en la mano un trozo de pan más duro que una piedra. Vi que se trataba del pan seco que los saharauis solían aprovechar del campamento militar y que desmenuzaban para dárselo a las cabras. El vecino que había alquilado al esclavo le había entregado aquel pedazo para subsistir.

El esclavo mudo estaba muy nervioso y no se atrevía ni a moverse. Seguía haciendo mucho calor bajo la marquesina y le invité a entrar en la sala de estar, pero hubiera muerto antes de aceptar. Se señaló a sí mismo y luego señaló su piel; quedaba claro que no iba a poner un pie en el interior bajo ningún concepto.

–¡Pero si tú y yo somos iguales! Entra, por favor –le dije mediante gestos.

Nunca en su vida lo habían tratado como a una persona, era natural que estuviera aterrado. Finalmente desistí, al ver que su extrema prudencia le estaba haciendo pasar un mal rato. Le extendí una estera en un lugar fresco y a la sombra del pasillo. Saqué una botella de zumo de naranja fresco de la nevera y también le di un pedazo de pan tierno y un trozo de queso curado. Además, le ofrecí un huevo cocido, que José no había tenido tiempo de comerse aquella mañana. Lo dejé todo a su lado y le invité a que se lo comiera. A continuación, me fui a la sala de estar y cerré la puerta para que pudiera comer tranquilo.

A las tres y media de la tarde todavía parecía caer lava del cielo. Dentro de casa hacía un calor asfixiante, en el exterior por fuerza debía ser mucho peor...

Me preocupaba que su amo le riñera por descansar, así que salí y le recomendé que volviera a ponerse manos a la obra. Estaba sentado en el pasillo, como una estatua. Había bebido unos sorbos de zumo de naranja y se había comido el pan duro, pero no había tocado nada más. Al ver que no había probado bocado, me quedé mirándolo en silencio con los brazos cruzados.

El esclavo lo entendió y se levantó al instante.

–¡No te enfades! No me lo como porque prefiero guardarlo para llevárselo a mi mujer y mis hijos –se excusó haciendo gestos para indicarme que tenía dos niños y una niña.

Entonces lo comprendí, me fui a buscar una bolsa y lo puse todo dentro junto con un gran pedazo de queso y media sandía. También le regalé dos botellas de Coca-Cola. No es que nosotros tuviésemos mucha comida, pero, en todo caso, podíamos compartirla con él. Cuando vio que se lo ponía todo en una bolsa, bajó la cabeza. La expresión de su cara era una complicada mezcla de alegría y vergüenza. No lo podía soportar... Volví a meter la bolsa en la nevera, que estaba medio vacía.

–Cuando el sol se ponga vuelve a buscarla. Ahora es mejor que se quede aquí –sugerí señalando al sol.

Asintió repetidamente con la cabeza, volvió a hacerme una reverencia, y subió al instante a trabajar.

Estaba tan contento que parecía que iba a echarse a llorar.

A mí no me cabía ninguna duda de que el esclavo quería mucho a sus hijos. Seguro que tenía un hogar muy feliz; si no, no se hubiera alegrado tanto por tan poca comida. Dudé un instante pero acabé abriendo la caja favorita de tofes de José, cogí un gran puñado de caramelos y lo eché en la bolsa del esclavo mudo. De hecho, nosotros tampoco teníamos mucha comida, así que lo que le podía dar era realmente ridículo.

El esclavo también trabajaba los domingos y José subió a ayudarlo. Era la primera vez que el esclavo mudo se encontraba con mi marido y cuando lo vio, dejó lo que estaba haciendo y empezó a gritar de forma ininteligible, corriendo sobre los ladrillos para acercarse a él. Les separaban solo unos pocos pasos cuando el esclavo alargó el brazo para estrechar la mano de José. Me sentí muy contenta al ver que no le hacía una reverencia, sino que lo que deseaba era estrecharle la mano. Cuando estaba con nosotros su sentimiento de inferioridad disminuía de forma natural y poco a poco

mientas en silencio y cuando alcé la cabeza me di cuenta de que los vecinos nos observaban con la mirada sombría. Nos fuimos de la azotea sin decir nada.

Una tarde subí a recoger la ropa tendida y saludé al esclavo con la mano. Él ya estaba poniendo los últimos ladrillos y me devolvió el saludo. Casualmente, José también había vuelto del trabajo y subió a la azotea. El esclavo dejó las herramientas y se acercó. Aquel día el viento no llevaba arena y en nuestro cable eléctrico se habían posado varios pájaros. Se los enseñé al esclavo e hice como si volara. Luego lo señalé a él.

–Tú... No eres libre. Trabajas hasta la extenuación, y no tienes ni un céntimo.

–Sanmao, ¡basta! ¿De qué sirve exaltarlo?–me regañó José.

–Creo que tengo que decírselo. ¡Él es un hombre muy capaz y si fuera libre podría mantener a su familia sin problemas...

El esclavo se quedó con la mirada perdida en el cielo, luego señaló su piel y exhaló un suspiro. Pero después volvió a sonreír. Nos señaló su corazón y luego a los pájaros, e hizo también el gesto de volar. Yo sabía lo que quería decir: que aunque su cuerpo no fuera libre, su corazón sí lo era. Su sabiduría nos dejó con la boca abierta.

Aquel mismo día el esclavo insistió en invitarnos a su casa. Bajé corriendo para buscar algo de comer, y me llevé un bote de leche en polvo y azúcar. Le seguimos hasta su casa, que se encontraba en las afueras de la ciudad, al borde del valle del desierto. Bajo la luz del crepúsculo aquella vieja tienda parecía muy solitaria y dejada de la mano de Dios.

Cuando estábamos llegando de la tienda salieron dos niños desnudos que se abalanzaron sobre su padre gritando muy contentos. El esclavo enseguida los cogió en brazos riendo. De la tienda también salió una mujer que daba mucha pena, pues iba medio desnuda: solo llevaba una falda

rota que le dejaba al descubierto los pies. El esclavo nos invitó a entrar con insistencia. En el interior solo había unos cuantos sacos de lino extendidos en el suelo, que ni siquiera lo cubrían por completo. El resto era arena. Fuera de la tienda había un bidón de gasolina que contenía medio cubo de agua.

La esposa del esclavo era tan vergonzosa que no se atrevía a mirarnos y nos daba la espalda. El esclavo enseguida fue a por agua, encendió el fuego y la calentó en una tetera muy vieja. Estaba avergonzado porque no tenían vasos, y se sentía tan nervioso que empezó a sudar a chorros. José sonrió y le dijo que no pasaba nada, que beberíamos de la tetera por turnos cuando se enfriara un poco. El esclavo también sonrió: parecía que se había quitado un peso de encima. Aquella era la mejor acogida que nos podía ofrecer, y estábamos muy agradecidos.

Era evidente que el hijo mayor todavía estaba trabajando en casa del saharaui rico, puesto que no había regresado. Los dos pequeños abrazaban a su padre y nos miraban chupándose el dedo. Saqué rápidamente lo que había traído y se lo entregué. El esclavo le pasó el pan a su esposa, que seguía sentada de espaldas.

Al cabo de un rato, cuando decidimos irnos, el esclavo salió fuera para despedirnos abrazado a sus hijos. José me cogió de la mano con fuerza y volvió la cabeza para mirar a aquella familia tan necesitada. No sabíamos por qué nos sentíamos tan cercanos a ellos.

–¡El esclavo no es tan pobre! Por lo menos tiene una familia feliz... –le dije a José.

La familia es una fuente de alegría para todo el mundo, ya que, por muy pobre que seas, el hogar es siempre un lugar cálido. ¡Incluso el esclavo tenía familia! Parecía que ya no daba tantísima pena...

Después de aquel día, compramos una tela barata para los niños y su mujer. Nos esperamos a que acabara de traba-

jar y se la dimos a escondidas, y le dijimos que se fuera rápido para evitar el rapapolvo de su amo.

Cuando los musulmanes celebraban sus fiestas, le regalábamos un saco de carbón y varios kilos de carne. Aquellas donaciones me hacían sentir avergonzada, así que siempre iba durante el día, cuando él no estaba. Lo dejaba todo fuera de la tienda y me iba corriendo. La mujer del esclavo mudo era amable pero un poco boba. Siempre me sonreía y siempre llevaba puestas las ropas azules que le habíamos regalado.

El esclavo no era como uno de esos saharauis maleducados. Como no tenía con qué devolvernos los favores que recibía de nosotros, reparaba a escondidas el techo que habían destrozado las cabras; robaba agua por la noche y nos lavaba el coche; o si se levantaba viento corría a recogerme la ropa, que ponía en una bolsa limpia y me la metía en casa levantando un tablón de la marquesina.

José y yo pensábamos a menudo en cómo conseguir la libertad del esclavo, pero nunca encontrábamos la solución. Todo el mundo nos decía que era imposible. Además, en caso de lograrlo, no sabíamos si le estaríamos haciendo un flaco favor porque, si por casualidad nos íbamos de allí, ¿qué sería de él? De hecho, como pensábamos que su futuro podía ser aún más desgraciado, no nos atrevimos a intentar liberarlo.

Un día empezó a diluviar en el desierto. Las gotas aporreaban con fuerza la marquesina. Me desperté y toqué a José, que también se despertó.

–¿Lo oyes? ¡Está diluviando!

Estaba aterrada.

José salió precipitadamente de casa. Todos los vecinos se habían despertado y habían salido a ver la lluvia.

–¡Agua divina! ¡Agua divina! –gritaban.

Se me había quedado el corazón congelado al contemplar un fenómeno tan insólito en el desierto. Hacía tanto que

no veía llover y estaba tan asustada, que me había quedado encogida en la puerta, sin atreverme a salir.

Todo el mundo había sacado cubos para recoger el agua, porque decían que era un regalo del cielo y tenía propiedades curativas.

Las lluvias torrenciales no cesaban y el desierto se había convertido en un fangal. En nuestra casa había goteras por todas partes. La lluvia del desierto era espeluznante.

Llovió un día y una noche enteros hasta el punto de que todos los periódicos españoles se hicieron eco de la noticia.

El esclavo acabó la obra dos semanas después de las lluvias.

Aquel día estaba leyendo cuando empezó a ponerse el sol. José no iba a volver hasta el amanecer del día siguiente porque estaba haciendo horas extras. De pronto, oí la voz de un niño que gritaba haciendo mucho barullo y a unos adultos que hablaban. Guka, la vecina, aporreó con fuerza la puerta.

–¡Corre, ven! Han vendido al esclavo, está a punto de irse –me anunció, excitada.

Sentí como si me estallase una bomba en el cerebro. Agarré a Guka y le pregunté:

–¿Por qué lo venden? ¿Y cómo es que lo venden así, tan de repente? ¿A dónde va?

–Cuando dejó de llover, creció mucha hierba en Mauritania. El mudo sabe hacer de pastor y asistir a los camellos cuando paren. Han venido a comprarlo para llevárselo...

–¿Dónde están?

–En la puerta de la familia para la que construía la casa. Su amo también ha venido, están dentro solucionando el tema del dinero.

Salí de casa como una flecha y me dirigí hacia allí. Estaba tan enfadada que corrí hasta la puerta del vecino como si me fuera la vida en ello. Había un jeep aparcado en la puerta y dentro estaba el esclavo, sentado en el asiento del copiloto.

Me abalancé sobre el coche y vi que tenía la mirada perdida, como si fuera una estatua de barro, no tenía expresión alguna en la cara. Estaba atado de pies y manos, pero la cuerda de los tobillos estaba un poco más floja.

Me tapé la boca con la mano y me quedé mirándolo. Él no me veía. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estábamos rodeados de niños. Irrumpí en la casa del vecino y me encontré con su distinguido amo bebiendo té a sus anchas con un grupo de personas muy bien vestidas. En aquel momento supe que el negocio ya estaba cerrado y que no había esperanza de salvarlo.

Volví a salir a toda prisa y observé al esclavo. Le temblaban los labios y tenía secas las cuencas de los ojos. Me dirigí a casa corriendo y cogí todo el dinero en efectivo que tenía. Miré de nuevo a mi alrededor, buscando, y reparé en la colcha multicolor extendida sobre la cama. La cogí en brazos sin pensármelo dos veces, y corrí como una bala en dirección al jeep.

–Sahibi, toma el dinero y la colcha –le grité mientras le hacía coger todo aquello.

Hasta aquel instante el esclavo no se dio cuenta de mi presencia, luego se fijó en la colcha que tenía entre los brazos. De pronto se abrazó a ella. Parecía que estuviera llorando. A continuación, bajó del coche de un salto, sujetando la colcha contra su pecho, y echó a correr con todas sus fuerzas en dirección a su casa. Como la cuerda no le apretaba demasiado los tobillos podía avanzar dando pequeños pasos. Yo me quedé mirando cómo corría hacia los suyos a una velocidad imposible.

–¡Se escapa! ¡Se escapa! –gritaron enseguida los niños.

Todo el mundo se precipitó al exterior, los jóvenes cogieron unos palos que encontraron por allí y echaron a correr tras él para atraparlo.

–¡No le peguéis! ¡No le peguéis!

Estaba a punto de desmayarme de la tensión y los nervios. Todos perseguían al esclavo y yo seguí a la multitud

gritando mientras corría con todas mis fuerzas, olvidándome, incluso, de que tenía el coche aparcado allí.

Cuando estábamos a punto de llegar a la tienda del esclavo, vimos desde lejos cómo desplegó al viento la colcha multicolor mientras se dirigía tambaleándose hacia su mujer y sus hijos. Se había librado de la cuerda que le ataba las manos y emitía chillidos ininteligibles. Envolvió a su familia con la colcha, tiró de la mano de su esposa para que la tocara y pudiera ver lo suave y buena que era, y después le entregó el dinero que yo le había dado. Dentro de mi corazón solo se oían los sonidos que emitía el mudo y el aleteo del cubrecama agitado por el viento.

Lo capturaron unos cuantos jóvenes. El jeep, que acababa de llegar, se acercó hasta allí e hicieron subir al esclavo que estaba como ausente. Entonces se agarró con fuerza a la ventanilla y la expresión de su cara reflejaba una mezcla de alegría y angustia. El cabello cano volaba al viento y él miraba al horizonte. No vertió ni una lágrima, pero no podía evitar que le temblasen los labios.

El coche se puso en marcha y el grupo lo dejó pasar. La sombra del esclavo mudo se disipó poco a poco en la luz del atardecer. Sus familiares se abrazaban sin llorar ni gritar, acurrucados bajo la colcha. Parecían tres piedras modeladas por el viento del desierto.

Las lágrimas me resbalaban como un río por las mejillas. Regresé despacio a casa, cerré la puerta y me tumbé en la cama. Para cuando quise darme cuenta, el gallo ya había cantado.

El sargento Salva
沙巴軍曹

Una noche de verano, José y yo salimos de casa cuando ya refrescaba para dar una vuelta. Después de aquel día –que había sido caluroso hasta más no poder–, a aquella hora el desierto resultaba relajante y agradable. Las familias saharauis cenaban con los niños en la calle, aunque ya estaba muy entrada la noche.

En el cementerio que había a las afueras de la ciudad, vimos bajo la luz de la luna a un grupo de jóvenes saharauis reunidos alrededor de algo. Estaban tan animados que parecían estar disfrutando de un espectáculo. Cuando pasamos por su lado nos dimos cuenta de que había un militar español tumbado boca abajo en el suelo. Parecía que estuviera muerto, porque no se movía. Tenía la cara muy colorada y una buena barba. Iba con unas botas de montar, y al ver su uniforme supimos que pertenecía a la Legión, pero no llevaba ninguna distinción del rango.

Era probable que hiciera mucho rato que estaba en el suelo de aquella forma, y aquellos saharauis que lo rodeaban le gritaban en árabe, y le escupían haciendo grandes aspavientos. También le tiraban de las botas y le pisaban las manos. Un saharaui se había puesto su gorra y hacía tonterías como si estuviera borracho.

Ante un militar que no oponía resistencia, los saharauis habían perdido el control.

–José, ve a por el coche. ¡Date prisa! –le pedí en voz baja mientras miraba a mi alrededor agitada.

Deseaba que otro militar o que un español cualquiera hubiera pasado por allí, pero no se veía ni un alma.

Mientras José volvía corriendo a casa para traer el coche, no aparté la mirada de la pistola que colgaba de la cintura del militar. Si alguien se la arrebataba estaba preparada para chillar. Lo que no se me ocurría era qué hacer después.

Por aquella época, los jóvenes del Sáhara español ya se habían organizado en el Frente Polisario[1]. Los cabecillas estaban en Argelia, pero casi todos los jóvenes de la ciudad los tenían como referentes. Entre los saharauis y los españoles ya habían surgido tensiones, pero la relación de los locales con los militares era aún más tensa.

Cuando José regresó a toda prisa con el coche, apartamos a la gente y arrastramos a aquel borracho hasta el interior del automóvil. Era un hombre alto y fuerte, por lo que meterlo en el coche no nos resultó fácil. Cuando por fin pudimos acomodarlo en el asiento trasero, estábamos empapados en sudor. Cerramos la puerta, mientras el militar no dejaba de pedirnos perdón, y poco a poco nos fuimos abriendo paso entre aquel grupo de gente para salir de allí. Algunas de aquellas personas nos dieron golpes en el techo del coche.

Cuando estábamos a punto de llegar a la entrada del campamento militar, José no disminuyó la velocidad. Aquel lugar se veía completamente muerto.

1. El Frente Polisario es el acrónimo del «Frente Popular de Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro». Creado en 1973, es un movimiento rebelde cuya lucha era y es la autodeterminación del Sáhara.

–José, haz luces y toca el claxon. No sabemos qué contraseña tienen para entrar y quizá desconfíen de nosotros. Párate a una distancia prudencial.

Nos detuvimos bastante lejos de los militares de la entrada y nos bajamos a toda prisa.

–¡Venimos a traer a un borracho! ¡Acercaos, por favor! –les gritamos en español.

Los dos militares vinieron corriendo, y oímos cómo preparaban las pistolas. Nos apuntaron con las armas y nosotros señalamos el interior del coche, sin movernos. Cuando miraron en aquella dirección, enseguida reconocieron quién era y rápidamente lo sacaron.

–¡Otra vez! –exclamaron.

El foco reflector que había en lo alto del fuerte nos iluminó. Aquella escena me aterró. Subí al coche. Cuando José lo puso en marcha, los soldados nos hicieron un saludo militar.

–¡Gracias, compatriotas! –nos dijeron agradecidos.

El susto me duró todo el camino de vuelta. Era la primera vez en toda mi vida que una pistola me apuntaba tan de cerca, aunque aquella perteneciera a un soldado que estaba en el mismo bando que yo.

Me pasé unos cuantos días pensando en el campamento militar, cuyas medidas de seguridad eran muy estrictas, y en aquel hombre que iba borracho como una cuba.

Al poco tiempo, los compañeros del trabajo de José vinieron a casa, y para mostrarles nuestra sincera hospitalidad, les serví una gran jarra de leche fría. Cuando la tuvieron delante, se la bebieron de un trago, como si fueran vacas bebiendo agua. Por eso les traje enseguida dos cartones más.

–Sanmao, ¡cuánto lo sentimos! ¿Qué haréis si nos la bebemos toda? –se disculparon, mirando la leche con cara de

afligidos, aunque siguieron bebiendo por muy avergonzados que estuvieran.

–¡Tranquilos! Vosotros no tenéis oportunidad de beber leche a menudo...

La comida era un tema que le interesaba a todo el mundo en el desierto. Cuando los invitados no se saciaban, preguntaban sin falta de dónde habías sacado aquellas delicias.

Cuando aquella tarde los compañeros de José se bebieron por completo todos los cartones de leche fresca que tenía, al ver que mi expresión no había cambiado, me preguntaron dónde la había conseguido.

–¡Oh, bueno! Es que conozco un lugar... –les solté, haciéndome la interesante.

–¡Dinos dónde está, por favor!

–¡Es que vosotros no podéis ir allí a comprar! Si queréis beber leche, venid a casa y listos.

–¡Pero es que queremos mucha! Por favor, Sanmao, dinos de dónde la has sacado.

–La compro en el centro de bienestar social de la Legión.

–¿En el campamento militar? ¿Tú, una mujer, vas al campamento a comprar? –exclamaron con una expresión confusa.

–¿No van también las familias de los militares a comprar? ¡Pues yo también!

–¡Pero tú eres una ciudadana normal y corriente!

–Los ciudadanos normales y corrientes del desierto son diferentes de los de la ciudad. ¡El ejército no hace distinciones con nosotros! –dije con una risita.

–¿Te tratan bien los militares?

–De maravilla, de hecho, mucho mejor que la gente de la ciudad.

–¿Y no te causará algún problema comprarnos leche?

–Pues claro que no, ¡mañana me enviáis el pedido con las cajas que queréis!

Cuando al día siguiente José volvió del trabajo me entregó una lista con el pedido de la leche. En ella aparecían los nombres de ocho compañeros solteros y cada uno de ellos necesitaba diez cartones de leche a la semana. En total eran ochenta cartones.

Cogí la lista sin saber qué cara poner: tendría que haberme mordido la lengua antes de ofrecerme. Aquellos ochenta cartones que tenía que ir a comprar al campamento militar me iban a hacer pasar mucha vergüenza...

En aquellas circunstancias, prefería pasar el mal rato comprando los ochenta cartones de golpe y no volver a aparecer por allí, antes que ir cada día a comprar diez. Al día siguiente me dirigí al centro de bienestar social y compré una gran caja con diez cartones de leche fresca. Pedí que me la pusieran en un rincón, di media vuelta y volví a entrar para volver a comprar otra caja. Repetí la misma operación cuatro veces más, y el pobre militar que me atendía ya estaba confuso y desorientado.

–Sanmao, ¿cuántas veces más vas a entrar y salir?

–Cuatro veces más. Por favor, ten paciencia...

–¿Y por qué no compras todas las cajas de golpe? Porque lo que necesitas es leche, ¿verdad?

–No está permitido comprar estas cantidades de una sola vez, ¡es demasiada leche! –le expliqué muy avergonzada.

–No te preocupes. Ahora te los voy a buscar. Oye, ¿y para qué necesitas tanta leche esta vez?

–Me la han encargado. No es toda para mí...

Cuando tuve las ocho cajas apiladas en un rincón y me disponía a llamar a un taxi, un jeep pasó por mi lado y frenó. Al alzar la cabeza para mirar de quién se trataba, me sobresalté: ¿el militar que iba sentado allí dentro no era aquel borracho al que recogimos y llevamos al campamento?

Aquel hombre era alto, vigoroso, y el uniforme le sentaba muy bien. Con aquella gran barba que llevaba no se podía

adivinar su edad. Su mirada denotaba una cierta arrogancia y clavaba la vista de forma descarada y poco agradable. Llevaba los tres primeros botones de la camisa desabrochados, y un corte de pelo de estilo militar. La gorra cuartelera verde indicaba su rango en el ejército: se trataba de un sargento.

Como aquella noche no lo había visto bien, lo miré de arriba abajo sin ningún tipo de pudor. Antes de que yo dijera nada, bajó del coche de un salto y fue metiendo la montaña de cajas una a una en el jeep. Cuando las hubo cargado todas, me senté en el asiento del copiloto sin dudar ni un instante.

–Vivo en la zona de los cementerios –le informé con mucha amabilidad.

–Ya sé dónde vives –me respondió con una voz áspera, antes de arrancar.

No nos dirigimos la palabra en todo el trayecto. El coche iba como la seda, y él conducía con las dos manos sujetando firmemente el volante. Cuando el coche pasó cerca del cementerio, giré la cabeza fingiendo que contemplaba el paisaje y temí que se sintiera incómodo al recordar lo ocurrido la noche que lo recogimos en aquel estado lamentable de embriaguez.

Al llegar a casa, frenó poco a poco y me bajé de un salto sin esperar a que él hiciera lo mismo. Como no quería que el sargento descargase la leche del coche, llamé a gritos a mi amigo Shalun, que trabajaba en una tienda de ultramarinos que estaba allí al lado. Al oírme, Shalun salió al instante de la tienda, arrastrando las sandalias, y esbozó una humilde sonrisa. Cuando llegó hasta el jeep y se dio cuenta de que había un militar a mi lado, de pronto se detuvo. A continuación bajó la cabeza y descargó las cajas enseguida. Por su reacción, parecía que hubiera visto al mismísimo diablo.

En aquel momento, cuando el sargento se dio cuenta de que Shalun me estaba ayudando, dirigió la mirada hacia la pequeña tienda de mi amigo y después me observó con desdén. Mi sexto sentido me avisó de que había sacado conclusiones erróneas. Entonces me puse roja como un tomate e intenté defenderme con torpeza:

–Si piensa que le estoy revendiendo la leche, se equivoca. ¡De verdad! Por favor, créame. Yo solo...

Subió al coche de un gran salto y se puso a dar golpecitos sobre el volante con la mano. Parecía que estuviese a punto de decir algo, pero no abrió la boca. Puso el coche en marcha.

Me acerqué corriendo al coche.

–¡Gracias por su ayuda, sargento! ¿Cómo se llama?

–No tengo nombre para los amigos de los saharauis –me espetó en voz baja.

Pisó el acelerador y el coche se alejó a toda velocidad. Yo me quedé mirando, como atontada, la polvareda que había levantado. Me sentía tratada injustamente, porque él había malinterpretado aquella situación, y no me había dado la oportunidad de explicarme. Además, cuando le pregunté cómo se llamaba, me había contestado de malas maneras.

–Shalun, ¿lo conoces? –le pregunté dándome la vuelta.

–Sí –respondió en voz baja.

–¿Se puede saber por qué tienes tanto miedo a los militares? ¡Pero si tú no perteneces a la guerrilla!

–No es por eso. ¡Es que este sargento odia a los saharauis!

–¿Y cómo sabes que te odia?

–Lo sabe todo el mundo, excepto tú.

Miré al bueno de Shalun, que nunca opinaba sobre los demás, y pensé que si decía aquello era porque estaba muy seguro.

Después del viaje para comprar la leche y del malentendido, me sentía tan avergonzada que dejé de ir al campamento militar. Y un día, pasado mucho tiempo, me encontré por la calle con el joven soldado que me había atendido en el centro de bienestar social. Me comentó que su batallón creía

que yo me había ido y luego me preguntó por qué no había vuelto. En aquel momento me di cuenta de que no me habían malinterpretado, así que volví a ir a comprar allí la mar de contenta.

Pero es que tengo tan mala suerte... El primer día que me decidí a volver al campamento a comprar, aquel sargento entró dando grandes zancadas con sus botas de montar. Yo me lo quedé mirando, mordiéndome el labio, estaba nerviosísima.

–¡Buenos días! –me saludó inclinando levemente la cabeza, para luego dirigirse al mostrador.

Aquel hombre al que no le gustaban los saharauis merecía la etiqueta de «racista», y yo no tenía ningún interés en relacionarme con él. Así que me quedé a su lado, concentrada en pedirle al militar que me atendía las verduras que necesitaba. Al sargento no me digné a mirarlo ni una sola vez.

Al ir a pagar, me di cuenta de que bajo la camisa, que llevaba arremangada, el sargento lucía un gran tatuaje: un corazón hecho con poco gusto, de color azul oscuro, debajo del cual había unas letras de tamaño mediano que rezaban DON JUAN DE AUSTRIA. Me pareció muy extraño, pues debajo de aquel gran corazón esperaba encontrarme el nombre de una mujer, y no el de un hombre.

–¡Oiga! ¿Quién es don Juan de Austria? ¿Qué significa? –le pregunté al militar que me atendía cuando el sargento ya se había ido.

–¡Oh! Es el nombre de un campamento militar del ejército que había en el pasado.

–¿No es un nombre de persona, entonces?

–Bueno, es el nombre de un personaje histórico de la época de Carlos I, que fue rey de España y Austria, dos territorios que en aquella época estaban bajo la misma corona. Más adelante el ejército puso ese nombre a un campamento. ¡Pero de eso hace muchísimos años!

–El hombre que estaba aquí hace un momento lleva esas letras tatuadas en el brazo –objeté negando con la cabeza mientras cogía el cambio que me daba.

Cuando salí del centro de bienestar social, el sargento me esperaba en la salida. Al verme, agachó la cabeza y me siguió dando grandes zancadas, hasta que finalmente dijo:

–Muchas gracias por lo que hicisteis aquella noche... Gracias a ti y a tu marido.

–¿De qué hablas? –le pregunté sin caer en lo que me decía.

–Del día que había bebido demasiado... y me trajisteis de vuelta al campamento.

–¡Ah! ¡Pero si de eso hace mucho, ya ni me acordaba!

Aquel hombre era realmente extraño, ahora le daba por venir a darme las gracias por algo que yo ya había olvidado. ¿Por qué no me las dio el día que me acompañó a casa?

–Perdona que te haga una pregunta, ¿por qué corre el rumor entre los saharauis de que los odias? –le pregunté sin reprimirme.

–Pues porque es verdad, los odio.

Se quedó mirándome fijamente, y aquella respuesta tan directa me sorprendió.

–En este mundo hay gente buena y gente mala. Los saharauis no son en absoluto peores que los demás... –le dije con cierta inocencia.

La mirada del sargento se perdió entre aquellos saharauis que estaban por allí sentados en cuclillas. Se le veía tan concentrado que empezaba a dar miedo, como si aquel odio irracional que sentía sin motivo lo estuviera quemando. No quise continuar con aquella conversación tan aburrida y me quedé mirándolo aturdida.

Al cabo de unos segundos pareció que volvía en sí, asintió con la cabeza decididamente y se marchó dando grandes zancadas. Aquel sargento tatuado todavía no me había dicho

cómo se llamaba, pero en su brazo llevaba el nombre de un campamento militar. Lo que me preguntaba es por qué lo llevaba tatuado si el campamento había dejado de existir hacía tiempo.

Un día, nuestro amigo saharaui Alí nos invitó a la gran tienda de su padre, que estaba a cincuenta kilómetros de la ciudad. Alí era taxista en El Aaiún y solo podía volver a casa los fines de semana para ver a sus padres, que vivían en un lugar llamado Meisaiye, por donde probablemente había pasado un río muy caudaloso mucho tiempo atrás. Después de secarse, las dos orillas se habían convertido en unas rocas parecidas a las del Gran Cañón, y en el lecho del río había varios cocoteros y una fuente que no dejaba de brotar. Era un pequeño oasis en medio del desierto. Yo no entendía por qué, en aquel lugar tan extenso y provisto de un agua tan deliciosa, solo había plantadas unas cuantas tiendas.

Al atardecer, cuando empezó a soplar la fresca brisa, nos sentamos fuera de la tienda con el padre de Alí, que fumaba una pipa tranquilamente. Los precipicios rojos se veían majestuosos bajo la luz crepuscular y en el cielo apareció la primera estrella.

La madre de Alí trajo una bandeja de cuscús y nos sirvió un té dulce. Yo pellizcaba el cuscús, lo convertía en una especie de bola de harina de color gris y me lo comía. Aquella era la única manera de estar en armonía con el entorno, comiendo sentada en el suelo especialidades saharauis.

–¡Este sitio está muy bien! ¡Y además hay una fuente y todo! ¿Por qué hay tan poca gente viviendo aquí? –le pregunté con curiosidad al anciano.

–Antes aquí había mucha vida. Pero después sucedió una tragedia y la gente que vivía aquí se marchó. Y nunca nadie ha querido volver. Solo quedamos nosotros y unas cuantas familias más, que somos los únicos que aguantamos.

–¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué no me suena? ¿Una epidemia acabó con los camellos?

El anciano dio una calada a la pipa y se quedó absorto, con la mirada perdida.

–¡Asesinatos! ¡Mataron a muchos hombres! ¡Corrió tanta sangre que por aquella época la gente no se atrevía a beber agua de la fuente!

–¿Quién lo hizo? ¿Qué pasó?

No pude evitar acercarme a José y recostarme en él. Se había hecho de noche y la voz del anciano era misteriosa y terrorífica.

–Los saharauis mataron a los militares de la Legión –nos contó el anciano en voz baja, mirándonos a los dos–. Hace dieciséis años, Meisaiye era un oasis precioso. Aquí crecía el trigo y los dátiles cubrían el suelo. ¡Y el agua era muy abundante! Casi todos los saharauis traían sus camellos y sus cabras a pastar aquí, y mucha gente venía a acampar...

Mientras el anciano relataba la época dorada de aquel lugar, yo observaba los penosos cocoteros que quedaban. Me resultaba imposible creer que aquella tierra seca hubiera tenido maravillas en el pasado.

–Después vino también el ejército español , acampó y se instaló aquí... –continuó el anciano.

–Pero si por aquella época el desierto del Sáhara no pertenecía a nadie, ¿no era ilegal venir aquí? –le interrumpí.

–Sí, sí, por favor, deja que te siga contando... –me rogó el anciano con un gesto–. Cuando la Legión se instaló, los saharauis no les permitían utilizar el agua. La lucha por el agua daba lugar a conflictos frecuentes... Y al final...

–Al final ¿qué? –le pregunté impaciente al anciano al ver que se detenía.

–Al final un gran grupo de saharauis atacó el campamento de noche por sorpresa, y mataron a cuchillo a todos los militares del batallón mientras dormían. No dejaron ni uno.

–¿Estás diciendo que los mataron a todos? ¿Que los saharauis acabaron con todos los militares del campamento? –pregunté en voz baja, con los ojos abiertos como platos y observándolo fijamente a través de las llamas del fuego.

–Solo sobrevivió un sargento, que como aquella noche se había emborrachado se había quedado tirado fuera del campamento. Cuando despertó vio que todos sus compañeros estaban muertos... No quedaba ni uno con vida.

–¿Vivías aquí por aquella época?

Solo me faltó preguntarle: «¿Participaste en aquella masacre?».

–No entiendo cómo pudo pasar. ¡Pero si la Legión del desierto es la más preparada en los niveles de alerta! –se extrañó José.

–No se lo esperaban... Durante el día no paraban y acababan agotados, y parece que dejaron pocos hombres de guardia. Nunca pensaron que los saharauis entrarían con cuchillos.

–¿Dónde estaba instalado el campamento? –pregunté al anciano.

–¡Justo ahí! –me indicó señalando la fuente, donde, aparte de la arena, no quedaba ni rastro de vestigio humano.

–Desde aquel día nadie quiere vivir aquí. Aquellos asesinos escaparon. Y así fue cómo aquel maravilloso oasis se convirtió en este páramo.

El anciano fumaba con la cabeza gacha. Ya había oscurecido y una ráfaga de viento nos acarició, portando unos gemidos, mientras los cocoteros se mecían y los palos de la tienda empezaban a chirriar.

Levanté la cabeza para mirar en la oscuridad el lugar exacto donde hacía dieciséis años había instalado un campamento militar. Me pareció ver grupos de militares españoles con sus uniformes luchando cuerpo a cuerpo con los saharauis, vestidos con turbante y armados con cuchillos. Parecían protagonistas de una escena a cámara lenta. Caían al

suelo uno detrás de otro, bajo la embestida de los cuchillos, y se convertían en un grupo de cadáveres bañados en sangre sobre la arena. Luego, impotentes, alzaban los brazos hacia el cielo y gritaban sin esperanza con los rostros ensangrentados. En aquel espacio abierto solo la risa de la muerte resonaba en la noche, dejando un vacío a su paso.

Me llevé un gran susto y parpadeé, pero no vi nada, a mi alrededor todo seguía estando tranquilo, y nosotros, sentados ante el fuego, nos quedamos callados.

De pronto sentí un frío glacial y me sentí muy deprimida. Aquello no había sido, como decía el anciano, una tragedia, ¡sino que fue una auténtica masacre!

–¿El único militar que sobrevivió es el que lleva un tatuaje en el brazo y que siempre observa a los saharauis como si fuera un lobo? –pregunté en voz baja.

–Antes eran un comando solidario y amigable... Aún me acuerdo de cuando ese sargento despertó aquella noche de la borrachera y de cómo se puso. Se lanzó sobre los cadáveres de sus compañeros temblando, ¡estaba fuera de sí!

Entonces me vino a la memoria el tatuaje con el nombre del campamento que tenía en el brazo.

–¿Sabes cómo se llama?

–Después de aquello lo trasladaron al campamento de la ciudad. Desde entonces no quiere decir su nombre. Dice que como sus hermanos murieron en el tercio, no merece tener nombre. Todos se limitan a llamarlo «sargento».

Pensar en aquellos asuntos del pasado me ponía los pelos de punta, como si el desierto se estuviera removiendo en un lugar lejano.

–¡Vamos a la cama! Ya ha anochecido –anunció José con ímpetu, y luego se metió en la tienda sin decir nada más.

Aquella tragedia ya se había convertido en parte de la historia. Pero el corazón me daba un vuelco cada vez que veía al sargento.

El año pasado, por estas fechas la situación del Sáhara, un desierto olvidado por el mundo, de pronto se complicó. Marruecos por el norte y Mauritania por el sur se querían repartir la colonia española, y de las tribus del Sáhara surgió la guerrilla, que se exilió en Argelia. Querían la independencia. El gobierno español no sabía qué hacer y adoptó una actitud ambigua: no sabía si conservar o abandonar aquella colonia por la que habían luchado tanto.

Por aquel entonces, los soldados españoles que salían solos del campamento eran asesinados, el agua de los pozos era envenenada, se buscaban bombas de relojería en los autobuses escolares, incendiaron la cinta transportadora de las minas de fosfato, los vigilantes nocturnos eran colgados boca abajo en los cables eléctricos, y en las carreteras de fuera de la ciudad explotaban minas terrestres cuando los coches pasaban...

Aquellos incesantes disturbios dejaron a la ciudad muerta de miedo. El gobierno cerró inmediatamente las escuelas y mandó a los niños de vuelta a España. Por la noche había toque de queda, los tanques entraron en la ciudad y las instituciones militares quedaron rodeadas por una alambrada.

Lo más aterrador era que, como España se había convertido en el objetivo de tres bandos diferentes, en la ciudad no se sabía a quién atribuir los ataques.

En tales circunstancias, las mujeres y los niños regresaron a España inmediatamente. Como a José y a mí aquello no nos preocupaba, nos quedamos donde estábamos. Él iba a trabajar como de costumbre y yo me quedaba en casa la mayor parte del tiempo. Excepto para enviar alguna carta o para ir a comprar, frecuentaba muy poco los lugares públicos por miedo a las bombas.

En la ciudad, que siempre había sido tranquila, empezó a aparecer gente que malvendía sus muebles; en la puerta de la compañía aérea cada día había unas colas interminables de personas que se peleaban para comprar billetes de avión;

el cine y las tiendas estaban cerrados, y se repartieron pistolas entre los funcionarios españoles. Había un clima de tensión máxima, y en la ciudad ya reinaba el desorden y el caos, pese a que todavía no se había producido ningún ataque directo.

Una tarde fui a la ciudad a comprar el periódico español del día, pues quería saber qué pretendía hacer el gobierno de España con aquel desierto, pero el periódico no mencionaba el asunto; de hecho, nunca decía nada nuevo. Volví caminando a casa, me sentía triste, y durante el trayecto me encontré con unos camiones del ejército que se dirigían al cementerio, cargados hasta arriba de ataúdes. Me asusté, pues pensé que la frontera con Marruecos había sido atacada.

De camino a casa tenía que pasar inevitablemente por el cementerio. Los saharauis tenían dos muy grandes, mientras que la Legión tenía uno rodeado por un muro blanco y cerrado por una puerta negra de hierro forjado. En el interior había filas de cruces, a cuyos pies se extendían las lápidas. Vi que la puerta estaba abierta y me di cuenta de que habían desenterrado la primera fila de tumbas. Había muchos militares sacando de la tierra a sus compañeros muertos para colocarlos en los ataúdes nuevos que llevaban en los camiones.

Comprendí qué estaba ocurriendo y cuál era la decisión que el gobierno español se resistía a anunciar, pero que ahora estaba clara. Los militares de la Legión vivían en el desierto y cuando morían también eran enterrados allí. Así funcionaba el cuerpo. Si estaban exhumando los cadáveres, debía ser porque se los querían llevar con ellos, lo cual significaba que España había decidido abandonar el Sáhara.

Lo peor de todo era que los cadáveres, después de tantos años enterrados en aquel desierto tan árido, no se habían transformado en un montón de huesos blancos, sino que se habían momificado. Los militares los sacaban con cuidado

y, bajo el sol abrasador, los introducían en los nuevos ataúdes con delicadeza. Clavaban los clavos, les ponían una etiqueta y los cargaban en los camiones.

Como tenían que ir trasladando los ataúdes, los mirones que había por allí les hicieron un pasillo para dejarles espacio. La multitud me empujó hasta el interior del cementerio y entonces reparé en que aquel sargento sin nombre estaba sentado a la sombra de una pared.

Ver a todos aquellos muertos no me impresionó, pero el sonido de los clavos penetrando el ataúd me resultaba irritante. La presencia del sargento me hizo pensar en la noche en que lo encontramos allí, tirado en el suelo, completamente borracho. Después de tantos años, el tiempo no le había curado las heridas.

Cuando desenterraron las tumbas de la tercera fila, el sargento, que parecía que había estado esperando una eternidad, se puso en pie y se acercó dando grandes pasos. Se metió de un salto en la fosa y salió abrazado a un cadáver, que todavía no estaba descompuesto. Lo aguantó con un brazo, como si fuera su amante, y se quedó mirando fijamente la cara seca del muerto. Su expresión no transmitía ni odio ni rabia, solo una tristeza serena.

Todo el mundo estaba esperando a que el sargento pusiera el cuerpo dentro del ataúd, pero él se quedó de pie bajo el sol intenso, como si se hubiera olvidado del mundo.

–Es su hermano pequeño. También lo asesinaron como a los demás –le comentó un militar a otro en voz baja.

Parecía que había pasado un siglo cuando finalmente el sargento se dirigió hacia el ataúd, para introducir en él a aquel ser querido que llevaba muerto dieciséis años. Entonces, con el mismo amor con que se trata a un bebé, lo metió en la cama donde descansaría para siempre.

Cuando el sargento cruzó la puerta, aparté la mirada para que no pensara que solo era una cotilla. Y al pasar junto

a los saharauis que se habían aglomerado allí para curiosear, se paró en seco. Y estos huyeron despavoridos llevándose a los niños a rastras.

Los ataúdes fueron trasladados al aeropuerto. Ya no quedaba ningún compañero bajo tierra, solo las impecables cruces que destellaban blancas bajo el sol permanecieron allí.

Como la situación en el Sáhara estaba muy enrarecida, y era necesario enviar unos cuantos paquetes para ir aligerando nuestro equipaje, un día en que José tenía turno de mañana y debía irse a trabajar a las cinco y media, acordamos que él cogería el transporte de la empresa y que yo me quedaría con el coche.

Lo acompañé hasta la parada del autobús y para volver, con el fin de evitar toparme con minas terrestres, me limité a conducir por la carretera, no me atreví a tomar atajos. Cuando giré para entrar en la pendiente que llevaba a la ciudad, vi que no me quedaba nada de gasolina, así que pensé que aprovecharía para repostar. Sin embargo, al mirar el reloj reparé en que solo eran las seis menos diez, y la gasolinera todavía no estaría abierta, de manera que di media vuelta para volver a casa.

Justo en aquel momento, en una calle no muy lejana, se escuchó el sonido estremecedor de una gran explosión, y a continuación se vio una columna de humo negro que se elevaba hasta el cielo. Yo estaba muy cerca del lugar de la explosión y, si bien estaba dentro del coche, me asusté tanto que el corazón se me aceleró. Volví a casa rápidamente, mientras oía las sirenas de las ambulancias, que se dirigían hacia el lugar de los hechos.

–¿Has oído la explosión? –me preguntó José por la tarde.

–Sí. ¿Ha habido heridos?

–Aquel sargento ha muerto.

–¿Aquel legionario? –pregunté, aunque sabía perfectamente a quién se refería–. ¿Y cómo ha muerto?

–Se ve que esta mañana ha pasado con el coche por el lugar de la explosión. Ha visto un grupo de niños saharauis que estaban jugando con una caja de la que sobresalía una pequeña bandera de la guerrilla. Parece que el sargento ha visto que la caja no era de fiar y se ha bajado del coche. Se ha puesto a correr hacia los niños para apartarlos, y uno de ellos ha tirado de la bandera. ¡Y la caja ha estallado por los aires!

–¿Cuántos niños saharauis han muerto?

–El sargento se ha tirado encima de la caja, y su cuerpo ha quedado completamente destrozado. Solo hay dos niños saharauis heridos.

Me puse a hacer la cena, conmocionada. No podía dejar de pensar en la explosión de la mañana. Un hombre que llevaba dieciséis años consumido por el odio a los saharauis, en el momento más crítico se había abalanzado sobre la muerte y había intercambiado su vida por la de unos niños saharauis a los que veía como enemigos. ¿Por qué? Nunca me hubiera imaginado que moriría de aquella forma.

Al día siguiente, el cuerpo del sargento fue introducido en un ataúd y fue enterrado en el cementerio, en uno de los agujeros que habían dejado sus compañeros. Ellos ya no estaban, descansaban en otro lugar, pero él, en cambio, había llegado tarde y había sido enterrado en el desierto del Sáhara: el lugar que amaba y odiaba a la vez se convertía así en su hogar eterno.

Al cabo de mucho tiempo entré en el cementerio a ver su lápida, que era muy sencilla. En ella rezaba: SALVA SÁNCHEZ TORRES, 1932-1975.

En el camino de regreso, vi a unos niños saharauis que jugaban en la plaza dando golpes a un cubo de basura mientras cantaban una canción. Bajo la luz del crepúsculo todo se veía tranquilo, no parecía que estuviera a punto de estallar una guerra.

En busca del amor
愛的尋求

Hace unos siete u ocho meses abrieron una pequeña tienda de ultramarinos cerca de mi casa. Nos iba de maravilla a los que vivíamos más apartados de El Aaiún, pues tenía de todo. De manera que ya no era necesario que anduviéramos bajo el sol abrasador todo aquel trecho hasta la ciudad cargando con las bolsas.

Cada día iba a la tienda unas cuatro o cinco veces. En ocasiones, mientras cocinaba, me acercaba como un rayo para comprar azúcar o harina y me encontraba con mucha cola o con que no tenían cambio... Cada vez que iba pasaba algo, nunca podía hacer aquel viaje de ida y vuelta en los diez segundos que tenía previstos, y esto era un gran contratiempo. Aquello era muy poco práctico para una persona tan activa como yo, así que tras la primera semana de intentos fallidos le propuse al encargado –que era un joven saharaui– que lo mejor era que cada noche yo me apuntara lo que había comprado durante el día y cuando llegara a las mil pesetas más o menos echaríamos cuentas. Aquel joven me dijo que debía preguntárselo a su hermano y que ya me diría algo. Al día siguiente me dijo que aceptaban mi propuesta con mucho gusto. Como ellos no sabían escribir, me regalaron un gran cuaderno para que fuera yo la encargada

de apuntar el dinero que les debía. Y así fue cómo conocí a Shalun.

Shalun estaba siempre solo en la tienda. Su hermano, en cambio, trabajaba en otro lugar y solo se pasaba por los ultramarinos un rato por la mañana y otro rato por la noche. Cada vez que iba a echar cuentas, Shalun me decía que no era necesario revisar mis cálculos, y si yo insistía se ponía rojo y enmudecía, por lo que desistí. Como confiaba tanto en mí, yo hacía las cuentas con mucho esmero. No quería que, por un despiste mío, las cuentas no cuadraran y él tuviera que pagar el pato.

Aquella tienda no era suya, pero se le veía muy entregado. Cuando cerraba, en lugar de regresar a la ciudad, pasaba todas las noches allí; se quedaba sentado en silencio con la mirada puesta en el cielo oscuro. Era muy honrado, pero también bastante paradito. Un mes después de haber abierto la tienda parecía que aún no hubiera hecho ni un solo amigo.

Una tarde volví a la tienda para echar cuentas y cuando me disponía a marcharme vi que, en vez de devolverme el cuaderno, Shalun jugueteaba con él, con la cabeza gacha. Parecía como si tuviera algo que decirme. Esperé algunos segundos, pero como siguió callado, le cogí el cuaderno de las manos.

–Bueno, pues nada, ¡gracias y hasta mañana! –me despedí, dando media vuelta para salir.

De pronto levantó la cabeza y me llamó:

–¡Señora Quero!

Me detuve a la espera de que añadiera algo más, pero volvió a quedarse callado. Ya se había puesto rojo como un tomate.

–Sí, dime –le ayudé con amabilidad para intentar facilitarle las cosas.

–Querría... Querría pedirle que me escribiera una carta muy importante –me dijo sin atreverse a alzar la cabeza para mirarme.

–¡Pues claro! ¿Y a quién se la tengo que escribir?

El pobre era de veras muy vergonzoso.

–A mi esposa –confesó con un hilo de voz casi inaudible.

–¿Estás casado?

Estaba muy sorprendida: ¡pero si Shalun no salía de las cuatro paredes de esa tienda! No tenía padres, y su hermano mayor y el resto de la familia lo trataban con mucha indiferencia. ¡Qué sorpresa que estuviera casado!

Shalun asintió con la cabeza. Estaba tan nervioso que parecía que me hubiera revelado un gran secreto.

–¿Y tu mujer? ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí contigo?

Lo conocía bien y sabía que no era un hombre de muchas palabras. Él prefería que yo tomara la iniciativa preguntando. Siguió sin contestar y echó un vistazo a su alrededor: quería asegurarse de que nadie más entraría en la tienda. De pronto sacó de debajo del mostrador una foto a color y me la puso en la mano. Luego volvió a bajar la cabeza.

En la fotografía, que estaba muy estropeada, aparecía una mujer árabe vestida con ropa occidental. Tenía unas facciones muy proporcionadas y unos grandes ojos, pero se había maquillado demasiado la cara, que ya no era la de una jovencita. Parecía un cuadro de colores: llevaba una blusa escotada y sin mangas con un estampado de grandes flores y una cortísima minifalda verde manzana pasada de moda, atada a la cintura con una cadena de cobre a modo de cinturón. Completaban la estampa sus piernas rollizas y unos zapatos amarillos de tacón, muy altos, cuyas tiras llevaba entrecruzadas hasta las rodillas. Se había peinado parte de la melena negra en un moño, mientras el resto del pelo le caía por detrás de los hombros. Llevaba el cuerpo cubierto de bisutería y había escogido para la ocasión un bolso negro brillante de piel sintética. Era una fotografía que descolocaba a cualquiera. ¡Tenerla delante y verla con aquella pinta, cara a cara, debía de ser una experiencia realmente interesante!

Me quedé mirando a Shalun, que esperaba ansioso mi reacción ante la instantánea. No quería de ninguna manera ofenderlo o desilusionarlo, pero es que realmente me costaba encontrar las palabras apropiadas para alabar a aquella «falsa flor del desierto», así que deposité la fotografía sobre el mostrador poco a poco.

–Muy moderna. No se parece mucho a las saharauis de por aquí –logré decir.

Fue la única forma que hallé de no herirlo y de no traicionar mi conciencia. Shalun se puso muy contento.

–Sí, es muy moderna, ¡y muy guapa! Aquí no hay muchachas que se puedan comparar con ella.

–¿Dónde está? –le pregunté sonriendo.

–En Montecarlo.

Hablaba de su mujer como si hablara de una diosa.

–¿Y tú has estado en Montecarlo? –pregunté, dudando de si había entendido bien su respuesta.

–No, nos casamos el año pasado en Argelia.

–Y si os casasteis, ¿por qué no vino contigo al desierto?

Cuando formulé aquella pregunta su rostro se ensombreció al momento y su entusiasmo desapareció.

–Shaída me dijo que volviera yo primero y que pasados unos días ella vendría con su hermano mayor, pero lo cierto es que...

–Lo cierto es que todavía no ha venido –le ayudé a acabar la frase.

Él asintió con la cabeza y la mirada puesta en el suelo.

–¿Y cuánto hace de eso?

–Más de un año.

–¿Y cómo es que no te has puesto en contacto con ella antes?

–Yo... –Parecía como si tuviera algo en la garganta que le impidiera hablar–. No sabía a quién contárselo –acabó de decir, exhalando un suspiro.

Me pregunté por qué querría hablarlo conmigo si tampoco teníamos tanta confianza...

–Déjame ver la dirección –le pedí, accediendo a echarle una mano.

La dirección era, efectivamente, de la capital de Mónaco, no de Argelia.

–¿De dónde la has sacado?

–Fui a buscar a mi mujer a Argelia hace tres meses –balbuceó.

–¡Madre mía! ¿Y por qué no lo has dicho antes? Es que no te explicas bien... ¡O sea que ya la has ido a buscar!

–Sí, pero no estaba... Su hermano me dijo que se había marchado. Me entregó la fotografía y me dijo que regresara.

¿Se había ido tan lejos por aquella mujer tan ordinaria? Suspiré mientras observaba su cara, tan ingenua.

–A ver, Shalun, ¿cuánto le diste de dote cuando os casasteis?

De pronto, me vino a la cabeza aquella costumbre local.

–Fue una dote muy elevada –reconoció, y volvió a bajar la cabeza como si aquella pregunta le hubiera reabierto una herida.

–Pero ¿cuánto exactamente? –pregunté intentando no importunarlo.

–Más de 300.000 pesetas.

Esa cantidad equivale a más de 200.000 dólares taiwaneses. Me llevé una gran sorpresa.

–¿Y de dónde sacaste tanto dinero? ¡Me estás tomando el pelo! –le dije recelosa.

–Que no, que no. Era un dinero que me había dejado mi padre unos años antes de morir. ¡Puedes preguntárselo a mi hermano si no me crees! –se defendió, obstinado.

–Bueno, pues a ver si lo he entendido bien: el año pasado te fuiste a Argelia con el dinero de tu padre a comprar mercancías que querías vender en el Sáhara. Pero resulta que

no compraste nada, sino que te casaste con la mujer de la foto, a la que le entregaste todo el dinero. Tú regresaste, pero ella ni siquiera ha dado señales de vida. ¿Me equivoco?

Se trataba de una estafa en toda regla.

–Así es, sucedió exactamente tal como has dicho. ¿Cómo lo has sabido?

El muchacho incluso parecía alegrarse de que yo me hubiera hecho cargo de la situación a la primera.

–¿De verdad que no lo ves?

Me miraba con los ojos abiertos como platos, no me lo podía creer.

–Lo que no entiendo es por qué no ha venido aún conmigo, por eso te he pedido que le escribas y que le digas que yo... Yo... –murmuró emocionado, y se sujetó la cabeza con una mano–. Es que no me queda nada...

Aparté rápidamente la mirada. Me había conmovido que aquel muchacho sencillo, tan honesto como bobo, se sincerase conmigo. Desde el primer día que lo vi me di cuenta de que su cuerpo emanaba una inmensa tristeza, como la de aquellos personajes que soportaban grandes penalidades en las novelas de la antigua Rusia.

–Venga, vamos a escribir la carta. Ahora tengo un rato libre –propuse haciendo un gran esfuerzo.

–Por favor, no menciones a mi hermano lo de la carta... –me imploró.

–Descuida, no le diré nada –lo tranquilicé abriendo mi cuaderno de cuentas para escribir–. Bueno, pues tú me vas diciendo y yo escribo, pero no te quedes callado, ¿eh?

–Shaída, esposa mía... –empezó a dictar con voz temblorosa, y se volvió a detener.

–Un momento... Yo solo puedo escribir en español, ¿me puedes decir cómo va a leer la carta?

Yo sabía perfectamente que aquella mujer no la leería, ni que tampoco admitiría que era su esposa. De forma que

no tenía el más mínimo interés en escribir aquella carta. No le encontraba el sentido.

–No te preocupes por eso, tú escribe... Buscará a alguien para que se la lea. Te lo ruego... –me pidió nervioso, como si temiera que me negara a escribir la carta.

–Bueno, vale, ¡pues sigue! –accedí, y volví a bajar la cabeza para escribir.

–Desde que nos separamos el año pasado, no puedo dejar de pensar en ti. Incluso fui a Argelia, a buscarte...

Era evidente que Shalun estaba totalmente cautivado por aquella mujer, si no, le habría sido imposible dejar a un lado la vergüenza para revelar sus sentimientos más íntimos a una extraña.

–¡Ya está! Ahora tienes que firmar –le indiqué arrancando la hoja del cuaderno.

Shalun escribió su nombre en árabe y firmó con mucho cuidado.

–Ahora solo queda esperar a que me conteste –concluyó exhalando un suspiro.

Lo miré con atención. No sabía cómo decirle lo que realmente opinaba del asunto, así que me lo guardé para mí.

–¿Puedo darle vuestro apartado de correos para que me conteste? Al señor José no le importará, ¿verdad?

–Tranquilo, seguro que no le importa. Te escribo nuestra dirección.

De entrada ni había caído en que teníamos que dar una dirección para que la carta pudiera ser contestada.

–Vale, pues la voy a enviar ahora mismo.

Shalun me pidió un sello, cerró la tienda y salió disparado hacia la ciudad. A partir del segundo día de haber enviado la carta, cada vez que yo entraba en la tienda Shalun brincaba del susto. Si negaba con la cabeza, en su cara aparecía una expresión de decepción. Si en dos días ya estaba sufriendo así, ¿cómo estaría a medida que pasara más tiempo?

Pasó un mes y el sufrimiento en silencio de Shalun me afectaba hasta provocarme unos dolores de cabeza terribles, por lo que dejé de ir a la tienda. No sabía cómo decirle que no le habían contestado, que no tenía noticias... Vaya, que se tenía que hacer a la idea y olvidarse de todo aquello para siempre. Como ya no iba a los ultramarinos, cada día al cerrar la tienda Shalun se acercaba sigilosamente a mi ventana y esperaba a que me percatara de su presencia sin llamar a la puerta. Cuando le decía que no había novedades, me daba las gracias en voz baja y regresaba a la tienda, y se sentaba en el suelo, absorto, mirando el cielo. Podía pasar así varias horas.

Transcurrió mucho tiempo hasta que una vez, al ir a buscar el correo, vi que tenía varias cartas y una notificación de la oficina de correos en la que me pedían que fuera en persona.

–¿Qué es esto? –pregunté al llegar a un trabajador de correos.

–Tiene una carta certificada para un tal Shalun Hamida. ¿Lo conoces o es que se han equivocado?

–¡Oh! –me sorprendí y cogí la carta, que había sido enviada desde Montecarlo.

Sentí un escalofrío y volví a casa a toda prisa. Me había equivocado: ¡aquella mujer no era una estafadora! Y le había enviado una carta, ¡una carta certificada! Shalun se iba a poner loco de contento.

–¡Corre, léemela! –me pidió mientras cerraba la tienda.

Estaba temblando y sus ojos centelleaban de excitación, parecía un desequilibrado. Al abrir el sobre vi que la carta estaba escrita en francés.

–Está en francés... –le dije mordiéndome el dedo en señal de disculpa.

Al oírlo, Shalun se mostró desesperado.

–Pero es para mí, ¿no? ¿O se han equivocado? –preguntó en voz baja, pues tenía miedo de despertarse de aquel sueño si alzaba la voz.

–Sí que es para ti. Y dice que te quiere –lo consolé traduciéndole la única frase que entendía.

–Tradúcela como puedas. Te lo ruego.... ¿Qué más dice? –me pidió fuera de sí.

–Es que no tengo ni idea... Vamos a esperar a que José vuelva del trabajo.

Volví a casa con Shalun pegado a mis talones, siguiéndome como un fantasma. No tuve más remedio que dejarlo entrar e invitarlo a que se sentara mientras esperaba a José.

Mi marido a veces tenía que soportar las malas maneras de sus compañeros de trabajo y al volver se le notaba en la cara. Yo ya estaba acostumbrada y no le daba más importancia. Aquel día regresó muy temprano y al ver a Shalun se limitó a saludarlo fríamente con la cabeza y fue a cambiarse los zapatos. No dijo ni una sola palabra. Shalun esperaba, carta en mano, a que José reparara en su presencia, pero este lo ignoró y se marchó al dormitorio. Cuando por fin salió, después de haberse puesto unos pantalones cortos, se dirigió al baño. En aquel momento se colmó la paciencia de Shalun. De pronto, sin decir nada y con la carta todavía en la mano, se tiró de rodillas a los pies de José, como si le quisiera abrazar las piernas. Me llevé un gran susto cuando vi aquella escena desde la cocina. ¡Se estaba pasando de la raya! Me enfadé conmigo misma: ¡no tendría que haber permitido nunca que aquel hombre viniera a nuestra casa a perturbarnos de aquel modo!

José, que estaba absorto en su mundo, por poco se muere del susto al ver a aquel desgraciado postrado ante él.

–Pero ¿se puede saber qué haces? ¡Socorro, Sanmao, quítame a este hombre de encima!

Tiré de Shalun con fuerza hasta separarlo de José. No me resultó nada fácil calmarlos a los dos. ¡Estaba tan cansada que habría dado lo que fuera por que Shalun desapareciera y nos dejase en paz!

–Tu mujer dice que también te quiere, pero que ahora no puede venir al Sáhara porque no tiene dinero. Te pide que halles la forma de hacerle llegar 100.000 pesetas a través de su hermano mayor, el de Argelia, y él le comprará un billete de avión para que pueda reunirse contigo y ya no os tengáis que separar nunca más –tradujo José tras leer la carta.

–¿Cómo? ¿Pero qué es eso que dice de reunirse contigo? ¡No le vas a ver ni un pelo, ya lo verás! ¡Solo te quieren sacar el dinero! –exclamé.

Shalun, en cambio, no se desanimó ni un ápice.

–¿Shaída dice que quiere venir? ¿Seguro que dice eso? –le preguntaba una y otra vez a José.

Por su mirada parecía que estuviera feliz, como flotando en un sueño.

–No hay problema por el dinero, eso es fácil de arreglar... –murmuró para sí.

–Shalun, olvídalo, de verdad –le pedí, aunque me daba cuenta de que por mucho que intentara persuadirlo no lograría despertarlo de aquel sueño.

–Toma, es para ti –le dijo a José quitándose el único anillo de plata que llevaba y embutiéndolo en el dedo de mi marido.

Parecía como si la alegría le hubiera nublado la mente.

–No, no, no lo puedo aceptar... –lo rechazó José devolviéndole el anillo.

–Muchas gracias por todo, me habéis ayudado mucho.

Y así, lleno de gratitud, se marchó.

–¿Pero qué demonios pasa con la mujer de Shalun? ¡Lo ha vuelto majareta! –preguntó José, que no entendía nada.

–¿Qué mujer ni qué ocho cuartos? ¡Está más claro que el agua que es una puta!

Aquella mujer no merecía otro nombre.

Después de recibir la carta, Shalun removió cielo y tierra para encontrar un trabajo de media jornada. Por la mañana

se encargaba de la tienda y durante la noche horneaba pan en una panadería de la ciudad. Se deslomaba día y noche, y solo podía dormir de cinco a ocho de la mañana. Al cabo de quince días, se había adelgazado mucho y su cara se había vuelto pálida. Tenía los ojos inyectados en sangre y llevaba el pelo sucio y despeinado. Su ropa parecía un trapo arrugado. Sin embargo, se volvió más parlanchín y cuando hablaba se notaba que estaba muy esperanzado con su vida futura, aunque yo sabía –no sé cómo– que seguía sufriendo en silencio. Al poco tiempo me percaté de que había dejado de fumar.

–Es que tengo que ahorrar cada céntimo. No es ningún drama haber dejado de fumar...

–Shalun, ¿cuánto dinero has podido ahorrar trabajando de sol a sol?

–Diez mil. En dos meses he podido ahorrar diez mil pesetas. Ya falta menos... Pronto podré... No te preocupes por mí, de verdad –afirmó de forma incoherente.

Dos meses después de haber recibido la carta se había convertido en un saco de huesos. Llevaba tanto tiempo sin dormir bien que había perdido la lucidez. Yo no dejaba de preguntarme qué tipo de brujería había utilizado Shaída para enamorarlo de aquella manera en solo tres días. Y qué es lo que le había hecho tan feliz para no poder quitársela de la cabeza.

Volvió a pasar mucho tiempo y Shalun seguía como un alma en pena. Pensé que no me extrañaría que aquello acabara llevándolo a la muerte.

Una noche, el agotamiento pasó factura a Shalun y se quemó las manos con las resistencias del horno. Las quemaduras eran muy graves, pero a la mañana siguiente su hermano no le permitió cerrar la tienda y tomarse el día de descanso. Me di cuenta de que cuando atendía a los clientes cogía los productos con las muñecas. Se movía con torpeza, y las cosas se le caían al suelo una y otra vez. Cuando su her-

mano llegó le dirigió una mirada fría y el pobre aún se puso más nervioso y se le cayeron unos tomates. Al ir a recogerlos, empezó a sudar a causa del dolor, y le supuraron las ampollas de las quemaduras.

¡Pobre Shalun! ¿Cuándo podría liberarse de aquel amor loco que sentía por Shaída? Se le veía aún más solitario y apesadumbrado que de costumbre...

Desde el episodio de las quemaduras, Shalun venía cada noche a casa para ponerse una crema y luego se iba a trabajar a la panadería. Solo cuando estaba en nuestra casa podía desahogarse a sus anchas y compartir sus secretos con nosotros. Ya se había olvidado por completo de la decepción que le había causado Shaída y pensaba que si lograba ahorrar aquel dinero la felicidad con la que soñaba estaría más cerca de hacerse realidad.

Una noche vino a casa, como de costumbre, y le invitamos a cenar con nosotros, pero nos dijo que prefería no comer porque todavía le dolían las manos, así que era mejor que lo dejáramos para otro día.

–Pronto me pondré bien, enseguida me cicatrizarán las quemaduras y estaré recuperado del todo. Hoy quizá ya pueda volver a hornear pan. Shaída... –empezó con la cantinela de siempre.

En aquella ocasión, José lo escuchó compasivo, mientras yo le quitaba las gasas y le cambiaba el vendaje. Pero yo no estaba dispuesta a escuchar de nuevo la historia de siempre, y de repente se apoderó de mí un sentimiento de rabia que no pude contener.

–Shaída esto, Shaída lo otro... ¿Es que no sabes hablar de otra cosa en todo el día? ¿De verdad no te das cuenta o es que te haces el tonto? ¡Shaída es una pu-ta!

Vomité aquellas palabras sin pensar, pero ya no había vuelta atrás. José levantó rápidamente la cabeza para observar la reacción de Shalun. La habitación quedó sumida en un

silencio sepulcral. Yo me esperaba que Shalun se abalanzara sobre mí para estrangularme, pero no lo hizo. Mis palabras le habían dejado aturdido, como si le hubiera golpeado fuertemente con un bastón. Se dio la vuelta muy despacio y clavó su mirada en mí, como queriendo decirme algo, pero no dijo nada. Yo también me quedé observando la cara esquelética que se le había quedado.

Levantó las manos quemadas, las miró, y de repente derramó algunas lágrimas fugaces. Después se marchó sin decir nada y se adentró en la oscuridad.

–¿Crees que es consciente de que le están tomando el pelo? –me preguntó José en voz baja.

–Creo que lo sabe desde el principio, pero no quiere admitirlo. Y si él no quiere admitirlo, no hay nada que hacer... –sentencié, pues conocía bien a Shalun.

–Shaída lo ha embrujado.

–Lo único que ha hecho Shaída es ponerle cachondo... El pobre se piensa que esta muchacha puede suplir sus carencias. Shalun busca amor, cariño, una familia, el calor de un hogar... ¡Es normal que un corazón joven y solitario como el suyo desee aferrarse a toda costa a un amor así! ¡Aunque sea falso!

José no añadió nada más. Apagó la luz y nos quedamos sentados a oscuras.

Al día siguiente creíamos que Shalun no vendría, pero no fue así. Después de cambiarle las vendas de nuevo, le dije:

–¡Ya está! Esta noche cuando hornees el pan ya no te dolerá, y en unos días la piel se te habrá regenerado por completo.

Shalun estaba muy calmado y habló poco. Cuando ya se iba, pareció que quería decir algo, pero no dijo nada. Al llegar a la puerta, de pronto se dio media vuelta.

–¡Gracias!

Me invadió una sensación extraña.

–No se merecen, hombre, pero no vuelvas a perder la cabeza. Venga, date prisa, a trabajar.

Me sonrió de una forma extraña. Al cerrar la puerta me quedé intranquila, pensando que había algo que no iba bien: ¡Shalun no sonreía nunca!

A la mañana siguiente, justo en el momento de abrir la puerta para sacar la basura, vi a dos policías que se dirigían hacia mí.

–¿Es usted la señora Quero?

–Sí, soy yo –contesté convencida de que habían encontrado muerto a Shalun.

–Venimos porque un tal Shalun Hamida...

–Sí, es un amigo nuestro –reconocí serena.

–¿Y sabe adónde puede haber ido?

–¿Shalun?

–Sí. Anoche robó todo el dinero de la tienda de su hermano y también de la panadería y ha desaparecido...

–Oh...

Nunca habría dicho que Shalun elegiría aquel camino.

–¿Había dicho últimamente algo raro o que quisiera marcharse a algún lugar?

–No. Si lo conocieran, sabrían que es un hombre de pocas palabras.

Me despedí de los policías y volví a echarme un rato.

–¿Cómo podrá Shalun vivir lejos del desierto? En este lugar los saharauis tienen sus raíces... –comentó José mientras comíamos.

–Bueno, en todo caso, aquí lo está buscando todo el mundo y tampoco podrá volver.

Después de cenar subimos a la azotea a sentarnos un rato. Aquella noche no soplaba el viento. José me dijo que encendiera la luz y, al hacerlo, enjambres de insectos volaron de cabeza a la lámpara sin dejar de dar vueltas alrededor de ella, como si no pudieran ver nada más. Nosotros los observábamos.

–¿En qué piensas? –quiso saber José.

–Estoy convencida de que cuando se lanzan contra el fuego se sienten muy felices.

El llanto de los camellos
哭泣的駱駝

No sabía cuántas veces me había pasado ya en el mismo día: estaba durmiendo profundamente y me despertaba, abría los ojos y la habitación estaba a oscuras. En la calle no se oía a nadie, ni siquiera el ruido de los coches, solamente el sonido nítido e inalterable del despertador que tenía sobre la mesilla.

Decidí levantarme. Los sucesos del día anterior no habían sido una pesadilla. Cada vez que abría los ojos, los recuerdos me obligaban a revivir una vez tras otra, como en una secuencia a cámara rápida, los hechos trágicos que me habían hecho gritar como una posesa.

Cerré los ojos. Los rostros de Basiri, Afolua y Shaida, que querían sonreír sin conseguirlo, pasaron por delante de mí como arrastrados por las olas. Me levanté de un salto y encendí la luz. Me miré en el espejo: tenía un aspecto demacrado, los labios secos y los ojos hinchados.

Abrí la ventana de madera que daba a la calle, desde la que se veía el desierto, donde se respiraba la soledad y la frialdad de un mundo glacial e inhabitado. Aquel paisaje inesperadamente desolado me sobresaltó y, olvidándome de dónde estaba, me quedé observando esa imagen incierta y despiadada.

Así es: al final siempre está la muerte. Todo llega a su fin... Da lo mismo si dura unos pocos días o si tiene una larga vida: el llanto, la risa, el amor, el odio, lo que soñamos y vivimos, todo está condenado a desaparecer. En el desierto, blanco como la nieve, no se veía la sombra de las personas que habían muerto, ni siquiera el viento de la noche había traído sus suspiros.

Al darme la vuelta para mirar aquella habitación que también estaba tan vacía y desolada como la muerte, me pareció ver a Basiri bajo la débil luz, sentado con las piernas cruzadas. Se iba destapando poco a poco la cabeza y la cara, que llevaba cubiertas con un turbante negro. Estaba tan sorprendida que no sabía qué hacer y me di cuenta de que dibujó de repente una sensual sonrisa en su cara bronceada, con unos ojos como dos estrellas congeladas y diminutas. Parpadeé y también vi a Shaída de perfil, tranquila, debajo de la estantería. Sus largas pestañas parecían una nube que hacía sombra a sus bellas y delgadas mejillas. Me la quedé mirando embobada, pero ella no notó mi presencia y siguió indiferente.

En algún momento se detuvo un coche fuera y alguien llamó a la puerta, pero yo no reaccioné hasta que no me llamaron por mi nombre y me sobresalté.

–Estoy aquí –respondí a la persona que estaba en la puerta, apoyada en el marco de la ventana.

–Sanmao, ¡ya no quedan billetes de avión! Pero no te preocupes, ¡mañana a primera hora te llevaré al aeropuerto! Te he puesto en lista de espera para conseguir dos asientos y seguramente podremos hacerte un hueco. Tú estate preparada. José está al corriente y cuando te avise para irte acuérdate de cerrar la puerta con llave. ¿A quién le quieres ceder el otro asiento que he pedido? –me dijo en voz baja el director general de la empresa de mi marido.

–Ya no me hace falta el otro asiento, gracias.

–¿Pero se puede saber qué te pasa? ¡Si todo el mundo se pelea por un asiento! ¿Por qué lo rechazas?

–Ha muerto, ya no se va –me limité a responder.

El director se quedó muy parado y me miró de reojo. A continuación, miró a su alrededor.

–He oído decir que los saharauis han tenido problemas. ¿Quieres pasar la noche en mi casa de la ciudad? Aquí no hay españoles, no es un lugar seguro.

Negué con la cabeza.

–Todavía tengo que ordenar algunas cosas. No me pasará nada. Gracias.

El hombre se quedó allí de pie sin dar crédito y tiró la colilla que tenía entre los dedos.

–Como quieras. Cierra bien la puerta y las ventanas. Mañana por la mañana a las nueve pasaré a buscarte para llevarte al aeropuerto –me indicó asintiendo con la cabeza.

Cerré la contraventana y eché el doble cerrojo. El jeep se oía cada vez más lejos, hasta que al final desapareció del todo. La soledad, que pesaba, había vaciado por completo aquella pequeña habitación. ¿Cómo podía ser que ya no se respirara el ambiente de antes?

Parecía que fue ayer cuando estaba delante de la misma ventana vestida solamente con un camisón largo.

–Sanmao, ¡abre la puerta! ¡Rápido! ¡Hace medio día que te esperamos! ¿Cómo puede ser que todavía estés durmiendo? –me preguntaron entre risas un grupo de muchachas saharauis desde fuera.

–Hoy no hay clase, ¡tenéis vacaciones! –les anuncié mientras me desperezaba inspirando profundamente. Dirigí la mirada a lo lejos, hacia las dunas, que se veían brillantes y majestuosas.

–Otra vez sin clase...–se lamentó una de ellas.

–Durante la noche han estallado tres bombas que casi nos tiran de la cama. Mi marido y yo hemos abierto la puerta y hemos salido corriendo a ver qué pasaba, pero no hemos visto nada. Y así hasta esta mañana, que es cuando hemos podido dormir un rato. Por tanto, hoy no hay clase, ahorraos las quejas.

–Aunque no haya clase, ¡déjanos entrar! Al fin y al cabo, venimos a pasar el rato... –me pidió una de las chicas aporreando la puerta.

No tuve más remedio que dejarlas pasar.

–¡Vosotras dormís como troncos! ¿Es que no habéis oído las explosiones? –les pregunté bebiendo té y riendo.

–¡Pues claro! Ha habido tres. Una en la entrada del campamento militar, otra en la escuela primaria de las minas de fosfato y otra en la tienda de Adjib... –me contaban todas al mismo tiempo muy excitadas.

–¡Cómo vuelan las noticias! Aunque no salierais de esta calle, también os enteraríais de todo...

–Ha sido la guerrilla otra vez. ¡Son cada vez más bestias! –comentó una de ellas como si todo aquello fuera un juego y no tuviera ningún miedo.

Lo contaba de forma vívida, ilustrando sus explicaciones con gestos. La habitación se convirtió durante un rato en un espacio de risas y jolgorio.

–De hecho, el gobierno español no deja de asegurar que concederá al pueblo el derecho de autodeterminación, ¡así que no entiendo el porqué de los disturbios! –confesé con un suspiro.

Empecé a peinarme.

–Te haré la trenza –se ofreció una de las chicas, que se agachó detrás de mí y escupió saliva en sus manos para trenzarme el cabello como si fuera *mahua*, aquella pasta frita trenzada.

–Esta vez la culpa ha sido de Shaída. ¡Mira cómo han acabado sus historias! ¡Han hecho explotar la tienda de Adjib! –la acusaba la muchacha que tenía detrás.

Cuando se pusieron a hablar de amoríos, las chicas, que estaban sentadas en el suelo, empezaron a darse empujones y a reírse.

–¿Habláis de la Shaída que trabaja en el hospital?

–¿Y qué otra podría ser? ¡Es una desvergonzada! Adjib la quiere, pero ella no le corresponde. Sin embargo, hablaba con él y Adjib seguía intentándolo. De golpe, empezó a entablar amistad con Afelua y lo ha preferido a él... Adjib se reunió con un grupo de hombres para darle un escarmiento, pero ella avisó a Afelua y se pelearon hace unos días. Ayer por la noche en la tienda del padre de Adjib estalló una bomba...

–¡Eso que dices no son más que tonterías! ¡Afelua no es así!

No me gustaba nada aquella chica porque a menudo empleaba su imaginación para juzgar hechos de los que sabía poco o nada.

–¿Eh? ¡La culpa no es de Afelua! En todo caso es de Shaída, ¡que es una puta! Conoce a los de la guerrilla...

Me cogí la trenza bruscamente y miré a la chica con la cara muy seria.

–La palabra «puta» solamente se puede utilizar con chicas que no tienen sentimientos ni vergüenza. ¡Shaída es una saharaui más y una comadrona de primera! ¿Cómo puedes llamarla así? ¡Qué palabra más fea! ¡No vuelvas a pronunciarla nunca más!

–¡Pero si habla con todos los hombres! –dijo Fátima, una de las hermanas pequeñas de Guka, mientras se mordía las uñas negras.

Tenía el pelo duro y lleno de barro. Era tan ignorante e iba tan dejada que parecía un pequeño demonio.

–¿Y qué tiene de malo hablar con los hombres? ¡Yo también lo hago! ¿Y eso también me convierte en una puta? –les dejé caer con agresividad.

Deseaba que llegara el día en que lograra abrirles esa mentalidad tan cerrada.

–No es solo eso... Shaída... –empezó a decir una chica muy honesta, pero se puso colorada y no pudo continuar.

–¡Se acuesta con hombres diferentes! –la ayudó Fátima mientras ponía los ojos en blanco y dejaba caer un par de risitas tontas.

–¿Es que lo habéis visto con vuestros propios ojos? –pregunté con un suspiro.

Me las quedé mirando. No sabía si enfadarme o reírme.

–¡Pues claro! ¡Todo el mundo lo sabe! En la ciudad nadie quiere relacionarse con ella, excepto los chicos. Pero tampoco se atreven a casarse con ella, solo les sirve para pasar un buen rato...

–Venga, ¡basta! ¡Dejemos este tema! Sois muy jóvenes y parecéis viejas chafarderas.

Di media vuelta y me fui a la cocina a por té. No sabía por qué pero hablar de aquellas tonterías a primera hora de la mañana me había puesto de mal humor.

Las chicas estaban sentadas, desperdigadas por el suelo. Tenían los pies negros y olían mal. Iban desaliñadas y hablaban todas a la vez. No entendía el árabe hasanía pero oía el nombre de Shaída cada dos por tres y cuando la nombraban sus caras transmitían odio y desprecio, lo cual las hacía aún más feas. Yo las observaba recostada contra la puerta.

De repente, la sombra de Shaída, que era pura y refinada, tan bella como una flor de primavera, pasó delante de mí. Ella era una joven adorable, educada y civilizada, pero la gente de allí no la entendía y la despreciaba. ¡Era muy difícil que la entendiesen!

En aquella ciudad teníamos muchos amigos saharauis: el que vendía sellos en la oficina de correos, el vigilante de los juzgados, el conductor de la empresa, los comerciantes, los mendigos que simulaban ser ciegos, los que iban a buscar

agua en los camellos, los poderosos jefes de los clanes, los esclavos pobres, los vecinos, la policía, los ladrones... Teníamos amigos en todos los estratos de la sociedad. Afelua era un buen amigo nuestro. Era un policía joven que había ido al instituto, pero que se había decantado por la carrera policial y había dejado los estudios. Tenía un aire pueril, los dientes muy blancos y era muy amable con todo el mundo. Era tan agradable y simpático que caía bien a la gente en cuanto lo veían.

Que en la ciudad explotasen bombas no era ninguna novedad, de manera que todo seguía igual de animado. Todos acababan hablando de la situación política, pero nadie sentía que hubiera un peligro de inestabilidad real, parecía que todo aquello quedara muy lejos.

Un día fui a pie a comprar unas verduras y casualmente vi a Afelua conduciendo el coche de policía. Le hice un gesto con la mano y bajó de un salto.

–Lua, ¿cómo es que hace tanto tiempo que no vienes a casa? –le pregunté.

Se echó a reír, pero no dijo nada y me acompañó mientras caminaba.

–Esta semana José tiene turno de mañana y a las tres de la tarde ya estará. Vamos, acércate un día y charlamos.

–De acuerdo, ¡iré un día de estos sin falta! –me prometió mientras aún se reía. Me ayudó a meter la cesta de verduras en el taxi que había llamado y se marchó.

Al cabo de unos días, efectivamente, se presentó en casa. Dio la casualidad de que su visita coincidió con la de unos compañeros de José, que estaban preparando brochetas de carne a la brasa.

–¡Oh! Tenéis invitados.... Ya vendré otro día –me dijo después de echar un vistazo al interior de la casa desde la ventana.

Salí a buscarlo enseguida y le obligué a entrar.

–¡Estamos preparando carne! Cena con nosotros, ¡si nos conoces a todos! ¡Anímate!

Afelua señaló detrás de él, riéndose, y me di cuenta de que una chica estaba bajando del coche. Vestía con las ropas típicas del desierto, de color azul claro, y llevaba el rostro tapado. Me sonrió mientras me miraba con sus preciosos ojos.

–¿Shaída? –le pregunté devolviéndole la sonrisa.

–¿Cómo lo sabes? –se extrañó Afelua clavándome la mirada.

No respondí nada y salí a paso ligero para recibir a aquella invitada tan especial.

Si no se hubiera tratado de Shaída, no la hubiera hecho pasar porque dentro solo había hombres. Pero, como era muy abierta, la invité a entrar sin ningún tipo de problema. Los compañeros de trabajo de José nunca habían visto a una saharaui tan de cerca y todos se levantaron por educación.

–Siéntate, por favor.

Shaída asintió tranquila. Fui a buscar un refresco para los recién llegados. Al volver a la sala se había quitado el pañuelo que le cubría el rostro con toda la naturalidad del mundo.

No entendía por qué, pero bajo aquella luz la cara de Shaída tenía un poder de atracción aterrador. Sus mejillas eran casi tan blancas como sus dientes y sus grandes ojos eran tan negros que parecían no tener fondo. Debajo de la nariz recta tenía los labios húmedos, como de agua fresca, y estaba muy delgada. Era bella como una estatua perfecta. Dirigió su mirada inconscientemente hacia un rincón y sonrió. Como si fuera una luna que acabara de subir al cielo, de pronto nos envolvió una luz brillante, y todos, incluida yo, nos sentimos tan conmovidos que nos quedamos embelesados por su aura.

A pesar de que llevaba ropas locales, a Shaída, que trabajaba en el hospital, se la veía diferente porque la ropa era de colores más claros. Estaba sentada y no hablaba, pero de pronto hizo que nos adentráramos en un mundo de ensueño.

Intentamos reanudar la conversación pero la presencia de Shaída nos distraía. Pasado un rato, Afelua se despidió y se fueron juntos. Pasados unos minutos, la habitación aún estaba completamente en silencio. Había dejado a su paso una especie de belleza eterna que nos había sobrecogido. Bueno, ¡o una cosa por el estilo!

–¡Qué belleza! ¡Qué joven más bonita! ¡O sea que es cierto que en el mundo existen personas así! ¡No es solo un mito! –exclamé con un suspiro.

–¿Es la novia de Afelua? –preguntó alguien en voz baja.

–No lo sé... –respondí negando con la cabeza.

–¿Y de dónde viene?

–He oído decir que es huérfana. Sus padres murieron y vivió con las comadronas del hospital unos cuantos años y allí fue donde aprendió el oficio.

–Ha tenido mucha vista escogiendo a Afelua. ¡Es un chico muy honesto!

–De hecho, Afelua no está a su altura. Le falta algo, no sé exactamente qué, pero no me acaban de encajar... –confesé negando de nuevo con la cabeza.

–Sanmao, ¿no te parece que decir eso es propio de una persona muy superficial? –me criticó José.

–No me refiero a su aspecto físico. Solo digo que tengo un sexto sentido que me dice que ella no le pertenece...

–Afelua es el hijo mayor de una familia con dinero. Su padre tiene millones de cabras y camellos en el sur...

–Aunque no conozco mucho a Shaída, no creo que se fije en el dinero. ¡En este desierto parece que no haya nadie que esté a su altura!

–¿Adjib no estaba enamorado también de ella? No hace mucho le dio una paliza a Afelua por su culpa –recordó José.

–Este Adjib es hijo de un comerciante que no tiene nada que hacer durante el día... Vive de su padre y se aprovecha de su posición para abusar de los demás. ¿Cómo pueden re-

lacionar a Shaída con una persona tan mala? –comenté con desprecio.

Aunque la primera noche que Shaída vino a casa no se quedó mucho rato, nos marcó, nos trastocó y nos emocionó a todos. El tema de conversación no podía desviarse de su persona. Me había impactado incluso a mí, que nunca me había quedado tan embobada con una muchacha tan bella.

–¿Cómo dejas que entre esa puta en tu casa? Si sigues así los vecinos no te dirigirán la palabra –me advirtió Guka intranquila al día siguiente.

Yo solo sonreí sin añadir nada más.

–Cuando bajó del coche con aquel hombre todos estábamos en la puerta observándola. Sonreía y hasta saludó a mi madre con la mano... Pero mi madre nos hizo entrar y cerró la puerta. ¡Hasta Afelua se puso rojo de vergüenza!

–¡Pues me parece de muy mal gusto por vuestra parte! –las acusé muy sorprendida de que antes de venir a mi casa hubiera pasado aquello.

–He oído que no cree en el islam, que es católica. ¡Este tipo de personas cuando mueren van al infierno!

Me quedé mirando a Guka en silencio. No sabía cómo hacerle entender lo que quería transmitirle.

Cuando la acompañé a la salida dio la casualidad de que nos encontramos con su padre, pues aquel día Handi había salido del trabajo más pronto que de costumbre. El uniforme militar contrastaba con su pelo marrón y canoso. He de confesar que estaba guapo.

–Sanmao, no es que quiera reñirte, pero las chicas vienen cada día a tu casa y te hemos confiado su educación. Si ahora tu marido y tú os mezcláis con saharauis indeseables de la ciudad... A ver, dime, ¿cómo me puedo quedar tranquilo dejando que se relacionen contigo? –me recriminó.

Sus palabras me sentaron como una bofetada y me puse de mil colores, pero no dije nada.

–Handi, hace más de veinte años que trabajas para el gobierno español, deberías ser un poco más abierto... Los tiempos cambian.

–Los tiempos cambian, pero las costumbres saharauis, no. Vosotros sois vosotros y nosotros somos nosotros.

–¡Shaída no es mala! Handi, eres un hombre maduro y deberías poder ver más allá que los demás... –Intenté hacérselo entender, pero estaba tan enfadada que se me trabó la lengua y las palabras no me salieron.

–¿Hay algo más vergonzoso que una persona que traicione la religión de su pueblo? Ay... –concluyó dando una patada en el suelo y llevándose a Guka a casa, cabizbaja.

–¡Cabeza cuadrada! –le insulté y entré en casa dando un portazo.

–¡Para civilizar a este pueblo hace falta mucho tiempo y mucha paciencia! –no pude evitar decirle a José mientras comíamos.

–La guerrilla cada día les transmite por la radio que han de liberar a los esclavos y permitir que las mujeres estudien, pero la gente solo se queda con la idea de la independencia y no hace caso del resto.

–¿Y por dónde emiten las retransmisiones? ¿Por qué nosotros no las oímos?

–Hablan en árabe hasanía. Cada noche retransmiten desde Argelia. ¡Toda la gente de aquí los escucha!

–José, ¿cuánto crees que durará esta situación? –le pregunté preocupada.

–No tengo ni idea. El gobernador general español ha dicho que les concederán la independencia.

–¡Pero Marruecos no aceptará! Y entonces ¿qué? –quise saber mientras jugaba con los palillos, con la cabeza inclinada.

–Ay, ¡vamos a comer!

–Es que no me quiero ir... –continué diciendo con un suspiro.

José me miró, pero no dijo nada más.

En verano el Sáhara parecía que lo inundaba todo, ya que el polvo volaba por todas partes sin dar tregua. Era como si no pasasen los días, como si aquel calor no tuviera fin y hubiera transformado el tiempo en algo pegajoso que quitaba las ganas de vivir. Los días transcurrían lentos y los soportábamos con resignación. Aparte de hacer que la gente se sintiera más perezosa y cansada, eran días en los que nos sentíamos vacíos y lo único que hacíamos era sudar. La gran mayoría de españoles de la ciudad había abandonado el desierto y había vuelto a su tierra huyendo del calor. El Aaiún se había convertido en un páramo desolado, parecido a una ciudad muerta.

En los periódicos diariamente aparecían noticias sobre el Sáhara, y en la ciudad cada cierto tiempo estallaban bombas que no dejaban heridos. Desde Marruecos, el rey Hasan se mostraba cada día más desafiante y el Sáhara español pronto se encontraría indefenso. Sin embargo, para las personas del desierto todo aquello era irrelevante.

La tierra, el cielo y los tornados eran los de siempre. En aquel rincón del mundo, en aquel lugar tan primitivo como el origen del cosmos, palabras como «Naciones Unidas», «Tribunal Internacional de la Haya» y «autodeterminación» sonaban etéreas e irreales para los saharauis.

Nosotros también seguíamos con la vida de siempre. Estábamos expectantes y manteníamos una cierta desconfianza: no sabíamos si los rumores que circulaban a nuestro alrededor algún día afectarían de alguna manera a nuestro destino y a nuestro futuro.

En las tardes calurosas, si tenía el coche en casa siempre preparaba algo para picar y conducía hasta el hospital para ver

a Shaída y las dos nos escondíamos en el sótano, en una habitación fresca que olía a desinfectante. Nos sentábamos con las piernas cruzadas mientras cosíamos y comíamos. Hablábamos del pasado y del presente, de astronomía y de geografía, pero también decíamos algunas tonterías. Teníamos la confianza de unas hermanas. Shaída a menudo me explicaba la época dorada en la que vivió en una tienda. Sus historias siempre acababan con la muerte de sus padres y después detenía con serenidad su relato. A continuación, parecía como si se quedara en blanco. No decía nada más y yo tampoco me atrevía a preguntar.

–Shaída, ¿qué vas a hacer si los españoles se retiran? –le pregunté un día.

–Pero ¿de qué forma se retirarían? ¿Nos concederían la independencia? ¿Le darían una parte a Marruecos?

–Todo es posible –admití con ambigüedad encogiéndome de hombros.

–Si fuésemos independientes me quedaría, pero si dividiesen el territorio no podría soportarlo.

–Pensaba que te sentías española –dije con calma.

–Esta es mi tierra, mis padres están enterrados aquí...

La mirada de Shaída se enturbió, como si guardara algún secreto difícil de explicar que le causaba sufrimiento. Se quedó sentada, como atontada, y se olvidó de seguir hablando.

–¿Y tú, Sanmao? –me preguntó pasado un rato.

–No me quiero ir, me gusta el desierto.

–¿Y qué es lo que te atrae de aquí? –se extrañó.

–¿Que qué es lo que me atrae? Pues la tierra, el sol abrasador, las tormentas y la vida solitaria... En parte me gusta y en parte me pone triste. Tengo incluso un sentimiento ambivalente de amor y odio hacia las personas más ignorantes... ¡Ay! ¡Ni yo misma me entiendo!

–Y si este trozo de tierra fuera tuyo, ¿qué harías?

–Pues más o menos lo mismo que tú. Estudiaría para ser enfermera. De hecho, ¿qué diferencia habría si fuera mío o no?

–¿No has pensado nunca en la independencia? –quiso saber tranquilamente.

–El colonialismo ha de acabar tarde o temprano, pero el problema es cuántos años necesitarían los saharauis, este colectivo bárbaro e ignorante, para construir su país después de independizarse, y no soy muy optimista...

–Seguro que ese día llegará...

–Shaída, esto solo me lo puedes comentar a mí. ¡Sobre todo no lo hables con nadie más!

–No te preocupes. Mi comadrona también lo sabe... –admitió esbozando una sonrisa.

Había recuperado la alegría y me miraba sonriente, sin dar al tema ninguna importancia.

–¿Sabes que han capturado a algunos guerrilleros en la ciudad? –le pregunté con nerviosismo.

Asintió con la cabeza enérgicamente, parecía preocupada. Entonces se levantó y se sacudió la ropa. Tenía los ojos húmedos.

Un día por la tarde cuando José volvió del trabajo me dijo:

–Sanmao, ¿lo has visto?

–¿El qué? Hoy no he salido... –admití mientras me secaba el sudor que me resbalaba por el cuello.

–Ven, sube al coche. ¡Vamos a verlo!

Mi marido tiró con fuerza de mí con una expresión muy seria. Conducía en silencio mientras daba vueltas por los edificios de las afueras de la ciudad, cuyas fachadas y muros estaban llenos de insultos escritos en un color rojo sangre. Aquellas palabras parecían el agua de un río que hubiese reventado la presa y que hubiera inundado todas las paredes que veíamos.

–¿Pero qué es todo esto? –me sorprendí.

–¡Fíjate!

En todas las paredes blancas había pintadas que rezaban: ESPAÑA, LÁRGATE DE NUESTRA TIERRA, VIVA EL SÁHARA, VIVA LA GUERRILLA, VIVA BASIRI, NO QUEREMOS A MARRUECOS, NO QUEREMOS A ESPAÑA, VIVA LA INDEPENDENCIA DEL SÁHARA, LOS ESPAÑOLES SON UNOS LADRONES, UNOS CRIMINALES, QUEREMOS A BASIRI y ESPAÑA, ¡LÁRGATE DE AQUÍ!.

Aquellas palabras rojas como la sangre se nos echaron encima y todas aquellas quejas siniestras nos asustaron tanto que nos dejaron empapados en sudor bajo el sol abrasador. Parecía como si hubiéramos estado durmiendo plácidamente y de golpe, al despertarnos, hubiésemos sentido el terror de ver que nos estaban amenazando con un cuchillo.

–¿Ha vuelto la guerrilla? –pregunté a José.

–No es necesario que vuelva... ¿Qué saharaui de la ciudad no les apoya?

–¿La ciudad también está llena de pintadas?

–¡Hasta las paredes del campamento militar! ¡Las han pintado todas en una noche! ¡No sé qué cojones hacían los que estaban de guardia!

De repente el terror se apoderó de nosotros. Vimos a un saharaui en la calle por donde conducíamos, ¡y se nos pusieron los pelos de punta!

¡Estábamos en un estado de nerviosismo tal que cualquier sombra nos parecía enemiga! No volvimos a casa, José condujo hasta la cafetería de la empresa. Los compañeros estaban todos en una misma sala y formaban una gran masa de gente. Se saludaban con una sonrisa pero estaban muy tensos. Aquel día dormido de verano había desaparecido de repente y sin dejar rastro. Además de aterrados y nerviosos, todos se sentían, en mayor o menor grado, humillados y avergonzados.

–El grupo de observadores de las Naciones Unidas pronto estará aquí. ¡Está claro que tienen que intervenir! ¡Han de mojarse y decir qué opinan sobre lo que pasa en el Sáhara!

–He oído decir que Basiri recibió educación española hasta que se licenció en Derecho. Pasó muchos años en Es-

paña. ¿Cómo es que ha vuelto con la guerrilla y nos ha dado la espalda?

–¿Y qué demonios hará la empresa?

–Mi mujer se va mañana, no quiere esperar a que la situación empeore.

–Pues yo he oído decir que la guerrilla no solo está aquí. Hace ya tiempo que está en Marruecos...

Aquellas conversaciones confusas me llegaban por todos lados, algunas las oía más fuerte que otras, pero todas eran irrelevantes, ya que no hablaban del foco del problema.

–¡Joder con esta gente! ¡No saben ni comer ni recoger su mierda y encima piden la independencia! ¡España es demasiado benevolente con ellos! Por lo que sé, los saharauis se atreven a insultarnos cuando, en el fondo, nosotros podríamos matarlos a todos. ¡Pfff! ¡Pero si solo son unas setenta mil personas! ¡Podemos liquidarlos con metralletas sin casi despeinarnos! ¡Podríamos hacer lo que Hitler hizo con los judíos! –berreó de repente un español ignorante dando un golpe en la mesa y levantándose.

Aquel hombre tenía la cara roja y hablaba muy alterado. Nos regaba con saliva y estaba tan enfadado que sus ojos parecían un par de bombas a punto de explotar. Alzaba y movía los brazos. Se moría por expresar su ira.

–Exterminar a los saharauis es como matar un perro. De hecho, los perros son más fuertes que ellos y hasta mueven la cola cuando ven al que les da de comer.

–Oh...

Al principio estaba a favor de los españoles, pero cuando escuché aquellas opiniones tan radicales entré en estado de shock y cambié de bando. José estaba sobrecogido y observaba a aquel hombre con la cabeza inclinada.

La mayoría de los presentes, al oír aquellas tonterías, empezaron a aplaudirle y a vitorearle. Aquel hombre tragó

saliva, cogió un vaso y bebió un buen trago de vino. De repente me vio y añadió:

–¡Y que conste que los españoles no somos los únicos colonialistas! ¡Los chinos de Hong Kong pierden el culo por estar a buenas con el Reino Unido! Después de tantos años de obedecer a los británicos... Los saharauis son incapaces de seguir su ejemplo, ¡pero lo que ellos no ven, nosotros sí que lo vemos!

Antes de que yo pudiera saltar, José ya había dado un golpe fuerte en la mesa, que resonó por toda la sala. Se puso en pie y se dirigió a aquel hombre dispuesto a pelearse. De repente todos nos miraron y yo tiré con fuerza de José para sacarlo de allí.

–No es más que un viejo ignorante... ¡No tiene cultura ni educación! ¿Por qué te molestas en discutir con él?

–¿Pero qué cojones dice este tarado? ¿Por qué me has sacado de allí? ¡No sabe de lo que habla! Cuando no quieres que te gobierne otro, entonces, según él, ¡lo matas como a una mosca! ¿Es que no sabe cómo se enfrentó Taiwán a los japoneses? –gritó mi marido.

Al verlo en aquel estado lo pisé y me lo llevé a empujones.

–José, yo tampoco soy partidaria del colonialismo, pero si estás rodeado de españoles no puedes decir nada. ¿Qué sacarás enfrentándote a tu propia gente más que ganarte la fama de traidor a la patria?

–Pero es que con energúmenos como este... Ay, ¡y así queremos agradar a los saharauis! –se entristeció.

–¡No acabamos de estar ni en un bando ni en otro! Por una parte la guerrilla nos llama «perros» y por la otra las palabras de nuestra propia gente nos sacan de nuestras casillas. ¡Ay, Dios mío!

–En un principio todo esto se podía haber solucionado pacíficamente... Si no hubiera sido porque Marruecos quiere dividir el territorio, ¡las cosas no habrían llegado al punto de

que los saharauis pidieran la independencia! El grupo de observadores llegará enseguida. Sanmao, ¿quieres irte una temporada y volver cuando todo este alboroto haya acabado?

–¿Yo? –dije con una fría risa–. No me pienso ir. Si España continúa con la ocupación un día más, yo también me quedaré. ¡Incluso si España se va, aún cabe la posibilidad de que me quede!

Aquella noche se impuso el toque de queda en toda la ciudad. El ambiente estaba tan enrarecido que parecía como si una tromba de agua hubiese inundado hasta el último rincón. Durante el día, la policía española se paseaba con pistolas y paraba a los transeúntes saharauis apuntándolos con las armas. Los ponían de cara a la pared uno a uno y les ordenaban que se subiesen la chilaba para poderlos cachear.

¿Los de la guerrilla serían tan estúpidos como para llevar pistolas y encima dejar que los cachearan?

Fui al hospital a buscar a Shaída y en la entrada me dijeron que estaba en la segunda planta atendiendo un parto. Al subir, cuando no había andado ni cuatro pasos, Shaída se acercó tan trastornada que por poco choca conmigo.

–Pero ¿qué te ocurre?

–¡Nada! ¡Anda, vamos! –me respondió tirando de mí para bajar.

–¿Pero ahora no tenías un parto?

–La familia de esa mujer no me quiere allí... –me confesó con el labio inferior tembloroso–. Ha sido un parto complicado, ¡ella casi pierde la vida mientras daba a luz! Y en cuanto he entrado me han comenzado a insultar, y yo...

–¿Y se puede saber qué has hecho tú?

–No lo sé, yo...

–Shaída, deberías casarte. La tradición saharaui no te permite entrar y salir todo el día con Afelua...

–Todo esto no es culpa de Afelua... –se explicó con nerviosismo levantando la cabeza.

–¿Eh? –me extrañé.

–¡Son los secuaces de Adjib los que quieren hacerme la vida imposible! Y yo... ¡No puedo hacer nada! ¿A quién puedo contarle mis problemas? –se lamentó.

De repente rompió a llorar. Las lágrimas le caían como flechas.

Recorrí el pasillo lentamente y pasé por el recinto donde vivían las niñeras. En aquel momento había un grupo de niños que bebían leche obedientemente, entre los que se encontraba un saharaui que tenía el labio superior manchado, ¡como si le hubiera crecido un bigote blanco!

Lo cogí en brazos y me lo llevé hacia el sol mientras jugaba con él.

–Eh, ¿adónde vas? –me preguntó una joven monja mientras me perseguía.

–¡Soy yo! –la saludé riendo.

–¡Ah! ¡Me has asustado!

–¡Este niño es adorable! ¡Es precioso! –lo alabé mientras me fijaba en sus grandes ojos negros y le acariciaba el cabello rizado.

–Venga, devuélvemelo... –me pidió la monja alargando los brazos.

–¿Cuántos años tiene?

–Cuatro –me respondió mientras le daba un beso.

– Shaída ya era mayor cuando llegó ¿verdad?

–Sí. ¡Tenía unos dieciséis o diecisiete años!

Me despedí de la monja con una sonrisa y di un beso al niño, que agachó la cabeza. Tenía la sensación de que me había cruzado antes con aquella cara. ¿A quién se parecía aquel niño?

De camino a casa solo me encontré con los militares que se dirigían hacia la ciudad. Había una alambrada que rodeaba las instituciones gubernamentales y era imposible acceder a ellas, y en la oficina de la compañía aérea había muchas personas haciendo cola pacientemente. De repente, apare-

cieron las caras desconocidas de unos cuantos periodistas, que parecían mendigos deambulando de un lado a otro. Aquel clima de tensión y nervios en una ciudad donde siempre había reinado la calma era un mal augurio.

Volví a casa a paso ligero y me encontré a Guka sentada en los peldaños de la escalera de piedra esperándome.

–Sanmao, Gebo quiere saber si hoy puedes bañar a Khalifa.

Khalifa era el hermano pequeño de Guka y tenía un problema en la piel. Algunos días venía a casa para que lo lavase con un jabón especial de farmacia.

–Sí, claro, que venga –accedí distraída mientras abría la puerta.

Khalifa, que tenía unos ojos muy grandes, no paraba de moverse en la bañera.

–Va, ¡ahora levántate! ¡Sé obediente y no vuelvas a salpicarme!

Me agaché para lavarle los pies y aprovechando que yo estaba en esa posición, cogió un peine mojado y empezó a darme golpes en la cabeza.

–¡Primero matarán a José y después a ti! Primero matarán a José, primero a José... –Parecía que cantaba mientras me golpeaba.

Se le entendía perfectamente y cuando me di cuenta de lo que cantaba sentí una especie de explosión en los oídos, pero hice lo posible para mantener la calma. Cuando acabé, lo envolví en una toalla grande y lo puse encima de la cama del dormitorio. Durante aquel trayecto de pocos pasos tuve la sensación de que caminaba sobre algodón, pues se me hundían los pies como si estuviera en una nube. No sé ni cómo pude llegar a la habitación. Sequé a Khalifa con suavidad, pero estaba como aturdida.

–¿Qué dices, Khalifa? Venga, dilo otra vez.

Khalifa alargó el brazo para coger el libro que tenía al lado de la almohada.

–¡La guerrilla ha venido y matará a José y a Sanmao! –repitió riendo mientras me observaba.

Entonces volvió a alargar el brazo para coger el despertador de la mesilla de noche. No sabía lo que estaba diciendo. Lo tapé con una camisa vieja de José, desconcertada por completo, y entré lentamente en casa de Handi, que tenía la puerta abierta. Le devolví el niño a su madre, Gebo, que se apresuró a cogerlo con amor.

–¡Oh! ¡Gracias! Va, Khalifa, di gracias –le pidió a su hijo con una sonrisa.

–¡La guerrilla matará a José y a Sanmao! –chilló el niño ya en brazos de su madre moviéndose con energía y señalándome con el dedo.

–¡Pero qué dices, desgraciado! –le riñó.

Al oír aquellas palabras lo giró para pegarle. Parecía que habían dado una capa de pintura roja sobre la cara honesta de Gebo.

–¡No servirá de nada que le pegues! ¡Qué va a saber una criatura! –le dije con un suspiro, resignada.

–¡Perdona! ¡Cómo lo siento! –se disculpó a punto de llorar.

Gebo me miró y enseguida bajó la cabeza.

–¡No os fijéis tanto en el lugar de procedencia de la gente! Todos somos *mulana* a los ojos de Dios. (*Mulana* significa 'alma' en árabe hasanía.)

–¡Pero si a nosotros no nos importa! ¡Guka y los niños te quieren! Nosotros no somos de ese tipo de personas... Por favor, perdónanos. De verdad, no nos lo tengas en cuenta... –repetía Gebo tan avergonzada que se había echado a llorar y no paraba de enjugarse las lágrimas con la parte inferior de su ropa.

–Pero ¿qué estás diciendo, Gebo? ¡No digas tonterías! –la riñó su hijo Baixi, que acababa de entrar.

El joven soltó una risa cínica, me miró de reojo, corrió la cortina y se marchó.

–Gebo, ¡no estés triste! Los jóvenes tienen sus propias opiniones... ¡No hace falta que te disculpes! –la consolé mientras le daba unos golpecitos en la espalda.

Me levanté. Me sentía como cuando de pequeña alguien me hacía la vida imposible y me parecía que estaba siendo tratada injustamente, pero no sabía qué hacer. Salí de allí sintiéndome muy extraña y confundida. Me senté en casa sin fuerzas, tenía la cabeza en otro sitio, por eso no escuché a José cuando entró con Afelua.

–Sanmao, ayudadme, por favor. El domingo tenéis que sacarme de la ciudad...

–¿Qué? –pregunté todavía desde mi mundo, pues no lo había oído bien.

–Que necesito tu ayuda, quiero salir de la ciudad para volver a casa –me dijo yendo al grano.

–¡Uy, no! ¡En las afueras de la ciudad está la guerrilla!

–¡Os prometo que no os pasará nada! ¡Os lo ruego!

–Pero si tú también tienes coche... –le solté.

Aquel día no solo había perdido la valentía sino también las formas. No estaba de humor para hablar con nadie.

–Sanmao, soy saharaui y ahora ya no conceden pases de circulación a los locales. Tú siempre has sido muy comprensiva, ¿qué te pasa hoy? Parece que estés enfadada... –insinuó mirándome con paciencia.

–¿Pero tú no eres policía? ¿Cómo puede ser que vengas a pedírmelo a mí?

–Sí lo soy, pero también soy saharaui –admitió con una sonrisa de frustración.

–¡Si quieres salir de la ciudad no vengas a darnos problemas! ¡Porque a malas sería a nosotros a quienes matarían! Hemos perdido el tiempo con vosotros, hemos estado echando margaritas a los cerdos –le espeté con una ira incontrolable que no sabía de dónde venía.

Al decir aquello, se me saltaron las lágrimas y simplemente me quedé sentada en el suelo, cerrada en banda y sollozando.

Cuando José, que se estaba cambiando de ropa, me oyó gritar, vino como una flecha y los dos hombres se quedaron mirándose el uno al otro sin saber qué hacer.

–¿Se puede saber qué le pasa? –preguntó José frunciendo el ceño boquiabierto.

–¡Y yo qué sé! ¡Se lo he pedido bien! ¡Pero de golpe y porrazo se ha puesto de esta manera! –comentó extrañado Afelua.

–Vale, de acuerdo, estoy histérica, ¡pero eso no es asunto tuyo! –le ataqué, y después cogí un poco de papel higiénico para secarme la nariz y la cara.

Suspiré y me quedé sentada en el sofá con la mirada perdida. Al recordar lo bien que se habían portado conmigo sus padres y hermanos en el pasado, me arrepentí de mis palabras y no pude evitar preguntar:

–¿Y cuándo querrías salir de la ciudad? Ahora mismo es un caos...

–El domingo se reúne mi familia y como, más adelante, los problemas irán en aumento no podré ir a menudo a verles.

–¿Aún tenéis camellos? –preguntó José.

–Los hemos vendido todos. Mis hermanos mayores necesitaban dinero en metálico y ya no nos queda ni uno. Solo conservamos unas cuantas cabras...

–¿Y para qué querían tanto dinero? ¿Qué puede ser tan importante como para que uno venda el patrimonio familiar?

Después de llorar un rato ya me sentía mucho mejor y se me había pasado la rabieta.

–Lua, el domingo te ayudaremos a salir de la ciudad, pero nos tienes que prometer que volveremos por la noche. ¡No nos decepciones! –le pidió José con solemnidad.

–¡No lo haré! Os prometo que tengo una reunión familiar. ¡No os preocupéis! –nos tranquilizó con sinceridad y emoción y dio un golpecito en el hombro de José.

Y quedamos así.

–Lua, tú no eres de la guerrilla. ¿Cómo puedes garantizarnos que volveremos sanos y salvos? –le pregunté preocupada.

–Sanmao, somos buenos amigos. Por favor, ¡confiad en mí! No he tenido otro remedio que pedíroslo a vosotros... Si no estuviera convencido de que todo va a ir bien, no me habría atrevido a pedir el favor... Todos tenemos familia.

Como vi que hablaba desde el corazón no insistí más.

El domingo, al pasar por el puesto de control, inspeccionaron los carnés de identidad de los tres. El mío y el de mi marido eran azules; el de Afelua, era amarillo.

–Cuando volváis por la noche os los devolverán. Id con cuidado si os encontráis con Basiri... –nos recomendó.

El vigilante nos hizo un gesto con el brazo para indicarnos que podíamos pasar. Su última frase hizo que el corazón se me acelerase.

–¡Conduce rápido! Son más de tres horas de camino. ¡Cuanto antes lleguemos, antes regresaremos! –apremié a José desde el asiento trasero.

José y Afelua iban delante. Para no tener problemas durante el viaje, todos llevábamos ropas locales.

–¿Cómo se te ha ocurrido volver ahora a casa? –le dije angustiada.

–Sanmao, no sufras. ¡No paras de repetir lo mismo! –me respondió echándose a reír.

Estaba muy animado.

–¿Cómo es que Shaída no ha venido contigo?

–Pues porque tiene que trabajar.

–O mejor di que no querías que corriera peligro...

–Venga, ¡basta de cháchara! Afelua, si me indicas el camino seguro que llegaremos antes.

Por todos lados se veía el vasto cielo gris. El sol, que comenzaba a salir, emitía una luz débil de color naranja pálido que nos llegaba a través de la gruesa capa de nubes. Durante la madrugada aún hacía mucho frío en el desierto y solo había unos pájaros solitarios que volaban graznando alrededor de nuestro coche, lo que aún incrementaba más la sensación de vacío.

–Voy a dormir un poco, que nos hemos levantado muy temprano...

Me acurruqué en el asiento y cerré los ojos. Sentía como si en mi interior tuviera un pedazo de plomo oprimiéndome el corazón que no me dejaba ser optimista. De hecho, no ver el desierto era la mejor opción, así no me parecería que en el horizonte vislumbraba a las personas que no quería ver.

Creo que dormí un rato y noté que el coche, que no paraba de dar sacudidas, se fue parando poco a poco. Tenía calor y retiré la manta con la que me había tapado. De pronto se abrió la puerta trasera.

–¿Y tú quién eres? –grité asustada.

–Es mi hermano pequeño, Sanmao. Ha venido hasta aquí para recibirnos...

Me senté confundida, frotándome los ojos y me topé con una cara sonriente con la frescura de la pureza juvenil ¡que me estaba saludando!

–¡Ah! ¿Eres Mohamed? –le pregunté riendo y alargando el brazo para saludarlo–. ¿Y falta mucho? –dije incorporándome antes de bajar la ventanilla.

–Estamos a punto de llegar.

–Os habéis vuelto a trasladar, el año pasado no vivíais aquí.

–Es que vendimos todos los camellos y ahora cualquier lugar es bueno para vivir.

En la lejanía vi la tienda marrón de su familia. La preocupación que había sentido durante todo el viaje se disipó. Vimos a su madre, una mujer muy guapa, con las dos herma-

nas pequeñas. Bajo aquel cielo tan inmenso, parecían tres puntos negros volando hacia nosotros.

–*As-salam aleikum*! –gritaron las niñas abalanzándose sobre su hermano mayor.

A continuación, corrieron hacia mí y me abrazaron. Llevaban unas faldas largas y limpias. Tenían unas facciones preciosas y puras, unos dientes blancos y unas gruesas trenzas de cabellos brillantes. Las dos desprendían la inocencia y la frescura del desierto. Me dirigí rápidamente hacia donde se encontraba la madre de Lua, que justo en aquel instante se desprendía del abrazo de su hijo.

–¡*As-salam aleikum*, Yasmín!

Iba envuelta en una tela azul marino y llevaba un moño bajo. Abrió los brazos pausadamente y me recibió con mucho afecto y una mirada sincera. En el cielo que quedaba detrás de ella habían aparecido las nubes grises de la mañana, pero continuaba tan azul como el agua y tan transparente como si lo hubieran limpiado.

–Niñas, id al coche a buscar las telas. También os he traído abalorios de cristal de colores –grité a sus hermanas abriendo el redil de las cabritas, que salieron brincando.

–Esto es un regalo para el padre de Lua –añadió José mientras sacaba dos grandes botes de tabaco rapé.

–También hay una caja de galletas de chocolate. Traedlas aquí.

Se respiraba el mismo ambiente que cuando teníamos paz y prosperidad. Era como si hubiéramos vuelto a casa a visitar a la familia. En definitiva, como siempre que en el pasado habíamos ido a visitar a los padres de Afelua. No había cambiado nada. Yo me alejé del grupo y entré en la tienda.

–¡Ya estamos aquí! ¿Cómo está el patriarca del clan?

Levanté la pierna para cruzar el umbral. El padre de Lua tenía el pelo blanco. No se puso de pie para recibirme, simplemente levantó la mano para saludarme desde donde estaba sentado.

–*As-salam aleikum*! –lo saludé y me acerqué gateando. Estiré la mano derecha para tocarle suavemente la cabeza.

Aquel saludo era el más educado que se le podía dedicar al anciano.

José también entró, se acercó y se arrodilló para tocarle la cabeza. A continuación se sentó con las piernas cruzadas, justo delante de él.

–¿Cuantos días os quedaréis? –nos preguntó en francés.

–Volvemos esta noche, porque la situación es muy inestable –respondió mi marido en español.

–¿Vosotros también os iréis pronto del Sáhara? –nos preguntó con un suspiro.

–Nos iremos cuando no haya más remedio –explicó José.

–Con la guerra se ha acabado la tranquilidad de los tiempos de paz.

Después de rebuscar en su bolsillo durante un rato con parsimonia, sacó un par de tobilleras de plata bastante pesadas y me hizo un gesto con la mano. Me acerqué a gatas y me senté junto a él.

–Póntelas, son para ti.

Yo no entendía el francés, pero sí sabía leerle la mirada, por eso las acepté cogiéndolas con las dos manos. Me quité las sandalias, me puse las tobilleras y caminé unos pasos con poca elegancia.

–*Shuaina*! *Shuaina*! –me piropeó en árabe hasanía.

Entendí que me decía que estaba preciosa.

–¡*Haka*, sí! –respondí sin dejar de mirarme aquellos tobillos bellamente enjoyados.

–Aquí todas las chicas tienen un juego; como mis hermanas aún son pequeñas te las puedes quedar tú –dijo Afelua con afecto.

–¿Puedo salir? –pregunté a su padre, que accedió, y salí corriendo para enseñarle los pies a Yasmín.

Las dos hermanas justamente estaban cogiendo una cabra para sacrificarla. Las ramas de algunos cardos secos ya estaban encendidas y un humo negro se elevaba retorciéndose hacia arriba. Yasmín y yo observábamos la vasta llanura. En el pasado habíamos acampado todavía más al sur y estábamos rodeados de vecinos, pero después, y no sabía por qué, se habían trasladado a un paraje aún más desolado.

–¡Mira qué bonito es el Sáhara! –exclamó Yasmín extendiendo la mano con elegancia para abarcar todo aquello que estaba al alcance de nuestra mirada.

Ella alababa como siempre la belleza de su tierra, exactamente igual que las otras veces que había estado con ellos.

Después de aquel gesto, similar a un truco de magia, fue como si de golpe el paisaje que nos rodeaba se hubiera empapado de un romanticismo que, en forma de hilos de seda, penetraba en mi piel hasta inundar mis pensamientos. No existía otro Sáhara en el mundo. Desplegaba toda su belleza y ternura ante aquellos que estaban enamorados de él. Tomaba nota de tus sentimientos hacia su tierra y cielo imperturbables a lo largo de los siglos y te lo pagaba en silencio. Se comprometía en secreto contigo, pero a cambio esperaba que tus hijos y nietos saliesen todos de su vientre.

–Tenemos que sacrificar la cabra, voy a avisar a Lua –anuncié entrando de nuevo en la tienda.

Cuando Lua salió, me tumbé e inspiré tranquilamente el sutil olor de tabaco que acostumbraba a desprender la manta. No había ningún olor corporal de aquella familia al que no me hubiera acostumbrado. Eran especiales.

Después de un buen rato, Lua me tocó un brazo para avisarme.

–Ya la hemos sacrificado, puedes salir –me dijo.

Siempre me había costado enfrentarme a la situación de ver cómo se segaba una vida.

–Dos cabritos enteros... ¿no es mucha comida? –pregunté a Yasmín agachada a su lado.

–¡Qué va! ¡Nos vamos a quedar cortos! Dentro de un rato vendrán más hijos y vosotros también os llevaréis un trozo cuando volváis a casa. Tenemos que preparar una cazuela de cuscús para que todos se chupen los dedos. (El cuscús es una comida típica del desierto hecha a base de sémola de trigo, que se come aglutinándolo antes con los dedos.)

–No conozco a los hermanos de Lua, nunca los he visto.

–Ay... Se fueron todos hace años y no vienen muy a menudo. Vosotros habéis venido tres o cuatro veces, ellos solo una.

–¡Con la hora que es y aún no han llegado!

–Sí, ya están aquí –dijo Yasmín bajito y continuó trajinando en cuclillas.

–¿Y dónde están? ¡Yo no veo a nadie! –le pregunté extrañada.

–¡Escucha bien!

–¿Te refieres a las voces de los que hablan dentro de la tienda?

–¡No, mujer! ¡Estás sorda! –se burló riendo.

Finalmente, al cabo de un rato, vi en el horizonte una nube de polvo amarillo que se elevaba como si fuera humo y que al llegar al cielo se deshacía, pero no se veía bien qué era lo que se estaba acercando a nosotros, es decir, si venían andando, corriendo, en camello o en coche.

Yasmín se puso de pie sin prisa. Poco a poco sobre la arena se vio con más nitidez una comitiva enorme de jeeps marrones avanzando en paralelo. Se iban aproximando y cuando estaban a punto de entrar en mi campo de visión para poder distinguir a las personas que venían, los vehículos se

dispersaron para rodear nuestra tienda. Cada uno se fue hacia un lado y al final no pude verlos bien.

–Yasmín, ¿estás segura de que son de la familia?

Aquellas maniobras, aquel estilo imponente y aquel ambiente siniestro, inconscientemente, hizo que cogiera a Yasmín por la ropa y tirase de ella hacia mí.

Junto a nosotros solo había un vehículo que iba repleto de unos hombres que llevaban la cara tapada y que se iban acercando amenazadores. Un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo, como si tuviera los pies clavados en el suelo. Tenía la sensación de que aquellos individuos tapados con aquellos turbantes habían clavado la vista en mí como si fueran buitres. Las dos hermanas y el hermano pequeño corrieron hacia el coche chillando. Las niñas gritaban tan entusiasmadas que parecía que lloraban.

–¡Hermanito! ¡Hermanito!

Se lanzaron contra aquel grupo de gente que había bajado del coche y se echaron a llorar. Yasmín abrió los brazos mientras pronunciaba los nombres de cada uno de los hermanos con dificultad, hasta que la cara, enjuta y grácil, le quedó totalmente cubierta de lágrimas. Los cinco hijos fueron abrazando por turnos y en silencio a su madre, una mujer minúscula y delicada, como si fuera su amante: sin moverse y sin hablar. Afelua hacía rato que había salido de la tienda y también se acercó en silencio para abrazar a sus hermanos, en medio de una quietud sepulcral. Yo continuaba exactamente igual que antes y no me había movido ni un palmo.

Los hermanos entraron en la tienda uno tras otro a gatas y tocaron suavemente la cabeza de su padre. Reencontrarse después de tanto tiempo también provocó que el anciano, con una mezcla de pena y alegría, no pudiera contener la emoción del momento y se pusiera a llorar. Entonces nos dieron la mano con energía. Primero a José y después a mí, llamándome por mi nombre.

–Son mis hermanos, no son extraños –nos explicó Lua rezumando alegría.

Se quitaron los turbantes y me sorprendió comprobar cómo se parecían a él.

Todos eran guapísimos, con buena presencia y unos dientes blancos perfectos. A la hora de abrirse el capote, buscaron con la mirada la aprobación de Lua, que respondió afirmando con la cabeza. Observé su lenguaje no verbal en silencio.

Se quitaron tranquilamente el capote y debajo quedó al descubierto el uniforme marrón de aquellos cinco guerrilleros que me quemaron los ojos como si fuera fuego. José y yo no tuvimos tiempo ni de mirarnos porque nos quedamos petrificados. De pronto me sentí estafada y toda la sangre del cuerpo subió como un torrente hacia mi cara. José continuaba sin moverse, seguía en silencio y con una expresión inescrutable.

–José, no nos malinterpretes. Este encuentro es una mera reunión familiar, no tiene ningún otro propósito. Perdonadnos, por favor, espero que me entendáis... –se justificó de inmediato Lua, ruborizado.

–No os ofendáis, José, son *walad*, hijos. Los *walad* de Yasmín –aclaró el padre.

En aquellas circunstancias solamente las mujeres podían disolver como el agua la tensión del momento.

Me puse de pie y seguí a Yasmín fuera de la tienda para cortar la carne. Como no podía reprimir mi enojo, volví a la entrada de la tienda y solté:

–Lua, nos has gastado una broma de mal gusto. Estas cosas no se pueden hacer así, a lo loco.

–Es cierto que Lua no lo tiene nada fácil para salir de la ciudad, pero no os ha pedido que vinieseis solo por esto. En realidad, hemos sido nosotros los que teníamos ganas de conoceros porque él nos habla a menudo de vosotros. Ade-

más, para nosotros es complicado reunirnos todos y le pedimos que os invitase. No os enfadéis. ¡Seamos amigos bajo las paredes de esta tienda! –aclaró con tono sincero uno de los hermanos mayores de Lua estrechando la mano de nuevo a José, que se relajó.

–No vamos a hablar de política –dijo en francés el anciano, que parecía enfadado.

–Hoy tomamos té, comemos carne, nos hacemos compañía y disfrutamos del amor entre padres e hijos. Mañana cada uno se marchará por su lado –propuso el mismo hermano de antes, que se levantó y con grandes pasos salió de la tienda para coger la tetera que llevaba su hermana.

Aquella tarde la pasamos compartiendo tareas domésticas. Recogimos una montaña de leña, encerramos el rebaño de cabras dentro del redil, José y algunos de los hermanos plantaron una nueva tienda para aquella familia, en la que parecía que solo quedaran los viejos y los débiles, para que durmiesen los hermanos pequeños. Engancharon mangueras a los cubos; en los sitios donde el viento soplaba más fuerte, levantaron un muro protector con rocas; se montaron unos fogones; la piel de las cabras se adobó para hacer cojines, y el padre le pidió muy contento a uno de los hijos que le cortara el pelo.

Entre todas aquellas personas, el segundo hermano mayor de Lua destacaba sobre el resto. Se afanaba exactamente igual que los demás por ayudar en las tareas domésticas, pero los movimientos, los gestos, su magnanimidad y su generosidad llamaban la atención. Hablaba con educación y moderación y reaccionaba rápido. El uniforme desgastado que llevaba no podía ocultar la luz que irradiaba de manera natural. La intensidad de su mirada hacía que no te atrevieras a mirarlo a los ojos. Nunca había visto un saharaui con un rostro maduro tan sumamente delicado y atractivo.

–Supongo que estáis planeando hacer alguna incursión

en la ciudad... –insinuó José a los hermanos de Lua mientras ataba la leña para que no se la llevara el viento.

–¡Así es! Volveremos el día que llegue el grupo de observadores. Tenemos las esperanzas depositadas en Naciones Unidas. Nuestra intención es mostrarles nuestra determinación por lo que respecta a esta tierra.

–Tened cuidado de que no os pillen –intervine.

–Es difícil que nos pillen porque contamos con la ayuda de los ciudadanos, así que es poco probable. Nos basta con no tener mala suerte.

–Sois unos idealistas, tenéis el ideal romántico de poder crear vuestro propio país. Me temo que si algún día consiguierais la independencia, no sabríais qué hacer con las masas ignorantes de la ciudad –grité sentada en el suelo y abrazada a una cabrita para que me oyeran todos.

–El primer paso es la explotación de los recursos naturales y la educación de la población.

–¿Y quién los explotará? Aunque los setenta mil saharauis que sois fueseis a bloquear las fronteras, no podríais cubrir todo el territorio y acabaríais siendo un protectorado de Argelia... Eso es salir del fuego para caer en las brasas –opiné.

–Sanmao, ¡eres demasiado pesimista!

–Y vosotros demasiado románticos. Podéis hacer una guerra de guerrillas, pero aún no ha llegado el momento de proclamar vuestro propio Estado.

–Haremos todo lo que esté en nuestras manos. Está por ver si esta lucha acaba en victoria o en derrota, es difícil de prever –respondió uno de ellos.

Yasmín nos hizo gestos con la mano desde lejos para que fuéramos a la tienda que acabábamos de plantar a beber té. Ya habían cubierto todo el interior con alfombras.

–Lua, se está poniendo el sol –le avisó José con la mirada puesta en el horizonte.

La fatiga se hizo evidente en su rostro, que también mostraba cierta aflicción por la idea de marcharse.

–Venga, ¡pongámonos en marcha! Siempre es mejor salir antes de que oscurezca del todo –propuse poniéndome de pie.

Al ver que queríamos irnos, Yasmín se quedó un buen rato con la mano en alto, que era la que llevaba la tetera, hasta que reaccionó y entonces envolvió una pierna de cabrito para que nos la lleváramos.

–¿No os podéis quedar un poco más? –nos dijo en voz baja con tono suplicante.

–Yasmín, volveremos otro día –le prometí.

–Sé perfectamente que no habrá otro día. Hoy es el último día porque José y tú os marcharéis del Sáhara para siempre –sentenció con calma.

–Si algún día conseguís la independencia, sí que podría ser que volviésemos.

–No podremos ser independientes. Los marroquíes se instalarán enseguida. Mis hijos son unos ilusos... –se dijo a sí mismo el anciano, negando con aquella cabeza de pelo canoso, visiblemente afectado.

–Venga, vámonos. Pronto nos quedaremos sin luz –les apremié para ponernos en marcha.

El anciano nos acompañó lentamente, con un brazo apoyado en José y el otro sobre su hijo Lua. Yo cogí la pierna de cabrito y la metí dentro del coche. Volví hacia ellos para abrazar en silencio a Yasmín y a las hermanas de Lua. Alcé la cabeza y me quedé mirando atentamente a sus hermanos mayores. Por su mirada impotente vi pasar miles de palabras. Pertenecíamos a dos mundos totalmente diferentes. Cuando estaba a punto de entrar en el vehículo, se me acercó el segundo hermano mayor y me estrechó la mano con fuerza.

–Sanmao, gracias por cuidar de Shaída –musitó para que nadie lo oyera.

–¿Shaída? –pregunté muy sorprendida de que la conociera.

–Es mi mujer, te la confío –dijo al mismo tiempo que su mirada rezumaba una ternura y un dolor muy profundos.

Estábamos uno enfrente del otro y compartíamos un secreto. Bajo la luz del crepúsculo, aquel hombre me ofreció una sonrisa de frustración. Yo me quedé inmóvil, pero él dio media vuelta y se marchó dando zancadas. La primera ráfaga de viento del atardecer me hizo tiritar de frío.

–Lua, Shaída es la mujer de tu hermano segundo –le comenté en el camino de vuelta como si estuviera despertando de un sueño.

Yo misma me iba diciendo que sí con la cabeza y suspirando por dentro... Estaba claro que solo un hombre de esa talla se merecía una mujer como Shaída. Al final resultaba que sí, que existía un saharaui que estaba a su altura.

–Es la única mujer de Basiri, hace siete años que se casaron –reconoció con cierta aflicción, asintiendo con la cabeza.

Quién sabe si, en lo más profundo de su corazón, Afelua también amaba a aquella mujer.

–¿De Basiri? –exclamó José pisando el freno.

–¡De Basiri! ¿Tu hermano es Basiri? –chillé, mientras notaba que la sangre me hervía por todo el cuerpo.

El hombre que en los últimos años se escabullía misteriosamente como un fantasma, dejando perplejas a las autoridades, el líder guerrillero temible y sin igual, el alma del pueblo saharaui, resultaba que era el hombre que hacía un momento había pronunciado el nombre de Shaída mientras me daba la mano. Estábamos petrificados, incapaces de articular palabra.

–Parece que tus padres no saben nada de Shaída...

–Mejor que no lo sepan. Shaída es católica. Si mi padre se enterara, lo mataría. Además, mi hermano siempre ha

tenido miedo de que los marroquíes la utilicen para hacerle chantaje, y por eso no quiere que la gente lo sepa.

–La guerrilla del Frente Polisario tiene tres frentes abiertos: Marruecos, España y, al sur, Mauritania. Tengo miedo de que esta vida basada en la huida constante al final sea totalmente en vano –sentenció José.

Por la ventana observaba cómo dejábamos atrás el desierto, que pasaba fugaz, y aquellas palabras me hicieron pensar en un triste fragmento de *Sueño en el Pabellón Rojo*: «Quien se libera de lo mundano se refugia en el voto monástico; quien se obsesiona con el amor acaba muriendo en vano; como los pájaros que no encuentran comida en casa y vuelan a esconderse en el bosque; como cuando la nieve blanca lo cubre todo y no se ve más que el suelo inmaculado». No sé por qué, pero tuve el presentimiento de que Basiri moriría pronto.

A menudo experimentaba aquel tipo de intuiciones y nunca me había equivocado. Y durante un rato me quedé absorta con aquel mal presagio, mirando por la ventanilla, sin moverme.

–Sanmao, ¿qué te pasa? –me preguntó José para sacarme de aquel estado.

–Me gustaría tumbarme un poco. ¡Por hoy ya he tenido bastante!

Me tapé con la manta, como si me escondiese debajo de ella, con los ánimos destrozados, incapaz de sobreponerme a aquello que sentía.

El día que el grupo de observadores de las Naciones Unidas llegó al Sáhara, el gobernador general español no dejó de prometer a los saharauis que podían expresar libremente sus reivindicaciones. Si respetaban el orden establecido, en ningún caso les pondrían problemas. Tampoco dejó de afirmar que ya hacía más de dos años que hablaban de la autodeterminación del pueblo saharaui.

–Si yo fuera el gobierno no sería tan generosa, a no ser que les estén mintiendo abiertamente –afirmé con preocupación.

–El imperialismo está en decadencia. No es que España sea generosa, sino que está en plena decadencia –respondió José disgustado.

El grupo de mediadores de las Naciones Unidas para la resolución del conflicto del Sáhara español estaba formado por tres personas que representaban a Irán, Costa de Marfil y Cuba.

La carretera que llevaba del aeropuerto a la ciudad ya estaba repleta de saharauis a primera hora de la mañana, situados cara a cara con los policías españoles destacados allí para mantener el orden. No había ningún tipo de enfrentamiento. Todos esperaban pacientemente que llegase el desfile de coches. Cuando el gobernador, acompañado de los mediadores de la ONU, entró en la ciudad en un coche descapotable, alguien dio la orden y todos los saharauis, que estaban a un lado, se pusieron a gritar como locos armando un gran jaleo: «¡Autodeterminación nacional, escuchad la voz del pueblo, autodeterminación nacional, autodeterminación nacional, escuchad la voz del pueblo!». De pronto, como si se hubiera levantado un viento de tormenta, se vieron ondear miles de banderas, grandes y pequeñas, del Frente Polisario, hechas con trozos de tela. Hombres y mujeres de todas las edades exteriorizaban apasionadamente sus esperanzas. Gritaban y lloraban como si se acabase el mundo y seguían la comitiva de coches que avanzaba poco a poco. El Sáhara rugía en su batalla final...

–¡Sueñan con los ojos abiertos! –exclamé con un dolor intenso, mientras lo observábamos desde el balcón de unos amigos que vivían en la ciudad.

Aquello no llevaría a ninguna parte. Cuando luchas por una causa perdida y eliges el camino de la autodestrucción, ¿es posible que alguna vez llegues a darte cuenta de ello?

El gobierno español lo tenía más claro que los propios saharauis. Permitían que llamaran la atención de Naciones Unidas tanto como quisieran, no les obstruían el paso ni se oponían a ello, porque, al fin y al cabo, su intención era retirarse. ¿Y quién ocuparía su lugar? Nunca sería Basiri, el líder de un pueblo sin fuerza, formado solo por setenta mil personas.

El grupo de observadores de la ONU abandonó el Sáhara español al cabo de poco tiempo para dirigirse a su siguiente parada: Marruecos. Curiosamente, en la ciudad, los saharauis y los españoles se volvieron a acercar. De hecho empezaron a congeniar aún más que antes.

Pese a las presiones de Marruecos, España se mantenía firme en su compromiso con el Sáhara y parecía que finalmente llegaría la autodeterminación de aquel pueblo. Las dos partes empezaron a acercar posiciones como buenos hermanos, bajo la amenaza de los tambores de guerra de Marruecos.

–La clave la tiene Marruecos, no España –opinaba Shaída.

Cada día que pasaba estaba más deprimida. Aquella chica no era tonta, era la más clarividente de todos.

–Si Naciones Unidas dice que el Sáhara español pertenece al pueblo saharaui, que tiene derecho a la autodeterminación, Marruecos es inofensivo, ¡sabe que no pinta nada allí! Si no, España les denunciaría delante del tribunal de La Haya –afirmaban la mayoría de saharauis, que acostumbraban a ser optimistas ciegos.

El 17 de octubre el Tribunal Internacional de La Haya, después de una larga espera, finalmente hizo público su dictamen sobre la cuestión del Sáhara.

–¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! ¡Hay esperanza para la paz!

Al llegarles aquellas noticias, los saharauis de El Aaiún sacaron a la calle cualquier objeto con el que pudieran hacer ruido y se pusieron a saltar y gritar como locos. Cuando se

encontraban a alguien, conocido o no, español o saharaui, lo abrazaban y saltaban y reían juntos como el resto de enajenados que llenaban las calles en plena celebración.

–¿Lo has oído? Si España es capaz de resolverlo pacíficamente con ellos, nos podremos quedar –me informó José mientras me abrazaba con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo, en cambio, seguía preocupada y no me lo acababa de creer. Tenía la sensación de que se avecinaba un gran desastre.

–No será tan sencillo –le avisé temerosa.

Aquella noche, el locutor de la radio saharaui anunció con la voz profundamente afectada: «El rey Hasan de Marruecos está reclutando voluntarios para empezar mañana mismo una marcha pacífica hacia el territorio del Sáhara occidental».

José dio un golpe sobre la mesa y se levantó de un bote.

–¡Por la fuerza! –gritó, mientras yo escondía la cabeza entre las rodillas.

Lo más aterrador fue que el tirano de Hasan había hecho una llamada para conseguir trescientos mil voluntarios y al día siguiente ya se habían alistado dos millones de personas.

El telediario de la noche de la televisión española empezó a retransmitir documentales de la marcha pacífica de Marruecos: «¡El 23 de octubre tomarán la ciudad de El Aaiún!». Salieron como un enjambre de avispas con todas sus fuerzas. Hombres, mujeres, jóvenes y ancianos dieron el primer paso al lado del rey Hasan, acompañándolo con cantos y bailes, mientras avanzaban amenazadoramente hacia la frontera, lentos pero seguros. Invadían paso a paso el corazón de los que, desde el otro lado, lo mirábamos por televisión.

–¡Eso, eso! ¡Saltad! ¡Saltad hasta partiros la crisma! ¡Pedazo de burros! –gritaba contra aquellos hombres y mujeres a los que veía saltar y aplaudir en la televisión.

Los odiaba tanto que solo tenía ganas de insultarlos.

–¡Por la fuerza!

Todos los soldados de la Legión se dirigieron precipitadamente a la frontera, que quedaba a solo cuarenta kilómetros de El Aaiún. El 19 de octubre el número de marroquíes no paraba de aumentar. El día 20 el mapa que publicaban los periódicos mostraba que el frente había avanzado. El 21 el gobierno español comenzó a dirigirse a la población por todas las calles anunciando con megáfonos la inminente evacuación de las mujeres y los niños. Los sentimientos del pueblo estallaron de pronto como el agua torrencial que emana de un dique roto.

–Sanmao, ¡tenemos que salir de aquí ahora mismo! Si no, quizá ya será demasiado tarde –me decían los amigos que vivían en la ciudad.

Dejaban atrás sus muebles, venían a despedirse con mucha prisa y se iban como una exhalación al aeropuerto.

–Sanmao, ¿pero a qué esperáis? –exclamaba todo el que pasaba por casa como un relámpago.

Llamaban a la puerta, se despedían y saltaban de nuevo al coche. De repente también desaparecieron los policías españoles que patrullaban por las calles. La ciudad se quedó vacía. Solamente se veía gente a las puertas de la compañía aérea, en las que siempre se arremolinaba una multitud.

Por crítica que fuera la situación, José se pasaba día y noche en el dique flotante de la empresa de fosfatos para ayudar a la retirada del ejército, recogiendo armas y municiones. De manera que no podía volver a casa para protegerme. El 22 de octubre alguien izó la bandera de Marruecos en la azotea de Handi. Al mismo tiempo en la ciudad también empezaron a ondear banderas de Marruecos.

–Handi, te ha faltado tiempo... –le recriminé casi con lágrimas en los ojos.

–Tengo mujer e hijos. ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que me deje la piel en esto? –me respondió cabizbajo y golpeando el suelo en un gesto de frustración, antes de darse la vuelta e irse precipitadamente.

–Guka, ¿qué te ha pasado? –le pregunté sobresaltada, cuando vi que tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

–Abudi, mi marido, se ha unido a la guerrilla.

–Ha sido muy valiente. ¡Eres una mujer con suerte! –intenté consolarla pensando que era mejor morir de pie que vivir de rodillas.

–Cierra bien la puerta y no abras si no sabes quién es –me dijo José–. No creo que los marroquíes vengan mañana, aún están lejos. El tema de tu billete de avión se lo he confiado a Jaime. No te fallará. Vendré tan pronto como pueda. Si las cosas empeoran, sé valiente, coge la maleta pequeña y vete enseguida al aeropuerto. Yo ya buscaré la forma de reunirme contigo.

Asentí con la cabeza sin que se me pasara por alto que el pobre tenía los ojos inyectados en sangre. Volvió a hacer más de cincuenta kilómetros para participar en la retirada del ejército, la movilización general de la empresa que explotaba la mina de fosfato y, en colaboración con las fuerzas armadas, embarcar los objetos más valiosos. No había ni un solo trabajador que se quejara ni que dejara de acudir al trabajo. Todos los canarios que tenían barcos privados fueron hasta allí y se quedaron en el exterior del muelle flotante esperando órdenes.

Aquella misma noche estaba sola en casa cuando oí que llamaban suavemente a la puerta.

–¿Quién es? –pregunté bien fuerte al mismo tiempo que apagaba la luz.

–Soy Shaída. Rápido, ¡ábreme!

Fui corriendo a abrir la puerta y la muchacha entró bruscamente seguida de un hombre que llevaba la cara tapada y que también entró como una flecha. Cerré la puerta con cerrojo. Shaída estaba temblando, absolutamente aterrada de miedo.

–Por la tarde iré a buscarte. En cuanto tengamos noticias de los billetes, nos vamos.

Ella dijo que sí, ausente, y se fue sin prisa.

–Espera, que te llevo en coche –me ofrecí.

De repente me acordé de que teníamos coche.

Tuve mucho sueño durante el día y por la tarde, pasadas las cinco, me preparé para ir al hospital a buscar a Shaída. Al subir al coche, me di cuenta de que estaba a punto de quedarse sin combustible, así que antes tenía que pasar por la gasolinera. Como no había pegado ojo en toda la noche, estaba mareada y me zumbaban los oídos. Y sentía tal desfallecimiento y debilidad que no dejaba de sudar, como si fuera a caer enferma. Lo veía todo borroso y estuve a punto de chocar con unos obstáculos que habían colocado a la entrada de la ciudad. Paré el coche mientras me recuperaba del susto. Un sudor frío me cubría todo el cuerpo.

–¿Por qué han cortado el paso aquí también? –pregunté a un soldado español que hacía de centinela.

–Se han producido altercados y están enterrando a una persona.

–¿Y qué necesidad hay de controlar el tráfico por un entierro?

–Es que el muerto es Basiri, el jefe de los guerrilleros.

–No, ¡no puede ser! –grité.

–Claro que puede ser, ¿por qué iba yo a engañarla?

–¡Seguro que te confundes de persona! –volví a gritar.

–¿Cómo quiere que me haya equivocado? ¡Su propio hermano lo ha reconocido en las dependencias policiales! De hecho, después del reconocimiento del cadáver también lo han detenido a él y no sé si lo soltarán.

–¿Pero cómo es posible? ¿Qué ha pasado? –le insistía

con tono de súplica a aquel joven soldado esperando que negara todo aquello que me acababa de decir.

–Se han peleado entre ellos y lo han matado. Se han ensañado tanto con él que era difícil reconocerlo.

Quise dar media vuelta con el coche, pero no dejaba de temblar y las marchas no entraban.

–No me encuentro bien. ¿Puedes ayudarme a dar media vuelta? –le pedí a aquel soldado después de bajar del coche sin fuerza.

Me miró extrañado, pero hizo lo que le pedía.

–¡Tenga cuidado! ¡Vuelva a casa!

Yo seguía temblando, y no dejé de hacerlo durante todo el camino hasta llegar al hospital. Bajé del coche arrastrando los pies. Cuando vi al portero le pregunté con un hilo de voz:

–¿Dónde está Shaída?

–Se ha ido –me informó muy tranquilo.

–¿Dónde ha ido? ¿Ha ido a buscarme? –le pregunté tartamudeando.

–Ni idea.

–¿Y la cuidadora?

–Se ha ido muy temprano con unos niños.

–¿Shaída no está en la residencia?

–No, ya le he dicho que no. Esta tarde, pasadas las tres, se ha ido muy pálida y sin decir nada a nadie.

–¿Y Afelua?

–¡Y yo qué sé! –respondió perdiendo la paciencia.

No me quedó más remedio que irme de allí y empecé a dar vueltas sin rumbo por la ciudad. Pasé por una gasolinera y fui a repostar como si fuera una sonámbula.

–Señora, dese prisa y váyase rápido, pronto vendrán los marroquíes.

Hice caso omiso a lo que me decía el hombre de la gasolinera, cogí el coche y empecé a preguntar sin parar por Afelua por los alrededores de las dependencias policiales.

–¿Has visto a Afelua? ¿Sabes algo de Afelua?

Todo el mundo negaba con la cabeza con expresión de desánimo. Los policías saharauis hacía días que ya no patrullaban las calles. Entonces me dirigí a la plaza donde acostumbraba a reunirse la gente de allí. Vi a un hombre de avanzada edad sentado dentro de su tienda entreabierta, donde, en el pasado, había comprado algún producto local.

–Perdone, ¿ha visto a Shaída o a Afelua?

El hombre, por miedo a meterse en problemas, me empujó para echarme. Vi que quería decirme algo, pero se reprimió exhalando un suspiro.

–Por favor, dígamelo...

–Haz el favor de marcharte, ¡no te metas en esto!

–Le prometo que me iré en cuanto me lo diga –le supliqué.

–Esta noche le harán un juicio a Shaída –me informó mirando a su alrededor.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué le van a hacer un juicio? –preguntaba insistentemente sin acabar de creérmelo.

–Porque ha traicionado a Basiri. Les ha dicho a los marroquíes que había vuelto y lo han esperado en una callejuela para atraparlo.

–Eso no es posible. Dígame quién la tiene retenida y yo le contaré que Shaída durmió en mi casa. Es imposible que fuera ella. Además, es su mujer...

El anciano volvió a empujarme con suavidad hasta que me echó de la tienda. Volví al coche. No podía con mi alma y me quedé apoyada en el volante sin poder moverme. Cuando llegué a la puerta de casa, Guka, que estaba con un grupo de gente que discutía, vino corriendo hacia mí.

–Entremos a hablar –me ordenó empujándome hacia dentro.

–Basiri ha muerto. ¿Es eso lo que me querías decir? –le pregunté dejándome caer en el suelo.

–Quería decirte eso y algo más: esta noche quieren matar a Shaída.

–Ya lo sé. ¿Dónde?

–En el matadero de camellos –me comunicó asustada.

–¿Y quiénes son?

–El grupo de Adjib.

–¡Lo tenían todo preparado! ¡Es una injusticia! ¡Anoche Shaída estaba aquí! –grité.

Guka se sentó en silencio. Su cara mostraba tanto terror que parecía una loca.

–Guka, hazme un masaje por favor, estoy deshecha. Señor, Dios mío... –suspiraba boca abajo.

Guka se inclinó sobre mí y empezó a hacerme un masaje.

–Han hecho un llamamiento para que vayan todos –me confesó.

–¿A qué hora?

–A las ocho y media. Y no quieren que falte nadie. Si no vamos nos señalarán con el dedo.

–Es Adjib el que está en el bando marroquí... ¿No te das cuenta?

–No es más que un canalla –dijo ella.

Cerré los ojos. Las imágenes daban vueltas en mi mente como si fueran caballitos de feria. ¿Quién iba a salvarla? La cuidadora se había ido.

El ejército español no se metería en un asunto interno, Lua había desaparecido, yo me sentía impotente y José no estaba en casa. Ni siquiera tenía con quién hablar de todo aquello. Me sentía muy sola.

–¿Qué hora es? Guka, ve a buscar el reloj.

La chiquilla me lo pasó y vi que eran las siete y diez.

–¿Hasta dónde han llegado hoy los marroquíes? ¿Hay noticias? –me interesé.

–No lo sé. He oído que la Legión ha retirado las minas de la frontera y que los dejarán pasar. Se ve que hay una

parte de los militares que no quiere retirarse y se han sumado a las filas de los guerrilleros para adentrarse en el desierto.

–¿Cómo has sabido eso?

–Se lo he oído decir a mi padre.

–Guka, ayúdame a pensar cómo salvar a Shaída.

–No se me ocurre nada.

–Esta noche pienso ir. ¿Tú irás? Iré a dar testimonio de que ayer por la noche durmió en mi casa...

–Ni hablar, Sanmao. No es buena idea. Si cuentas eso, tú también te meterás en problemas –quiso detenerme Guka, nerviosa y casi llorando.

Cerré los ojos. Estaba agotada, pero aguanté como pude hasta las ocho y media. Al menos vería a Shaída. Si se trataba de un juicio público podría intervenir. Solo esperaba que no se convirtiera en un linchamiento cruel. ¡Y ya veríamos qué quería decir eso de juicio público! Mi único objetivo era rebatir la acusación contra Shaída. Aquella terrible acusación era la manera que había encontrado Adjib para vengarse de la mujer que había sido objeto de su deseo y no había podido conseguir. En tiempos convulsos era cuando ocurrían aquellas injusticias sin sentido.

Pasadas las ocho, escuché un clamor fuera de casa. Todos estaban muy serios, pero sus expresiones no transmitían ningún sentimiento. Algunos iban caminando, otros en coche, pero todo el mundo se dirigía al matadero que había en el valle de tierra en las afueras de la ciudad.

Yo subí al coche y conduje entre los saharauis. Cuando se acabó la calle asfaltada, aparqué el coche y continué el trayecto a pie entre el resto de la gente. Solía evitar la zona del matadero porque siempre se oían los gritos de los camellos que esperaban ser sacrificados. Los despojos y huesos putrefactos de los animales muertos se acumulaban en un foso de arena no muy profundo donde soplaba un viento frío y aterrador. Si de día ya era un lugar lúgubre y desagradable,

imagináoslo al atardecer, cuando tan solo se veía el leve reflejo de un hilo de luz en el horizonte.

El matadero consistía en una sala rectangular pavimentada con cemento. En la penumbra parecía un gran ataúd que una mano enorme hubiera cogido de las nubes y hubiese dejado en medio del desierto. El edificio proyectaba una sombra oblicua tan terrorífica que daba miedo mirarlo directamente.

En la explanada que había delante se había congregado una gran multitud. No parecían en absoluto atemorizados por la situación, más bien se les veía expectantes, empujándose los unos a los otros como si fueran un rebaño de cabras. Aunque había mucha gente, imperaba el silencio.

Cuando aún no eran las ocho y media un jeep de tamaño mediano se acercó a la multitud a toda velocidad con actitud prepotente. La gente se hizo a un lado para abrirle camino. En el asiento delantero, al lado del conductor, estaba sentada una Shaída pálida, totalmente inmóvil, como si estuviera muerta. Intenté abrirme paso y alargué el brazo para llamarla, pero no pude acercarme. La gente me llevaba arriba y abajo como si fuera un oleaje, no sé cuántas veces me pisaron y me empujaron hacia delante y hacia atrás. Dejé de distinguir lo que había a mi alrededor, no encontraba a ningún conocido. Salté para ver qué pasaba, y percibí que en aquellos momentos Adjib cogía del pelo a Shaída y la sacaba del coche por la fuerza. Aquello provocó cierta agitación entre las masas y todos hicieron lo posible por verlo más de cerca.

Shaída se quedó quieta con los ojos cerrados. Pensé que al enterarse de la muerte de Basiri su corazón se habría roto en mil pedazos y que en aquel momento solo debía desear morir. La cuidadora se había llevado a su hijo y ahora estaban fuera de peligro. Ya no le debían quedar muchos motivos para querer quedarse en este mundo.

Aquel juicio público se lo habían sacado de la manga. Nadie hablaba, ni se nombró a Basiri en ninguna ocasión.

¿Quién garantizaba que se hiciera justicia? En cuanto la bajaron del coche, le quitaron con violencia la parte superior de la ropa. Su pecho desnudo quedó al descubierto delante de toda aquella multitud, pero ella estaba inmóvil, con la cabeza levantada, los ojos cerrados y los dientes apretados.

En aquel momento Adjib se puso a gritar en árabe hasanía y se formó cierto revuelo. Como no entendí qué decía, se lo pregunté a un hombre que tenía al lado, pero no me lo quiso traducir. Entonces me abrí paso hasta una joven que me dijo con voz casi inaudible:

–Antes de matarla, la violarán. Adjib ha pedido voluntarios. Como es católica, hacer eso no se considera pecado.

–¡Ay, Dios mío! Déjame pasar, quiero ir hasta allí.

Fui avanzando entre las personas que me bloqueaban el camino. Aquellos cuatro pasos se me hicieron eternos. Parecía que no iba a llegar nunca. Volví a saltar para tener mayor visibilidad y vi que Adjib y siete hombres más le estaban rompiendo la falda.

Ella intentó huir y unos cuantos se le echaron encima y le quitaron la falda de un tirón. La pobre rodaba por la arena prácticamente desnuda. Entre unos cuantos la sujetaron por los brazos y le abrieron las piernas. En aquel momento llegaron hasta nosotros sus gritos de dolor, como si fuera un animal.

Yo quería gritar, pero fui incapaz de emitir ningún sonido. Quería llorar, pero no podía respirar. Quería mirar, pero no tenía suficiente coraje. Los ojos se me iban directos a Shaída, que estaba inmovilizada... «¡No, por favor! ¡No le hagáis eso!», me oí gritar a mí misma. Pero aquellas palabras se me quedaron ahogadas en la garganta.

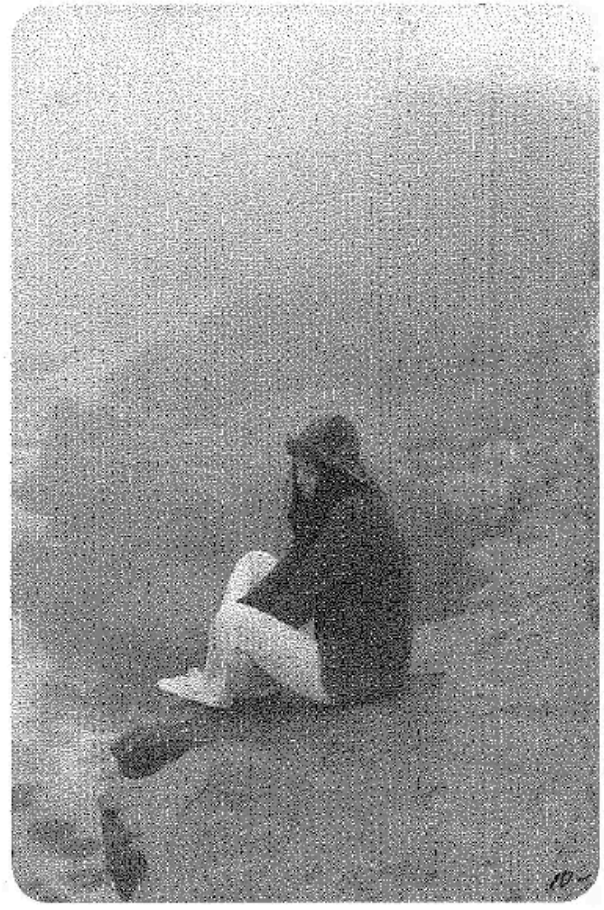
Detrás de mí alguien empezó a empujar como una pantera para abrirse paso entre la gente. Iba separando a la multitud uno a uno y apareció allí como una exhalación. Apartó a los hombres que estaban encima de Shaída, la cogió por el pelo y la empujó hacia un lugar más elevado que estaba detrás de él y en el que no había nadie. Lua, pistola en mano, totalmente fuera de sí y echando espuma por la boca, apuntaba a la gente que quería acercarse para atraparlo. Aquellos siete u ocho cerdos sacaron unos cuchillos y entonces se escuchó el clamor de sorpresa de aquella multitud, que empezó a huir. Yo, en cambio, luchaba con todas mis fuerzas por acercarme, pero la gente me empujaba hacia fuera. Lua estaba rodeado de hombres dispuestos a apresarlo. Con una mano iba arrastrando a Shaída, y con la otra movía la pistola hacia aquellos que los acosaban, mirándolos con ojos feroces y atentos. De repente, uno de ellos se acercó por detrás y se abalanzó sobre él. Lua le pegó un tiro, momento que los demás aprovecharon para echársele encima.

–Mátame, Lua, mátame... –gritaba como una loca Shaída.

Yo, presa del pánico, me puse a llorar. Se oyeron unos cuantos disparos y los que observaban el espectáculo huyeron despavoridos. Caí al suelo y me pisaron. En un instante el lugar quedó completamente vacío y en calma. Me volví para incorporarme y vi que la banda de Adjib estaba ayudando a uno de ellos a subir al coche. Había dos cuerpos tirados en el suelo. Lua estaba muerto con los ojos abiertos y Shaída boca abajo. Por su posición, parecía que Lua hubiera querido reptar hasta ella para cubrirla con su cuerpo.

Yo estaba agachada sobre la arena lejos de ellos, temblando sin parar. Prácticamente no había luz y pronto no se les distinguiría en la oscuridad. De repente, el viento enmudeció y poco a poco dejé de ver lo que me rodeaba. Solo escuchaba los quejidos de los camellos que llegaban desde el matadero. Cada vez se oían más y cada vez más fuerte. El ambiente se fue llenando poco a poco del eco descomunal del llanto de los camellos, que me envolvió como si fuera un trueno.

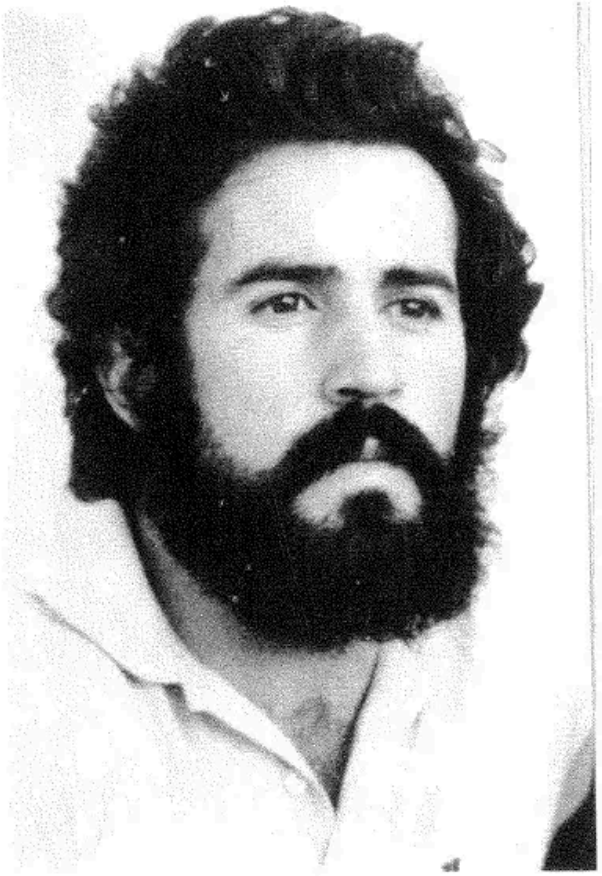
FIN
完



El desierto del Sáhara, en lo más profundo de mi corazón, hacía mucho tiempo que era mi amante soñado.

Cuando esta persona se marchó al desierto dispuesto a sufrir por amor, yo ya había decidido que quería irme con él a vagar por los confines del mundo durante el resto de mi vida.

«Lo tengo claro, quiero estar a tu lado. Solo si te casas conmigo podré liberarme de este sentimiento que oprime mi corazón. Casémonos en verano, ¿de acuerdo?».



«Pero es que yo quiero que sigas siendo un alma libre, ¡cómo iba a querer casarme contigo si perdieras tu esencia!» me prometió José.

En la vida había que probarlo todo –desde lo más elevado hasta lo más corriente–, de otro modo ¿qué sentido tendría la existencia?

«Extranjera», esa palabra me definía a la perfección. Nunca me he sentido parte de ninguna mayoría, y a menudo tomo caminos diferentes de los que escogen los demás, y hago cosas que me resultan difíciles de explicar al resto de la gente.

EL PASADO, EL PRESENTE Y EL FUTURO

...

De Yufen Tai, especialista en Sanmao

*

El pasado de las personas se encuentra en el presente y, desde el presente, se extiende al futuro: en este caso, la traducción de esta obra de Sanmao (三毛).

Mi pasado con Sanmao (1943-1991): empecé a leer *Diarios del Sáhara* (撒哈拉的故事) cuando era una adolescente. Vivía en un régimen político y educativo rígido, la época de la muerte del dictador Chiang Kai-shek (un político con cierto parecido a Franco). Estudiar en una buena universidad era la meta de la mayoría de los jóvenes, bajo la presión de factores como la falta de libertad de expresión, las exigencias escolares, el obligado cumplimiento de las expectativas de los padres, etcétera. Vimos entonces en Sanmao a una heroína, que no había ido a la universidad y había ignorado el sistema, que viajaba por todas partes, escribía sus aventuras, y hacía todo lo que teníamos prohibido. Aquello nos producía mucha envidia y, al mismo tiempo, una gran admiración. Bajo el seudónimo de Sanmao, Maoping Chen (陳懋平) rechazó todas las normas sociales y educativas al uso. Se convirtió en un símbolo de rebeldía, de libertad, de romanticismo, de aventura y de personalidad independiente.

Fue para nosotros un mito, un ídolo, una leyenda de la literatura taiwanesa. Yo soñaba con ser como ella: viajar al desierto del Sáhara y escribir. Después de la selectividad, elegí la carrera de Filología Hispánica gracias a ella. De pequeña, siempre había querido estudiar la

literatura china, pero al rellenar el formulario de inscripción en la universidad, cambié de idea en el último segundo. Posteriormente, vine a España, donde había transcurrido una parte de la vida de Sanmao. Así fue como fragmentos de nuestros pasados se cruzaron en Taiwán y en España.

También ha habido un cruce de pasados con todas las traductoras de esta obra. La primera persona clave de esta traducción, para mí, ha sido Irene Tor. Coincidimos hace años mientras estudiaba chino. De hecho, fui su primera profesora de chino en Barcelona. Nunca olvidaré a esa guapa jovencita de ojos grandes y cabello castaño y largo que me miraba con tanta intensidad desde la primera fila para aprender mi lengua. Luego, ella siguió estudiando la carrera de Traducción e Interpretación en la Universidad Autónoma de Barcelona. En verano de 2015, Irene me escribió desde China para informarse sobre la posibilidad de publicar una traducción de las obras de Sanmao en Taiwán, su tierra y también la mía. No conseguimos nada. Pero le aconsejé que preguntara en España, el mercado en la lengua de llegada. No imaginaba que esa chica, tan insistente e inteligente, acabaría consiguiéndolo en la nueva editorial :Rata_. Gracias al entusiasmo de Irene por traducir esta obra, el pasado de Sanmao, el de mi adolescencia y el de la propia Irene convergen en un solo camino. Y la primera escritora taiwanesa traducida en España va a pasear por él. Curiosamente, yo nunca le hablé de Sanmao a Irene.

Con la traductora del catalán también he compartido momentos del pasado. Con Sara Rovira-Esteva coincidí en las aulas de la UAB haciendo el doctorado, entre otras muchas cosas.

Un día de abril de 2016, Sara y yo nos reunimos con la editora Iolanda Batallé. Me impresionaron la pasión, el amor, la ilusión y el entusiasmo que mostró por el proyecto de publicación de este libro en castellano y en catalán. La vi como un reflejo de mi adolescencia, en una versión más apasionada, más ilusionada, más alegre, más segura y más comprometida de mí misma. Pero ¿y el pasado de Iolanda? ¿Coincide con el de Sanmao y el de las traductoras? Sí, dado que, hace ya más de un año, Iolanda leyó un poco de Sanmao en inglés y, a partir de allí, empezó a luchar para traducir su obra. La dificultad fue encontrar a las personas adecuadas para llevar a cabo este proyecto.

Todos nuestros pasados se unen, pues, con el de Sanmao en el presente, en estos *Diarios del Sáhara*.

La verdad es que ni yo misma era consciente de hasta qué punto Sanmao había influido en mi vida. Me recuerdo a mí misma después de la selectividad, con una nota que no permitía un gran margen de elección en cuestión de estudios y universidades. La carrera de Filología Hispánica no requería una nota extraordinaria, de modo que barajé las posibilidades de optar por los departamentos de Francés, de Alemán o de Español. Sanmao me hizo decidirme. Sí, español. Su nombre atravesó mi mente durante un segundo, y mi vida ya no volvió a ser la misma.

Diarios del Sáhara fue un gran estímulo para multitud de lectores en Taiwán, porque en esta obra, Sanmao ofrecía sueños felices que a todos nos habría gustado hacer realidad, paisajes exóticos que todos queríamos ver, inocentes creencias ajenas que todos ansiábamos conocer. Sanmao había creado un mundo de fantasía, rebeldía, libertad e ilusión. Lo que ansiaba todo joven.

En 1974 se casó con un español llamado José María Quero y se mudaron al Sáhara y allí escribió. Empezó con el relato *Un restaurante en el desierto*, publicado en un periódico, y esa narración sobre su vida matrimonial en un entorno exótico tuvo mucho éxito. Era una literatura de un género muy diferente. En realidad, antes de llegar a España, ella ya había viajado por Alemania, Estados Unidos, Dinamarca, Polonia, Yugoslavia y Checoslovaquia, entre otros lugares.

La vida de Sanmao fue una leyenda. Esta leyenda se debía en parte a que procedía de una familia acomodada y liberal. El amor con José María Quero fue eterno. No sé si fue la muerte de él lo que hizo que así fuera o si el amor en sí mismo ya es eternidad para la literatura. José murió en 1979, buceando en las Islas Canarias, precisamente el día de la Fiesta de la Luna, y coincidiendo con la primera visita que los padres de Sanmao hacían a España para ver a su hija. Así que la autora regresó con ellos a Taiwán. Sanmao escribió un relato, *La sombra* (背影), y la obra *¿Cuántas flores se han caído en el sueño?* (夢裡花落知多少),

desde la tristeza de la pérdida de José. En 1981 viajó por Latinoamérica por encargo de un periódico y escribió varios diarios de sus estancias en los distintos países que visitó. Aparentemente, su vida había recobrado la estabilidad. En 1991, Sanmao se suicidó en un hospital, pero se contaron varias versiones de su muerte. Y, así, se convirtió en una leyenda.

En un minuto de su pasado y del mío, nos encontramos cara a cara. En una charla que ella dio, aquella joven que era yo le pidió un autógrafo en un libro de *Mafalda* que ella había traducido. En ese instante, su pasado y el mío se miraron a los ojos.

Con la traducción de *Diarios del Sáhara*, habrá un futuro de Sanmao en la tierra de José María Quero. La autora regresará del pasado al presente. La traducción supera el espacio, el tiempo, las generaciones, las lenguas y las naciones. A través de ella recorreremos historias del pasado, del presente y del futuro: de nosotras y de vosotros, los que habéis leído a Sanmao...

:Yufen Tai_
戴毓芬
Taiwán, junio de 2016.

Yufen Tai

Yufen Tai, de Taiwán, es doctora en Teoría de Traducción por la Universidad Autónoma de Barcelona. En su época de adolescente, las obras de Sanmao la fascinaron. Soñaba con ir al desierto del Sáhara... Este encuentro la llevó a estudiar la lengua y la literatura españolas en su país. Posteriormente, continuó sus estudios de máster en Pamplona y de doctorado en Barcelona. Las huellas de Sanmao, si bien por casualidad, la marcaron y todo ha cambiado desde entonces.

Irene Tor Carroggio

Traducción

Irene Tor Carroggio (Barcelona, 1991) es graduada en Traducción e Interpretación con mención en Interpretación por la Universidad Autónoma de Barcelona y está acabando el grado de Comunicación en la Universitat Oberta de Catalunya con mención en Comunicación Corporativa y Relaciones Públicas. Desde 2013 ha sido becada para realizar estudios de sinología en la Universidad de Heilongjiang, la Universidad Nacional de Taiwán y la Universidad Normal de Pekín. Ha cursado, también becada, un máster de Negocios Internacionales en la Universidad de Economía y Finanzas de Shanghái. En la actualidad se dedica a la traducción literaria y a colaborar con empresas españolas instaladas en China o que desean hacer negocios en este país.

¿Por qué Sanmao? "Conocí y me enamoré de Sanmao a los dieciocho años, cuando unas estudiantes de intercambio chinas me hablaron de ella en la universidad. Me impactó la brutalidad de su historia y cómo la sencillez y delicadeza de su voz puede, todavía hoy, empujar a tantos chinos a estudiar español."

Irene quiere dar las gracias a: Zang Jiechao, Anne-Hélène Suárez, Daniel Segura, Iolanda Batallé, Loles Carroggio, Meritxell Parramon, Araceli Albiol y José Vicente Mañes por su apoyo y ayuda.

ACERCA DE MI HERMANA SANMAO

De Henry Chen

•••

Sanmao no existía en absoluto

En nuestra casa Sanmao no existía en absoluto. Mis padres y mi hermana mayor la llamaban «hermanita»; sus dos hermanos menores, «segunda hermana mayor», y sus sobrinos se referían a aquella mujer peculiar –pero muy divertida– como «tía».

A partir del año 1974 aquel nombre empezó a aparecer en el periódico *United Daily News* de Taiwán. Su vida en el Sáhara, que nadie –ni siquiera sus familiares– había experimentado, convirtió de la noche a la mañana a nuestra «hermanita», «segunda hermana mayor» y «tía» en la Sanmao de todos. A pesar de ello, por mucho que en la década de los setenta fuera conocida por el gran público como Sanmao, en casa no existía aquel nombre y todos la seguíamos llamando como de costumbre.

Aunque mis padres estaban muy orgullosos de ella, jamás confesaban el vínculo que tenían con Sanmao fuera de casa. Recuerdo que mi madre de vez en cuando iba a librerías y mientras hojeaba los libros de su hija se hacía pasar por una lectora cualquiera y le preguntaba al librero: «¿Qué tal se venden las obras de Sanmao?». Cada vez que la respuesta era satisfactoria, fruncía los labios contenta, esbozaba una sonrisa y compraba en secreto dos o tres libros, alabándola.

En una ocasión mi padre se subió a un tren a escondidas y se dirigió al sur para escuchar una conferencia de su hija en el Centro

de Cultura de Kaohsiung. Al llegar se percató de que ya no quedaban asientos libres y no se podía entrar, así que se sumó a otras mil personas que se sentaron fuera del edificio y escuchó la voz de su hija a través de unos altavoces. Cuando acabó cogió discretamente un tren y regresó pletórico a Taipéi.

De mi padre aún puedo decir algo más que él hacía por su hija: le organizaba la correspondencia. En aquella época mi hermana estaba bastante de moda en el mundo literario y cada mes le llegaban, como si fueran copos de nieve, una media de cien cartas de lectores de todas partes. Al principio Sanmao las contestaba personalmente, pero más adelante el número de cartas se volvió abrumador y la correspondencia se convirtió en una carga para ella, que era débil de salud. Haber dejado las misivas sin respuesta hubiera decepcionado a sus lectores, que la apoyaban y escribían con toda la buena intención. Sin embargo, era imposible contestarlas una a una, por lo que mi padre, aprovechando los ratos libres que sacaba de su trabajo como abogado, invertía tres o cuatro horas cada día en abrir las cartas, leerlas, ordenarlas, clasificarlas, pegarles etiquetas y hacerles una marca en función de si debían ser contestadas o guardadas. Lo hizo con gusto durante más de diez años y aquella era la forma que tenía de expresar su amor a su hija. La profunda estima y los sentimientos que aquellas cartas –guardadas en grandes cajas– escondieron durante más de diez años se quemaron en el funeral de mi hermana para que se marcharan con ella.

«Sanmao» era el nombre con el que se daba a conocer, pero, en nuestra opinión, aquella fama le traía sin cuidado. Siempre fue Chen Ping, aquella alma infantil que era fiel a sí misma. Viajó a muchos lugares y acumuló un gran número de experiencias, pero fueron estas vivencias, junto con el sufrimiento y la distancia, los que la convirtieron en un alma errante. Los buenos amigos, lectores y familiares de Sanmao creemos que percibimos, conocimos y sentimos facetas distintas de mi hermana, pero nadie nunca llegó a verlas todas realmente. Por tanto, todos conservamos diferentes recuerdos, y cada uno la echa de menos a su manera. Estos recuerdos pueden parecer trivialidades, pero para nosotros son los más corrientes y a la vez los más valiosos que una familia puede poseer. Como familiares de Sanmao, nos gustaría compartirlos con todo el mundo para conmemorar los veinte años que llevamos sin ella.

De pequeña ya era diferente

En casa mi hermana era una cuentacuentos. Han pasado más de veinte años, pero su familia aún lo recuerda como si fuera ayer: después de la cena nos sentábamos apretujados en la sala de estar, mi hermana se recogía el pelo y se sentaba con las piernas cruzadas, con un bote de crema hidratante en la mano. Y mientras se la untaba en la cara nos contaba sus experiencias sobre cada sitio por donde había viajado. Estas experiencias, que a ojos de cualquiera pueden no salir de lo cotidiano, se convertían en algo maravilloso cuando salían de su boca y nos asustaba tanto que nos dejaba perplejos. De modo que mi hermana siempre decía que no era escritora, sino cuentacuentos.

A decir verdad, Sanmao, ya desde pequeña, mostró unas cualidades diferentes a las del resto. Por ejemplo, hubo una vez en la que pidió algo de dinero a nuestra madre para comprarse un polo de cacahuete de la marca «Cabeza de Caballo», que por aquella época era muy caro. A continuación, se llevó a mi hermana a una cueva no muy lejos de casa, donde introdujo con cuidado el helado en una cajetilla de tabaco metálica y dijo: «Aquí se está fresquito y no se derretirá. ¡Todavía nos quedará para el verano que viene!». Un año después mis hermanas regresaron de la mano a la cueva y cavaron en la tierra hasta encontrar la cajetilla, que se había oxidado. Al abrirla descubrieron que en el interior solo había un líquido turbio y amarillento. Esta era su faceta más adorable y jamás perdió la inocencia.

También recuerdo que en el gran patio que teníamos en Chongqing había un columpio. A mis hermanas les encantaba aquel lugar. Sin embargo, como bajo aquel jardín había algunas tumbas, cuando oscurecía, mi hermana mayor tiraba de Sanmao para que regresaran a casa, pero esta, ya desde pequeña, tenía muchas más agallas y siempre se quedaba saltando y brincando sobre el columpio. Y no regresaba hasta que había caído la noche por completo.

Aparte de ser buena, compasiva y gran amante de la lectura, mi hermana era valiente, intrépida y de corazón rebelde. Siempre elaboraba sus propias opiniones y de los cuatro hermanos solo ella había crecido de forma distinta. Más adelante dejó de ir a la escuela y cuando ahora vuelvo la vista atrás me doy cuenta de que ya desde la niñez se manifiesta inconscientemente nuestra actitud ante la vida.

Todo dependía de los sentimientos

Los lectores que la conocían bien probablemente recuerdan que Sanmao se hizo un sofá en el desierto con listones de madera de ataúdes. Cuando a veces lo pensamos nos parece imposible que mi hermana, una hija de la familia Chen, decorara su casa de forma tan bella a base de listones de ataúdes y ruedas, ya que al regresar a Taiwán se puso a vivir con nuestros padres y en su habitación –que no llegaba a los cinco metros cuadrados– solo había un escritorio, una estantería y una cama. Sin embargo, el pequeño apartamento que se compró después era muy diferente: se trataba de una casa no muy grande en lo alto de un edificio y casi todo lo que había en el interior estaba hecho de bambú o madera. La pared estaba revestida de madera, la mesa también, así como la jaula para el pájaro –en cuyo interior había un payaso con una máscara de carnaval–, y el sofá, de bambú. Para sus hermanos y sus sobrinos aquel lugar era muy especial y reflejaba su sentido estético tan particular.

Aparte de para los muebles, mi hermana era muy habilidosa con las manos. Sabía cuidar muy bien de las personas que tenía a su alrededor y cuando estaba con José lo tenía bien alimentado, ya que le hacía comer cada día «lluvia» (fideos de soja). En cambio a ella eso le traía sin cuidado y no daba la menor importancia a las comidas, sobre todo cuando tenía que centrarse en la escritura. En su casa de Taipéi tenía una nevera, pero estaba vacía. Cuando se enfrascaba con su trabajo no comía ni dormía ni de día ni de noche, así que sus familiares a menudo le comprábamos leche, pan, salchichas, cecina de ternera y fideos instantáneos y se los dejábamos en la nevera. Me acuerdo de una vez que la fuimos a ver y al abrir la nevera vimos que estaba completamente vacía: solo había una salchicha cruda mordisqueada. Nos quedamos muertos del susto y le preguntamos si aquellos mordiscos eran suyos, a lo que respondió: «¡Sí! ¡Es que tenía hambre!».

Lo otro a lo que no prestaba demasiada atención era al dinero. Aunque mi hermana a menudo publicaba en revistas y periódicos, no daba importancia a su remuneración y se la entregaba por completo a nuestra madre para que se la administrara. Solía decir: «No necesito mucho». Y así era: el atuendo con el que más se la veía era un pantalón de peto y zapatos de caucho o bien unas deportivas. Apenas se ponía zapatos de tacón.

«Habilidades» desconocidas

En casa mis padres no bebían prácticamente alcohol y en caso de tener algún compromiso solo se mojaban los labios. Sin embargo, su segunda hija podía pimplarse una botella entera de brandy o whisky sin emborracharse. Quién sabe si había heredado aquella habilidad de alguno de los dos abuelos. A pesar de todo, no solía beber, a no ser que se topara con algún amigo con el que charlar.

En cuanto al tabaco, mi hermana fumaba como una carretera. Cada vez que iba a la peluquería familiar que estaba en el puerto de nuestra tierra natal, le contaba cuentos a la dueña y a los clientes mientras fumaba un cigarrillo tras otro. En una hora podía fumarse más de diez. Cuando escribía hacía lo mismo. Siempre usaba cerillas, no mechero, porque al encenderlas «desprendían un aroma a azufre». Al mismo tiempo, «al prenderlas aparecía una llama que emitía humo y me gustaba mucho». Para ella las cerillas eran una parte de su memoria y le ayudaban a inspirarse.

Sanmao tenía una memoria prodigiosa, que le era de gran ayuda con los idiomas. Nuestros padres se comunicaban mediante el dialecto de Ningbo y de Shanghái y, tras mudarse a Taiwán, el idioma que más hablaba mi hermana era el mandarín. Sin embargo, cuando se dirigía a mis padres volvía a los dialectos. Como había nacido en Sichuán, conocía bien el dialecto de aquella provincia y con el tiempo

aprendió un taiwanés muy castizo que usaba con la mujer de la limpieza, a la que estaba muy unida. Y no tenía nada de acento. Durante la breve época en la que echó una mano en una empresa nipona en Taiwán aprendió a chapurrear japonés y cuando salió del país el español, el inglés y el alemán fueron entrando uno tras otro en su cofre del tesoro. De estos nueve idiomas los que más dominaba eran el chino y el español, y cada vez que mis padres recibían invitados occidentales en casa, Sanmao les ayudaba para que todos lo pasaran de maravilla.

Mi hermana, aquella mujer repleta de amor

Durante su vida errante lo que quizá buscaba mi hermana era tranquilidad y seguridad interior. Le costó mucho conseguir a José y él acabó dejándola sola. Aparte de a su marido, Sanmao también quería mucho a sus amigos, con los que no hacía distinciones de sexo, nacionalidad, estatus social, estudios ni fama. Una vez te convertías en su amigo, te entregaba su corazón: era muy ingenua. No sabía fingir halagos, era verdaderamente honesta y cuidaba mucho de los débiles. Tuvo una gran cantidad de amigos, que ejercieron mayor o menor influencia en su vida.

Sanmao parecía estar acostumbrada a vagar por el mundo. Recuerdo que decía: «No me preguntéis de dónde vengo». Y así es cómo nació *El olivo de mis sueños*. Cuando aquella famosísima canción sonaba sin parar, nosotros, como familiares, nos sentíamos muy orgullosos, pero también angustiados. La lejanía por la que vagaba no era un lugar tangible para nosotros, pero justamente porque éramos su familia podíamos distinguir con más claridad que los demás su alegría, tristeza o sufrimiento.

Existe otra canción titulada *Las siete*, que es la que mejor representa su espíritu de juventud. Li Zongsheng compuso la música y Sanmao escribió la letra para describir cómo se sentía de joven ante las citas. Dice lo siguiente: «cuando suena el teléfono mi voz se oye muy nerviosa "soy yo, soy yo, soy yo"». ¡Efectivamente! Así era mi hermana, mi segunda hermana mayor.

Ya no vaga más

Para muchos lectores Sanmao era como una gitana que apareció de modo inexplicable en el mundo, escribió unos cuantos relatos y luego desapareció, también como por arte de magia. Después de veinte años, ¿todavía la recordáis?

En casa Sanmao no existía, pero aquel día de hace veinte años, nuestra hermanita y segunda hermana mayor se marchó.

La extrañamos mucho.

Aunque no nos atrevemos a decir que la entendíamos por completo (porque, al fin y al cabo, ¿quién es capaz de comprender a quién?), ella nos quería con locura y nosotros a ella también. Para nosotros, sus familiares, con aquello bastaba.

Sobre su inesperada muerte mi padre decía que «el fin de la vida es algo inevitable que llega antes o después, y la forma en que llega tampoco es tan importante». La pérdida de nuestra hermanita llevó a mis padres a una extrema tristeza, reticencia a su marcha y profundo dolor, pero su muerte es una parte de nuestras vidas que no podemos más que aceptar como un hecho. Los numerosos altibajos que experimentó en su vida la hicieron enfrentarse a grandes adversidades y, aunque desde fuera su vida parecía un camino de rosas, la procesión iba por dentro. Por suerte contaba con el cariño de su familia y amigos, si no, quizá se hubiera marchado antes. Transmitió amor a sus numerosos amigos y también fue generosamente correspondida. Dejemos que descanse en paz.

Querida hermana, si existe otro mundo espero que hayas dejado de vagar.

:Henry Chen…,
en nombre de la familia de Sanmao
三毛的家人
Taipéi, 2010.

CARTA A SANMAO

Me hubiera gustado conocerte ...

Llevo tiempo haciendo este trabajo y he conocido a muchas escritoras. Algunas me han impresionado, como Carmen Martín Gaite o Ana María Matute. Otras quizá no tengan nombres tan sonoros, como Nuha al-Radi, una escritora iraní que vivió un tiempo en casa y que cada mañana volvía del parque con una flor en el pelo. He conocido también a escritoras jóvenes, fuertes, ambiciosas e infelices, heridas todas ellas por la vida. E incluso he conocido a escritoras que no he conocido, como Emily Dickinson, Sylvia Plath, Jane Bowles o Marguerite Duras, cuyas voces a menudo se han confundido con la mía.

Tú, Sanmao, eres una mezcla de todas ellas. Te imagino eternamente joven. Decidiste morir antes de cumplir los cincuenta. ¿Por qué? Hoy tendrías 73 años y tu cuerpo continuaría siendo esbelto; tu pelo larguísimo aunque quizá ya no tan negro. Eres joven y vieja, cercana y lejana.

Acogedora y misteriosa. Tus textos siempre parecen ocultar algo. He leído algunas de tus cartas. He conversado durante horas con gente que te conoció, con tu familia. Y cuanto más te conozco, más desconozco de ti. Pero quizá ese sea el camino equivocado para conocerte.

Quizá los que te conocieron tampoco te conocieron. Leyéndote siento tu dolor y tu *joie de vivre*, tu vida siempre intensa y agolpada. Mujer culta, inteligente, capaz de hablar no sé cuántas lenguas, apasionada y tozuda, tocada por un don especial, marcada por la tragedia, me hubiera gustado conocerte, me hubiera gustado abrazarte.

:Iolanda Batallé_

ÍNDICE

Breve carta desde Taiwán, 19
Noche de miedo en el desierto, 26
Empezar de cero, 42
La máquina de absorción de almas, 84
Crónica de la boda, 98
Un restaurante en el desierto, 112
Vocación de doctora universal, 122
Mis buenos vecinos, 136
El colgante, 150
Los baños del desierto, 172
Una muñeca vestida de novia, 186
Autoestopistas, 198
Noche en las montañas laberínticas, 222
Misión imposible, 240
Tierra solitaria, 262
Pescadores de domingo, 290
Querida suegra, 310
El esclavo mudo, 338
El sargento Salva, 360
En busca del amor, 380
El llanto de los camellos, 396

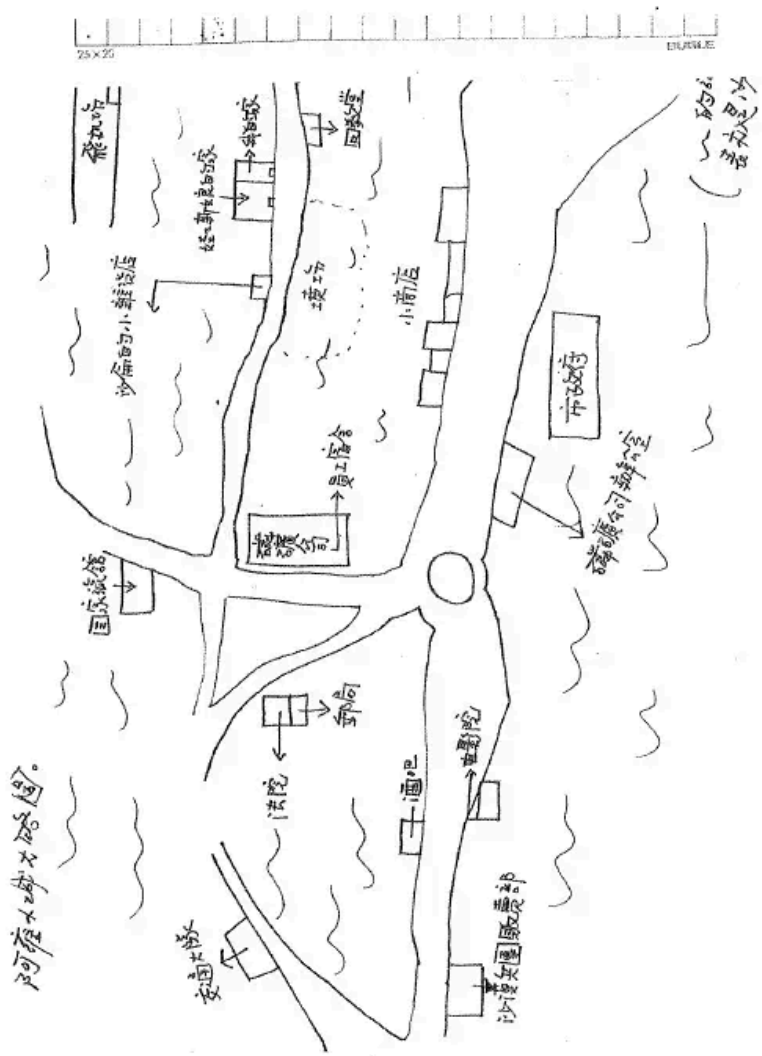
Si viajas a Taipéi, ciudad donde murió Sanmao dos años antes de cumplir los cincuenta, coge la línea azul de su magnífico metro y baja en la estación de Sun Yat-sen Memorial Hall. Camina unos minutos por Guangfu South Road, gira a la derecha y llegarás a un pequeño parque con un estanque poblado por tortugas y carpas enormes. Junto al agua descubrirás una discreta construcción de madera. Entra, es una librería. Hay un piano. Puedes pedir un té y sentarte unos minutos para reflexionar sobre aquello que hace que tu vida y la de Sanmao se parezcan. Mientras, quizás, alguien tocará el piano.

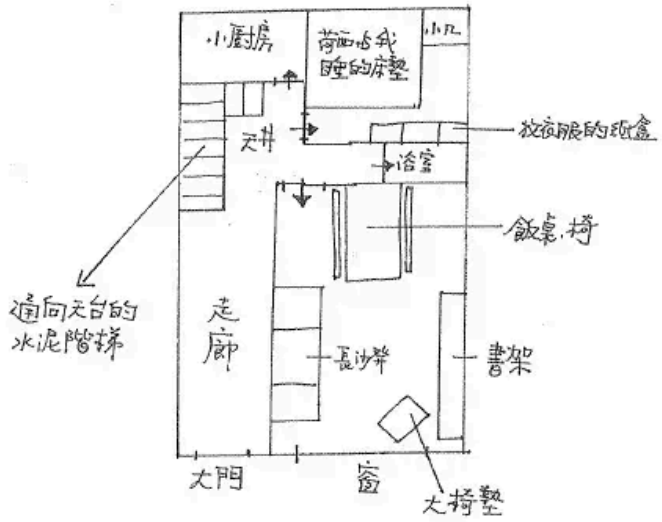
大地啊，我来到你岸上时原是一個
陌生人，住在你房子裡时原是一個
旅客，而今我離開你的門时却
是一個朋友了。

三毛

"¡Mundo! Cuando llegué a tu orilla te era una desconocida, cuando empecé a vivir en tu casa era una invitada, cuando me vaya seré tu amiga."

Sanmao





這是我在 EL ~~ALICANTE~~ 自己的小家平面圖。
ALICANTE

El último día la casa estaba
de un blanco inmaculado, tanto
por dentro como por fuera.
Y destacaba entre todas
las que había en el barrio de
los cementerios, así que, aunque
no teníamos número en la puerta,
tampoco hubo necesidad de ir
a solicitarlo a la ciudad.